

México Insurgente

John Reed

Biblioteca del Político

INEP AC

www.inep.org

EN LA FRONTERA

El ejército federal de Mercado se estacionó durante tres meses en Ojinaga a orillas del Río Grande, luego de su dramática y terrible retirada recorriendo seiscientos cuarenta kilómetros a través del desierto, después de abandonar Chihuahua.

En Presidio, el lado norteamericano del río, uno podía treparse al techo de lodo aplanado de la oficina de correos y divisar los más o menos dos kilómetros de pequeños matorrales que crecían en la arena a la orilla del poco profundo y amarillento arroyuelo; y todavía más allá hasta la pequeña meseta, donde se encontraba el pueblo, que apenas sobresalía del abrasante desierto circulando por montañas desnudas y salvajes.

También se podían ver las casas de Ojinaga, grises y cuadradas, con una que otra cúpula oriental de las antiguas iglesias españolas. Era una tierra desolada, sin árboles. Uno esperaba ver minaretes. De día, los soldados federales enfundados en sus desgarrados uniformes blancos pululaban por el lugar cavando trincheras sin plan alguno, pues se rumoreaba que Villa y su victorioso ejército constitucionalista se dirigían hacia allí. Se captaban instantáneos destellos al reflejarse el sol en los fusiles; extrañas y pesadas nubes de humo se erigían rectas en el quieto cielo.

Hacia la tarde, cuando el sol se ocultaba lanzando una llamarada como la de un horno, se veían las patrullas a caballo moviéndose en contraste con la línea del horizonte rumbo a los puestos nocturnos de avanzada.

Después de anochecer ardían misteriosas fogatas en el pueblo.

Habían tres mil quinientos hombres en Ojinaga. Esto era lo que quedaba de un ejército de diez mil, comandados por Mercado, más cinco mil que Pascual Orozco había llevado desde la ciudad de México para reforzarlo en el norte. De estos tres mil quinientos soldados, cuarenta y cinco eran comandantes, veintiuno, coroneles y once, generales.

Yo quería entrevistar al general Mercado; pero uno de los periódicos publicó algunas cosas ofensivas para el general Salazar, y éste había prohibido que los periodistas entraran al pueblo. Yo envié una cortés petición al general Mercado. El general Orozco la interceptó y me envió la siguiente respuesta:

Estimado y honorable señor: Si se atreve a poner un pie en Ojinaga, lo voy a mandar al paredón y con mi propia mano tendré el placer de llenarle de agujeros la espalda.

A pesar de esto un día atravesé el río y me dirigí al pueblo. Afortunadamente no me topé con el general Orozco. Nadie pareció oponerse a mi entrada. Todos los centinelas que vi, dormían la siesta a la sombra de las paredes de adobe. Casi de inmediato encontré a un amable oficial de nombre Hernández, a quien le expliqué que deseaba ver al general Mercado.

Sin hacer preguntas sobre mi identidad, frunció el ceño y cruzando los brazos estalló:

—¡Yo soy el jefe del estado mayor del general Orozco, y no le voy a llevar donde el general Mercado!

No dije nada. En unos cuantos momentos me explicó:

—¡El general Orozco odia al general Mercado! El no se digna ir al cuartel del general Mercado, y el general Mercado no se atreve a ir al cuartel del general Orozco. Es un cobarde ¡salió corriendo de Tierra Blanca, y después huyó de Chihuahua!

—¿Qué otros generales no le caen bien? —pregunté.

Se contuvo, me lanzó una mirada de enojo y haciendo una mueca dijo:

—¿Quién sabe?...

Vi al general Mercado, un hombre pequeño, gordo, patético, preocupado e indeciso quien, lloriqueando y fanfarroneando, me contó una larga anécdota acerca de la manera en que el ejército estadounidense cruzó el río y ayudó a Villa a ganar la batalla de Tierra Blanca.

Las blancas y polvorientas calles del pueblo, repletas de mugre y forraje, la antigua iglesia sin ventanas con sus tres enormes campanas españolas que colgaban de un travesaño exterior, y una nube de incienso azul que brotaba del agujero de la puerta en el campamento de las mujeres que seguían al ejército y rezaban día y noche para obtenerla victoria, yacían bajo el ardiente y asfixiante sol. Cinco veces habían tomado y perdido Ojinaga. Difícilmente alguna casa conservaba el techo, y todas las paredes mostraban grandes aberturas hechas por las balas de cañón. En estos cuartos desnudos y en ruinas vivían los soldados, sus mujeres, caballos, gallinas y puercos, resultado de incursiones por los alrededores. Los rifles amontonados en las esquinas, las sillas de montar apiladas en el polvo. Los soldados vestían jirones de ropa; se sentaban en cuclillas alrededor de pequeñas fogatas encendidas en sus puertas, hirviendo olote* y carne seca; casi se morían de hambre.

A lo largo de la calle principal pasaba una procesión ininterrumpida de gente enferma, exhausta y muerta de hambre que movida por el temor a los rebeldes abandonaba sus casas arriesgándose en un viaje de ocho días por el desierto más terrible del mundo. Un centenar de soldados detenía a esta gente en la calle y les robaba todo aquello que se le ocurriera. Después la gente atravesaba el río, y del lado americano tenía que sufrir el desprecio de los oficiales de aduana e inmigración estadounidenses y de la patrulla fronteriza del ejército, quienes les registraban para buscar armas.

Cientos de refugiados se colaban por el río, algunos a caballo conduciendo ganado, otros en vagones y otros a pie. Los inspectores eran rudos.

—¡Bájate del vagón! —le gritaba uno a una mujer mexicana con un bulto en brazos.

— Pero, señor ¿por qué?... comenzaba ella.

— ¡Bájate o te bajo! —gritaba él.

Los inspectores registraban cuidadosa, brutal e innecesariamente a hombres y mujeres.

Cuando estuve ahí, una mujer vadeó el río, con las faldas levantadas, sin timidez, hasta los muslos. Llevaba un rebozo voluminoso, abultado al frente como si portara algo.

— ¡Eh, tú! —gritó el aduanero—. ¿Qué traes debajo del rebozo? Ella abrió con lentitud el frente de su vestido, y contestó cándidamente:

—No sé señor. Puede ser una niña, o puede ser un niño.

* (N. de T) Olote significa desecho de la mazorca.

Estos eran días metropolitanos para Presidio, una aldehuela diseminada e indescritiblemente desierta de unas quince casas de adobe, regadas sin orden alguno por la profunda arena y arbustos de álamo plantados a lo largo del río.

El viejo Kleinmann, el tendero alemán, hacía una fortuna cada día aprovechándose de los refugiados y abasteciendo al ejército federal al otro lado del río. Tenía tres hermosas hijas adolescentes que permanecían bajo llave en el ático de la tienda porque una parvada de amorosos mexicanos y ardientes vaqueros las rondaba como perros, atraídos desde muy lejos por la fama de estas damiselas. La mitad del tiempo el alemán se la pasaba trabajando como una bestia

en la tienda, desnudo hasta la cintura, y el resto lo pasaba corriendo de un lado para otro con un largo rifle atado a su cintura, espantando a los pretendientes.

En todo momento del día o de la noche, hordas de soldados federales desarmados se escurrían del otro lado del río en la tienda e iban al salón de billar. Entre ellos circulaban personas oscuras y misteriosas con aire de importancia, eran agentes secretos de los federales y los rebeldes. Alrededor, dentro del matorral, acampaban cientos de desprovistos refugiados, y durante la noche no se podía dar vuelta a una esquina sin descubrir una conspiración o una contra conspiración. Había llaneros tejanos, tropas estadounidenses, y agentes de las compañías americanas que trataban de hacer llegar instrucciones secretas a sus empleados del interior.

Un tal Mackenzie marchaba por toda la oficina de correos con gran desesperación, parecía que tenía cartas importantes para las minas de la Compañía Americana de Extracción y Refinamiento de Santa Eulalia.

–El viejo Mercado insiste en abrir y leer todas las cartas que pasan por sus líneas –gritó indignado.

–Pero –dije– las permite pasar, ¿o no?

–Seguro –contestó. ¿Pero usted cree que la Compañía Americana de Extracción y Refinamiento va a admitir que un maldito grasiento abra y lea sus cartas? ¡Es un insulto que una compañía americana no pueda enviar una carta privada a sus empleados! Si esto no trae la intervención –terminó misteriosamente– ¡no sé qué lo hará!

Había toda clase de viajeros (agentes o representantes), contrabandistas de las compañías de armas y municiones; también un hombrecillo pendenciero, vendedor de una compañía de retratos, que hacía ampliaciones a lápiz de fotografías a cinco pesos cada una. Se escabullía entre los mexicanos, y obtenía miles de pedidos por pinturas que se pagarían a su entrega, y que, desde luego, jamás se entregarían. Era su primera experiencia con mexicanos, y fue grandemente retribuido por los cientos de pedidos que colocó.

Para un mexicano es muy fácil ordenar un retrato, un piano, o un automóvil mientras no tenga que pagarlo. Esto le da una sensación de riqueza.

El pequeño agente de ampliaciones a lápiz hizo un comentario sobre la revolución mexicana. Dijo que el general Huerta seguro era un buen hombre, pues él tenía entendido que emparentaba lejanamente, por el lado materno ¡con la distinguida familia Carey de Virginia!

Un destacamento pequeño de caballería patrullaba dos veces al día la ribera norteamericana del río, igualados a conciencia por una compañía de a caballo en el lado mexicano. Ambas partes se observaban con detalle a través de la frontera. De vez en cuando un mexicano, incapaz de controlar su nerviosismo, disparaba un tiro a los norteamericanos y se iniciaba una batalla mientras ambas partes se distribuían por los matorrales. Un poco más adelante de Presidio dos tropas de la Novena Caballería Negra estaban estacionadas. Un soldado de color, fue a dar agua a su caballo en la ribera del río, en cuclillas, un mexicano que hablaba inglés lo acosó desde la orilla opuesta:

–¡Oye negro! –gritó, provocativo– ¿cuándo es que esos malditos gringos van a cruzar la frontera?

–¡Chile! –respondió el negro–. ¡No vamos a cruzarla línea. Vamos a levantarla y llevarla hasta el Canal de Panamá!

Algunas veces, un refugiado rico, con una buena cantidad de oro cosido a las mantas de su silla de montar atravesaba el río sin que los federales lo descubrieran. Había seis grandes y poderosos automóviles en Presidio esperando a tales víctimas. Les cobraban cien dólares en oro para llevarlos hasta el ferrocarril; y en el camino, en algún lugar desolado al sur de Marfa, era

seguro que hombres enmascarados los asaltarán y les quitarán todo lo que llevaban encima. En dichas ocasiones el sheriff del condado de Presidio irrumpía en el pueblo montado sobre un pequeño caballo pinto —una figura fiel a la mejor tradición de "la chica del dorado oeste"—. Había leído todas las novelas de Owen Wister, y sabía a la perfección lo que un sheriff del oeste debería portar: dos revólveres a la cadera, un portafusil bajo su brazo, un largo cuchillo en su bota izquierda y un enorme rifle sobre su silla de montar. Plagaba su conversación con las más terribles maldiciones, y nunca atrapaba un criminal. Se pasaba todo el tiempo haciendo cumplir la ley del condado de Presidio contra portar armas y jugando póker por las noches; después de un día de trabajo, siempre se le podía encontrar en la trastienda del almacén de Kleinmann jugando un tranquilo partido.

La guerra y los rumores de guerra mantenían a Presidio en agitación. Todos sabíamos que tarde o temprano el ejército constitucionalista saldría de Chihuahua para atacar Ojinaga. De hecho, los generales federales ya estaban de acuerdo con el comandante en jefe de la patrulla fronteriza para que hiciera arreglos en caso de ocurrir la retirada del ejército federal, de Ojinaga. Ellos dijeron que cuando los rebeldes atacaran, querían resistir por una cantidad respetable de tiempo—diríamos dos horas—y que entonces quisieran tener el permiso de cruzar el río.

Nosotros sabíamos que unas veinticinco millas al sur, en el Paso de la Mula, cinco mil rebeldes voluntarios custodiaban el único camino a Ojinaga por las montañas. Un día un correo se coló por las líneas federales y cruzó el río con noticias importantes. Dijo que la banda militar del ejército federal había marchado por la zona practicando sus marchas. Los constitucionalistas capturaron a sus integrantes y los tuvieron en el mercado con rifles apuntando a sus cabezas para que tocaran doce horas seguidas sin descanso. "Así —continuaba el mensaje— las penurias de la vida en el desierto se aliviaron un poco". Nunca descubrimos la razón por la cual la banda practicaba sola en el desierto, a cuarenta kilómetros de Ojinaga.

Durante un mes más los federales estuvieron en Ojinaga y el próspero Presidio. Entonces Villa, a la cabeza de su ejército, apareció en el horizonte del desierto. Los federales resistieron sólo una respetable cantidad de tiempo —apenas dos horas o, para ser más exactos, hasta que Villa comandando una batería galopó directamente hacia los cañones de los rifles— y después corrieron atropelladamente a través del río, los soldados americanos los condujeron como a ganado hacia un corral, y más tarde los encarcelaron en un redil con alambre de púas en el Fuerte Bliss, en Tejas.

Para entonces yo ya me encontraba en México, cabalgando a través del desierto con unos cien hombres de las andrajosas tropas constitucionalistas rumbo al frente de batalla.

PRIMERA PARTE

GUERRA EN EL DESIERTO

I. El país de Urbina

Un buhonero de Parral llegó al pueblo con una mula cargada de 'macuche' —se fuma macuche cuando no se consigue tabaco— y fui con la demás gente donde él a obtener noticias. Esto fue en Magistral, un pueblo montañoso de Durango a tres días a caballo de la vía del ferrocarril. Alguien compró un poco de macuche, el resto de nosotros le pedimos prestado y mandamos a un chiquillo por hojas de elote. Todos se animaron, parloteaban alrededor del buhonero en tres filas pues hacía muchas semanas que el pueblo no oía acerca de la revolución. El hombre estaba lleno de rumores alarmantes: que los federales habían forzado su entrada a Torreón y se encaminaban hacia este lugar, quemando ranchos y asesinando a los pacíficos; que las tropas de Estados Unidos habían cruzado el Río Grande; que Huerta había renunciado; que

Huerta se dirigía al norte para tomar el mando de las tropas federales; que Pascual Orozco había sido balaceado en Ojinaga; que Pascual Orozco se dirigía al sur con diez mil colorados. Contó estos informes con abundancia de dramatismo: caminaba con vigor hasta que su pesado sombrero café dorado se bamboleaba sobre su cabeza, retorció su desgastada cobija azul sobre su hombro, disparaba rifles imaginarios y desenfundaba espadas ficticias, mientras que su público murmuraba: "¡má!" "adió", pero el rumor más interesante fue que el general Urbina se pondría en camino al frente de batalla en dos días.

Un árabe hostil llamado Antonio Swayfeta iba a Parral en una calesa de dos ruedas a la mañana siguiente y me permitió acompañarlo hasta Las Nieves, donde el general vivía. En la tarde ya habíamos trepado por las montañas hasta la gran altiplanicie del norte de Durango y descendíamos por las grandes olas de la amarilla pradera, tan extensa que el ganado pastando se reducía a puntos y al final desaparecía en la base de las arrugadas montañas púrpura, que parecían estar a tiro de piedra. Cedió la hostilidad del árabe y me contó la historia de su vida, de la que no pude entender ni una sola palabra. Pero, en resumen, según lo que pude captar, era en su mayoría comercial. Una vez estuvo en El Paso que calificaba como la ciudad más hermosa del mundo. Pero los negocios eran mejores en México. Decía que hay pocos judíos en México porque no soportan la competencia de los árabes.

Sólo topamos con un ser humano en todo ese día —un harapiento anciano, envuelto en un sarape rojinegro, sin pantalones, y aferrado al mango roto de un rifle. Escupiendo, dijo que era un soldado; que después de tres años de pensarlo al fin decidió unirse a la revolución y pelear por la libertad. Pero en su primera batalla dispararon un cañón, el primero que había oído en su vida; y de inmediato se encaminó a su hogar en El Oro para quedarse ahí hasta que la guerra terminara...

Antonio y yo nos quedamos callados. De vez en cuando él se dirigía a la mula en perfecto castellano. Una vez me informó que esa mula era "puro corazón". El sol se quedó colgado un momento sobre la cresta de las rojas montañas de pórvido, y después se ocultó tras ellas; la turquesa cúpula celeste se tiñó con el polvo naranja de las nubes. Entonces todas las leguas ondulantes del desierto destellaban y se acercaban bajo la suave luz. De repente apareció la sólida fortaleza de un rancho, de esos que uno ve una vez al día en esta vasta tierra —una plaza imponente de paredes blancas con torres en cada esquina provistas de cañoneras, y con un portal de acero fundido—. Se erigía sombrío y amenazante sobre una pequeña colina desnuda, como cualquier castillo, con corrales de adobe a su alrededor, y debajo, en lo que había sido un arroyo seco, todo el día manaba el río subterráneo formando un estanque y volvía a desaparecer en la arena. Delgadas líneas de humo brotaban desde dentro y se levantaban alto contra los últimos reflejos del sol. Desde el río hasta el portal se deslizaban las pequeñas figuras negras de las mujeres con cántaros de agua sobre sus cabezas; y dos jinetes primitivos conducían ganado hacia los corrales. Ahora las montañas occidentales eran de terciopelo azul, y el pálido cielo era una bóveda ensangrentada hecha de seda acuosa. Para la hora en que llegamos al gran portal del rancho, arriba sólo había una lluvia de estrellas.

Antonio preguntó por don Jesús. Siempre hay seguridad en llamar a un don Jesús en cualquier rancho, pues invariablemente este es el nombre del administrador. Por fin apareció un hombre de magnífica talla enfundado en pantalones ajustados, camiseta de seda púrpura y un sombrero gris cargado con una trenza de plata, y nos invitó a entrar. Las casas formaban el interior del muro, de uno a otro extremo. A lo largo de las paredes y sobre las puertas colgaban festones de carne en tiras, hilos de pimientas y ropas secándose. Tres jovencitas cruzaron la plaza en fila, balanceando las ollas de agua sobre su cabeza, gritándose unas a otras en la voz estridente de las mujeres mexicanas. En una casa una mujer inclinada amamantaba a su nene; ala siguiente puerta otra estaba de rodillas en su interminable labor de la molienda de maíz sobre un metate de piedra. La población masculina se acuclillaba ante pequeñas fogatas de olotes, envueltos en sus gastados sarapes, fumando sus hojas, observando el trabajo de las mujeres. Al desmontar se levantaron y nos rodearon dirigiéndonos en voz suave un "buenas noches", curioso y amigable.

¿De dónde veníamos? ¿A dónde íbamos? ¿Qué noticias teníamos? ¿Ya habían tomado los maderistas Ojinaga? ¿Era cierto que Orozco iba a matar a los pacíficos? ¿Conocíamos a Pánfilo

Silveyra? El era un sargento, uno de los hombres de Urbina. El provenía de esta casa, era el primo de ese hombre. ¡Ah, había demasiada guerra!

Antonio fue a negociar maíz para la mula.

—Un tantito. Sólo un poquito de maíz —suplicaba.

De seguro que don Jesús no le cobraría nada... ¡cuánto maíz podía comer una mula...! En una de las casas traté de hacer arreglos para la cena. La mujer extendió ambas manos.

—Todos somos tan pobres ahora —dijo—. Un poquito de agua, algunos frijoles, tortillas... es todo lo que comemos en esta casa...

¿Leche? no, ¿huevos? no, ¿carne? no, ¿café? ¡Válgame Dios, no! Le ofrecía dinero con el que quizá pudiera comprar algo en una de las casas vecinas.

—¿Quién sabe? —respondió vagamente.

En ese momento llegó su marido y la reprendió por su falta de hospitalidad.

—Mi casa está a sus órdenes dijo con magnificencia, y me pidió un cigarrillo. Entonces se sentó en cuclillas mientras ella traía las dos sillas familiares y nos invitó a sentarnos. El cuarto tenía buenas proporciones, un suelo sucio y un techo de pesadas vigas, el adobe asomándose entre ellas. Las paredes y el techo blanqueados, a primera vista, sin mancha alguna. En una esquina había una cama de hierro, y en la otra una máquina de coser Singer, como en cualquier otra casa que vi en México. También había una mesa de patas largas, sobre la que se veía una estampa de Nuestra Señora de Guadalupe, con una veladora encendida ante ella. Arriba de esto, sobre la pared, colgaba una ilustración indecente recortada de las páginas de "Le Rire", en un marco plateado; evidentemente un objeto de la más alta veneración.

Llegaron varios tíos, primos y compadres a preguntar si por casualidad traíamos algunos cigarrillos. A una orden del marido, la mujer trajo un carbón encendido entre sus dedos. Fumamos. Se hizo tarde. Se desarrolló una animada discusión con respecto a quién compraría las provisiones para nuestra cena. Por último comprometieron a la mujer y pronto Antonio y yo nos sentamos en la cocina, mientras ella se inclinaba sobre la plataforma de adobe en forma de altar situado en la esquina, cocinando sobre una fogata abierta. El humo nos envolvió escurriéndose por la puerta. A veces un puerco o unas cuantas gallinas se metían, o un borrego buscaba tortillas, hasta que la voz enojada del amo de la casa recordaba a la mujer que ella no estaba haciendo cinco o seis cosas a la vez. Y ella se levantaba apresuradamente para espantar al animal con una rama encendida.

Durante toda nuestra cena, tiras de carne ardiente por el chile, huevos fritos, tortillas, frijoles y café negro amargo, toda la población masculina del rancho nos acompañaba, dentro y fuera del cuarto. Parecía que algunos en especial tenían prejuicios contra la Iglesia.

—Sacerdotes sinvergüenzas —gritaba uno—. ¡Quién viene cuando estamos tan pobres y se lleva el diezmo de lo que tenemos!

—Y nosotros pagando un cuarto al gobierno por esta maldita guerra...

—¡Cállense! —chilló la mujer—. ¡Es para Dios! Dios debe comer, lo mismo que nosotros...

El marido exhibió una amplia sonrisa. Una vez fue a Jiménez por lo que se le consideraba como un hombre de mundo.

—Dios no come —enfaticó con decisión—. Los curas engordan a nuestras expensas.

—Por qué lo dan? —pregunté.

—Es la ley —varios dijeron al mismo tiempo.

¡Y nadie podía creer que esa ley había sido abolida en México en el año de 1857!

Les pregunté por el general Urbina.

—Un hombre bueno, todo corazón.

Y otro —Es muy valiente. Las balas se le resbalan como la lluvia sobre un sombrero...

—El es el primo de la hermana del primer marido de mi mujer.

—El es el bueno para los negocios del campo (esto es un hombre con gran éxito como bandido y salteador de caminos). Y por último uno dijo con orgullo:

—Hace unos cuantos años sólo era un peón como nosotros; y ahora es general y un hombre rico.

Pero no olvidaré en mucho tiempo el cuerpo enjuto y los pies descalzos de un viejo con la cara de santo, quien dijo lentamente:

—La Revolución es buena. Cuando termine, nunca, nunca, nos moriremos de hambre, si servimos a Dios. Pero es larga, y no tenemos nada que comer, ni ropa que ponernos, pues el amo se ha ido de la hacienda; no tenemos herramientas ni animales para trabajar, los soldados se llevan nuestro maíz y ahuyentan nuestro ganado...

—¿Por qué no luchan los pacíficos?

Se encogió de hombros.

—Ellos no nos necesitan ahora. No tienen rifles para nosotros, ni caballos. Están ganando. ¿Y quién los alimentará si no sembramos maíz? No, señor. Pero si la Revolución pierde, entonces no habrá más pacíficos. Entonces nosotros nos levantaremos con nuestros cuchillos y nuestros látigos... La Revolución no perderá...

Cuando Antonio y yo nos envolvimos en nuestras cobijas en el suelo del granero, ellos cantaban. Uno de los jóvenes se había conseguido una guitarra, y dos voces, apoyándose una a la otra en esa peculiar y estridente armonía mexicana de "barbería", gimoteaban en voz alta algo acerca de una triste historia de amor.

El rancho era una de las muchas propiedades de la hacienda El Canotillo, y durante todo el día siguiente cabalgamos a través de grandes terrenos que cubrían más de dos millones de acres según me dijeron. El hacendado, un español rico, se había fugado del país hacía dos años.

—¿Quién es el dueño ahora?

—El general Urbina —dijo Antonio—. Y así era, según lo que pronto descubrí. Las grandes haciendas del norte de Durango, un área mayor que la del estado de New Jersey, fue confiscada por el gobierno constitucionalista a través del general, quien los gobernó con sus propios agentes y, se decía, que dividió por mitades con la Revolución.

Viajamos constantemente todo el día, sin parar más que lo suficiente para comer unas cuantas tortillas. Cerca de la puesta del sol vimos el muro de lodo café que rodeaba El Canotillo con su ciudad de pequeñas casas y la antigua torre rosada de su iglesia sobresaliendo por entre los álamos —a kilómetros de distancia al pie de las montañas—. El pueblo de Las Nieves, una dispersa colección de adobes del mismo color que la tierra de que se hacen, yacía frente a nuestros ojos, como un extraño crecimiento en el desierto. Un río centelleante, sin huella alguna de verdor a lo largo de sus riberas que contrastase con la planicie tostada, trazaba un semicírculo

alrededor del pueblo. Y al chapotear a través del vado, entre las mujeres arrodilladas lavando, el sol de repente se ocultó detrás de las montañas occidentales. De inmediato un diluvio de luz amarilla, espesa como el agua, ahogó la tierra, y una neblina dorada se levantó del suelo, sobre el que el ganado flotaba sin patas.

Yo sabía que el precio de tal viaje en el que Antonio me había llevado costaba cuando menos diez pesos y él era un árabe en los negocios. Pero cuando le ofrecí dinero, me abrazó y rompió a llorar. ¡Dios te bendiga árabe excelente! Tienes razón, los negocios son mejores en México.

II. El león de Durango en casa

En la puerta de la casa del general Urbina estaba sentado un viejo peón con cuatro cananas encima, ocupado en la genial tarea de llenar las bombas de fierro corrugado con pólvora. Apuntó con el pulgar hacia el patio. La casa, los corrales y los almacenes del general, dispuestos alrededor por los cuatro lados, en un espacio tan grande como una manzana de casas en la ciudad, lleno de puercos, pollos y niños a medio vestir. Dos cabras y tres magníficos pavos reales se asomaban pensativamente desde el techo. Dentro y fuera de la sala, de donde provenían aires fonográficos de la "Princesa del dólar", estaba estacionado un tren de gallinas. Una anciana salió de la cocina y vació una cubeta de basura al suelo. Todos los puercos corrieron con gran ruido hacia allá. En la esquina del muro de la casa estaba sentada la hija del general, mascando un cartucho. Había un grupo de hombres parados y recostados alrededor de un pozo en el centro del patio. El mismo general estaba sentado entre ellos, en un sillón roto de mimbre, alimentando con tortillas a un venado manso y a una oveja negra coja. Ante 61 estaba un peón arrodillado vaciando un saco de lona con algunos cientos de cartuchos máuser.

El general no dio respuesta alguna a mis explicaciones. Me extendió una mano floja y la retiró de inmediato, pero no se levantó. Hombre robusto, de talla mediana y complexión caoba, con una escasa barba negra hasta las mejillas que no alcanzaba a cubrir la ancha y delgada boca sin expresión; enormes fosas nasales; los ojos brillantes, pequeños, alegres, animales. Por unos cinco minutos no los apartó de los míos. Mostré mis papeles.

—No sé leer dijo el general entregándoselos a su secretario—. ¿Así es que usted quiere ir a la batalla? —me espetó en el más bajo español—. ¡Hay demasiadas balas! —no le dije nada—. ¡Muy bien!, pero no sé cuando me voy. A lo mejor en cinco días. Ahora coman.

—Gracias, mi general, ya comí.

—Vaya y coma —me repitió con calma—, ¡ándele!

Un sucio hombrecillo a quien llamaban doctor me escoltó hasta el comedor. Alguna vez fue boticario en Parral, pero ahora era mayor. Tendríamos que dormir juntos esa noche, dijo. Pero antes de que llegáramos al comedor alguien gritó: —¡Doctor!

Había llegado un hombre herido, un campesino con su sombrero en la mano y un pañuelo ensangrentado alrededor de la frente. El doctorcillo se volvió todo eficiencia. Despachó a un niño para que trajera las tijeras familiares, a otro por una cubeta de agua del pozo. Afiló con su cuchillo un palo que había recogido del suelo. Sentando al hombre sobre una caja, le quitó el vendaje, revelando una cortada de cerca de dos pulgadas de largo con plastas de mugre y sangre seca. Primero cortó el pelo alrededor de la herida, metiendo las puntas de las tijeras sin cuidado. El hombre contuvo el aliento a duras penas, pero no se movió. Entonces el doctor lentamente cortó la sangre coagulada encima, silbando con ánimo para sí mismo.

—Sí —recalcó— es una vida interesante la del doctor. —Miró de cerca el borbotón de sangre; el campesino parecía una piedra enferma. Y es una vida; sena de nobleza continuó el doctor. Aliviar el sufrimiento ajeno. Tomó el palo afilado y lo encajó, ¡y con lentitud escarbó toda la herida!

¡Vaya! ¡El animal se desmayó! dijo el doctor. ¡Vamos, sosténgalo mientras lo lavo! diciendo esto levantó la cubeta y vació su contenido sobre la cabeza del paciente; el agua y la sangre escurrieron sobre su ropa. Estos peones ignorantes dijo el doctor, cubriendo la herida con su vendaje original, no tienen valor. Es la inteligencia lo que construye el alma, ¿no?...

Cuando el campesino volvió en sí, le pregunté: "¿Es usted un soldado?" El hombre me mostró una dulce sonrisa despreciativa.

—No, señor, sólo soy un pacífico dijo. Yo vivo en El Canotillo, donde mi casa está a sus órdenes...

Un rato después, bastante largo, todos nos sentamos para la cena. Ahí estaba el teniente coronel Pablo Seañes, un franco y simpático joven de veintiséis años, con cinco balas en el cuerpo como pago por tres años de luchar. Su conversación estaba salpicada de maldiciones soldadescas, y su pronunciación era un poco difícil de entender, a consecuencia de una bala en la quijada y una lengua casi partida en dos por una espada. Era un demonio en el campo, decía, y muy matador después. En la primera toma de Torreón, Pablo y otros dos oficiales, el mayor Fiero y el capitán Borunda, solos, ejecutaron ochenta prisioneros desarmados; cada uno los abatió con su revólver hasta que su mano se cansó de tirar del gatillo.

¡Oiga! dijo Pablo, ¿cuál es el mejor instituto para estudiar hipnotismo en Estados Unidos?... Tan pronto como esta maldita guerra se termine voy a estudiar para hipnotista... Con eso se volteó y comenzó a hacer pases al teniente Borrega, a quien muy adecuadamente le llamaban "el león de las sierras", por su prodigiosa presunción. Este último sacó su revólver: ¡No quiero tener negocios con el diablo! gritó, entre las risotadas de los otros.

También había un capitán Fernando, un gigante canoso enfundado en unos estrechos pantalones, quien había peleado en veintinueve batallas. Sentía un deleite especial con mi español fragmentario, y cada palabra que yo hablaba le producía ataques de risa que tiraban el adobe del techo. Nunca había salido de Durango, y declaraba que había un gran mar entre los Estados Unidos y México, y que él creía que el resto de la tierra era agua. Junto a él estaba Longinos Güereca, con una hilera de dientes picados atravesándole su cara redonda y gentil cada vez que sonreía, además de un historial de valor famoso en todo el ejército. Tenía veintinueve años y ya era primer capitán. Me contó que la noche anterior sus mismos hombres habían intentado matarlo... después, Patricio, el mejor jinete de caballos salvajes en el estado y Fidencio; junto a él un indígena puro de dos metros de estatura, quien siempre peleaba de pie. Por último Rafael Zalarzo, un pequeño jorobado que Urbina llevaba en su tren para divertirlo, igual que cualquier duque italiano medieval.

Cuando hubimos quemado nuestras gargantas con la última enchilada, y cuchareado nuestro último frijol con una tortilla se desconocían los tenedores y cucharas cada uno de los caballeros tomó un trago de agua, hizo gárgaras, y lo tiró al suelo. Cuando salí al patio, vi la figura del general emerger de la puerta de su recámara, un poco tambaleante. Llevaba un revólver en la mano. Se paró durante un momento ala luz de otra puerta, y de repente entró, dando un portazo.

Yo ya estaba en la cama cuando el doctor entró al cuarto. En la otra cama reposaban el "león de las sierras" y su amante de turno, quienes roncaban con fuerza.

—Sí dijo el doctor hubo un pequeño problema. El general no ha podido caminar durante dos meses por el reumatismo... y algunas veces sufre mucho, y se consuela con aguardiente... esta noche trató de dispararle a su madre. Siempre trata de dispararle a su madre... porque la ama demasiado. El doctor se echó un vistazo en el espejo, y retorció su bigote.

—Esta revolución, no confunda, es una lucha de los pobres contra los ricos. Yo era muy pobre antes de la revolución y ahora soy muy rico.

Dudó por un momento, después comenzó a quitarse la ropa. A través de su mugrosa

camiseta el doctor me honró con su única oración en inglés:

—I have mooch lices (tengo muchos piojos) dijo, con una orgullosa sonrisa..

Salí con el amanecer, caminé por Las Nieves. El pueblo pertenecía al general Urbina, la gente, las casas, los animales, las almas inmortales. En Las Nieves, él y sólo él aplicaba la más alta y la más baja justicia. La única tienda en el pueblo está en su casa, compré unos cigarros al "león de las sierras", quien era el encargado detallista de la tienda por ese día. En el patio, el general platicaba con su amante, una bella mujer de apariencia aristócrata, de voz parecida a la de una sierra de mano. Cuando notó mi presencia vino hacia mí y me dio un apretón de manos, diciendo que le gustaría que yo le tomase unas fotografías. Le dije que ése era mi único propósito en la vida, y le pregunté si pensaba partir pronto hacia la frontera.

—Creo que en unos diez días —contestó.

Me empecé a sentir incómodo.

—Aprecio su hospitalidad, mi general —le dije—, pero mi trabajo requiere que yo esté donde pueda ver el avance hacia Torreón. Si es conveniente, me gustaría regresar a Chihuahua y reunirme con el general Villa, que pronto saldrá para el sur.

La expresión de Urbina no cambió, pero me espetó:

—¿Qué es lo que no le gusta de aquí? ¿Usted está en su casa! ¿Quiere cigarrillos? ¿Quiere aguardiente, o sotol, o coñac? ¿Quiere una mujer que le caliente la cama en la noche? ¿Todo lo que usted quiera se lo puedo dar! ¿Quiere una pistola? ¿Un caballo? ¿Quiere dinero? —sacó de su bolsillo un puñado de dólares de plata y haciéndolos sonar los arrojó a mis pies.

Le contesté:

—En ninguna parte de México estoy tan bien y tan feliz como en esta casa.

Durante la siguiente hora le tomé fotografías al general Urbina: el general Urbina de pie, con y sin espada; el general Urbina montado sobre tres diferentes caballos; el general Urbina con y sin su familia; los tres hijos del general Urbina a caballo y a pie; la madre del general Urbina, y la amante de él; la familia completa armada con espadas y revólveres, incluyendo el fonógrafo, traído a propósito, uno de los niños sostenía una pancarta en la que se leía: "General Tomás Urbina R."

III El general va a la guerra

Habíamos terminado el desayuno y yo ya me estaba resignando a pasar diez días en Las Nieves, cuando el general, de repente, cambió de parecer. Salió de su cuarto gruñendo órdenes. En cinco minutos la casa era todo barullo y confusión, los oficiales apresurándose a empacar sus sarapes, mozos y soldados ensillando caballos, peones con los brazos llenos de rifles corriendo de un lado para otro. Patricio enjaezó cinco mulas al gran coche; una copia exacta del Deadwood Stage. Un correo salió para alistar a la tropa que estaba acuartelada en El Canotillo. Rafaelito cargó el equipaje del general hasta el coche; éste consistía en una máquina de escribir, cuatro espadas, una de ellas ostentaba el emblema de los caballeros de Pitias, tres uniformes, el hierro de marcar del general, y un barril de 42 litros de sotol.

Y llegó la tropa, una polvareda café irregular a lo largo del camino. Al frente volaba una pequeña figura regordeta, que portaba la bandera mexicana agitándose sobre él; usaba un sombrero de ala ancha cargado con 2.5 kgs. de trenza bañada de oro —que quizá alguna vez fue el orgullo de algún hacendado—. Muy cerca de él, venía Manuel Paredes con botas de montar hasta la cadera, abrochadas con botones de plata del tamaño de un dólar, golpeando a su cabalgadura con la cara del sable; Isidro Amaya que hacía corcovear a su caballo al agitar un sombrero frente a

sus ojos; José Valiente, sonando sus inmensas espuelas de plata incrustadas con turquesa; Jesús Mancilla, con su cadena de cobre brillante alrededor del cuello; Julián Reyes, con sus estampas coloreadas de Cristo y la Virgen; un lío de suerosos atrás, con Antonio Guzmán tratando de controlarlos, la maraña de su reata hecha de pelo de caballo sobresalía del polvo. Llegaron corriendo, se oyeron los gritos de los indígenas y el chasquido de los revólveres, hasta que estuvieron a unos treinta y cinco metros, entonces jalaron con violencia a los caballos hasta que se pararon tambaleantes con los hocicos ensangrentados, una vertiginosa confusión de hombres, caballos y fuego.

Esta era la tropa cuando la vi por primera vez. Eran unos cien hombres, en todas las gamas de las garras* pintorescas; algunos usaban overoles, otros el saco de charro de los peones, mientras uno o dos portaban pantalones apretados de vaquero.

Algunos tenían zapatos, la mayoría de ellos usaba huaraches de cuero de vaca y el resto iba descalzo. Sabás Gutiérrez lucía una vieja levita, cortada en la parte de atrás para montar. Los rifles se balanceaban en sus sillas, cuatro o cinco cananas cruzaban los pechos, había sombreros altos y de ala ancha, inmensas espuelas que chirriaban al montar, sarapes de brillantes colores amarrados a la espalda, éste era su uniforme.

El general estaba con su madre; afuera de la puerta se encogía su concubina, lloriqueando, y sus tres niños alrededor de ella. Esperamos por casi una hora, entonces Urbina de pronto apareció en la puerta. Apenas les dirigió una mirada, y cojeando sobre su gran cargador gris, espoleó furiosamente hacia la calle. Juan Sánchez dio un toquido con su corneta rota, y la tropa, con el general a la cabeza, tomó el camino de El Canotillo.

Mientras tanto, Patricio y yo cargamos tres cajas de dinamita y una caja de bombas en la cabina del coche. Me paré junto a Patricio, los peones soltaron la cabeza de las mulas, y el largo látigo se enroscó alrededor de sus vientres. Galopando, salimos como un torbellino del pueblo; tomamos la ribera escarpada del río a cuarenta kilómetros por hora. Lejos, por el otro lado, la tropa trotaba a lo largo de un camino más directo. El Canotillo lo pasamos sin parar.

—¡Arre mulas! ¡putas! ¡hijas de bajo...! —gritaba Patricio, haciendo zumbar el látigo.

El camino real no era más que una vereda dispereja; cada vez que tomábamos un pequeño arroyo, la dinamita se caía con un enfermizo sonido. De repente una reata se rompió, y una caja cayó del coche y se estrelló en las rocas. Era una mañana fría, sin embargo, la volvimos a amarrar con todo cuidado...

Casi cada cincuenta metros encontrábamos por el camino pequeños montículos de piedras coronados por cruces de madera —cada una en memoria de un asesinato—. De vez en cuando una cruz alta y blanqueada se levantaba a un lado del camino, para proteger algún pequeño rancho del desierto contra las visitas del diablo. Un chaparral negro brillante, de la altura del lomo de una mula arañaba el costado del coche; la bayoneta española y los grandes cactus nos miraban como centinelas desde el horizonte del desierto. Y, siempre, los poderosos buitres mexicanos volaban sobre nosotros como si supieran que íbamos a la guerra.

Entrada la tarde el muro de piedra que circunda el millón de hectáreas de la hacienda de Torreón de Cañas apareció a nuestra izquierda; marchando a través de desiertos y montañas como la gran muralla china por más de cincuenta kilómetros. Y, poco después, la propia hacienda. La tropa había desmontado alrededor de la casa grande, dijeron que el general Urbina se había enfermado, quizá no podría levantarse en una semana.

La casa grande, un magnífico palacio lleno de pórticos aunque de un solo piso, cubría la entera cima del monte desértico. Desde el pórtico uno podía ver veinticinco kilómetros de planicie amarilla y cambiante además del interminable panorama de montañas apiladas una encima de otra. Atrás de todo esto se extendían grandes corrales y establos, donde las fogatas vespertinas de la tropa ya lanzaban una minada de columnas de humo amarillento. Debajo de la hondonada,

más de cien casas de peones constituían una gran plaza al aire libre donde niños y animales jugueteaban a la par, y las mujeres se arrodillaban ante su eterna molienda de maíz. En el desierto una tropa de vaqueros cabalgaba con lentitud hacia el hogar; desde el río, a un kilómetro de distancia, la cadena interminable de mujeres envueltas en rebozos negros llevaba agua sobre su cabeza...

Es imposible imaginar lo cerca que los peones vivían de la naturaleza en estas grandes haciendas; sus propias casas están construidas de la tierra sobre la cual se erigen, cocidas por el sol. Su comida es el maíz que cultivan; su bebida, el agua del río que transportan con mucho trabajo sobre su cabeza; la ropa que usan se teje de lana y sus huaraches se cortan del cuero de un becerro recién sacrificado. Los animales son sus compañeros constantes, familiares de sus casas. La luz y la oscuridad son su día y su noche. Cuando un hombre y una mujer se enamoran vuelan el uno hacia el otro sin los formalismos del cortejo, y cuando se cansan simplemente se separan. El matrimonio es demasiado costoso (seis pesos al sacerdote) y se le considera un gasto adicional demasiado fuerte; pero es un poco más obligado que la unión casual. Desde luego los celos son un asunto mortal.

Cenamos en una de las suntuosas y desprovistas salas de la casa grande; un cuarto con el techo a cuatro metros del suelo, los muros de nobles proporciones, cubiertos con tapiz barato de Estados Unidos. Una cómoda gigantesca de caoba ocupaba uno de los costados de la habitación, pero no teníamos ni cuchillos ni tenedores. Había una pequeña chimenea, en la cual nunca se había encendido un fuego, aunque un escalofrío de muerte moraba ahí día y noche. El cuarto contiguo estaba atiborrado de pesado brocado con manchas, no había alfombra sobre el piso de concreto. No existían ni tuberías ni plomería en toda la casa; se iba al pozo o al río por agua. Las velas eran la única luz ¡claro que el dueño hacía mucho que había salido del país!,

pero la hacienda debió ser espléndida y cómoda como un castillo medieval.

El cura o sacerdote de la iglesia, en la hacienda presidía la cena. Se le trajeron viandas selectas, algunas veces las pasaba a sus favoritos después de servirse. Tomamos sotol y aguardiente mientras el cura vaciaba toda una botella de anís. Achispado por esto, su reverencia discursó sobre las virtudes del confesionario, en especial lo referente a las jovencitas. También nos hizo comprender que poseía ciertos derechos feudales sobre las nuevas novias.

—Las novias aquí —dijo son muy apasionadas...

Noté que el resto no se ríó mucho, sin embargo, en apariencia, todos guardaban gran respeto. Cuando salimos del cuarto, José Valiente chifló, temblando de tal manera que apenas comentó:

—Sé que el muy cochino... ¡y mi hermana...! ¡La Revolución tendrá algo que decir sobre estos curas!

Dos altos funcionarios constitucionales instituyeron después un programa poco popular para exiliar a los sacerdotes; y la hostilidad de Villa hacia los curas es bien conocida.

Patricio estaba preparando el coche cuando salí en la mañana y la tropa ensillaba sus monturas. El doctor, quien estaba con el general, se dirigió a mi amigo el soldado Juan Vallejo:

—Su caballo es muy bonito —dijo— y un buen rifle, préstemelo.

—Pero no tengo otros... —comentó Juan.

—Soy su superior —le contestó el doctor.

Y eso fue lo último que supimos del doctor, el caballo y el rifle. Me despedí del general, quien yacía en medio de una tortura en cama, enviando informes telefónicos a su madre cada cinco minutos.

—Que tenga buen viaje —dijo— escriba la verdad. Le recomiendo a Pablito.

IV La tropa sobre el arroyo

Así que me subí al coche, con Rafaelito, Pablo Seañes y su amante. Ella era una criatura extraña. Joven, delgada, y hermosa, era veneno y piedra para todos excepto para Pablo. Nunca le vi sonreír ni le oí decir una palabra amable; algunas veces nos trataba con inmensa ferocidad, otras, con indiferencia bestial. Pero a Pablo lo mecía como a un nene. Cuando él se recostaba a lo largo del asiento con su cabeza en el regazo de ella, ella lo tapaba con coraje contra su pecho, haciendo ruidos como una tigresa con su cachorro.

Patricio sacó la guitarra de la caja donde la guardaba, y al acompañamiento de Rafael, el teniente coronel cantó canciones de amor en una voz cascada.

Todo mexicano sabe cientos de ellas. No están escritas pero a menudo se componen extemporáneamente, y se transmiten por tradición oral. Algunas son muy hermosas, otras grotescas, y otras son satíricas como cualquier canción popular francesa. Cantó:

Exiliado vagaba por el mundo
exiliado por el gobierno.
Regresé al finalizar el año,
atraído por lo agradable del amor.
Me fui con el propósito
de alejarme para siempre,
y el amor de una mujer era lo único
que me hizo volver.

Y después "Los hijos de la noche":

Yo soy uno de los hijos de la noche
que vagan sin rumbo por la oscuridad.
La hermosa luna con sus rayos dorados
es la compañera de mis tristezas.
Voy a perderme de ti,
exhausto con el llanto.
Voy a zarpar, zarpar,

por las orillas del mar.
Verás en el momento de nuestro adiós
no te voy a dejar amar a otro.
Porque de ser así, te rompería la cara
y nos daríamos muchos golpes.
Por eso me voy a hacer americano.
Ve con Dios, Antonio,
di adiós a mis amigos.
Espero que los americanos me dejen pasar
y me dejen abrir una cantina
¡al otro lado del río!

Resultó que en la hacienda del centro nos dieron de almorzar. Ahí Fidencio me ofreció su caballo para cabalgar durante la tarde.

La tropa ya se había adelantado, los podía ver avanzando en línea a lo largo de medio kilómetro, contrastando con el arbusto de mezquite negro; la bandera diminuta verde blanco rojo, aleteando ala cabeza de ellos.

Las montañas se habían ocultado en algún lugar más allá del horizonte; cabalgamos en medio de un gran valle desértico, rodeando por las orillas para encontramos con el azul celeste del firmamento mexicano. Ahora que yo estaba fuera del coche, un gran silencio y una paz más allá de todo lo que yo había sentido, me envolvió; es casi imposible ser objetivo con respecto al desierto; uno se hunde en él, se convierte en parte de él.

Galopando, pronto me integré a la tropa.

—¡Hey, señor gritaban. Aquí viene el mister en un caballo! ¿Qué tal, mister? ¿Cómo va? ¿Va a pelear con nosotros?

Pero el capitán Fernando a la cabeza de la columna dio vuelta y rugió:

—Venga para acá, mister el hombrón sonreía con deleite. Debe cabalgar con nosotros gritó palmeándome la espalda. Tome, ahora

—y me dio una botella de sotol a medio llenar. Tómeselo todo. Demuéstrenos que es un hombre.

—Es demasiado me reí.

—Tómeselo gritó a coro la tropa agolpada para ver.

Me lo tomé. Un coro de risas y aplausos se oyó. Fernando se inclinó y me tomó la mano.

—¡Bien, compañero! se agachó, disfrutando el momento. Los hombres me rodearon, divertidos e interesados.

¿Iba a pelear con ellos? ¿De dónde era? ¿Qué estaba haciendo? La mayoría de ellos nunca había oído hablar de periodistas; uno de ellos arriesgó la oscura opinión de que yo era un gringo y un porfirista, de que debía ser fusilado.

El resto, sin embargo, se opuso totalmente a este punto de vista. Era imposible que ningún porfirista pudiera tomar tanto sotol de un solo trago. Isidro Amayo contó que estuvo en una brigada durante la primera Revolución, en ella también iba un periodista, y que le llamaban corresponsal de guerra. ¿Me gustaba México?

Yo respondí:

—Me gusta mucho México. También me gustan los mexicanos ¡y me gusta el sotol, el aguardiente, el mezcal, el pulque y otras costumbres mexicanas! Todos rieron a carcajadas.

El capitán Fernando se inclinó y me dio palmadas en el brazo.

—Ahora usted está con los hombres. Cuando ganemos la Revolución habrá un gobierno de hombres; no de ricos. Cabalgamos por tierras de hombres. Eran de los ricos, pero ahora son más y de mis compañeros.

—¿Y ustedes serán el ejército? pregunté.

Cuando ganemos la Revolución fue la sorprendente respuesta ya no habrá ejército. Los hombres están hartos de ejércitos. Es a través del ejército que don Porfirio nos despojó.

—¿Pero qué pasará si Estados Unidos invade México? Una verdadera tormenta se desencadenó.

Somos más valientes que los americanos. Los malditos gringos no llegarían más allá de Juárez. Que se atrevan. ¡Los perseguiríamos hasta que cruzaran la frontera otra vez, y quemaríamos su capital al día siguiente...!

No dijo Fernando ustedes tienen más dinero y más soldados. Pero los hombres nos protegerían. No necesitamos de un ejército. Los hombres pelearían por sus casas y sus mujeres.

¿Por qué pelean? pregunté.

Juan Sánchez, el abanderado, me miró de manera curiosa.

—Pues, es bueno pelear ¡no se tiene que trabajar en las minas...! Manuel Paredes dijo:

—Pelemos para restaurar a Francisco I. Madero en la presidencia.

Esta extraordinaria declaración está impresa en el programa de la Revolución y por todas partes se conoce a los soldados constitucionalistas como "maderistas".

—Lo conocí continuó Manuel con lentitud. Siempre estaba riendo, siempre.

—Si dijo otro, cuando había problemas con un hombre y el resto quería pelear contra él o ponerlo en prisión, Pancho Madero decía: "Déjeme hablar con él por unos minutos. Yo puedo solucionarlo."

—Le encantaban los bailes dijo un indígena muchas veces lo vi bailar toda la noche, y todo el día y la noche siguientes. Solía venir a las grandes haciendas y daba discursos. Cuando comenzaba los peones lo odiaban, al terminar todos estaban llorando...

Aquí un hombre comenzó una tonada monótona e irregular, tal como las que siempre acompañaban a las baladas populares que brotan por millares en toda ocasión.

En mil novecientos diez
Madero fue encarcelado
En Palacio Nacional
El dieciocho de febrero

Cuatro días estuvo encerrado
En el salón de la Intendencia
Porque no quena
Renunciar a la Presidencia

Entonces Blanquet y Félix Díaz
Lo martirizaron ahí
Ellos fueron verdugos
Que se alimentaban de su odio.

Ellos lo golpeaban...
Hasta que él se desmayaba
Con el juego de la crueldad
Para hacerlo renunciar.

Entonces con hierros candentes
Lo quemaron sin piedad
Y sólo desmayado
Calmaba las horribles llamas.

Pero todo era en vano,
Porque su enorme valentía
Prefería morir
¡Tenía un inmenso corazón!

Este fue el fin de la vida
De aquél que era el redentor de la República Indígena
Y de todos los pobres.
Lo sacaron de Palacio
Y nos dijeron que lo habían matado en un asalto
¡Qué cinismo!
¡Qué descarada mentira!

Oh calle de Lecumberri
Tu alegría se acabó para siempre
Pues por ti pasó Madero
Rumbo a la Penitenciaría.

Este veintidós de febrero
Siempre se recordará en la República Indígena
Dios lo ha perdonado
Y la Virgen de Guadalupe.

¡Adiós hermoso México!
Adiós al Palacio
Donde salió un cadáver vivo.

Señores no hay nada eterno
Ni sincero en esta vida
¡Vean lo que le pasó a
Don Francisco I. Madero!

Para cuando iba a la mitad, todos los soldados tarareaban la canción, y al terminar se hizo un resonante silencio.

Nosotros peleamos dijo Isidro Amayo por la libertad. ¿Qué quieren decir con libertad?

¡Libertad es cuando yo puedo hacer lo que quiero!

-¿Pero supongamos que esto daña a otra persona?

Me contestó, seguro, con la gran frase de Benito Juárez:

— ¡El respeto al derecho ajeno es la paz!

Yo no estaba preparado para esto. Me sorprendió el concepto de libertad de estos descalzos mestizos. Considero que ésta es la única definición correcta de la libertad: ¡hacer lo que uno quiere! Los norteamericanos me la citan triunfalmente como un ejemplo de la irresponsabilidad de los mexicanos. Pero, pienso que es mejor definición que la nuestra: "Libertad es el derecho de hacer lo que las cortes dicen".

Cualquier escolar mexicano conoce la definición de paz y parece que también entienden bastante bien lo que significa. Sin embargo, dicen que los mexicanos no quieren paz. Esto es una mentira, una mentira estúpida. ¡Dejemos que los estadounidenses se tomen la molestia de ir preguntando por todo el ejército maderista si quieren paz o no! La gente está harta de la guerra.

No obstante, para ser justos, debo escribir sobre la declaración de Juan Sánchez:

—¿Hay guerra en Estados Unidos ahora? —preguntó.

—No —le mentí.

—¿Ninguna guerra en absoluto? —meditó por un momento— ¿Cómo se entretienen entonces...?

Fue cuando alguien divisó un coyote atisbando desde un arbusto, y toda la tropa se dio a la caza con alboroto. Se esparcieron retozando por el desierto, los últimos rayos del sol centelleaban en las cananas y espuelas, las puntas de sus brillantes sarapes volaban detrás de ellos. Más allá el mundo chamuscado se deslizaba con suavidad y una extensión de lejanas montañas color lila resaltó por encima del calor de las olas como un caballo encabritado. Por aquí, si la leyenda es cierta, pasaron los españoles cubiertos de sus armaduras de fierro en busca de oro; una llamarada de carmesí y plata que dejó al desierto frío y desolado desde entonces.

Para culminar, un amanecer divisamos por primera vez la hacienda de La Mimblera, un grupo amurallado de casas, tan fuerte como para soportar un sitio, extendiéndose escarpadamente ladera abajo, con la magnífica casa grande en la cumbre.

En frente de esta casa que había sido saqueada y quemada por Cheché Campa, el general de Orozco, dos años antes, subió el coche. Ya había una enorme fogata, diez compañeros ya estaban matando borregos. Ellos se tambaleaban al resplandor rojo de la fogata, con los borregos forcejeando y balando en sus brazos, la sangre caía a borbotones por el suelo brillando ante la candente luz como algo fosforescente.

Los oficiales y yo cenamos en la casa del administrador, don Jesús, el más hermoso espécimen de hombría que jamás haya visto. Medía 1.80 metros, delgado, piel blanca, un tipo puramente español de la más alta cuna. A un lado del comedor, recuerdo, colgaba un rótulo bordado en rojo, blanco y verde: "¡Viva México!" y otro que decía: "¡Viva Jesús!"

Fue después de la cena, al pararme junto al fuego pensando dónde dormiría, que el capitán Fernando tocó mi brazo.

—¿Dormiré con los compañeros?

Caminamos a través de la gran plaza, bajo la opalescente luz de las estrellas del desierto, hacia un apartado granero de piedra. Dentro, unas cuantas velas pegadas a la pared alumbraban

los rifles recargados en las esquinas, los sables en el piso y los compañeros enrollados en sus cobijas con la cabeza apoyada sobre el cuerpo de otros. Uno o dos estaban despiertos, hablando y fumando. En una esquina, tres estaban sentados envueltos en sus sarapes, jugando cartas. Cinco o seis tenían buena voz y una guitarra. Cantaban "Pascual Orozco":

Dicen que Pascual Orozco cambió de saco
Porque don Terrazas lo sedujo;
Le dieron muchos millones y lo compraron
Y enviaron a derrocar al gobierno.

Orozco lo creyó
Y a la guerra fue
Pero el cañón maderista
Fue su calamidad.

Si a vuestra ventana llegase Porfirio Díaz
Denle por caridad algunas tortillas frías;
Si a vuestra ventana llegase el general Huerta,
Escupid su cara y cerrad la puerta.

Si a vuestra ventana llegase Inés Salazar,
Asegurad vuestro baúl para que no pueda robar,
Si a vuestra ventana llegase Maclovio Herrera
Dadle de cenar y poned un mantel sobre la mesa.

Al principio no me reconocieron, pero pronto uno de los jugadores dijo:

—¡Aquí viene el mister!

Al oírlo los otros se levantaron y levantaron al resto.

—Está bien, es bueno dormir con los hombres, tome este lugar, amigo; aquí está mi silla; aquí no hay nada malo; aquí un hombre se va

derecho...

—Que pase buena noche, compañero —dijeron—. Hasta mañana, pues.

Al rato alguien cerró la puerta. El cuarto se llenó de humo y fetidez por la respiración humana. Qué poco silencio había entre el coro de ronquidos y el canto que continuó, creo, hasta el

amanecer. Los compañeros tenían pulgas...

Sin embargo me enrollé en mis cobijas y me acosté sobre el suelo de cemento muy feliz. Fue el mejor sueño que tuve hasta entonces en México.

Al amanecer subimos con gran algarabía una pronunciada barranca del desolado desierto para calentarnos. Era un frío amargo. La tropa estaba envuelta en sarapes hasta los ojos, se veían como hongos multicolores bajo sus enormes sombreros. Los rayos del sol quemaban al caer sobre mi cara, nos tomaron de improviso, glorificando los sarapes a colores más brillantes de lo que eran. El de Isidro Amayo era de espirales azul marino y amarillo; Juan Sánchez tenía uno color rojo ladrillo; contra ellos zigzagueaba un patrón centelleante de púrpura y negro.

Volteamos para ver cómo paraban el coche. Patricio nos hizo ademanes. Dos de las mulas estaban exhaustas, por lo nuevo de las veredas y el trotar fatigoso de los últimos dos días. La tropa se dispersó en busca de mulas. Pronto regresaron conduciendo dos hermosos animales que jamás habían sido enjaezados. Apenas olieron el coche hicieron un desesperado intento por liberarse. Entonces, toda la tropa regresó a su ocupación original: se convirtieron en vaqueros. Era un bello panorama, las reatas balanceándose en el aire, los repentinos tiros de los lazos, como si fueran serpientes; los caballitos frenados contra la impresión de las mulas que corrían. Esas mulas eran unos demonios. Una y otra vez rompieron las reatas; dos veces tiraron a caballo y jinete. Pablo vino al rescate. Se montó en el caballo de Sabás, hincó las espuelas y persiguió a una mula. En tres minutos ya la había lazado por la pata, tirado y atado. Entonces procedió de la misma manera con la segunda. No era por nada que a los veintiséis años Pablo ya fuera teniente coronel. No sólo podía pelear mejor que sus hombres, sino montar mejor, lazar mejor, disparar mejor, cortar leña mejor y bailar mejor.

Las patas de las mulas estaban atadas, y se las arrastró con reatas hasta el coche donde se les deslizó el arnés a pesar de sus frenéticos esfuerzos. Cuando todo estuvo listo, Patricio se subió al frente, agarró el látigo y nos dijo que las soltáramos. Los animales salvajes se levantaron en desorden, relinchando y jalando; por encima del clamor se oía el chasquido del pesado látigo y por debajo a Patricio:

–¡Ándale! ¡Hijas de la gran ch...!

Y se lanzaron hacia adelante, corriendo, el gran coche detrás atravesando arroyos como un tren exprés. Pronto desapareció detrás de su propia nube de polvo, para reaparecer horas más tarde, subiendo a paso lento por la ladera de una gran colina, a muchos kilómetros de distancia...

Panchito tenía once años y ya era soldado con un rifle demasiado pesado para él y un caballo en el que tenían que subirlo. Su compadre era Victoriano, un veterano de catorce años. Otros siete de la tropa eran menores de diecisiete años. Había una mujer hosca de cara indígena, que montaba de lado y llevaba dos cananas. Ella cabalgaba con los hombres, dormía con ellos en los cuarteles.

– ¿Por qué pelea? –le pregunté.

Con la cabeza señaló la figura impresionante de Julián Reyes.

– Porque él pelea –me contestó–. Al que a buen árbol se anima buena sombra le cobija.

– Un buen gallo en cualquier gallinero canta –coreó Isidro. –El que es perico dondequiera es verde –agregó alguien más.

– Caras vemos, corazones no sabemos –dijo José sentimentalmente.

A medio día lazamos una res, la degollamos. Como no había tiempo para hacer una fogata, cortamos en tiras la carne del esqueleto y nos la comimos cruda.

— Oiga, mister —gritó José— ¿los soldados en Estados Unidos comen carne cruda?

Contesté que no creía que lo hicieran.

Es buena para los hombres. En la campaña no teníamos tiempo para nada más que carne cruda. Nos hace más valientes.

Pero ya entrada la tarde alcanzamos al coche, galopamos con él a través del arroyo seco y subimos al otro lado, pasamos el gran campo de rebota que flanquea la hacienda de La Zarca. A diferencia de La Mimbrera, la casa grande aquí está sobre un lugar llano, con las casas de los peones formando grandes filas a los costados, y un desolado desierto lleno de chaparral se extendía unos treinta kilómetros al frente. Cheché Campa también había visitado La Zarca. La casa grande es una negra ruina con agujeros por todos lados.

V Noches blancas en Zarca

Desde luego que me alojé en el cuartel. Justo aquí es que quiero mencionar un hecho. Los norteamericanos insisten en que los mexicanos son deshonestos por naturaleza; según ellos yo debería esperar que me robaran mis pertenencias desde el primer día. Llevaba dos semanas viviendo con una banda de ex convictos como en todo ejército. No tenían ni disciplina ni educación. Muchos de ellos, odiaban a los gringos. No se les había pagado en seis semanas, y algunos estaban tan desesperadamente pobres que no podían ni alardear de sus huaraches o de sus sarapes. Yo era un extraño, desarmado, con buenas pertenencias. Poseía ciento cincuenta pesos que escondía en la cabecera de mi cama al dormir, y nunca perdí nada. Más que eso, nunca se me permitió pagar mi comida. En una compañía donde el dinero era escaso y el tabaco casi desconocido, yo dormía aprovisionado con todo lo que pudiera fumar gracias a los compañeros. Cada intento que yo hacía por pagar algo era un insulto para ellos. La única cosa que se me permitía pagar era el alquiler de la música para los bailes.

Mucho después de que Juan Sánchez y yo nos envolvimos en nuestras cobijas esa noche, podíamos oír el ritmo de la música y los gritos de los danzantes.

Debió haber sido medianoche cuando alguien abrió de par en par la puerta y gritó:

—¡Mister! ¡ Oiga, mister! ¿Está dormido? ¡Venga al baile! ¡Arriba! ¡Ándele!

— ¡Demasiado sueño! —dije.

Después de unos argumentos el mensajero se fue, pero en diez minutos regresó.

— ¡El capitán Fernando le ordena venir de inmediato! ¡Vámonos! Ahora los demás se despertaron.

— ¡Vaya al baile, mister! —gritaron.

Juan Sánchez se sentó y empezó a ponerse los zapatos.

— ¡Vámonos! —dijo—. ¡El mister va a bailar! ¡Ordenes del capitán! ¡Vamos, mister!

— Iré si toda la tropa va —dije.

Todos dieron un grito y la noche se llenó de jubilosos hombres metiéndose la ropa.

Veinte de nosotros llegamos de golpe a la casa. Los peones que bloqueaban la puerta y la ventana las abrieron para dejarnos pasar. —¡E1 mister! —gritaron—. ¡El mister va a bailar!

El capitán me abrazó, rugiendo:

— ¡Ahí viene, el compañero! ¡A bailar! ¡Vamos! ¡Van a bailar la jota!

—¡Pero no sé bailar la jota!

Patricio, sonrojado y jadeante, me tomó del brazo.

—¡Venga, es fácil! ¡Le voy a presentar a la mejor chica en Zarca!

No había nada que hacer. La ventana estaba atestada de caras y un centenar trataba de colarse por la puerta. Era un cuarto común y corriente en la casa de un peón, blanqueado, con un sucio piso lleno de bordos. A la luz de las velas se sentaban dos músicos. La música tocó "Puentes de Chihuahua". Se escuchó un silencio sonriente. Tomé a la joven bajo mi brazo, comencé la marcha preliminar alrededor del cuarto, esto se acostumbra antes de que el baile comience. Valseamos dolorosamente por uno o dos momentos, de pronto todos empezaron a gritar:

— ¡Ora! ¡ora! ¡pos ora!

— ¿Ahora qué hacen?

— ¡Vuelta! ¡vuelta! ¡suéltela! —en un perfecto grito.

— ¡Pero no sé cómo!

— El tonto no sabe bailar —gritó uno.

Otro empezó una canción burlesca:

Los gringos son todo pies,

Nunca han estado en Sonora

Y cuando quieren decir: "Diez reales,"

Dicen-'dolla an'a quarta'...

Pero Patricio llegó al centro, Sabás detrás de él; cada uno tomó a una muchacha de la línea de mujeres que se sentaba en un extremo del cuarto. Y cuando conducía a mi pareja a su asiento, ellos "vuelta d." Primero unos cuantos pasos de vals, después el hombre dio vueltas alejándose de la chica, tronando los dedos lanzando un brazo hacia arriba para cubrir su cara, mientras que la chica ponía una mano sobre la cadera y bailaba tras él. Se acercaron uno a otro, se retiraron, y bailaron uno alrededor del otro. Las chicas eran tontas y sin gracia, con cara indígena y horribles, con hombros inclinados de tanto moler maíz y lavar la ropa. Algunos de los hombres llevaban pesadas botas, otros no; muchos usaban pistolas y cananas, unos cuantos llevaban rifles colgando de sus hombros.

El baile siempre iba precedido por una gran marcha; después, cuando la pareja baila dos veces el circuito de la habitación, caminan otra vez. Eran pasodobles, valeses y mazurkas además de la jota. Cada muchacha mantenía los ojos fijos en el suelo, nunca hablaba, tropezaba pesadamente atrás de uno. Agreguen a esto un piso sucio lleno de arroyos y tendrán una forma de tortura sin paralelo en el mundo. Me pareció que bailé por horas, alentado por el coro:

—¡Baile, mister! ¡No le afloje! ¡No se dé por vencido!

Después hubo otra jota, y aquí fue donde casi me meto en líos. Bailé ésta con buen éxito, con

otra chica. Y después, cuando le pedí a mi compañera original un pasodoble, se enojó mucho.

— Me avergonzó ante todos —dijo ella— ¡usted, usted dijo que no sabía bailar la jota!

Cuando marchamos por la habitación, ella se dirigió a sus amigos:

—¡Domingo! ¡Juan! ¡Vengan a quitarme este gringo! ¡No se atreverá a hacer nada!

Media docena de ellos se dirigieron a la pista, y el resto estaba a la expectativa; era un momento difícil. Pero de pronto el buen Fernando se paró en frente, revólver en mano.

—¡El americano es mi amigo! —dijo— ¡Regresen a sus asuntos!...

Los caballos estaban cansados, así es que descansamos un día en La Zarca. Detrás de la casa grande había un jardín en ruinas, lleno de grises álamos, higueras, viñas y grandes cactus. Estaba amurallado con altas paredes de adobe en tres costados, sobre uno de los cuales la antigua torre blanca de la iglesia flotaba en el cielo azul. El cuarto costado daba a un estanque de agua amarilla; más allá se extendía el desierto occidental, kilómetros y kilómetros de la más árida desolación. El soldado Marín y yo yacíamos bajo una higuera, observando los buitres navegar sobre nosotros con alas inmóviles. De repente una música fuerte y agitada rompió el silencio.

Pablo había encontrado una pianola en la iglesia donde había escapado al ojo de Cheché Campa el año anterior; dentro había un rollo, "el vals de la viuda alegre." No había otra cosa que hacer más que sacar el instrumento al patio en ruinas. Nos turnamos para tocarlo todo el día; Rafaelito contribuyó con la información de que la "Viuda

Alegre" era la pieza más popular de México. Dijo que un mexicano la compuso.

El hallazgo de la pianola nos sugirió que diéramos otro baile a la noche, en el mismo pórtico de la casa grande. Se pusieron velas en los pilares, la débil luz temblaba sobre los derruidos muros, quemaba y ennegrecía los marcos de las puertas, la lucha de las viñas salvajes resultó en que se habían enredado sin control alrededor de las vigas del techo. El patio entero estaba atestado de hombres encobijados, de fiesta, aunque un poco incómodos en la gran casa a donde nunca se les había permitido la entrada. Tan pronto como la orquesta terminó una danza, la pianola inmediatamente asumió su tarea. Las canciones se sucedían sin descanso. Un barril de sotol complicó más las cosas. Conforme la tarde pasaba, la reunión se hizo cada vez más regocijante. Sabás que era ordenanza de Pablo, bailó con la amante de Pablo. Los seguí. De inmediato Pablo le pegó a ella en la cabeza con la cacha de su revólver, dijo que la mataría si bailaba con otro, y a su compañero también. Después de estar sentado unos minutos meditando, Sabás se levantó, empuñó su revólver, e informó al arpista que había dado una mala nota. Acto seguido le disparó. Otros compañeros desarmaron a Sabás, quien se fue a dormir en medio de la pista de baile.

El interés en que el mister bailara, pronto cambió por otro fenómeno. Me senté junto a Julián Reyes, el del Cristo y la Virgen en el sombrero. Estaba muy intoxicado con sotol, sus ojos llameaban como los de un fanático.

Se volvió hacia mí:

—¿Va a pelear con nosotros?

—No —dije—. Soy un corresponsal. Se me prohíbe pelear.

—Eso es mentira —gritó—. Usted no pelea porque tiene miedo. Ante los ojos de Dios, nuestra causa es justa.

—Sí, lo sé. Pero mis órdenes son no pelear.

—¿Qué me importan las órdenes? —chilló—. No queremos corresponsales. No queremos palabras impresas en un libro. Queremos rifles y matar, si morimos estaremos junto con los ángeles ¡cobarde! ¡huertista!...

— ¡Ya basta! —gritó alguien.

Levanté la vista para mirar a Longinos Güereca parado tras de mí.

—Julián Reyes, tú no sabes nada. Este compañero viene desde muchos kilómetros por mar y tierra para decirles a sus paisanos la verdad de la lucha por la libertad. Va a la batalla sin armas, él es más valiente que tú, porque tú tienes un rifle. ¡Ahora, sal, no lo molestes más!

Se sentó donde Julián había estado, me dirigió su sonrisa amable y franca, tomando mis manos entre las suyas.

—Debemos ser compadres ¿eh? —dijo Longinos Güereca— deberíamos dormir en las mismas cobijas, siempre estar juntos. Y cuando lleguemos a La Cadena te llevaré á casa, para que mi padre te haga mi hermano... Te enseñaré las minas perdidas de oro de los españoles, las más ricas en el mundo... Las trabajaremos juntos, ¿eh?... Seremos ricos ¿eh?...

A partir de entonces Longinos Güereca y yo estuvimos siempre juntos.

El baile se hizo cada vez más desenfrenado. La orquesta y la pianola se alternaban sin descanso. Todos estaban borrachos. Pablo estaba alardeando horriblemente sobre la matanza de prisioneros indefensos. De vez en cuando se oía un insulto, había un encasquillar de rifles por todo el lugar. Entonces quizá una pobre mujer exhausta se alistaba para irse a casa; qué grito de advertencia se levantaba:

—¡No se vaya! ¡No se vaya! ¡deténgase! ¡venga para acá y baile! ¡regrese acá!

Y la descorazonada procesión paraba y regresaba a regañadientes. A las cuatro, cuando alguien esparció el informe de que un gringo huertista estaba entre nosotros decidí irme a acostar. Pero el baile continuó hasta las siete...

VI "¿Quién vive?"

Al amanecer me levanté al ruido de disparos, una trompeta vieja sonaba sin freno. Juan Sánchez estaba de pie frente al cuartel, tocando la diana; no sabía cuál era el toque de diana, así es que los tocaba todos. Patricio había lazado una res para el desayuno, el animal corrió jalando con fuerza hacia el desierto, con el caballo de Patricio corriendo a un lado. El resto de la tropa, sólo los ojos sobresalían de los sarapes, estaban arrodillados con sus rifles al hombro. ¡Crash! En ese aire tranquilo, el grandioso sonido de las pistolas rompía con enorme estruendo. La res jalaba de lado; su bramido nos llegaba desvanecido ¡crash! cayó de cabeza; sus patas se agitaron en el aire; la montura de Patricio saltó con violencia, su sarape se agitó como una bandera. Justo entonces el tremendo sol se levantó en todo su esplendor por el este, vertiendo claridad sobre la planicie desnuda como el mar...

Pablo emergió de la casa grande, apoyándose sobre el hombro de su esposa.

—Voy a estar muy enfermo —gruñó, acompañando la acción a las palabras —Juan Reed montará mi caballo.

Se metió al coche, tomó la guitarra y cantó:

Me quedé al pie de un maguey.

Mi desagradecido querer se fue con otro.

Me levanté con el canto de la golondrina:

¡Oh, qué cruda tengo! ¡Y los cantineros no van a confiar en mí.

Oh Dios quítame esta enfermedad

me siento como si de veras me fuera a morir

la virgen del pulque y el whisky debe salvarme

¡oh qué cruda, y nada qué tomar...!

Son unos noventa kilómetros desde La Zarca hasta la hacienda de La Cadena donde la tropa debía estacionarse. Cabalgamos un día, sin agua ni comida. El coche pronto nos dejó atrás. En corto tiempo la desolación del terreno dio paso a una vegetación espinosa y hostil, el cactus y el mezquite. Nos deslizamos por un surco profundo entre el gigantesco chaparral, atragantados con la gran nube de polvo alcali, rasguñados y picados por los arbustos espinosos. Algunas veces salíamos a un espacio abierto y se podía ver el camino recto que subía las barrancas del desierto hasta donde el ojo ya no podía ver; pero sabíamos que ahí estaba, extendiéndose más y más lejos. No soplaban ni el viento más suave. El sol vertical nos daba con tal furia que le hacía flaquear a uno. La mayoría de la tropa, que se había emborrachado la noche anterior, comenzó a sufrir terriblemente. Sus labios tostados y partidos se tornaron de un azul oscuro. No oí ni una sola voz de queja. Pero no había ese bromear y retozar ligeros de otros días. José Valiente me enseñó a mascar ramas de mezquite, pero eso no me ayudó mucho.

Cuando ya llevábamos horas cabalgando, Fidencio señaló hacia el frente, diciendo con voz ronca:

—¡Ahí viene un cristiano!

Cuando uno repara en la palabra cristiano, en esos momentos, sólo significaba hombre, este significado desciende de los indígenas desde tiempos inmemoriales. Y cuando el hombre que la pronuncia tiene un parecido asombroso a la imagen de Cuauhtemotzin, le provoca a uno una extraña sensación. El cristiano en cuestión era un indígena entrado en años que conducía un carro. No, no llevaba agua. Pero Sabás brincó de su caballo y tiró el bulto del anciano al suelo.

—¡Ah! —gritó—. ¡Bueno! ¡Tres piedras!—. Y, alzándola, mostró una raíz de planta de sotol que parecía un agave barnizado exudando jugos intoxicantes.

La dividimos como se divide una alcachofa y pronto todos nos sentimos mejor.

Fue al final de la tarde que viramos en un recodo del desierto y vimos, al frente, gigantescos álamos cenizos flanqueando la corriente del río de la hacienda Santo Domingo. Un pilar de polvo café, como el humo de una ciudad en llamas, se levantaba en el corral donde los vaqueros lazaban caballos. Desolada y solitaria se erigía la casa grande que Cheché Campa había quemado hacía un año. Junto al río, al pie de los álamos, una docena de buhoneros vagabundos se acucillaban alrededor del fuego, sus burros rumiaban maíz. Desde la fuente hasta las casas de adobe y de regreso, se movía una interminable cadena de cargadoras de agua, el símbolo del

norte de México.

—¡Agua! —gritamos gozosos, galopando colina abajo. Los caballos del coche ya estaban en el río con Patricio. Saltando de sus monturas, la tropa se arrojó sobre su estómago, hombres y caballos por igual metieron la cabeza, y bebimos, y bebimos... Fue la sensación más gloriosa que jamás haya experimentado.

—¿Quién tiene un cigarro? —gritó alguien. Por unos cuantos benditos minutos nos recostamos fumando. El sonido de la música, música alegre, me hizo sentar. Ahí, a través de mi visión, se movía la procesión más extraña del mundo. Primero venía un peón harapiento con la rama en flor de cierto árbol. Detrás de él, otro llevaba sobre la cabeza una pequeña caja similar a un ataúd, con largas franjas azules, rosas y plateadas, lo seguían cuatro hombres, llevando una especie de dosel hecho de lanilla de alegres colores. Una mujer caminaba bajo él, aunque el dosel la cubría hasta la cintura; por encima de él yacía el cuerpo de una niña, con los pies descalzos y las pequeñas manos morenas cruzadas sobre el pecho. Tenía una guirnalda de flores de papel sobre la cabeza, todo su cuerpo estaba cubierto de ellas. Un arpista iba al final, tocando un vals popular llamado "Recuerdos de Durango." El cortejo fúnebre se movía lenta y alegremente, pasando por un campo de rebota, donde los jugadores jamás cesaban su partido de pelota, hasta el pequeño campo santo.

—¡Bah! —soltó Julián Reyes con furia-. ¡Esa es una blasfemia a los muertos!

Bajo los últimos rayos del sol el desierto era deslumbrante. Cabalgábamos por una tierra silenciosa y encantada, semejante a un reino submarino. Por todas partes había cactus coloreados de rojo, azul, púrpura, amarillo, como el coral en el fondo del océano. Detrás de nosotros, hacia el oeste, el coche rodaba en medio de un aura de polvo como el carruaje de Elías... Hacia el este, bajo un cielo ya oscurecido con estrellas, estaban las corrugadas montañas, detrás de las cuales se extendía La Cadena, el puesto de avanzada del Ejército maderista. Era una tierra para amar — México— una tierra por la cual luchar. Los trovadores de pronto comenzaban la interminable canción "La corrida de toros", donde los jefes federales son los toros, y los generales maderistas los toreros; cuando veía a los hombres alegres, amorosos, humildes, quienes habían dado tanto de su vida y su comodidad por la valiente lucha, no pude evitar pensar en el pequeño discurso que Villa dio a los extranjeros que abandonaron Chihuahua en el primer tren de refugiados:

—Estas son las últimas noticias para que lleven a su gente. Ya no habrán más palacios en México. Las tortillas del pobre son mejores que el pan del rico ¡vengan!...

Ya era muy noche —más de las once— cuando el coche se descompuso sobre el camino rocoso entre las montañas. Me detuve a recoger mis cobijas; cuando me puse en marcha, los compañeros ya se habían esfumado por el sinuoso camino. En algún lugar cercano, sabía yo, estaba La Cadena. En cualquier momento un centinela podía salir de entre el chaparral. Por más de un kilómetro descendí por un camino escarpado que muchas veces resultó ser el lecho seco de un río, serpenteando cuesta abajo entre las altas montañas. Era una noche negra, sin estrellas, con un frío amargo. Por fin las montañas se abrieron en una vasta planicie; apenas pude distinguir la tremenda extensión de La Cadena y el paso que la tropa debía guardar. A escasos cinco kilómetros más allá del paso se encontraba Mapimí, sostenido por doce mil federales. Pero la hacienda todavía estaba escondida por un doblez del desierto.

Ya estaba muy cerca, sin haber sido retado, veía una indistinta plaza blanca de edificios al otro lado del profundo arroyo; y ningún centinela todavía.

— Es curioso —me dije— no tienen muy buena guardia por aquí.

Me sumergí en el arroyo, y subí al otro lado. En una de las enormes habitaciones de la casa grande había luces y música. Asomándome, vi al infatigable Sabás girando en los laberintos de la jota, e Isidro Amayo y José Valiente ¡un baile! Justo entonces un hombre, pistola en mano, se asomó por el marco de la puerta.

—¿Quién vive? —me gritó con pereza.

—¡Madero! —grité.

—¡Puede vivir! —contestó el centinela, volviendo al baile...

VII Un puesto de avanzada de la Revolución.

Había ciento cincuenta de nosotros estacionados en La Cadena, el puesto de avanzada más occidental de todo el ejército maderista. Nuestra labor era guardar un paso, la Puerta de la Cadena; pero las tropas estaban acuarteladas en la hacienda, a diez millas. Se erguía sobre una pequeña meseta, un profundo arroyo de un lado, al fondo del cual un río subterráneo salía a la superficie por unos cincuenta metros y volvía a desaparecer. Tan lejos como el ojo podía llegar y hacia abajo, por el ancho valle, estaba el más despiadado tipo de desierto; lechos de arroyos secos, además de un bosque de chaparral, cactus y plantas espada.

En dirección al este se extendía La Puerta, rompiendo la tremenda sucesión de montañas que manchaban medio cielo, continuando hacia el norte y hacia el sur más allá de la visión, arrugadas como si fueran la ropa de cama de un gigante. El desierto arremetía para encontrar una abertura; más allá no había otra cosa más que el intenso azul del immaculado cielo mexicano. Desde La Puerta se podían ver ochenta kilómetros a través de la vasta planicie árida que los españoles llamaron Llano de los Gigantes, donde las bajas montañas yacen esparcidas por todo el lugar; a cuatro leguas de distancia las grises casas de un solo piso de Mapimí. Ahí estaba el enemigo; mil doscientos colorados, o irregulares federales, bajo las órdenes del infame coronel Argumedo. Los colorados son los bandidos que hicieron la revolución de Orozco. Así se les llamaba porque su bandera era roja, también porque sus manos estaban llenas de sangre por las matanzas. Ellos barrieron el norte de México, quemando, saqueando, robando a los pobres. En Chihuahua, cortaron las plantas de los pies a un pobre diablo y le hicieron caminar un kilómetro por el desierto antes de que muriera. Yo he visto una ciudad de cuatro mil almas reducida a cinco después de una visita de los colorados. Cuando Villa tomó Torreón, no hubo misericordia para los colorados; siempre se les mata.

El primer día que llegamos a La Cadena, doce de ellos cabalgaban en reconocimiento. Veinticinco de la tropa estaban de guardia en La Puerta. Capturaron a un colorado. Lo hicieron bajarse de su caballo, le quitaron su rifle, la ropa y los zapatos. Después lo hicieron correr desnudo por cincuenta metros de chaparral y cactus, disparándole. Por último, Juan Sánchez lo tiró, gritando, por lo tanto se ganó el rifle, que me trajo como obsequio. Dejaron al colorado a merced de las grandes avispas que revolotean con pereza en el desierto durante todo el día.

Cuando todo esto ocurrió, mi compadre, el capitán Longinos Güereca, el soldado Juan Vallejo y yo tomamos prestado el coche del coronel para un viaje al pequeño y polvoriento rancho de Bruquilla, el hogar de Longinos. Estaba a cuatro leguas desérticas al norte, donde un arroyo brotaba milagrosamente de una pequeña colina blanca. El viejo Güereca era un peón de cabello cano y huaraches. Había nacido esclavo en una de las grandes haciendas; pero los años de trabajo, demasiado agobiantes para darse cuenta, lo habían convertido en uno de esos raros seres en México: un dueño independiente de una parcela. Tenía diez hijos: hijas de piel morena y suave, e hijos que parecían mozos de labranza de Nueva Inglaterra; una hija en la tumba.

Los Güereca eran gente orgullosa, ambiciosa y de buen corazón. Longinos dijo:

—Este es mi querido amigo, Juan Reed, mi hermano.

El anciano y su esposa me abrazaron dándome palmadas en la espalda, en la forma afectuosa de los mexicanos.

—Mi familia no le debe nada a la Revolución dijo Gino con orgullo—. Otros han tomado dinero, caballos y vagones. Los jefes del ejército se han hecho ricos de la pobreza en las grandes haciendas. Los Güereca le habían dado todo a los maderistas, sin haber tomado nada más que mi rango...

El anciano, sin embargo, estaba un poco amargado. Levantando una reata de pelo de caballo, dijo:

— Hace tres años yo tenía cuatro reatas como ésta. Ahora sólo tengo una. Uno de los colorados se llevó una, la gente de Urbina se llevó otra, y la última se la llevó José Bravo... ¿qué diferencia hay en qué bando le roba a uno?

Pero no lo decía en serio. Él estaba inmensamente orgulloso de su hijo menor, el oficial más valiente de todo el Ejército.

Nos sentamos en el largo cuarto de adobe, comiendo el más exquisito queso, tortillas con mantequilla fresca de cabra; la sorda y anciana madre se disculpaba en voz alta por la pobreza de la comida mientras su guerrero hijo recitaba su *Ilíada* personal de nueve días de lucha alrededor de Torreón.

— Llegamos tan cerca decía— que el aire caliente y la pólvora quemada nos apestaba en la cara. Llegamos demasiado cerca para disparar, así es. que amartillamos nuestros rifles...

Justo entonces todos los perros comenzaron a ladrar al mismo tiempo. Brincamos de nuestros asientos. Uno no sabía qué esperar en Cadena esos días. Era un pequeño niño a caballo, gritando que los colorados estaban entrando por La Puerta y alejándose a galope tendido.

Longinos voló a enjaezar las mulas al coche. La familia entera se puso a trabajar con ahínco; en cinco minutos Longinos se hincó sobre una rodilla, besó la mano de su padre, y en un santiamén ya estábamos devorando el camino.

— ¡Que no te maten! ¡Que no te maten! ¡Que no te maten! —podíamos oír los gritos de la señora.

Pasamos un vagón cargado de mazorcas con una familia de mujeres y niños, dos baúles de hojalata y una cama de hierro, llena hasta el máximo. El hombre de la familia montaba un burro. Sí, los colorados venían; cientos de ellos se colaban por La Puerta. La última vez que los colorados habían venido mataron a su hija. Por tres años había habido guerra en este valle, y no se quejaba. Porque era por la patria. Ahora ellos irían a los Estados Unidos donde... Pero Juan flageló a las mulas cruelmente y no oímos más. Adelante iba un anciano descalzo que plácidamente conducía algunas cabras. ¿Había oído de los colorados? Bueno, había un chisme sobre los colorados. ¿Estaban pasando por La Puerta, cuántos eran?

—¡Pues, quién sabe, señor!

Por último, gritando a las tambaleantes mulas, llegamos al campo justo a tiempo para ver ala victoriosa tropa dispersa por todo el desierto, tirando más rondas de municiones de las que habían usado en la batalla. Se movían agachados, apenas sobresaliendo con sus bultos la barda de mezquite a través de la que relampagueaban todos los enormes sombreros y los alegres sarapes, los últimos rayos del sol brillaban sobre sus rifles levantados.

Esa noche llegó un correo del general Urbina diciendo que estaba enfermo, que quería que Pablo Seañes regresara. Así fue que el gran coche regresó con la amante de Pablo, Rafaelito, el jorobado, Fidencio y Patricio; Pablo me dijo:

—Juanito, si quieres regresar con nosotros, te sientas junto a mí en el coche.

Patricio y Rafaelito me rogaron que fuera. Pero ya había llegado tan lejos en el frente que no quería regresar. Entonces, al día siguiente, mis amigos y compañeros de la tropa, a quienes había aprendido a conocer tan bien en nuestra marcha a través del desierto, recibieron órdenes de ir a Jarralitos. Sólo Juan Vallejo y Longinos Güereca se quedaron atrás.

La nueva guarnición de Cadena era de una especie diferente de hombres. Dios sabe de dónde venían, pero siempre había un lugar en donde los soldados literalmente se morían de hambre. Eran los peones más miserables que jamás haya visto; la mitad de ellos no tenía sarapes. Se sabía que unos cincuenta eran nuevos, nunca habían oído la pólvora; un número igual estaba bajo las órdenes de un terrible e incompetente veterano llamado mayor Salazar; los cincuenta restantes estaban equipados con viejas carabinas y diez rondas de municiones por cabeza. Nuestro oficial al mando era el teniente coronel Petronilo Hernández, quien había sido mayor durante seis años en el ejército federal hasta que el asesinato de Madero lo llevó al otro bando. Era un valiente hombrecito de buen corazón, con hombros doblados, pero los años como oficial del ejército de la banda roja lo habían incapacitado para conducir tropas como ésta. Cada mañana daba una orden del día, distribuyendo guardias, poniendo centinelas, nombrando al oficial en servicio. Nadie la leía. Los oficiales en este

Ejército no tenían nada que ver con la disciplina o el orden de los soldados. Ellos eran oficiales porque habían sido valientes y su trabajo era pelear a la cabeza de la tropa; eso era todo. Todos los soldados escogían a un general, bajo quien habían sido reclutados, como si fuera su señor feudal. Ellos se llaman a sí mismos su gente, y un oficial de la gente de otro no tiene mucha autoridad sobre ellos. Petronilo era gente de Urbina pero las dos terceras partes de la guarnición de Cadena pertenecían a la división de Arrieta. Esta era la razón de que no hubiera centinelas al oeste y al norte. El teniente coronel Alberto Redondo guardaba otro paso cuatro leguas al sur, así es que pensábamos estar seguros en esa dirección. Es cierto, veinticinco hombres vigilaban La Puerta; La Puerta era fuerte...

VIII Los cinco mosqueteros

La casa grande de La Cadena había sido saqueada desde luego por Cheché Campa el año anterior. En el patio estaban acorralados los caballos de los oficiales. En la sala del propietario, que había sido alguna vez decorada con lujo, había ganchos pegados en las paredes para colgar las sillas, bridas, etc., los rifles y sables se paraban contra la pared, las sucias cobijas yacían enrolladas tiradas en el rincón. Por la noche, un fuego de olotes se quemaba en medio del piso; nos acucillamos alrededor, mientras Apolinario y Gil Tomás, de catorce años, que había sido un colorado, contaban leyendas de los tres sangrientos años.

— Al tomar Durango —dijo Apolinario— era gente del capitán Borunda; al que llaman el matador, porque siempre mata a los prisioneros. Pero cuando Urbina tomó Durango, no hubo prisioneros. Así es que Borunda, sediento de sangre, hizo redadas en todas las cantinas. En cada una tomaba algún hombre desarmado y le preguntaba si era federal.

— No, señor —decía el hombre—, ¡mereces la muerte porque no dijiste la verdad! gritaba Borunda, sacando su pistola— ¡bang! Todos nos reímos con ganas por esto.

— Eso me recuerda —intervino Gil— del tiempo en que peleé bajo la dirección de Rojas en la revuelta de Orozco (maldita sea su madre!).

Un viejo oficial porfirista se pasó a nuestro bando. Orozco lo mandó a enseñarle a los colorados (¡animales!) los ejercicios. Había un tipo chistoso en nuestra compañía. Tenía un excelente sentido del humor. Pretendía ser demasiado estúpido para aprender el manual de

armas. Así es que este maldito viejo huertista (¡que se fría en los infiernos!), le hizo que entrenara solo.

– ¡Armas al hombro! –el compañero lo hizo bien.

–¡Presenten armas! –perfecto.

–¡Porten armas! –actuaba como si no supiera cómo, así es que el viejo tonto fue y le tomó el rifle.

– ¡Así! –decía, jalándolo.

–¡Ah! –dijo el tipo–. ¡Así! –y le encajó la bayoneta justo enmedio del pecho.

Después de eso Fernando Silveyra, el tesorero, recontaba unas cuantas anécdotas de los curas, o sacerdotes que cuidaban tal como en Touraine del siglo XIII, los derechos feudales de los terratenientes sobre las mujeres de sus siervos antes de la revolución francesa. Fernando estaba bien enterado pues había sido preparado para la carrera eclesiástica. Había al menos una veintena de nosotros sentados alrededor de la hoguera, desde el más miserable peón en la tropa hasta el primer capitán Longinos Güereca. Ninguno profesaba religión alguna, aunque habían sido alguna vez buenos católicos; pero tres años de guerra les habían enseñado a los mexicanos muchas cosas. No habría otro Porfirio Díaz; no habría otra revolución como la de Orozco; y la religión católica no volvería a ser la voz de Dios.

Entonces Juan Santillanes, un subteniente de veintidós años, quien con toda seriedad me informó que era descendiente del gran héroe español Gil Blas, soltó el viejo dicho deshonroso que comenzaba:

Soy el conde de Oliveros

De la artillería española...

Juan orgullosamente enseñó cuatro cicatrices; había matado unos cuantos prisioneros indefensos con su pistola, dijo; prometiendo llegar a ser muy matador algún día. Presumió de ser el hombre más fuerte y valiente del ejército. Su concepto del humor me causaba la sensación de alguien rompiendo huevos en el bolsillo de mi saco. Juan era muy niño para su edad, pero muy agradable.

Sin embargo, el mejor amigo que tuve además de Gino Güereca fue el subteniente Luis Martínez. Le decían "el gachupín" –nombre despectivo para los españoles– porque parecía haber salido del retrato de algún joven noble español pintado por El Greco. Luis era de raza pura, sensible, alegre, de buen espíritu. Apenas contaba con veinte años, nunca había estado en una batalla. Sobre el contorno de su cara llevaba una barba negra.

Se la tocaba, sonriendo.

–Nicanor y yo apostamos que no nos rasuraríamos hasta tomar Torreón...

Luis y yo dormíamos en habitaciones diferentes pero por la noche, cuando la fogata se apagaba y el resto de los compañeros roncaba, nos sentábamos sobre nuestras cobijas, una noche en su cuarto, otra en el mío, hablando acerca del mundo, nuestras novias, lo que seríamos y haríamos cuando lográramos una posición. Cuando terminara la guerra, Luis iría a los Estados Unidos a visitarme; y juntos regresaríamos a Durango a visitar a la familia de Martínez. Me mostró la fotografía de un pequeño bebé, presumiendo de que ya era tío.

–¿Qué harás cuando las balas empiecen a volar? –le pregunté.

–¿Quién sabe? –se río–. ¡Creo que correré!

Era tarde, el centinela de La Puerta hacía rato que se había dormido.

–No se vaya –dijo Luis, agarrando mi saco–. Vamos a chismear otro ratito...

Gino, Juan Santillanes, Silveyra, Luis, Juan Vallejo y yo, cabalgamos hasta el arroyo para bañarnos en un pozo que se rumoreaba estaba por ahí. El lecho del río era desolado, lleno de arena blanca caliente, enmarcado por un denso mezquite y cactus. Cada kilómetro el río subterráneo se mostraba por un corto tramo, para más adelante desaparecer en un burbujeante anillo blanco de álcali. Primero estaba la laguna de los caballos; los soldados y sus maltrechos caballos se juntaban alrededor; uno o dos se acuclillaron en el anillo, lanzando agua con jícaras a los sudorosos caballos... Cerca de ellos se arrodillaban las mujeres en su eterno lavar sobre las piedras. Más allá el viejo camino de la hacienda formaba un atajo, donde la línea interminable de mujeres envueltas en rebozos negros caminaba con cántaros de agua sobre la cabeza. Aún más arriba había mujeres bañándose, envueltas en yardas de algodón azul claro o blanco y nenos morenos desnudos salpicando en lo bajo. Por último, hombres morenos desnudos con sombreros y sarapes de brillantes colores amarrados por encima de los hombros, fumando sus hojas en cuclillas sobre las rocas. Por allí arriba espantamos un coyote, lo correteamos hasta el desierto, disparando nuestros revólveres ¡ahí va! lo acorralamos en el chaparral en una carrera a muerte, echando tiros y gritando. Después, mucho después, encontramos la mítica laguna, un pequeño y profundo valle desgastado en la roca sólida, con algas verdes que crecían en el fondo.

Cuando regresamos, Gino Güereca se emocionó mucho al ver que su nuevo tordillo había llegado de Bruquilla; un garañón de cuatro años que su padre había criado para que lo montara al frente de su compañía.

–Es peligroso –anunció Juan Santillanes al apresurarnos–. Lo quiero montar primero ¡me encanta dominar caballos peligrosos!

Una inmensa nube de polvo amarillo llenó el corral, levantándose en el aire quieto. A través de ella aparecieron las pálidas formas caóticas de muchos caballos corriendo; sus pezuñas producían un trueno apagado. Los hombres apenas se veían, todos balanceaban las piernas y agitaban los brazos, los pañuelos amarrados sobre la cara; se alzaban lazos de gran tamaño, cercando; la gran bestia con el lazo apretado al cuello relinchaba y jalaba; el vaquero pasó la reata alrededor de su cadera, acostándose hacia atrás casi en el suelo los pies araban la mugre. Otro lazo atrapó las patas traseras del caballo y ya en el suelo lo ensillaron y le pusieron una rienda.

–¿Quieres montarlo, Juanito? –sonrió Gino.

–Después de ti –respondió Juan con dignidad–. Es tu caballo...

Pero Juan Vallejo ya estaba arriba del animal, gritándoles que lo soltaran. Con una especie de gruñido y relinchido, el tordillo se levantó con furia, y la tierra tembló con su feroz lucha.

Cenamos en la antiquísima cocina de la hacienda, sentados en bancos alrededor de una caja de empaque. El techo era de un café oscuro grasiento, por el humo de las generaciones de alimentos. Todo un extremo del cuarto contenía inmensos hornos, estufas y chimeneas de adobe, cuatro o cinco viejas matronas se inclinaban sobre ellos, moviendo las cazuelas y volteando las tortillas. El fuego era nuestra única luz, centelleando extrañamente sobre la anciana, encendiendo la negra pared por sobre la cual subía el humo para laurear el techo y finalmente escurrirse por la ventana. Estaba el coronel Petronilo, su amante, una campesina de rara belleza con cara marcada por las viruelas, parecía siempre reír para sí misma; don Tomás, Luis Martínez, el coronel Redondo, el mayor Salazar, Nicanor y yo. La amante del coronel parecía incómoda a la mesa; una campesina mexicana es un sirviente en su casa. Pero don Petronilo siempre la trataba como si fuera una gran dama.

Redondo me estaba contando de la chica con la que se iba a casar. Me enseñó su fotografía, ella iba a ir a Chihuahua a comprarse su vestido de novia.

— Tan pronto como tomemos Torreón —dijo.

— ¡Oiga, señor! —Salazar me tocó el brazo—. Ya supe quién es usted: es un agente de negocios americano que tiene vastos intereses en México; yo lo sé todo acerca de los negocios americanos. Usted es un agente de crédito; usted vino aquí a espiar el movimiento de nuestras tropas y después les va a enviar secretamente la información ¿no es cierto?

— ¿Cómo podría mandar secretamente alguna información desde aquí? —pregunté—. Estamos a cuatro días de la línea de telégrafo.

—Ah, ya sé —sonrio en complicidad, apuntando su dedo hacia mí—. Sé muchas cosas, tengo muchas cosas en la cabeza.

Ahora estaba de pie, el mayor sufría terriblemente de gota, sus piernas estaban envueltas en yardas y vendajes de lana, que las hacían parecer tamales.

— Yo sé todo acerca de los negocios, yo estudié mucho en mi juventud. Estos créditos americanos están invadiendo México para robar a la gente mexicana...

—Usted está equivocado, mayor —interrumpió don Petronilo cortante—. Este señor es mi amigo y huésped.

—Mire, mi coronel —estalló Salazar con violencia inesperada—. Este señor es un espía. Todos los americanos son porfiristas y huertistas. Haga caso de esta advertencia antes de que sea demasiado tarde. Tengo mucho en la cabeza. Soy un hombre muy listo. Saque a este gringo y mátelo de inmediato o se arrepentirá.

Un clamor de voces estalló al mismo tiempo que los otros, pero otro sonido lo interrumpió — un disparo, luego otro y la gritería de hombres.

Entró un soldado corriendo.

— ¡Motín de rangos! —gritó—. ¡No obedecen órdenes!

—¿Quiénes? —lanzó don Petronilo.

—¡La gente de Salazar!

— ¡Mala gente! —exclamó Nicanor mientras comamos—. ¡Ellos eran colorados capturados cuando tomamos Torreón, se nos unieron si no los matábamos! ¡Se les ordenó que guardaran La Puerta esta noche!

—Hasta mañana —dijo Salazar en este punto—. ¡Me voy a dormir!

Las casas de los peones de La Cadena, donde las tropas estaban acuarteladas, rodeaban una gran plaza, como una ciudad amurallada. Había dos portales, por uno de ellos forzamos nuestra salida a través de la muchedumbre de mujeres y peones que luchaban por salir; dentro, había luces tenues que se veían a través de las entradas de las casas, tres o cuatro pequeñas fogatas al aire libre, una manada de caballos asustados se agolpaba en una esquina; los hombres corrían salvajemente hacia dentro y hacia fuera de sus cuarteles, rifle en mano; en el centro del espacio abierto estaban parados un grupo como de cincuenta hombres, casi todos armados, como para repeler un ataque.

—¡Guarden esos portales! —gritó el coronel—. ¡No dejen que nadie salga sin una orden mía!

Entonces, los soldados corrieron en tropel hacia los portales; don Petronilo caminó hasta el centro de la plaza, solo.

— ¿Cuál es el problema, compañeros? —preguntó calladamente. —¡Nos van a matar a todos! —gritó alguien desde la oscuridad.

— ¡Quieren escapar! ¡Nos iban a traicionar con los colorados!

— ¡Es mentira! —gritaron los del centro—. ¡No somos gente de don

Petronilo! ¡Nuestro jefe es Manuel Arrieta!

De pronto, Longinos Güereca, desarmado, pasó junto a nosotros como un relámpago y cayó sobre ellos con furia, lanzando lejos sus rifles y tirándolos muy atrás. Por un momento parecía que los rebeldes lo iban a agarrar, pero no se resistieron.

— ¡Desármenlos! —ordenó don Petronilo—, ¡y enciérrenlos!

Condujeron a los prisioneros como reses hacia una habitación grande, con un guardia armado en la puerta. Mucho después de la media noche se les oía cantar irrisoriamente.

Eso dejó a don Petronilo con unos cien efectivos, algunos caballos extra con llagas purulentas en el lomo y doscientas cargas de municiones, más o menos. Salazar se fue en la mañana, recomendando que toda su gente fuera fusilada; evidentemente se sentía muy aliviado de poder deshacerse de ellos. Juan Santillanes estaba también a favor de la ejecución. Pero don Petronilo decidió mandarlos al general Urbina para enjuiciarlos.

IX La última noche

Los días en La Cadena estaban llenos de colorido. En el frío amanecer, cuando una película de hielo cubría las lagunas del río, un soldado galopaba por la plaza con un novillo bravío en el extremo de su lazo. Cincuenta o sesenta soldados harapientos, mostrando sólo los ojos por entre los sarapes y el gran sombrero, comenzaban una corrida de toros novata, para el deleite del resto de sus compañeros quienes agitaban sus cobijas, gritando como se hace en una corrida de toros. Uno retorció la cola al furioso animal; otro más impaciente, le golpeaba con la cara de su espada. En lugar de banderillas, encajaban dagas en su hombro; la sangre caliente del animal se les embarraba cuando cargaba, y cuando al final caía, el cuchillo misericordioso penetraba su cerebro y la chusma caía sobre sus despojos, cortando, arrancando, llevándose pedazos de carne cruda a sus cuarteles. Entonces el quemante sol blanco se levantaba de repente detrás de La Puerta agujijoneando las manos y la cara. Los charcos de sangre, los dibujos raídos de los sarapes, los límites lejanos del tenebroso desierto brillaban y se avivaban...

Don Petronilo había confiscado varios coches en la campaña, que cinco de nosotros le tomamos prestados para excursiones. Una vez fue un viaje a San Pedro el Gallo para ver una pelea de gallos, bastante apropiada. Otra vez Gino Güereca y yo fuimos a ver las inmensamente ricas minas perdidas de los españoles, que él conocía. Pero nunca pasamos de Bruquilla; sólo nos tiramos bajo la sombra de los árboles y comimos queso todo el día.

Entrada la tarde, la guardia de La Puerta trotaba hacia su puesto, el suave sol tardío pegaba sobre los rifles y las cananas; mucho después del anochecer, el destacamento relevado venía alegremente saliendo de la misteriosa oscuridad.

Los cuatro buhoneros que había visto en Santo Domingo llegaron esa noche; traían cuatro cargas de burro, de macuche, para vender a los soldados.

—¡Es el mister! —gritaron, cuando bajé a su pequeña hoguera.

- ¿Qué tal, mister? ¿Cómo le va? ¿No tiene miedo de los colorados?
- ¿Cómo va el negocio? –pregunté, aceptando el puñado de macuche que me ofrecieron.

Se rieron a carcajadas de esto.

–¡El negocio! ¡Mucho mejor para nosotros si nos hubiéramos quedado en Santo Domingo!
¡Esta tropa no podría comprar ni un cigarro si reunieran todo su dinero!...

Uno de ellos comenzó a cantar un corrido extraordinario, "La canción de la mañana de Francisco Villa." Cantó un verso, después el siguiente hombre cantó otro verso, y así, cada hombre componía una narración dramática de los hechos del gran capitán. Durante media hora me quedé ahí, los sarapes envueltos con libertad sobre sus hombros, la luz roja alumbraba sus caras oscuras y sencillas. Mientras un hombre cantaba, los otros miraban con fijeza el suelo, abstraídos en la composición:

Aquí está Francisco Villa
con sus jefes y sus oficiales,
que vienen a caballo los cuernos cortos del ejército federal.

Prepárense ahora, colorados, que han hablado tan recio, pues Villa y sus soldados
pronto les van a quitar el cuero.

Hoy llegó su domador,
el padre de los domadores de gallos, para correrlos de Torreón
al demonio con sus cuernos.

Vuela, vuela, palomita, vuela sobre las praderas,
y diles que Villa ha llegado para sacarlos para siempre.

La ambición se arruinará sola, y la justicia ganará,
pues Villa ha llegado a Torreón para castigar a los avarientos.

Vuela, águila real,
estos laureles lleva a Villa pues ha venido a conquistar
a Bravo y a todos sus coroneles.

Ahora hijos del Mosquito su orgullo se acabará
si Villa llegó a Torreón, ¡es porque pudo hacerlo!

¡Viva Villa y sus soldados! ¡Viva Herrera y su gente!
ustedes han visto, malvados
lo que un valiente puede hacer.

Ya con esta me despido;
por la rosa de Castilla,
aquí está el final de mi corrido al gran general Villa.

Después de un rato me fui; dudo que me hubieran visto alejarme; cantaron alrededor de la fogata por más de tres horas.

Pero en nuestro cuartel había otro entretenimiento. La habitación estaba llena del humo de una hoguera en el piso, a través de él pude distinguir vagamente a unos treinta o cuarenta soldados en cuclillas o desparramados a todo lo largo, en perfecto silencio, pues Silveyra leía en voz alta la proclamación del gobernador de Durango expropiando para siempre las tierras de las grandes haciendas para dividir las entre los pobres. Leyó:

"Considerando: que la causa principal de descontento entre la gente de nuestro Estado, que los ha forzado a levantarse en armas en el año de 1910, es la falta absoluta de propiedad individual; y que las clases rurales no tienen medios para subsistir en el presente, o ninguna esperanza para el futuro, excepto el servir como peones en las haciendas de los grandes terratenientes, que han monopolizado la tierra del Estado;

"Considerando: que la rama principal de la riqueza nacional es la agricultura, y que no puede haber verdadero progreso en la agricultura sin que la mayoría de los granjeros tenga un interés personal en que la tierra produzca...

"Considerando, por último: que los pueblos rurales se han reducido a la peor miseria, debido a que las tierras comunes que alguna vez les habían pertenecido fueron a aumentar la propiedad de la hacienda más próxima, en especial bajo la dictadura de Díaz, con lo que los habitantes del Estado perdieron su independencia económica, política y social, y pasaron de la categoría de ciudadanos a la de esclavos, sin que el gobierno fuera capaz de levantar el nivel moral a través de la educación, debido a que la hacienda donde vivían era propiedad privada...

"Por lo tanto, el gobierno del Estado de Durango declara necesidad pública que los habitantes de las ciudades y pueblos sean los propietarios de tierras agrícolas..."

Cuando el pagador hubo concluido penosamente las provisiones que seguían, y de decir la manera en que la tierra se solicitaría, etc., hubo un silencio.

— Eso —dijo Martínez—, es la Revolución mexicana.

—Es sólo lo que Villa está haciendo en Chihuahua —dije—. Es maravilloso, ahora todos ustedes pueden tener una granja.

Un chasquido divertido se escuchó por todo el círculo, entonces, un pequeño hombre calvo, con patillas amarillas y manchadas, se sentó y habló.

—No nosotros —dijo— no los soldados, después de que se termine la Revolución ya no quieren soldados. Son los pacíficos quienes obtendrán la tierra, aquéllos que no pelearon, y la siguiente generación...

Pausó y extendió sus mangas rasgadas cerca del fuego.

— Yo era un profesor de escuela —explicó—, por eso sé que las revoluciones, como las repúblicas, son desagradecidas. He peleado por tres años; al final de la primera revolución el gran hombre, padre Madero, invitó a los soldados a la capital; nos dio ropa, comida, corridas de toros... regresamos a nuestros hogares y encontramos a los ambiciosos otra vez en el poder.

— Terminé la guerra con cuarenta pesos —dijo un hombre.

— Tuviste suerte —continuó el maestro de escuela—, no, no son los soldados, los muertos de hambre, los no alimentados, los soldados comunes que hacen ganancia con la Revolución. Los oficiales sí, algunos; pues engordan con la sangre de la patria; pero nosotros, no.

— Por qué pelean entonces? —grité.

— Tengo dos hijos pequeños —contestó—. Ellos tendrán su tierra. Y tendrán otros pequeños hijos, que tampoco tendrán necesidad de comida... —El hombrecito sonreía—, tenemos un dicho en Guadalajara: "No uses una camisa de once metros pues aquél que quiere ser redentor siempre sale crucificado".

—Yo no tengo hijos pequeños —dijo Gil Tomás de 14 años entre risotadas—. Peleo para tener un rifle treinta-treinta de un soldado federal y un buen caballo que haya pertenecido a un millonario.

Sólo por divertirme pregunté a un soldado con una fotografía de botón de Madero pegada a su saco, que quién era ése.

—¡Pues, quién sabe, señor! —respondió—. Mi capitán me dijo que era un gran santo. Yo peleo porque no es tan duro como trabajar. —¿Qué tan seguido les pagan?

—Nos pagaron tres pesos hoy hace nueve meses —dijo el maestro de escuela y todos asintieron—. Todos somos voluntarios en realidad. La gente de Villa es profesional.

Entonces Luis Martínez sacó una guitarra y cantó una hermosa cancioncilla de amor, que, según él, una prostituta había compuesto una noche en un burdel.

La última cosa que recuerdo de esa noche memorable fue a Gino Güereca acostado cerca de mí en la oscuridad, platicando.

—Mañana —dijo— te llevaré a las minas de oro perdidas de los españoles; están escondidas en un cañón en las montañas occidentales, sólo los indígenas saben de ellas, y yo. Los indígenas a veces van ahí con sus cuchillos y sacan oro en bruto de la tierra. Seremos ricos...

X La llegada de los colorados

Antes del amanecer siguiente, Fernando Silveyra, completamente vestido, vino ala habitación, con calma nos dijo que nos levantáramos, que los colorados venían. Juan Vallejo se rió:

—¿Cuántos, Fernando?

—Unos mil —contestó en voz baja, buscando su bandolera.

El patio estaba raramente lleno de hombres gritando y ensillando caballos. Vi a don Petronilo, a medio vestir, en su puerta, su amante le ceñía la espada. Juan Santillanes se estaba metiendo los pantalones en una prisa furiosa. Había un estruendo constante de sonidos conforme los cartuchos se deslizaban en los rifles. Un piquete de soldados corría de un lado para otro sin rumbo fijo, preguntando a todos dónde estaba algo.

No creo que ninguno creyéramos realmente lo que pasaba. La placita de cielo tranquilo sobre el patio prometía otro día caluroso. Los gallos cantaban. Una vaca que había sido ordeñada se agachaba. Sentí hambre.

– ¿Qué tan cerca están? –pregunté. –Cerca.

–Pero el puesto de avanzada, la guardia en La Puerta... –Dormidos –dijo Fernando mientras se enfundaba la canana.

Pablo Arriola entró con gran revuelo incapacitado por sus grandes espuelas.

– Un piquete de doce subió hasta aquí. Nuestros hombres pensaron que era sólo una patrulla de reconocimiento, por eso, después de que

los rechazaron, la guardia de La Puerta se sentó a desayunar. Entonces Argumedo mismo y cientos... cientos...

– Pero veinticinco podían sostener el paso contra todo un ejército hasta que el resto llegara...

– Ya pasaron por La Puerta –dijo Pablo, empujó su silla y salió.

–¡Los...! –maldijo Juan Santillanes girando las cámaras de su revólver–. ¡Esperen a que los agarre!

– Ahora el mister va a ver algo de esos disparos que quena –gritó Gil Tomás–. ¿Qué tal mister? ¿Tiene miedo?

De alguna manera todo este asunto no parecía real. Me dije a mí mismo: –Tú, tipo con suerte, vas a ver una pelea de verdad. Eso va a redondear la historia.

Cargué mi cámara y salí de prisa por el frente de la casa.

No había mucho que ver. Un sol cegador se levantaba justo en La Puerta. Por leguas y leguas de oscuro desierto hacia el este nada vivía excepto la luz de la mañana. Ni un movimiento. Ni un sonido. Aun así en algún lugar ahí afuera un puñado de hombres estaban desesperadamente tratando de contener un ejército.

Un humo ligero flotaba en el aire sin movimiento desde las casas de los peones. Estaba tan quieto que la molienda del alimento de tortilla entre dos piedras se podía oír perfectamente y el lento, suave cantar de alguna mujer trabajando cerca de la casa grande. Las ovejas balaban para que las dejaran salir del corral. Sobre el camino a Santo Domingo, tan lejos que parecían acentos coloreados en el desierto, cuatro buhoneros arreaban a sus burros. Pequeños nudos de peones se reunían enfrente de la hacienda, señalando, mirando hacia el este. Alrededor del portal del gran encierro donde los soldados estaban acuartelados, unos cuantos soldados sostenían sus caballos por la brida. Eso era todo.

De vez en cuando la puerta de la casa grande vomitaba hombres montados, dos o tres al mismo tiempo, que galopaban hacia el camino de La Puerta con sus rifles en la mano. Los podía ver cómo subían y bajaban sobre las ondas del desierto, haciéndose cada vez más pequeños, hasta que la última fila montó, donde el polvo blanco que pateaban atrapaba la fuerte luz del sol y el ojo no lo podía soportar. Se habían llevado mi caballo, Juan Vallejo tampoco tenía el suyo.

Estaba de pie junto a mí, amartillando y disparando su rifle vacío.

–¡Miren! –gritó de repente.

La cara occidental de las montañas que flanqueaban La Puerta estaba todavía oscura. A lo largo de su base, hacia el norte y también hacia el sur, se formaban pequeñas líneas delgadas de polvo que se extendía lentamente. Al principio sólo había uno en cada dirección; después comenzaron otros dos más abajo, más cerca, avanzando sin obstáculos, como una corrida de media, como una grieta en un vidrio delgado. Era el enemigo, distribuyéndose a lo ancho alrededor de la línea de batalla, ¡para tomarnos por el flanco!

Aún los pequeños grupos de soldados salían de la casa grande, y se alejaban a galope tendido. Pablo Arriola y Nicanor, partieron saludándome con viveza al pasar junto a mí. Longinos Güereca salió disparado sobre su caballo tordillo, a medio domar; el gran bruto agachó la cabeza, relinchó y se encabrió cuatro veces a través de la plaza.

–Mañana por los míos –gritó Gino sobre su hombro–. Estoy muy ocupado hoy, muy rico, las minas perdidas de...

Se alejó demasiado para que yo lo oyera. Martínez lo siguió gritándome con una sonrisa que le tenía miedo a la muerte. Recuerdo que la mayoría de ellos usaba 'goggles' para automóvil. Don Petronilo montó en su caballo, con lentes de campo sobre los ojos. Volví a mirar las líneas de polvo, se iban encorvando ligeramente, el sol los glorificaba, como cimitarras.

Don Tomás pasó galopando. Gil Tomás le pisaba los talones. Pero alguien venía. Un caballito apareció corriendo al amanecer y se encaminó hacia nosotros; el jinete sobresalía en contraste con el polvo radiante. Iba a una gran velocidad, hundiéndose y subiendo por el rodante terreno... y al hincar las espuelas para subir la pequeña colina donde estábamos, vimos una cosa horripilante. Una cascada de sangre chorreaba de toda la parte de su frente en forma de abanico; la parte inferior de su boca había sido casi arrancada por una bala de nariz chata. Dirigió las riendas hasta llegar al coronel, trató con mucho esfuerzo, terriblemente, de decir algo; pero nada inteligible brotaba de la herida. Las lágrimas corrieron por las mejillas del pobre hombre. Dio un grito ahogado, aguijoneando con las espuelas al caballo y voló por el camino de Santo Domingo. Otros venían, también, a galope tendido, aquéllos que habían estado de guardia en La Puerta. Dos o tres pasaron a través de la hacienda sin parar. El resto se arrojó sobre don Petronilo, en un arranque de pasión.

–¡Más municiones! –gritaron–, ¡más cartuchos!

Don Petronilo volteaba hacia otro lado.

– ¡No hay!

Los hombres enloquecían, maldiciendo, arrojando las pistolas al suelo.

– Veinticinco hombres más para La Puerta–le gritaron al coronel. En unos cuantos minutos la mitad de los hombres nuevos salieron galopando del cuartel y tomaron el camino del este. Los extremos cercanos de las líneas de polvo ahora se habían perdido de vista detrás de un montículo de tierra.

– ¿Por qué no los manda a todos, don Petronilo? –le grité.

– Porque, mi joven amigo, toda una compañía de colorados está bajando por el arroyo. Usted no los puede ver desde aquí, pero yo sí.

No había terminado de hablar cuando un jinete dio vuelta a la esquina de la casa, señalando por detrás de su hombro hacia el sur, por donde venían.

—También vienen por ese lado —gritó—, ¡cientos! ¡por el otro paso! ¡Redondo sólo tenía cinco hombres de guardia! ¡Lo tomaron prisionero y entraron al valle antes de que él se diera cuenta!

— ¡Válgame Dios! —exclamó don Petronilo.

Volteamos hacia el sur. Por encima del ominoso amanecer del desierto se divisaba una gigantesca nube de polvo blanco, brillando al sol, como una columna bíblica de humo.

—¡El resto de ustedes salgan y sosténganlos lejos! —gritó a los últimos veinticinco que brincarón a sus sillas y se encaminaron hacia el sur.

Entonces, de repente, el gran portal de la plaza amurallada arrojaba hombres y caballos, hombres sin rifles, ¡la gente desarmada de Salazar! Se arremolinaban como si tuvieran pánico.

—¡Dénos rifles! —gritaron—. ¿Dónde están nuestras municiones?

— Sus rifles están en el cuartel —contestó el coronel— pero sus cartuchos están ahí afuera matando a los colorados.

Un gran clamor se levantó.

— ¡Se llevaron nuestras armas! ¡Quieren asesinarlos!

—¿Cómo podemos pelear, hombre? ¿Qué podemos hacer sin rifles? —gritaba un hombre en la cara de don Petronilo.

— ¡Vamos, compañeros! ¡Salgamos y estrangulémoslos con nuestras propias manos! exclamó uno.

Cinco hincaron las espuelas a sus monturas, volaron con furia hacia La Puerta, sin armas, sin esperanza ¡era sublime!

— ¡Nos van a matar a todos! —dijo otro—. ¡Vamos! Y los otros cuarenta y cinco salieron atropelladamente por el camino a Santo Domingo.

Los veinticinco reclutas a los que se les había ordenado sostener el lado sur habían cabalgado por medio kilómetro, se habían detenido, parecía que no sabían qué debían hacer. Vieron a los cincuenta desarmados que galopaban hacia las montañas.

— ¡Los compañeros están desertando! ¡Los compañeros están desertando!

Por un momento hubo un fuerte intercambio de gritos. Vieron la nube de polvo que se erigía sobre ellos. Pensaron en el poderoso Ejército de despiadados demonios que lo componían, vacilaron, rompieron la formación y huyeron a todo galope a través del chaparral en dirección a las montañas.

De pronto me percaté de los disparos que por algún tiempo ya estaba oyendo. Sonaban a una gran distancia y ni siquiera tan fuerte como el tecleo de una máquina de escribir. Aun cuando llamó nuestra atención iba creciendo. El pequeño y trivial chasquido de los rifles se ahondó y se hizo serio. En frente ahora era prácticamente continuo, casi como el redoble de un tambor.

Don Petronilo estaba un poco pálido. Llamó a Apolinario y le dijo que enjaezara las mulas al coche.

—Si algo ocurre que no nos toque a nosotros —dijo apenas a Juan Vallejo— llama a mi mujer y tú y Reed vengan con ella al coche. ¡Vengan, Fernando, Juanito!

Silveyra y Juan Santillanes salieron espoleando; los tres se esfumaron hacia La Puerta.

Ahora los podíamos ver, cientos de pequeñas figuras negras acaballo, por todos lados a través del chaparral; el desierto hervía con ellos. Los gritos salvajes de los indígenas llegaron hasta nosotros. Una bala perdida voló por sobre nosotros, después otra; después una no perdida, y un enjambre silbando ferozmente. ¡Pás! cayeron las paredes de adobe como pedazos de barro. Los peones y sus mujeres corrían de casa en casa, distraídos por el miedo. Un soldado, su cara negra por la pólvora, llena de odio por la matanza y el terror, pasó galopando, gritó que todo estaba perdido...

Apolinario apresuró a las mulas con su arnés al lomo, comenzó a engancharlas al coche. Sus manos temblaban. Tiró una rienda, la recogió, la volvió a tirar, temblaba. De pronto tiró todos los arneses al suelo y echó a correr. Juan y yo corrimos. Justo entonces una bala perdida mató a una mula. Ya nerviosos, los animales se jaloneaban con fuerza. La punta del cambiavía del vagón voló de una carga de rifle. Las mulas corrieron en tropel hacia el norte perdiéndose en el desierto.

Después llegó la chusma, una horda de soldados salvajes en masa, fueतेando a sus aterrizados caballos. Pasaron junto a nosotros sin detenerse, sin darse cuenta, todos llenos de sangre, sudor y negrura. Don Tomás, Pablo Arriola, después de ellos el pequeño Gil Tomás, su caballo tembló y cayó muerto de miedo en frente de nosotros. Las balas rozaban el muro por todos lados.

—¡Vámonos mister! —dijo Juan—. ¡Vámonos!

Comenzamos a correr. Conforme tomé la pendiente opuesta al banco del arroyo, miré hacia atrás. Gil Tomás iba justo tras de mí, con su sarape rojinegro alrededor de los hombros. Don Petronilo se alcanzó a ver, contestaba el fuego sobre su hombro; Juan Santillanes a su lado. Adelante corría Fernando Silveyra, agachándose sobre el cuello de su caballo. Por toda la hacienda había un círculo de galopes, disparos y gritos de hombres. Tan lejos como el ojo podía distinguir, por sobre cada montículo del desierto, venían más.

XI La huida del mister

Juan Vallejo ya estaba muy lejos por delante, corriendo desaforadamente con su rifle en la mano. Le grité para que se desviara del camino alto, me obedeció sin mirar atrás. Lo seguí, era una vereda recta a través del desierto hacia las montañas. El desierto estaba tan liso como una mesa de billar. Podíamos ser vistos a millas de distancia. La cámara se me enredó entre las piernas, la tiré. Mi sobretodo se hizo terriblemente pesado, me lo sacudí. Podíamos ver a los compañeros corriendo con toda su alma hacia el camino de Santo Domingo. Más allá de ellos apareció por sorpresa una oleada de hombres a galope, el grupo que flanqueaba por el sur. Se desató otra vez el tiroteo, después, perseguidores y perseguidos desaparecieron por el recodo de una colina ¡gracias a Dios que la vereda se apartaba del camino!

Seguí corriendo, corriendo y corriendo, hasta que ya no puede más. Entonces caminé unos cuantos pasos y volví a correr. Estaba sollozando en lugar de respirar. Tenía terribles calambres en las piernas. Aquí había chaparrales, más arbustos, las faldas de las montañas occidentales estaban cerca. Pero la entera longitud de la vereda era visible desde atrás. Juan Vallejo llegó a las faldas un kilómetro antes de mí. Lo vi subir a gatas por un pequeño monte. De pronto tres hombres a caballo barrieron detrás de él, le gritaron. Volteó a ver, tiró su rifle lejos dentro del matorral y huyó por su vida. Le dispararon, pero se detuvieron a recoger el rifle. Desapareció por encima del pico, ellos también. Corrí. Me preguntaba qué horas serían. No estaba muy asustado, todavía me parecía todo irreal, como una página de un libro de Richard Harding Davis. Sólo tenía la impresión que si no huía no iba a cumplir bien con mi trabajo. Seguí pensando: —Bueno, ciertamente esta es

una experiencia, voy a escribir algo sobre ella.

Entonces se oyeron gritos y las pezuñas retumbando detrás de mí. Como unos cien metros atrás corría Gil Tomás, los extremos de su alegre sarape volaban en línea horizontal. Cincuenta metros más allá cabalgaban dos hombres negros con bandoleras (cananas) cruzadas y rifles en la mano, persiguiéndolo. Dispararon. Gil Tomás levantó con angustia su pequeña cara indígena hacia mí, siguió corriendo. Una bala zumbó cerca de mi cabeza. El chico se tambaleó, paró, giró sobre sus talones y se dobló sobre el chaparral. Corrieron tras él, vi que las patas delanteras del caballo le golpeaban. Los colorados hicieron brincar sus monturas sobre las ancas por encima de él, disparando una y otra vez...

Corrí hacia el chaparral, llegué a la cima de una pequeña colina, me resbalé con una raíz de mezquite, caí, rodé por el declive arenoso y fui a dar a un pequeño arroyo. El lugar estaba cubierto por densos mezquites; antes de que me pudiera mover los colorados descendieron por la ladera.

—¡Ahí va! —gritaron, haciendo saltar sus caballos por encima del arroyo, ni a diez pasos de donde yo estaba; se fueron galopando por el desierto.

Me quedé dormido.

No pude haber dormido mucho tiempo, pues cuando desperté el sol casi estaba en el mismo lugar. Unos cuantos tiros aislados se podían oír en dirección al occidente, hacia Santo Domingo. Me asomé a través de la maraña de arbustos para ver el caliente cielo, donde un gran buitre volaba en círculos lentamente sobre mí, había un indígena descalzo con un rifle aplastado sobre su inmóvil caballo. Miró al buitre y buscó la cara del desierto. Me quedé quieto; no podía decir si era uno de los nuestros. Después de un poco de tiempo echó a trotar con lentitud en dirección al norte sobre una colina y desapareció.

Esperé como media hora antes de salir a gatas de mi escondite. Por la hacienda todavía había tiroteo, y gente cerciorándose de los muertos, según supe después. No la podía ver. El valle en el que me encontraba se extendía hacia el este y el oeste. Viajé hacia el occidente, hacia la sierra, pero todavía estaba demasiado cerca de la vereda fatal. Me detuve al pie de una colina, luego la subí corriendo, sin mirar atrás, más adelante había otra, más alta, y otra más. Subí corriendo las colinas, caminé por los valles cubiertos. Me mantuve rumbo al noroeste, hacia las cada vez más cercanas montañas. Pronto cesaron los sonidos; el sol quemaba, las largas franjas de terreno desolado ondeaban con el calor. El alto chaparral me desgarró la ropa y la cara. En el piso había cactus, agaves y asesinas espadas, cuyas largas espinas entrelazadas atravesaron mis botas, sacándome sangre a cada paso y debajo de ellas la arena y las piedras desmoronadas. Fue una jornada terrible. Las formas inmóviles de las bayonetas españolas, sorprendentes como hombres, se erigían a lo largo de la línea del horizonte. Me puse de pie, muy quieto, por un momento sobre la cima de una colina alta, en un cúmulo de ellas, mirando hacia atrás. La hacienda ya estaba tan lejos que sólo era un borrón blanco en medio de las inconmensurables distancias del desierto. Una línea delgada de polvo se movía desde ella hacia La Puerta: los colorados que llevaban sus muertos de regreso a Mapimí.

Entonces mi corazón dio un vuelco. Un hombre subía del valle silenciosamente; traía un sarape verde sobre un brazo y sobre la cabeza un pañuelo lleno de sangre coagulada, sus piernas desnudas estaban cubiertas de sangre por las espinas. Me vio y se quedó quieto; después de una pausa prosiguió. Bajé hasta donde se encontraba; no pronunció ni una sola palabra, pero siguió cuesta abajo hacia el valle. Como a cien metros más lejos se detuvo y señaló. Un caballo muerto yacía tirado en la arena, sus patas tías al aire, junto a él un hombre, destripado con un cuchillo o una espada; evidentemente era un colorado, porque su canana estaba casi llena. El hombre del sarape verde extrajo una daga amenazadora, todavía oxidada por la sangre, cayó de rodillas y comenzó a excavar entre las espadas. Traje rocas; cortamos una rama de mezquite e hicimos una cruz burda con ella. Así lo enterramos.

—¿A dónde vas, compañero? —pregunté.

—A la sierra contestó—, ¿y tú?

Apunté hacia el norte, donde sabía que estaba el rancho de los Güereca.

El Pelayo está por ese lado, como a ocho leguas.

—¿Qué es el Pelayo?

—Otra hacienda. Hay algunos de los nuestros en el Pelayo, creo... Nos despedimos con un adiós.

Continué por horas, corriendo por la cima de las colinas, tambaleándome entre las crueles 'espadas', deslizándome por las pronunciadas laderas de los lechos de los ríos secos. No había agua. No había comido ni bebido. Hacía un calor abrasador.

Como a las once rodeé el recodo de una montaña y vi un parche pequeño y gris; era Bruquilla. Por aquí pasaba el camino real; el desierto se extendía llano y abierto. A una milla un hombre de a caballo trotaba. Pareció verme, adelantó el paso, se quedó mirándome un buen rato. Me quedé perfectamente inmóvil. Muy pronto continuó, haciéndose cada vez más pequeño, hasta acabar en una brizna de polvo. No hubo otra señal de vida en kilómetros a la redonda. Me agaché, corrí a lo largo del costado del camino, donde no había polvo. A media legua hacia el oeste se encontraba la casa de los Güereca, escondida tras una gigantesca fila de álamos que enmarcaban el río. A gran distancia pude ver una mancha roja en la cima de la colina junto a ella; cuando me acerqué vi a papá Güereca, divisando hacia el este. Bajó corriendo cuando me vio, apretando sus manos.

—¿Qué pasó? ¿Qué pasó? ¿Es cierto que los colorados tomaron La Cadena?

Le conté en breves palabras lo sucedido.

—¿Y Longinos? —gritó, estrujando mi brazo—. ¿Ha visto a Longinos?

— No —dije—, todos los compañeros se retiraron a Santo Domingo.

— Usted no se debe quedar aquí —dijo el anciano, temblando. —Déjeme tomar un poco de agua, apenas puedo hablar.

—Sí, sí, beba. Ahí está el arroyo. Los colorados no deben encontrarlo aquí.

El anciano miró con angustia en torno al ranchito que había luchado tanto por obtener.

—Nos destruirían a todos —agregó.

Justo entonces la anciana apareció en el quicio de la puerta.

—Venga para acá, Juan Reed —gritó—. ¿Dónde está mi hijo? ¿Por qué no viene? ¿Está muerto? ¡Dígame la verdad!

— Creo que todos escaparon con bien —le dije.

— ¡Y usted! ¿Ya comió? ¿Ya se desayunó?

— No he tomado una gota de agua desde anoche, ni comida. Vine a pie desde La Cadena.

— ¡Pobre chico! ¡Pobre chico! —gimió abrazándome—. Siéntese, le voy a preparar algo.

El viejo Güereca se mordió en la agonía de la aprensión. Al final la hospitalidad venció.

— Mi casa está a sus órdenes —murmuró—. ¡Pero dese prisa! ¡De prisa! ¡Usted no debe

estar aquí! ¡Voy a subir a la colina a ver si hay polvo!

Tomé varios vasos de agua y comí cuatro huevos fritos y un poco de queso. El anciano regresó, atisbaba.

— Mandé a todos mis hijos a Jarral Grande —dijo—, oímos en la mañana. Todo el valle está huyendo hacia las montañas, ¿está listo?

—Quédese aquí —invitó la señora—. ¡Lo esconderemos de los colorados hasta que Longinos regrese a casa!

Su esposo le gritó:

— ¿Estás loca? ¡No lo deben encontrar aquí! ¿Está listo ahora? ¡Vamos entonces!

Bajé cojeando por un maizal amarillo y quemado.

— Siga esta vereda dijo el anciano—, a través de esos dos campos y el chaparral. Lo llevará hasta el camino principal que va a Pelayo ¡que llegue bien!

Nos estrechamos la mano, un momento más tarde le vi dirigirse con alivio de regreso a la colina, los guaraches le estaban guangos.

Crucé el inmenso valle cubierto de mezquite que me tapaba hasta la cabeza. Dos veces pasaron hombres de a caballo, quizá eran sólo pacíficos, pero no me arriesgué. Más allá del valle había otro, de unos diez kilómetros de largo; enfrente serpenteaban una gama de colinas de fantásticos colores, blanco, rosa y amarillo. Después de unas cuatro horas, con las piernas engarrotadas, los pies ensangrentados, dolor de espalda y la cabeza dándome vueltas, rodeé éstas, apareciendo ante mis ojos los álamos y los bajos muros de adobe de la hacienda El Pelayo. Los peones se juntaron a mi alrededor, oyendo mi historia. —¡Qué caray! —murmuraban—. ¡Es imposible caminar desde La Cadena en un día! ¡Pobrecito! ¡Debe estar muerto! Venga, coma y esta noche tendrá una cama.

—Mi casa es su casa —dijo don Felipe, el herrero—. ¿Pero está seguro de que los colorados no vienen para acá? La última vez que nos visitaron —señaló hacia las paredes ennegrecidas de la casa grande—murieron cuatro pacíficos que se rehusaron a unírseles. Pasó su brazo por debajo del mío. —Venga amigo, coma.

—¡Si hubiera un lugar donde bañarme primero!

A esto ellos sonrieron, me llevaron detrás de la hacienda, a un arroyuelo en el que colgaban sauces y cuyas riberas eran del verde más vivo. El agua brotaba por debajo de una gran pared; sobre ella asomaban las guirnaldas de un álamo gigantesco. Entramos por una puerta pequeña; ahí me dejaron.

El piso era muy empinado, la pared, de un rosado deslavado, seguía el contorno de la tierra. Sumergida en medio del encierro había una laguna de agua cristalina; el fondo era de arena blanca. En un extremo de la laguna el agua brotaba de un agujero, en el fondo; un suave vapor se levantaba de la superficie, era agua caliente. Ya había un hombre parado con el agua hasta el cuello, un hombre con un círculo rasurado en la cabeza.

—Señor —dijo—, ¿es usted católico?

— No.

— Gracias a Dios contestó con brevedad—. A los católicos se nos precia de intolerantes ¿es usted mexicano?

—No, señor.

—Está bien —dijo, sonriendo con tristeza—. Yo soy un sacerdote español. Me han hecho entender que no soy bien querido en esta hermosa tierra, señor. Dios es bueno, pero es mejor en España que en México...

Me deslicé lentamente en el agua profunda, caliente y diáfana. El dolor, las heridas y el cansancio fueron saliendo de mi cuerpo. Me sentía como un espíritu incorpóreo, flotando ahí en el tibio abrazo de esa maravillosa laguna, con las grises ramas torcidas del álamo sobre nuestras cabezas; discutimos sobre filosofía. El intenso cielo se enfrió con lentitud, la rica luz solar fue trepando poco a poco por el muro rosado.

Don Felipe insistía en que durmiese en su casa. Esta cama consistía en una estructura de fierro con recortes sueltos de lana extendidos a través de él. Sobre éstos había tendida una cobija. Mi ropa me cubría. Don Felipe, su esposa, un hijo y una hija mayores, dos pequeños infantes, todos acostumbrados a dormir en la cama, se acostaron sobre el suave suelo. Había también dos personas enfermas en el cuarto: un hombre muy anciano cubierto con manchas rojas, demasiado enfermo para hablar y un niño con anginas extraordinariamente ulceradas. De vez en cuando un curandero centenario entraba y ministraba a los pacientes. Su tratamiento era sencillo; con el anciano simplemente calentaba un pedazo de fierro sobre una tela y tocaba las manchas; en el caso del niño hacía una pasta de maíz y manteca con que frotaba con suavidad sus codos diciendo plegarias en voz alta. Sucedió a intervalos durante toda la noche. Entre cada tratamiento los neños se levantaban e insistían en ser atendidos... la puerta estaba cerrada desde el anochecer, no había ventanas.

Toda esta hospitalidad significaba un verdadero sacrificio para don Felipe; en especial las comidas, durante las cuales él sacaba un baúl de hojalata y me traía con reverencia el café y el azúcar tan preciados. El era como los peones, increíblemente pobre y rabiosamente hospitalario. El cederme su cama era una distinción del más alto honor. Pero cuando traté de pagarle en la mañana no quiso ni hablar de ello.

—Mi casa es suya —repitió—, como decimos "un extraño puede ser Dios".

Por último le dije que quería que me comprara un poco de tabaco y tomó el dinero. Yo sabía que entonces iría al lugar correcto, pues nunca se puede confiar en que un mexicano lleve a cabo un encargo. Es deliciosamente irresponsable.

A las seis la mañana emprendí el camino a Santo Domingo en una carreta de dos ruedas conducida por un viejo peón llamado Froilán Medarez. Evitamos el camino principal, brincando por un caminillo que dejaba atrás una extensión de colinas. Después de que habíamos viajado por una hora, me asaltó un pensamiento desagradable.

—¿Qué tal si los compañeros huyeron más lejos de Santo Domingo y los colorados están ahí?

—¿De veras, qué? —murmuró Froilán controlando a la mula.

—Pero si están ahí ¿qué hacemos?

Froilán pensó por un momento.

—Podemos decir que somos primos del Presidente Huerta—sugirió, sin sonreír.

Froilán era un peón descalzo, su cara y manos estaban increíblemente dañadas por la edad y la mugre; yo era un gringo harapiento... Trotamos por varias horas. En un lugar un hombre desarmado saltó de entre los matorrales y nos paró. Sus labios estaban separados y mugrosos por la sed. Las `espadas' le habían traspasado las piernas de manera terrible. Había escapado por la sierra, montando y deslizándose durante toda la noche. Le dimos toda el agua y la comida que traíamos, se fue en dirección al Pelayo.

Mucho después del mediodía nuestra carreta subió la última duna del desierto y vimos, durmiendo debajo de nosotros, la extensa hacienda de Santo Domingo, con su maleza de altos álamos como palmeras alrededor de un oasis. Mi corazón estaba en la garganta cuando descendimos. En la gran plaza de rebota estaban jugando pelota. Hacia arriba del riachuelo se movía la larga fila de acarreadoras de agua. Una fogata despedía un humo delgado entre los árboles.

Llegamos hasta un peón entrado en años que llevaba una gavilla de grano.

—No —dijo—, no han habido colorados ¿los maderistas? Si, llegaron anoche, cientos de ellos, todos corriendo. Pero al amanecer regresaron a La Cadena para `levantar el campo' (enterrar a los muertos).

De alrededor del fuego, bajo los álamos, me llegó el grito:

—¡El mister! ¡Ahí viene el mister! ¿Qué tal, compañero? ¿Cómo escapó? —eran mis viejos amigos los buhoneros. Se reunieron en torno mío con ansiedad, preguntando, estrechando mi mano, abrazándome.

—¡Ah, estuvo cerca! ¡Caramba, pero tuvo suerte!

— ¿Supo que Longinos Güereca murió?

— Si, pero él había matado a seis colorados antes de que lo agarraran. Y Martínez también, y Nicanor, y Redondo.

Me sentí mal. Mal de pensar en tantas muertes inútiles en una pelea insignificante. El guapo Martínez, Gino Güereca, a quien había aprendido a querer tanto; Redondo cuya chica iría a Chihuahua a comprar su vestido de novia; y el alegre Nicanor. Parece que cuando Redondo sintió que su flanco se había debilitado, su tropa desertó; así es que galopó solo hasta La Cadena; allí trescientos colorados lo agarraron. Literalmente le dispararon hasta hacerlo añicos. Gino, Luis Martínez, Nicanor y otros cinco, sostuvieron el lado este de la hacienda sin ayuda, hasta que sus cartuchos se agotaron, fueron cercados por hombres que disparaban. Así murieron. Los colorados se llevaron a la mujer del coronel.

— Pero hubo un hombre que sobrevivió a todo —dijo uno de los buhoneros— peleó hasta que se le agotó el último cartucho, después se abrió camino a través de las filas enemigas con un sable.

Miré a mi alrededor. Rodeado por un círculo de peones, con el brazo levantado ilustrando la gran hazaña.

— ¡Apolinario!

Me vio, asintió fríamente, como si viera a un desertor y prosiguió con su relato.

Toda la tarde Froilán y yo jugamos rebota con los peones. Era un día pacífico y embriagador. Un suave viento movía las ramas altas de los grandes árboles, el sol tardío, desde atrás de la negra colina de Santo Domingo, calentaba coloridamente sus marchitas copas.

Era un crepúsculo extraño. El sol se eclipsó con una nube de luz hacia el final de la tarde. Primero se hizo rosado, después escarlata, más tarde todo el firmamento se volvió de un rojo oscuro y sangriento.

Un borracho inmenso, un indígena como de dos metros y medio, se tambaleaba por el terreno abierto cerca del campo de rebota, violín en mano. Se lo encajó debajo de la barba y serruchó acompasadamente las cuerdas tambaleándose de un lado al otro, tocó. Un enanito manco saltó de entre la multitud de peones y comenzó a bailar. Una densa chusma hizo un círculo alrededor de

los dos, alborotando con deleite.

Justo en ese momento aparecieron contra el cielo ensangrentado, sobre la colina oriental, los hombres derrotados y descompuestos. A caballo, a pie, heridos, completos, agotados, enfermos, descorazonados, arrastrándose y cojeando en dirección a Santo Domingo...

XII Isabela

Así, contra un cielo carmesí, los soldados derrotados y exhaustos bajaron la colina. Algunos cabalgaban, sus caballos dejaron caer sus apesadumbradas cabezas; en algunas ocasiones venían dos soldados sobre un caballo. Otros caminaban con vendajes ensangrentados alrededor de la frente y los brazos. Las cananas vacías, ningún rifle. Sus manos y caras estaban opacadas por la mugre sudorosa y todavía residuos de pólvora. Más allá de la colina, a través de los treinta kilómetros de árida extensión que existían entre nosotros y La Cadena estaban dispersos. No había más de cincuenta sobrevivientes, incluyendo a las mujeres; el resto había huido a las desnudas montañas y a los dobleces del desierto, pero recorrieron muchos kilómetros, les tomó horas llegar.

Don Petronilo venía al frente, con la cabeza baja y los brazos cruzados, las riendas colgaban sueltas sobre el cuello de su montura, débil y tambaleante. Justo detrás venía Juan Santillanes, demacrado y pálido, su cara había envejecido. Fernando Silveyra, en garras, caminaba con dificultad sobre su montura. Al vadear el poco profundo riachuelo voltearon hacia arriba y me vieron. Don Petronilo hizo débiles señas con la mano; Fernando gritó:

- ¡Vaya, ahí está el mister! ¿Cómo escapó? Estábamos seguros de que lo habían matado.
- Eché carreras con las cabras –contesté. Juan se rió– ¿conque muerto de miedo, eh?

Los caballos lanzaron ansiosos relinchos dentro del riachuelo, bebiendo con desesperación. Juan, con crueldad, hincó las espuelas y lo cruzó, nos abrazamos. Pero don Petronilo desmontó en el agua, como en un sueño, vadeando, con el agua hasta el borde de las botas. Llegó a donde yo estaba.

Lloraba. Su expresión no cambió, lágrimas grandes y lentas rodaban en silencio por sus mejillas.

- ¡Los colorados se llevaron a su esposa! –me murmuró Juan al oído.

Sentí una gran pena por el hombre.

- Es algo terrible, mi coronel –le dije con suavidad– sentir la responsabilidad por estos hombres valientes que murieron. Pero no fue su culpa.

-No es eso –me contestó lentamente, viendo a través de las lágrimas la compañía lastimosa que bajaba a gatas desde el desierto.

-Yo también, tenía muchos amigos que murieron en la batalla –continué–. Pero murieron con gloria, luchando por su patria. Yo no lloro por ellos –dijo retorciéndose las manos–. Hoy perdí lo más querido para mí. Se llevaron a la mujer que era mía, mi nombramiento, mis papeles y todo mi dinero. Sin embargo, me causa un gran dolor cuando recuerdo mis espuelas de plata incrustadas de oro que compré el año pasado en Mapimí –dijo, desconsolado.

Ahora los peones empezaron a bajar de sus casas con gritos lastimeros y ofertas cariñosas. Abrazaron a los soldados, ayudaban a los heridos, palmeaban apenados sus hombros y les llamaban "valientes".

Siendo ellos mismos terriblemente pobres, ofrecían comida, camas y forraje para los caballos, haciendo invitaciones para que se quedaran en Santo Domingo hasta que mejoraran. Yo ya tenía

un lugar para dormir. Don Pedro, el jefe pastor de cabras, me había cedido su cuarto y su cama en un arranque de generosidad calurosa cambiándose junto con su familia a la cocina; lo había hecho sin esperanza a ser recompensado, pues pensaba que yo no tenía dinero. Por todas partes hombres, mujeres y niños dejaban sus casas para dar cabida a los soldados derrotados y muertos de cansancio.

Fernando, Juan y yo, fuimos a pedir tabaco a los cuatro buhoneros que acampaban bajo los árboles, junto al río. No habían vendido nada en una semana, casi se morían de hambre, pero nos dieron una buena cantidad de macuche. Hablamos del combate, recostándonos sobre nuestros codos, observando los residuos de la guarnición en la cima de la colina.

—¿Supo que Gino Güereca cayó? —mepreguntó Fernando—. Yo lo vi. En su gran caballo gris que montaba por primera vez, el pobre animal estaba aterrorizado por la brida y la silla. Pero una vez que llegó a donde las balas volaban y las pistolas rugían, se tranquilizó instantáneamente. Un pura raza, ese caballo... Sus padres debieron ser todos unos guerreros. Alrededor de Gino había unos cuatro o cinco héroes más, casi sin ningún cartucho. Pelearon hasta que al frente y a los lados se les cerraron líneas dobles de jinetes colorados. Gino estaba de pie junto a su caballo; de repente una ráfaga de tiros cayó sobre el animal y en un segundo, se desplomó abatido. El resto cesó el fuego en una especie de pánico. —¡Estamos perdidos! —gritaron—.

¡Corran mientras puedan! Gino agitó su rifle humeante hacia ellos. —No —les gritó—. ¡ Den tiempo a los compañeros para que huyan! —Poco después se cerraron sobre él, y no volví a verlo hasta hoy que enterramos su cadáver... Era un infierno aquello. Los rifles estaban tan calientes que no se podían tocar los cañones, y el deslumbrante remolino que vomitaban cuando disparaban, todo como si fuera un espejismo...

Juan interrumpió.

—Cabalgamos hacia La Puerta cuando comenzó la retirada, pero casi de inmediato vimos que todo era inútil. Los colorados forzaron su entrada rompiendo nuestra formación como si fueran olas del mar. Martínez iba a la cabeza. No tuvo ni oportunidad de disparar su pistola y éste era su primer combate también. Le dieron mientras cabalgaba... Pensé en lo mucho que ustedes dos se querían, acostumbraban platicar en la noche tan afectuosamente, nunca querían dejar ir al otro a dormir...

Las altas y desnudas copas de los árboles se habían oscurecido con la disminución de luz, parecían estar quietas entre las parpadeantes estrellas, en la profunda cúpula del cielo. Los buhoneros habían encendido su pequeña fogata; su suave murmullo de chismes llegaba hasta nosotros. Las puertas abiertas de las chozas de los peones irradiaban la luz temblorosa de las velas. Desde el río subía una silenciosa fila de jóvenes vestidas de negro con sus cántaros sobre la cabeza. Las mujeres molían el maíz con un rasguñar monótono sobre la piedra. Los perros ladraban. El repiqueteo de las pezuñas marcaba el paso de la caballada hacia la corriente. A lo largo del enrejado, frente a la casa de don Pedro, los guerreros fumaban y peleaban otra vez la batalla, caminando y gritando de manera descriptiva. Tomé mi rifle por la cacha y se lo estampé en la cara sonriente, justo cuando... Otro narraba con gestos. Los peones se acuclillaban alrededor, escuchando con la respiración contenida... y continuaba una misteriosa procesión de los derrotados que bajaban exhaustos el camino y cruzaban el río.

Todavía no había oscurecido por completo. Vagué por la ribera para observarlos, con la vaga esperanza de encontrar a algunos de mis compadres que aún se reportaban desaparecidos. Ahí fue donde vi por primera vez a Isabela.

No había nada extraordinario en ella. Creo que la distinguí principalmente porque era una de las pocas mujeres en esta destrozada compañía. Era una chica indígena de piel oscura, como de unos veinticinco años, con el cuerpo rechoncho de toda su raza, el cabello caía hacia adelante sobre sus hombros en dos cascadas; grandes y brillantes dientes cuando sonreía. Nunca averigüé si sólo había sido un peón que trabajaba en La Cadena cuando ocurrió el ataque, o si era una de

esas mujeres que acompañan al ejército.

Caminaba pesadamente en medio del polvo detrás del caballo del capitán Félix Romero. Ya llevaba trotando cuarenta kilómetros. El nunca le hablaba, nunca miraba hacia atrás, cabalgaba sin preocupación alguna. Algunas veces se cansaba de llevar su rifle y se lo daba a la chica con un descuido: "Toma esto!" Después me enteré que cuando regresaron a La Cadena, pasada la batalla, para enterrar a los muertos, 61 la había encontrado deambulando sin rumbo fijo por toda la hacienda, como una demente, y que, necesitando una mujer, le había ordenado seguirlo. Lo que ella hizo, sin preguntar, siguiendo la costumbre de su sexo y su país.

El capitán Félix dejó que su caballo tomara agua. Isabela se detuvo también, se arrodilló y metió la cara en el agua.

– Ven –ordenó el capitán–. ¡Ándale!

Ella se levantó sin decir palabra y vadeó la corriente. En el mismo orden subieron la ribera cercana; ahí el capitán desmontó, ofreció la mano para recoger el rifle que ella llevaba, y le dijo:

– ¡Prepárame la cena! –y se fue a pasear por las casas donde estaban el resto de los soldados.

Isabela se arrodilló, recogiendo algunas ramas para hacer una fogata. Pronto había un montón de ellas quemándose. Llamó a un niño con la rasposa y chillona voz que poseen las mujeres mexicanas:

¡Oye, chamaco! Tráeme agua y maíz para darle de comer a mi hombre!

E irguiéndose sobre sus rodillas por encima del resplandor rojo de las flamas, agitó su larga y lacia, cabellera negra. Llevaba una especie de blusa de tela corriente color azul claro desteñido. En el pecho mostraba sangre seca

¡Qué batalla, señorita! le dije.

Sus dientes centellearon, cuando sonrió, pero aún así había un vacío enigmático en su expresión. Los indígenas tienen caras semejantes a máscaras. Debajo de ella pude ver que estaba exhausta y hasta un poco histérica. Pero habló con suficiente tranquilidad.

Así es dijo ¿usted es el gringo que corrió tantos kilómetros con los colorados pisándole los talones?

Se rió, pero contuvo la respiración a la mitad de la risa, como si le doliera.

El chamaco apareció con un jarro de barro lleno de agua y los brazos llenos de mazorcas que dejó caer a sus pies. Isabela desamarró de su rebozo la pequeña piedra pesada que las mujeres mexicanas llevan para moler y comenzó mecánicamente a desgranar el maíz en ella,

No recuerdo haberla visto en La Cadena le dije. ¿Estuvo allí mucho tiempo?

– Demasiado contestó con sencillez, sin levantar la cabeza y de repente exclamó ¡pero esta guerra no es un juego para mujeres! Don Félix salió de la oscuridad con un cigarrillo en la boca.

– Mi cena gruñó ¿está pronta?

– Luego, luego contestó ella. El se fue otra vez.

– Mire, señor, ¡quienquiera que sea! dijo Isabela volteando a verme. Mi hombre fue muerto ayer en la batalla. Este hombre ahora es mi hombre, pero, por Dios y todos los santos, no puedo

dormir con él esta noche, ¡déjeme quedarme con usted!

No había ni gota de coquetería en su. Voz, Este espíritu desatinado e infantil se encontraba en una situación que no podía soportar, había elegido instintivamente una salida. Dudo que ella supiera por qué el pensamiento de este nuevo hombre le causaba aversión. Con su amante que apenas se enfriaba en la tierra. Yo no era nada de ella, o ella de mí. Eso era todo lo que importaba.

Asentí y juntos nos alejamos de la fogata, el maíz abandonado del capitán se caía de la piedra de molino. Más adelante nos lo encontramos, a unos cuantos metros, en la oscuridad.

– ¡Mi cena! dijo con impaciencia. Su voz cambió. ¿A dónde van?

Voy con este señor respondió nerviosa Isabela, voy a quedarme con él...

Tú... comenzó don Félix, atragantándose. Tú eres mi mujer. Oiga, señor ¡ésta es mi mujer!

Si dije ella es su mujer. Yo no tengo nada que ver con ella, pero está cansada y enferma, le he ofrecido mi cama por esta noche.

– ¡Eso está muy mal, señor! exclamó el capitán, en una voz forzada. Usted es un huésped de la tropa y el amigo del coronel, pero esta mujer es mía y quiero que ella...

¡Vaya! gritó Isabela. ¡Hasta la próxima, señor! y tomándome por el brazo me empujó.

Habíamos vivido una pesadilla en la batalla. Creo que todos estábamos un poco aturridos y excitados. Al menos sé que yo lo estaba.

En este momento los peones y los soldados habían empezado a reunirse en torno nuestro. Al continuar la marcha, la voz del capitán aumentó su volumen para relatar la injusticia ante toda la gente.

– Debo acudir al coronel decía. Debo decirle al coronel. Pasó junto a nosotros en dirección al cuartel del general con cara descompuesta, rumoreando.

– ¡Oiga, mi coronel! gritó. Este gringo se llevó a mi mujer. ¡Esto es un gran insulto!

– Bien contestó el coronel con calma si los dos quieren irse, creo que no podemos hacer nada, ¿verdad?

La noticia se había esparcido como el relámpago. Una muchedumbre de chiquillos nos seguía de cerca, gritando los alegres insultos que se gritan en las procesiones rústicas de matrimonio. Pasamos por la saliente donde los soldados y los heridos se sentaban, sonriendo y haciendo observaciones rudas y geniales sobre el matrimonio. No era mal intencionado o sugestivo su bromear; era franco y alegre, de veras estaban contentos por nosotros.

Al acercarnos a la casa de don Pedro nos percatamos de las muchas velas que había adentro. El, su esposa y su hija estaban escoba en mano barriendo y volviendo a barrer el piso de tierra, rociándolo con agua. Habían puesto ropa de cama nueva, también encendieron la veladora ante el altar de la virgen. Sobre el marco de la puerta colgaba un festón de flores de papel, reliquias desgastadas de muchas celebraciones navideñas, pues era invierno y no había flores verdaderas.

Don Pedro estaba radiante con tanta sonrisa. No había ninguna diferencia de quiénes éramos, o cuál era nuestra relación. Éramos un hombre y una mujer, y para él esto era un casamiento.

– Que tengan buena noche dijo con suavidad y cerró la puerta. La frugal Isabela, de

inmediato recorrió el cuarto apagando todas las velas excepto una.

Y entonces, afuera, oímos música que comenzaba a entonarse. Alguien había conseguido a la banda del pueblo para que nos diera una serenata. Muy entrada la noche seguía tocando, junto a nuestra puerta. En la casa de al lado se oía el ruido de las sillas y mesas que arrastraban para hacer espacio; justo antes de que yo me durmiera habían empezado a bailar, combinando con economía una serenata con un baile.

Sin la menor vergüenza, Isabela se acostó junto a mí en la cama. Su mano buscó la mía. Se arrellanó contra mi cuerpo para obtener reconfortante calor humano, murmuró "hasta mañana" y se durmió. El sueño acudió a mí, calmada y dulcemente...

Cuando me desperté en la mañana ella se había ido. Abrí la puerta y la busqué. La mañana era deslumbrante; en tonos azules y dorados, un cielo adornado por nubes blancas; corría un vientecillo; el desierto era abrasador y luminoso. Debajo de los cenizos árboles desnudas la fogata matutina de los buhoneros despedía humo que se levantaba horizontal por el aire. Las mujeres morenas, con sus ropajes doblados por el viento, cruzaban el campo abierto hacia el río formando una fila, con sus rojos cántaros sobre la cabeza. Los gallos cantaban, las cabras pedían la ordeña, cientos de caballos levantaban polvo al ser llevados al agua.

Isabela estaba en cuclillas sobre una pequeña fogata cerca de la esquina de la casa, volteando las tortillas para el desayuno del capitán. Sonrió cuando me acerqué, con cortesía me preguntó si había dormido bien. Ahora lucía más serena, se podía deducir por la manera en que cantaba al hacer sus tareas.

En ese momento vino el capitán; se mostró huraño y me saluda con la cabeza.

– Espero que ya esté listo gruñó, tomando las tortillas que ella le ofrecía—. Te tardas mucho tiempo en cocinar un desayuno. ¡Caramba! ¿Por qué no hay café? —se lile, gesticulando Alístate gritó por encima de su hombro nos vamos hacia el norte en una hora.

¿Se van? pregunté con curiosidad. Isabela me miró con ojos azorados.

Claro que me voy. ¡Seguro!, ¿no es ése mi hombre? —lo miraba con admiración. Ya no le causaba asco.

– Él es mi hombre dijo ella. Es muy guapo y muy valiente. Fíjese que en la batalla el otro día...

Isabela había olvidado a su amante.

SEGUNDA PARTE

FRANCISCO VILLA

Villa acepta una medalla

Mientras Villa estaba en la ciudad de Chihuahua, dos semanas antes del avance sobre Torreón, los cuerpos de artillería de su ejército decidieron obsequiarle una medalla al honor, por el heroísmo personal en el campo de batalla.

El salón de audiencias del palacio del gobernador en Chihuahua, es un lugar dotado de grandes candeleros ceremoniosos y llenos de brillantez, de pesadas cortinas color carmesí, un cargado papel tapiz estadounidense, y hasta un trono para el gobernador. Es un sillón coronado con unas garras de león a manera de escudo de armas, colocado sobre un estrado y debajo de un pabellón de terciopelo carmesí, contrastando con una pesada capa de madera labrada que forma un cono rematado por una corona.

Los oficiales de artillería, en impecables uniformes azules con frente de terciopelo negro y plateado, guardaban solemnemente un extremo del salón de audiencias; sus espadas nuevas relampagueaban, sostenían con firmeza bajo el brazo sombreros adornados con trenzados destellantes. Desde la puerta de este aposento, por la galería, hasta la escalinata, a través del grandioso atrio interior del palacio y afuera, a través de los enormes portales que dan a la calle, se paraba una doble fila de soldados con sus rifles en posición de presentar armas. Cuatro bandas de regimiento se agrupaban en un claro entre el gentío. Las personas de la capital se agolpaban formando una sólida masa de miles de integrantes en la plaza de armas frente a palacio.

—¡Ya viene! ¡Ya viene! ¡Viva Villa! ¡Viva Madero! ¡Villa, el amigo de los pobres!

El rumor comenzaba atrás de la multitud y barrio como fuego en un pesado crescendo hasta que pareció que iba a tirar los miles de sombreros que estaban sobre sus cabezas. La banda en el patio tocaba los aires nacionales mexicanos; Villa caminaba por la calle.

Vestía un viejo uniforme caqui, al que le faltaban varios botones. No se había rasurado recientemente, no llevaba sombrero, ni siquiera se había peinado. Caminaba con las piernas un poco arqueadas, un tanto jorobado, con las manos en los bolsillos del pantalón. Conforme entró por el corredor pasando entre las rígidas líneas de soldados, parecía un poco cohibido, sonreía y asentía a un compadre aquí y otro allá en las filas. Al pie de la gran escalera, el gobernador Chao y el secretario de estado, Terrazas, se le unieron en uniforme de gala. La banda tocó firmes, y, al entrar Villa al salón de audiencias, a una señal de alguien en el palacio, toda la muchedumbre reunida en la Plaza de Armas se descubrió, y la brillante multitud de oficiales en el salón saludaron con profundo respeto.

¡Fue napoleónico!

Villa dudó por un minuto, tirando de su bigote y en apariencia incómodo; por fin encaminó sus pasos hacia el trono, que probó con brazos temblorosos, después se sentó con el gobernador a la derecha y el secretario de estado a la izquierda.

El señor Bauche, alcalde de la ciudad, se adelantó, levantó su mano derecha en la misma posición en que Cicerón acusó a Catilina, y pronunció un corto discurso condecorando a Villa por su valentía en el campo de batalla en seis ocasiones, las cuales relató con lujo de detalle. Le siguió el jefe de artillería quien dijo:

–El Ejército lo adora. Le seguiremos a donde usted nos guíe. Usted puede ser lo que quiera en México.

Después, otros tres oficiales hablaron con pausas extravagantes y emotivas, indispensables en la oratoria mexicana. Lo llamaron "el amigo de los pobres", "el general invencible", "el inspirador del patriotismo y la valentía", "la esperanza de la república indígena." Durante todo este tiempo Villa yacía en el trono, la boca abierta y sus ojos traviosos recorriendo todo el salón. Una o dos veces bostezó, pero la mayor parte del tiempo parecía estar especulando sobre algún entretenimiento interior muy intenso, como un niño en la iglesia, preguntándose de qué se trataba todo eso. El sabía, desde luego, que era una cosa propia y quizá hasta sentía un poco de vanidad al ver que todo este ceremonial era en su honor. Pero de todas maneras le aburría.

Por último, con un gesto solemne, el coronel Servín se adelantó con una pequeña caja de cartón, que contenía la medalla. El general Chao dio un ligero codazo para llamar la atención de Villa, como indicándole que se pusiera de pie. Los oficiales aplaudieron a rabiar; la muchedumbre afuera gritaba vivas; la banda en el patio irrumpió en una marcha triunfal.

Villa extendió ambas manos con ansiedad, como un niño con un juguete nuevo. Apenas podía esperar a abrir la caja y ver lo que contenía. Un silencio expectante cayó sobre todos, aun sobre la gente en la plaza. Villa vio la medalla, y rascándose la cabeza en medio de un silencio reverente, dijo con toda claridad:

–¡Esta porqueriíta para un hombre que han alabado tanto por su heroísmo!

Ahí se rompió el formalismo como una burbuja y todos irrumpieron en carcajadas.

Los asistentes esperaban que hablara, que diera el convencional discurso de aceptación, pero él recorrió con la mirada todo el salón, viendo a esos hombres inteligentes y educados, que habían dicho que darían su vida por Villa, el peón, y lo decían en serio; al ver a través de la puerta a los soldados harapientos quienes habían olvidado la compostura y se agolpaban ansiosos en el corredor, fijando sus ojos expresivos en el compañero, a quien querían, se dio cuenta de lo que significaba la revolución.

Arrugando su cara como lo hacía cuando se concentraba intensamente, se recargó sobre la mesa frente a él y dijo, en una voz tan susurrante que la gente apenas pudo oírlo:

–No puedo decir ninguna palabra. Lo único que puedo expresar es que todo mi corazón es para ustedes.

Entonces llamó la atención de Chao con un pequeño codazo y se sentó escupiendo con fuerza al suelo; Chao pronunció el clásico discurso.

II

El surgimiento de un bandido

Villa había sido un malhechor durante veintidós años. Cuando apenas contaba con dieciséis, repartía leche por las calles de *Chihuahua*, mató a un oficial del gobierno y tuvo que huir a las montañas. Según se dice, el oficial había violado a su hermana, pero parece probable que Villa lo matara por su rebeldía constante. Eso en sí no hubiera sido razón suficiente para que la ley lo persiguiera por mucho tiempo en México, donde la vida humana no vale mucho; pero una vez prófugo cometió un crimen imperdonable: robar ganado de los ricos hacendados. Desde ese momento hasta el surgimiento de la revolución de Madero, el gobierno mexicano había puesto precio a su cabeza.

Villa era hijo de peones ignorantes. Nunca fue a la escuela. Ni tenía el más leve concepto de la complejidad de la civilización; cuando por fin regresó a ella., era un hombre maduro de extraordinaria astucia natural, que encaró al siglo veinte con la ingenua simplicidad de un salvaje.

Es casi imposible obtener información exacta sobre su carrera como bandido. Existen relatos de los abusos que él cometió, en los antiguos archivos de los periódicos locales e informes del gobierno; pero esas fuentes no son fidedignas ya que su nombre se hizo tan prominente que cada robo de tren, asalto y asesinato en el norte de México se le atribuía. Pero un caudal impresionante de leyendas populares se esparcieron entre los peones en torno a su nombre. Existen muchas canciones tradicionales y corridos que celebran sus hazañas; se puede oír a los pastores cantándolas alrededor de las fogatas en las montañas durante la noche, repitiendo los versos heredados de sus padres o componiendo otros extemporáneamente. Por ejemplo, cuentan la manera en que Villa, agobiado por el historial de miseria de los peones de la hacienda de Los Alamos, reunió a una pequeña banda y cayó sobre la casa grande, saqueándola y distribuyendo los despojos entre la gente pobre. Se llevó miles de cabezas de ganado de los Terrazas y las hizo cruzar la frontera. A veces descendía a una mina próspera y tomaba un filón. Cuando necesitaba maíz capturaba un granero de algún hombre rico. Se recluía casi al descubierto en los pueblos alejados de los caminos y vías de tren transitados, organizando a los bandidos de las montañas. Muchos de los que pertenecieron a su banda, son ahora soldados rebeldes y generales constitucionalistas, como Urbina. Su territorio se limitaba en su mayor parte al sur de Chihuahua y el norte de Durango, pero se extendió desde Coahuila a través de la república hasta el estado de Sinaloa.

Su valor indomable y romántico es tema de incontables poemas. Ellos cuentan, por ejemplo, la manera en que un miembro de su banda, Reza, fue capturado por los rurales quienes lo chantajearon para traicionar a Villa. Cuando éste lo supo, mandó un mensaje a la ciudad de Chihuahua diciendo que iba por Reza. A plena luz del día Villa entró a la ciudad, a caballo, se tomó un helado en la plaza, el corrido es muy explícito en este punto, y cabalgó por las calles hasta que encontró a Reza paseando con su novia junto a la multitud dominguera del paseo Bolívar; allí lo mató y escapó.

En tiempos de hambre, él alimentó a comarcas enteras, y cuidó de los pueblos desalojados por los soldados de Porfirio Díaz, quien había dictado una ley infame sobre las tierras. Por todas partes se le conocía como el amigo de los pobres. Algo así como el 'Robin Hood' mexicano.

En todos estos años él aprendió a no confiar en nadie. A menudo en sus incursiones secretas a través del campo con un compañero fiel, acampaba en algún lugar desolado y despedía al guía; después, dejando una hoguera encendida, cabalgaba toda la noche para huir de su fiel compañero. Así es como Villa aprendió el arte de la guerra; ahora, en el campo de batalla, cuando el ejército acampa por la noche, Villa le arroja las riendas de su caballo a un ordenanza, se echa un sarape al hombro y se va solo a las colinas. Parece que nunca duerme. A media noche llega a algún lugar de los puestos de avanzada para ver si los centinelas están cumpliendo con su deber; cuando regresa, viene de una dirección totalmente diferente. Nadie, ni siquiera el oficial más confiable de su estado mayor conoce los últimos detalles de sus planes hasta que están listos para entrar en acción.

Cuando Madero tomó el campo de batalla en 1910, Villa todavía era un bandido. Quizá, como dicen sus enemigos, vio una oportunidad para lavar sus cargos; quizá, como parece más probable, se inspiró en la revolución de los peones. De cualquier forma, cerca de tres meses después de que se levantaron en armas, Villa inesperadamente llegó a El Paso y puso su banda, su conocimiento del país y toda su fortuna, a las órdenes de Madero. La vasta riqueza que se decía había acumulado durante sus veinte años de atracos, resultó ser de 363 pesos de plata, muy gastados. Villa llegó a capitán en el ejército maderista; con ese nombramiento fue a la ciudad de México ante Madero, quien lo nombró general honorario de los nuevos rurales. El formaba parte del ejército de Huerta cuando fue enviado al norte para sofocar la revolución de Orozco. Villa mandaba la guarnición de Parral y denotó a Orozco con una fuerza inferior, en la única batalla decisiva de esta guerra.

Huerta puso a Villa al mando de la avanzada, dejó que él y los veteranos del ejército de Madero hicieran el trabajo sucio y peligroso, mientras los antiguos regimientos federales se quedaban en la retaguardia bajo la protección de su artillería. En Jiménez, Huerta sorprendentemente le formó corte marcial a Villa, acusándolo de insubordinación; alegaba haber teleografiado a Villa una orden en Parral que Villa aseguraba no haber recibido nunca. La corte marcial duró 15 minutos, el futuro y más poderoso antagonista de Huerta fue sentenciado a muerte.

Alfonso Madero, miembro del estado mayor de Huerta, apoyó la ejecución, pero el Presidente Madero forzó la revocación de la orden de su mariscal de campo y encarceló a Villa en la penitenciaría de la capital. Durante todo este tiempo Villa nunca declinó su lealtad a Madero, cosa desconocida en la historia de México. Por mucho tiempo él había deseado con vehemencia una educación. No desperdició el tiempo en remordimientos o intrigas políticas. Dedicó todas sus energías a aprender a leer y escribir. Villa no tenía ninguna base anterior. Hablaba el español duro de los muy pobres; lo que se llama un "pelado"; no sabía nada de los rudimentos o filosofía del lenguaje. Se aplicó al estudio de ellos primero, porque siempre quena saber el porqué de las cosas. En nueve meses ya podía escribir con letra bastante aceptable y leer los periódicos. Es interesante verlo leer, más bien oírlo leer, pues tiene que pronunciar las palabras en voz alta como un niño. Finalmente, el gobierno de Madero hizo arreglos para su fuga de la prisión, ya fuera para salvar el nombre de Huerta, pues los amigos de Villa habían pedido una investigación; o porque Madero estaba convencido de su inocencia y no se atrevía a ponerlo en libertad abiertamente.

Desde ese momento hasta el estallido de la última revolución, Villa vivió en El Paso, Texas, y fue de ahí que salió, en abril de 1913, a conquistar México con sus cuatro compañeros, dos caballos de acarreo, un kilo de azúcar y de café y medio kilo de sal.

Hay una anécdota en relación a este hecho. Como ni él ni sus compañeros tenían suficiente dinero para comprar caballos, envió a dos de ellos a un establo local y rentaron caballos para montar. Hicieron lo mismo todos los días de una semana, pagando debidamente al final de cada día; de manera que cuando pidieron ocho caballos, el encargado del establo no tuvo objeción alguna en prestárselos. Seis meses después, cuando Villa entró triunfalmente a Juárez encabezando un ejército de cuatro mil hombres, el primer acto público que hizo fue enviar al dueño del establo el doble del precio de los caballos robados.

Se recluyó en las montañas cercanas a San Andrés y creció tanto su popularidad, que en un mes había organizado un ejército de tres mil hombres. Dos meses después ya había llevado a los contingentes federales en retirada por el estado de Chihuahua hasta la misma capital del estado; en seis meses había tomado Torreón; y en siete había evacuado Chihuahua. Así, casi todo el norte de México quedaba liberado.

III

Un peón en la política

Villa se proclamó gobernador militar del estado de Chihuahua, comenzando el extraordinario experimento, extraordinario porque no sabía nada acerca de todo esto, de crear un gobierno para 300,000 personas.

A menudo se ha dicho que Villa tuvo éxito debido a sus versados consejeros, pero en realidad estaba casi solo. Los consejeros que tenía habían pasado la mayor parte de su tiempo contestando sus ansiosas preguntas y haciendo lo que él decía. Yo solía ir al palacio de gobierno temprano en la mañana y le esperaba en el salón del gobernador. A eso de las ocho Silvestre Terrazas, el secretario de estado; Sebastián Vargas, el tesorero y Manuel Chao, el interventor, llegaban muy serios y atareados con enormes pilas de informes, sugerencias y decretos que habían bosquejado. Villa mismo llegaba a eso de las ocho y media, se tiraba en su silla y les hacía leerlos en voz alta. A cada instante intercalaba una aseveración, una corrección o una

sugerencia. A veces agitaba su dedo y decía:

—No sirve.

Cuando todos terminaban, él comenzaba rápidamente y sin pausas a bosquejar la política del estado de Chihuahua, legislativa, financiera, judicial y hasta educacional. Cuando llegaba a un punto que le molestaba, decía:

—¿Por qué hacen eso?

Entonces, se le explicaba con lujo de detalle el porqué. La mayoría de los altos usos del gobierno le parecían extraordinariamente innecesarios y los criticaba. Por ejemplo, sus consejeros le proponían financiar la revolución por medio de la emisión de bonos estatales que llevaran 30 ó 40 por ciento de interés.

—Yo puedo entender que el Estado deba pagar algo a la gente por la pérdida de su dinero, pero ¿cómo se les va a regresar dos, tres o cuatro veces? dijo.

No podía entender por qué se debían dar grandes extensiones de tierra a los hombres ricos y a los pobres no. Toda la compleja estructura de la civilización era nueva para él. Se debe ser un filósofo para explicarle cualquier cosa a Villa; y sus consejeros sólo eran *hombres prácticos*.

El problema financiero se le presentó a Villa de esta manera: Se percató de pronto que no había dinero en circulación. Los granjeros que producían carne y vegetales se negaban a ir a los mercados de la ciudad porque nadie tenía dinero para comprar. La verdad era que aquellos que poseían plata o billetes mexicanos los habían enterrado. Chihuahua no era un centro de fábricas, y las pocas que había las habían cerrado, y no había nada que se pudiera trocar por comida. Así es que, como una plaga, la parálisis de la producción de alimento comenzó y la escasez atacó a todas las poblaciones.

Recuerdo haber oído vagamente muchos planes altamente elaborados para aliviar esta condición, propuestos por los consejeros de Villa, quien declaró:

—Pues si todo lo que necesitan es dinero, imprimámoslo.

Así, entintaron la imprenta del sótano de palacio de gobierno y emitieron dos millones de pesos en papel grueso, estampados con las firmas de los oficiales de gobierno y con el nombre de Villa impreso a través del billete en letras grandes.

El dinero falso, que después inundó El Paso, se distinguía del original por el hecho de que los nombres de los oficiales eran firmados en lugar de estampados.

La primera emisión de moneda estuvo garantizada sólo por el renombre de Francisco Villa. En un principio se imprimió para revivir el comercio interno en el estado de manera que la gente pobre pudiera obtener comida. Y casi de inmediato los bancos de El Paso lo pagaron a 18 y 19 centavos de dólar porque Villa lo respaldaba.

Desde luego que él no sabía de las formas aceptables de introducir el dinero a la circulación; comenzó a pagar al ejército con él. El día de Navidad mandó llamar a la gente pobre de Chihuahua y les dio 15 pesos por persona. Después, emitió un corto decreto ordenando la aceptación de su dinero por *todo* el estado. El siguiente sábado los mercados de Chihuahua y otros pueblos cercanos se atestaron de granjeros y compradores.

Villa lanzó otra proclama fijando el precio de la carne de res a siete centavos el medio kilo, la leche a cinco centavos el cuarto y el pan a cuatro centavos la pieza. No había hambre en Chihuahua. Pero los grandes comerciantes, que tímidamente reabrieron sus tiendas por primera vez desde su entrada en Chihuahua, etiquetaron sus productos con dos precios: uno para el dinero en plata mexicano y billetes, otro para "el dinero de Villa." Villa detuvo esta acción con otro

decreto ordenando que se castigaría con sesenta días de cárcel a cualquiera que discriminara su moneda. Pero, aún así, la plata y los billetes de banco se negaban a salir de la tierra. Villa los necesitaba para comprar armas y víveres para su ejército, de manera que simplemente anunció a la gente que después del primero de febrero la plata y los billetes de banco mexicanos se tomarían como dinero falso, declarando que antes de este tiempo deberían cambiarse por su dinero a la par en la tesorería del estado. Pero las grandes sumas de los ricos todavía se le escapaban. La mayoría de los hombres de negocios declararon que todo era presunción y lo retuvieron. Sin embargo, en la mañana del primero de febrero, apareció un decreto pegado a las paredes por toda la ciudad de Chihuahua, anunciando que a partir de este momento toda la plata y los billetes de banco mexicanos se convertían en moneda falsa y ya no podrían ser cambiados por moneda de Villa en la tesorería, cualquiera que intentara pasarlos se le castigaría con sesenta días de reclusión en la penitenciaría. Se levantó un gran revuelo, no sólo de los capitalistas, sino también de los míseros avarientos, de los poblados distantes.

Unas dos semanas después de la emisión del decreto, yo almorzaba con Villa en la casa que él le había confiscado a Manuel Gómeros y que ahora era su residencia oficial. Una delegación de tres peones, en huaraches, llegó desde un pueblo de la sierra tarahumara para protestar en contra del decreto de moneda falsa.

—Pero, mi general —dijo el vocero— no sabíamos del decreto hasta ahora. Hemos estado usando los billetes de banco y la plata en nuestro pueblo. No habíamos visto su dinero, y no sabíamos...

—¿Tienen mucho dinero? —interrumpió el general de pronto.

—Sí, mi general.

¿Tal vez unos tres, cuatro o cinco mil?

Más que eso, mi general.

Señores dijo Villa con furia muestras de mi dinero llegaron a su pueblo dentro de las veinticuatro horas después de su emisión. Ustedes decidieron que mi gobierno no duraría. Escarbaron hoyos bajo sus chimeneas y pusieron la plata y los billetes allí. Ustedes sabían de mi primer decreto un día después de que fue pegado por las calles de Chihuahua y lo ignoraron. El decreto de moneda falsa también lo conocían desde el mismo día en que fue publicado. Pero pensaban que siempre habría tiempo de cambiarlo si era necesario. Después se asustaron, ustedes tres, quienes tienen más dinero que nadie en el pueblo, se subieron en sus mulas y vinieron aquí. Señores su dinero es falso ¡ustedes son hombres pobres!

—¡Válgame Dios! gritó el mayor de los tres, sudando profusamente. ¡Estaríamos arruinados, mi general!, le juro que no sabíamos, hubiéramos aceptado, no hay comida en el pueblo.

El general en jefe meditó un momento.

Les daré otra oportunidad dijo no por ustedes, sino por la pobre gente de su pueblo que no puede comprar nada. El próximo miércoles al mediodía tráiganme todo su dinero, hasta el último centavo, a la Tesorería y veré le que se puede hacer.

Para los atemorizados financieros que esperaban con el sombrero en la mano fuera de la estancia, las noticias se esparcieron de boca en boca; el miércoles a mediodía uno no podía pasar por la puerta de la Tesorería pues una ansiosa muchedumbre se agolpaba ahí.

La gran pasión de Villa eran las escuelas. Creía que la tierra para el pueblo y las escuelas podrían resolver todos los problemas de la civilización. Las escuelas eran una obsesión para él. A menudo se le oía decir:

— Cuando pasé en la mañana por esta calle ví muchos niños, pongamos una escuela

allí.

Chihuahua tiene una población inferior a los 40,000 habitantes. En diferentes ocasiones Villa estableció más de cincuenta escuelas.

El gran sueño de su vida era enviar a su hijo a una escuela de los Estados Unidos, pero al iniciarse los cursos en febrero no tuvo suficiente dinero para pagar el medio año de instrucción.

Tan pronto como se hizo cargo del gobierno de Chihuahua, puso a su ejército a administrar la planta de energía eléctrica, los tranvías, el teléfono, las obras de agua potable y el molino de harina de Terrazas. Asignó soldados para administrar las grandes haciendas que había confiscado. Controlaba el rastro con soldados, y vendió las reses de Terrazas a la gente del gobierno. Puso un millar de ellos en las calles de la ciudad como policía civil, prohibiendo bajo pena de muerte el hurto, o la venta de licor al ejército. Un soldado que se emborrachó fue fusilado. Hasta trató de hacer funcionar la cervecería con soldados, pero fracasó porque no pudo encontrar a un experto en malta.

La única cosa que se puede hacer con los soldados en tiempo de paz dijo Villa es ponerlos a trabajar. Un soldado ocioso siempre piensa en la guerra.

En cuanto a los enemigos políticos de la Revolución fue simple y efectivo. Dos horas después de haber entrado en el palacio del gobernador, los cónsules extranjeros fueron a pedirle protección para los 200 soldados federales que se habían quedado como policías a petición de los extranjeros. Antes de contestarles, Villa dijo a boca de jarro:

—¿Quién es el cónsul español?

Scobell, el vicecónsul británico, dijo:

– Yo represento a los españoles.

– ¡Muy bien! dijo Villa con brusquedad. Dígales que comiencen a empacar. Cualquier español que sea capturado dentro de los límites de este estado después de cinco días será escoltado hasta el más próximo paredón por un pelotón de fusilamiento.

Los cónsules tragaron saliva horrorizados. Scobell comenzó una airada protesta, pero Villa lo paró en seco.

Esta no es una determinación apresurada comentó lo he meditado desde 1910. Los españoles deben irse.

Letcher, el cónsul norteamericano, alegó:

General, no cuestiono sus motivos, pero pienso que usted está cometiendo un grave error político al expulsar a los españoles. El gobierno de Washington lo pensará mucho antes de entablar amistad con alguien que utiliza tales medidas incivilizadas.

—Señor cónsul—contestó Villa—, nosotros los mexicanos hemos soportado por tres siglos a los españoles. No han cambiado su forma de ser desde los conquistadores. Ellos dislocaron el imperio indígena y esclavizaron a la gente. No les pedimos que mezclaran su sangre con la nuestra. Dos veces los sacamos de México y les permitimos regresar con los mismos derechos de los mexicanos y ellos usaron esos derechos para robar nuestra tierra, para esclavizar a la gente y para alzar sus armas contra la causa de la libertad, Ellos apoyaron á Porfirio Diaz. Se involucraron perniciosamente en la política. Fueron 106 españoles quienes fraguaron el plan que puso a Huerta en el palacio. Cuando Madero fue asesinado, los españoles, en cada estado de la república, organizaron banquetes de celebración. Ellos echaron sobre nosotros la peor de las supersticiones que el mundo jamás haya conocido: la iglesia católica. Sólo por eso deberían ser muertos. Considero que soy muy generoso con ellos.

Scobell insistió con vehemencia que cinco días eran muy pocos, que posiblemente no podría avisar a todos los españoles en el estado en ese tiempo; así es que Villa extendió el plazo a diez días.

Los mexicanos ricos que oprimían a la gente y se oponían a la Revolución, fueron expulsados rápidamente del estado y se confiscaron sus vastas pertenencias. Con un simple rasgo de su pluma los 17.000.000 de acres y un sinfín de negocios de la familia Terrazas se convirtieron en propiedad del gobierno constitucionalista, así como las grandes extensiones de tierra de la familia Creel y los magníficos palacios que constituían sus casas en la ciudad. Recordando, sin embargo, la manera en que los exiliados Terrazas habían financiado la revolución de Orozco, Villa encarceló a don Luis Terrazas, hijo, como rehén en su propia casa de Chihuahua. Algunos enemigos políticos particularmente perniciosos fueron ejecutados en la penitenciaría. La Revolución posee un libro negro en el que se asientan los nombres, las ofensas y las propiedades de aquellos que oprimieron y robaron a la gente.

A los alemanes, que habían estado muy activos en la política, a los ingleses y a los estadounidenses, aún no se atrevía a molestarlos. Las páginas del libro negro serían abiertas cuando el gobierno constitucionalista fuera establecido en la ciudad de México; y ahí, también, se resolvería la cuenta que los mexicanos tenían pendiente con la iglesia católica.

Villa sabía que la reserva del banco minero, cerca de 500,000 pesos en oro, estaba escondida en algún lugar de Chihuahua. Don Luis Terrazas, hijo, era el director del banco; cuando se negó a revelar el escondite del dinero, Villa y un pelotón de soldados lo sacaron de su casa una noche, lo llevaron en una mula al desierto y lo colgaron de un árbol. Lo descolgaron justo antes de que muriera; Terrazas condujo a Villa hasta la vieja fragua de la fundición de los Terrazas, bajo las cuales encontraron la reserva del banco minero.

El hombre regresó a la prisión en malas condiciones; Villa mandó un mensaje a su padre en El Paso, diciendo que liberaría a su hijo por un rescate de \$500,000.

IV

El lado humano

Villa tiene dos esposas, una paciente y sencilla mujer que estuvo con él durante los años de su proscripción, quien vive en El Paso, y otra, una joven delgada y gatuna, que vive con él en la casa de Chihuahua. No esconde nada con respecto a esto, aunque los mexicanos educados y convencionalistas que le rodeaban en número cada vez mayor tratan de acallar el hecho. Entre los peones no sólo es frecuente sino hasta habitual tener más de una compañera.

Se oyen historias acerca de que Villa violó a muchas mujeres. Le pregunté si eso era cierto. Jaló su bigote y se me quedó mirando por un minuto con una expresión inescrutable.

—Nunca me molestó en desmentir tales rumores —dijo—. También dicen que soy un bandido. Bien, usted conoce mi historia. Pero dígame ¿alguna vez ha encontrado a un marido, padre o hermano de cualquier mujer a quien yo haya violado? —hizo una pausa— ¿o siquiera un testigo?

Es fascinante observarlo descubrir nuevas ideas. Hay que recordar que ignora absolutamente los problemas, las confusiones y los reajustes de la civilización moderna.

—El socialismo —dijo cuando le pregunté lo que pensaba sobre él—, ¿es una cosa posible? Yo sólo lo veo en los libros y no leo mucho.

En otra ocasión le pregunté si las mujeres votarían en la nueva república. Estaba extendido en su cama, con su saco desabrochado.

—Vaya, no creo —dijo sorprendido, y de inmediato se sentó—. ¿Qué quiere decir con votar? ¿Se refiere a elegir un gobierno y hacer leyes?

Dije que sí, que las mujeres lo hacían en los Estados Unidos.

–Bueno –dijo, rascándose la cabeza–, si lo hacen allá arriba no veo la razón para no hacerlo aquí.

La idea parecía divertirsele muchísimo. La repasó una y otra vez en la mente, mirándome y volviendo a mirar a otra parte.

–Puede ser como usted dice –comentó– pero nunca lo había pensado. Las mujeres son para mí objeto de protección, de amor. No tienen firmeza de mente, determinación. No pueden considerar si algo es bueno o malo. Están llenas de compasión y suavidad. Vaya –concluyó–, una mujer no daría la orden para ejecutar a un traidor.

–No estoy tan seguro de eso, mi general –intercedí–. Las mujeres pueden ser más crueles y duras que los hombres.

Se quedó mirándome, jalándose el bigote. Comenzó a sonreír. Miró lentamente hacia donde su mujer preparaba la mesa para el almuerzo.

– Oiga –dijo– venga, escuche. Anoche capturé a tres traidores que cruzaban el río para hacer explotar la vía del tren ¿qué hago con ellos? ¿Los fusilo o no?

Sin saber qué hacer, ella tomó su mano y la besó:

– No sé nada de esas cosas –dijo ella–, usted sabe mejor.

– No –dijo Villa–. Lo dejo en tus manos. Esos hombres trataban de cortar nuestras comunicaciones con Juárez y Chihuahua. Ellos eran traidores, federales, ¿qué debo hacer? ¿Los fusilo o no?

–Bueno, pues, fusílos –dijo la señora Villa.

Villa tragó saliva con deleite.

–Hay algo de cierto en lo que usted dice –enfaticó.

Durante los días siguientes acosaba a la cocinera y las recamareras, preguntándoles a quién querían tener como presidente de México.

Nunca se perdía una corrida de toros. Y todas las tardes a las cuatro se le podía encontrar en la gallera, peleando sus propias aves con el feliz entusiasmo de un niño. Más tarde jugaba baraja en algún garito. Algunas veces, bien entrada la mañana, enviaba un correo tras Luis León, el torero, y telefoneaba en persona al rastro preguntando si tenían toros bravos en el corral. Casi siempre tenían uno, y todos nos subíamos a los caballos y cabalgábamos por las calles hasta llegar a los grandes corrales de adobe. Veinte vaqueros separaban al toro de la manada, lo lazaban, amarraban y le cortaban los agudos cuernos, entonces Villa, Luis León y cualquier otro que quisiera, tomaban los capotes rojos profesionales y se bajaban a la plaza; Luis León con cautela profesional, Villa tan testarudo y torpe como el toro, lento de pies, pero ágil de cuerpo y brazos como un animal. Villa caminaba derecho hacia el animal que bramaba furioso y con su capa doble le golpeaba insolentemente la cara, así, durante media hora, continuaba el mejor deporte que yo jamás haya presenciado. Algunas veces los cuernos serruchados del toro atrapaban a Villa por la parte trasera de los pantalones y lo lanzaban con violencia hacia el otro lado de la plaza; entonces él se levantaba y agarraba al toro por la cabeza y luchaba con él, el sudor escurría copiosamente por su cara hasta que cinco o seis compañeros agarraban la cola del toro y tiraban de él dejando surcos y vociferando.

Villa nunca toma ni fuma, pero bailando le gana con creces al más ardiente galán mexicano. Cuando se dio la orden de que el ejército avanzara sobre Torreón, Villa se detuvo en Camargo

para apadrinar la boda de uno de sus viejos compadres. Dicen que bailó vigorosamente sin parar toda la noche del lunes, todo el día y la noche del martes, llegando al frente el miércoles en la mañana con los ojos inyectados y con un aire de extrema fatiga.

V

El funeral de Abraham González

El hecho de que Villa deteste toda pompa y ceremonia innecesaria, hace más impresionante su presencia en actos públicos. Tiene el don de expresar con perfección el sentimiento de las grandes masas. En febrero, exactamente un año después de que Abraham González fuera asesinado por los federales en el Cañón de Bachimba, Villa ordenó una gran ceremonia luctuosa en la ciudad de Chihuahua. Dos trenes que transportaban a los oficiales del ejército, los cónsules y representantes de la colonia extranjera, dejaron Chihuahua en las primeras horas de la mañana para llevar el cuerpo del gobernador desde el lugar donde estaba enterrado bajo una burda cruz de madera en el desierto. Villa ordenó al mayor Fierro, su superintendente de ferrocarriles, alistar los trenes; pero Fierro se emborrachó y lo olvidó. Cuando Villa y su brillante comitiva llegaron a la estación de ferrocarril a la mañana siguiente, el tren regular de pasajeros a Juárez acababa de partir y no había ningún otro equipo a la mano. Villa mismo saltó a la máquina en movimiento y obligó al ingeniero a llevar el tren de regreso a la estación. Acto seguido recorrió el tren ordenando a los pasajeros que bajaran, y cambió el rumbo hacia Bachimba. Apenas se puso en movimiento el tren, llamó a Fierro y le quitó la superintendencia de los ferrocarriles dándosela a Calzada, y ordenando al segundo que regresara de inmediato a Chihuahua y se enterase de todo lo concerniente a ferrocarriles mientras él llegaba. En Bachimba, Villa se paró en silencio junto a la tumba, las lágrimas rodaban por sus mejillas. González había sido su íntimo amigo.

Diez mil personas estaban de pie en el calor y el polvo de la estación de ferrocarril de Chihuahua cuando el tren funerario llegó, y el cortejo avanzó por las angostas calles, detrás del ejército, al frente del cual Villa caminaba junto al ataúd. Su automóvil esperaba, pero con enojo se negó a subir a él, tropezando neciamente por la suciedad de las calles con los ojos fijos en el suelo.

Esa noche hubo una velada en el Teatro de los Héroes: un inmenso auditorio abarrotado de peones emocionados y sus mujeres. La fila de balcones centelleaba con los oficiales vestidos de gala, y más allá de ellos en la galena se agolpaban los harapientos. La velada es una institución enteramente mexicana. Primero se da un discurso, después una recitación acompañada al piano, después otro discurso, seguido de una canción patriótica ejecutada por un coro de chiquillas indígenas sin gracia de la escuela pública con voces chillonas, otro discurso, y un solo de soprano de "Trovatore" por la esposa de algún oficial del gobierno, otro discurso más y así por el estilo durante cinco horas cuando menos. Siempre que había un funeral prominente, o una fiesta nacional, o la conmemoración de un presidente, o de hecho, cualquier ocasión de la más mínima importancia, debía organizarse una velada. Esta es la forma convencional y respetable de celebrar cualquier cosa.

Villa se sentó en el palco izquierdo del escenario y controlaba la organización sonando una campanilla. El escenario mismo era brillantemente espantoso con sus banderas negras, las vastas masas de flores artificiales, abominables retratos al crayón de Madero, Pino Suárez y del gobernador muerto, así como luces rojas, blancas y verdes. Al pie de todo esto había una caja negra de madera muy pequeña y sin adornos que contenía el cadáver de Abraham González.

La velada transcurrió en forma ordenada y exhaustiva durante dos horas. Los oradores locales, temblando por el miedo al escenario, pronunciaban las extravagantes frases castellanas de costumbre, y las niñas pisando un pie con el otro asesinaron el "Adiós" de Tosti. Villa, con sus ojos clavados en la caja de madera, no se movió ni habló. En el momento apropiado hacía sonar la campana mecánicamente, pero después de un rato no lo pudo soportar más. Un inmenso y voluminoso mexicano estaba a la mitad del "Largo" de Handel, en el gran piano, cuando Villa se levantó. Puso un pie en el barandal del balcón y brincó al escenario, se arrodilló, y tomó el ataúd

en sus brazos. El "Largo", de Handel, disminuyó poco a poco. Un silencio sorpresivo paralizó a la audiencia. Sosteniendo la caja negra con ternura como una madre hace con su hijo, sin ver a nadie, Villa descendió los escalones del escenario y subió el pasillo. Por instinto, el público se levantó; y al pasar por las puertas giratorias le siguieron en silencio. Caminó entre las líneas de los soldados que esperaban, su espada golpeaba el suelo, cruzó la oscura plaza hacia el palacio del gobernador; y, con sus propias manos, colocó el ataúd sobre la mesa rodeada de flores que le esperaba en el salón de audiencias. Se habían hecho arreglos para que cuatro generales en turno hicieran una guardia, cada uno por dos horas. Las velas irradiaban una luz tenue sobre la mesa y el piso a su alrededor, pero el resto de la habitación estaba oscura. Una densa masa de gente respiraba, silenciosamente, agolpada en el quicio de la puerta. Villa se quitó la espada y se oyó que retintando fue a dar a un rincón. Tomó su rifle de la mesa y rindió la primera guardia.

VI

Villa y Carranza

Parece increíble para quienes no le conocieron, que esta sobresaliente figura, que había salido de la oscuridad para ocupar la posición más prominente de México en tres años, no ambicionara la presidencia de la república. Pero esta actitud está completamente de acuerdo con la sencillez de su carácter. Cuando se le preguntaba en cuanto a esto, contestaba con su usual y perfecta sinceridad, en la misma forma en que uno le preguntaba. Nunca evadía la cuestión de si podría o no ser presidente de México.

—Soy un luchador, no un estadista. No tengo la suficiente educación como para convertirme en presidente —decía. Hace apenas dos años que aprendí a leer y escribir ¿cómo podría yo, que nunca he ido a la escuela, ser capaz de hablar con los embajadores extranjeros y los cultos caballeros del Congreso? Sería malo para México si un hombre iletrado llegara a ser presidente. Hay una cosa que yo no haría nunca: ocupar un puesto para el que no estoy preparado. Sólo hay una orden de mi jefe (Carranza) que desobedecería: la de ser presidente o gobernador.

Tuve que hacerle esa pregunta cinco o seis veces por pedido de mi periódico. La última se exasperó.

Le he dicho muchas veces dijo que no hay ninguna posibilidad de que yo llegue a ser presidente de México. ¿O es que los periódicos están tratando de crear problemas entre mi jefe y yo? Esta es la última vez que voy a contestar esa pregunta. Al próximo corresponsal que me la haga lo voy a hacer apalear y lo mando a la frontera.

Después de eso, anduvo refunfuñando humorísticamente sobre el chatito que le seguía preguntando si quena llegar a la presidencia. La idea parecía divertirle.

Siempre que fui a verlo después del incidente, acostumbraba decirme al final de nuestra plática:

Bueno, ¿hoy no va a preguntarme si quiero ser presidente?

Nunca se refería a Carranza más que como "mi jefe," y obedecía a pie juntillas la más pequeña orden de "el primer jefe de la revolución." Su lealtad a Carranza era muy determinante. Parecía pensar que Carranza representaba todos los ideales de la revolución. Esto, a pesar del hecho de que muchos de sus consejeros trataron de hacerle entender que Carranza era en esencia un aristócrata y un reformador, y que la gente peleaba por algo más que la simple reforma.

El programa político de Carranza, como se expone en el Plan de Guadalupe, evita con mucho cuidado alguna promesa sobre la solución de la cuestión de la tierra, excepto un vago endoso al plan de Madero de San Luis Potosí, y es evidente que no intenta amparar ninguna restauración radical de la tierra al pueblo, hasta que se convierta en presidente interino, y entonces proceder con mucha cautela. Mientras tanto parece haber dejado esta cuestión a juicio de Villa, así como

todos los demás detalles de la conducta de la revolución en el norte. Pero Villa, siendo un peón, y sintiendo como uno de ellos, más que razonando conscientemente, estaba convencido que la cuestión de la tierra es la causa real de la revolución. Así, con su característico acierto y rapidez, en cuanto hubo solucionado los detalles del gobierno del estado de Chihuahua, designó a Chao gobernador provisional, y emitió una proclama que conceda 25 y media hectáreas de las tierras confiscadas a cada ciudadano varón del estado, y declaró estas tierras inalienables bajo ninguna causa por un periodo de diez años. En el estado de Durango ocurrió lo mismo y como otros estados están libres de las guarniciones federales seguirá la misma política.

VII

Las reglas de la guerra

También en el campo, Villa tuvo que inventar un sistema de guerra completamente original, pues él nunca tuvo la oportunidad de aprender ningún tipo aceptable de estrategia militar. En esto, sin temor a equivocarme, es el más grandioso caudillo que México haya tenido. Su método de lucha es asombrosamente semejante al de Napoleón. El secreto, la rapidez de movimientos, la adaptación de sus planes al carácter del terreno y de los soldados, el valor de las relaciones íntimas con el rango y las filas, y el crear la convicción, entre el enemigo, de que su ejército es invencible y que él mismo lleva una vida fascinante, son sus características sobresalientes. El no conocía en absoluto las normas europeas aceptadas para la estrategia o la disciplina. Uno de los problemas del ejército federal mexicano es que sus oficiales están saturados de teoría militar convencional. El soldado mexicano mentalmente aún está al final del siglo dieciocho. El es, sobre todo, un guerrillero individualista y relajado. Sencillamente el esquema los paraliza. Cuando el ejército de Villa entra en la batalla no le estorban los saludos, ni el rígido respeto por los oficiales, o los cálculos trigonométricos de la trayectoria de los proyectiles, o las teorías del porcentaje de aciertos en mil rondas de fuego de rifle, o la función de la caballería, la infantería y la artillería en una posición particular, o la rígida obediencia al conocimiento secreto de sus superiores. Esto le hace a uno recordar el harapiiento ejército republicano que Napoleón condujo a Italia. Es probable que Villa mismo no entendiera muchas de estas cosas. Pero sabía que los guerrilleros no pueden ser conducidos ciegamente en pelotones por un campo en perfecta coordinación, que los hombres que pelean individualmente y por su propio entendimiento, son más valientes que largas filas que descargan desde las trincheras, fustigados por oficiales. Y cuando la lucha es más violenta, cuando una muchedumbre harapienta de feroces hombres morenos con bombas de mano y rifles, corren por las calles que barren las balas en una ciudad emboscada, Villa está entre ellos, como un soldado común y corriente.

Hasta ahora, los ejércitos mexicanos siempre habían llevado consigo cientos de mujeres y niños de los soldados; Villa fue el primer hombre que en las forzadas marchas de los cuerpos de caballería, dejó a las mujeres atrás. Hasta este momento ningún ejército mexicano había abandonado su base; siempre se había mantenido cerca de la vía del tren y de los trenes. Pero Villa sembró el terror entre el enemigo al abandonar sus trenes y enviar todos sus efectivos sobre el campo, como lo hizo en Gómez Palacio. Inventó en México la forma más desmoralizante de la batalla: el ataque nocturno.

Cuando, después de la caída de Torreón, el septiembre anterior, en vista del avance de Orozco desde la ciudad de México retiró sus tropas y durante cinco días atacó Chihuahua sin éxito, fue una terrible impresión para el general federal cuando se levantó una mañana y descubrió que Villa se había escurrido en la ciudad al amparo de la oscuridad, y capturando un tren de carga en Terrazas hizo descender todo su ejército sobre la comparativamente indefensa ciudad de Juárez. ¡No fue un paseo! Villa se dio cuenta de que no disponía de suficientes trenes para llevar a sus soldados aun cuando había emboscado y capturado un tren de las tropas federales, enviado al sur por el general Castro, el comandante federal en Juárez. Le envió un telegrama a dicho general, firmando con el nombre del coronel al mando del tren de la tropa, que decía: "Máquina descompuesta en Moctezuma. Enviar otra máquina con cinco carros."

El confiado Castro envió de inmediato un nuevo tren. Entonces Villa volvió a telegrafiarle:

"Líneas cortadas entre este lugar y Chihuahua. Gran contingente de rebeldes se acerca desde el sur. ¿Qué hago?"

Castro contestó:

"Vuelva de inmediato."

Y Villa obedeció, enviando telegramas alentadores desde cada estación en su trayecto.

El comandante federal supo del viaje una hora antes de su llegada, y lo esperó sin informar siquiera a su guarnición, de manera que, fuera de una pequeña batalla, Villa tomó Juárez casi sin ningún disparo.

Estando la frontera tan cerca se las ingenió para contrabandear suficientes municiones para equipar a sus fuerzas, casi desarmadas, y una semana más tarde salió y persiguió a las fuerzas federales con una gran matanza en Tierra Blanca.

El general Hugh L. Scott, al frente de las tropas estadounidenses del fuerte Bliss, envió a Villa un folleto que contenía las reglas de guerra adoptadas por la Conferencia de La Haya. Invirtió muchas horas en su estudio; le interesó y divirtió enormemente. Dijo:

—¿Qué es esta Conferencia de La Haya?— ¿Hubo un representante de México en ella? ¿Hubo un representante de los constitucionalistas ahí? Me parece una cosa curiosa hacer reglas sobre la guerra. No es un juego. ¿Cuál es la diferencia entre una guerra civilizada y cualquier otro tipo de guerra? Si usted y yo nos peleáramos en una cantina no vamos a sacar un librito de nuestros bolsillos y leer las reglas. Aquí dice no se debe usar balas de plomo; pero no veo por qué no, si cumplen su función.

Por un buen tiempo después preguntaba a sus oficiales:

—Si un ejército invasor tomara una ciudad del enemigo ¿qué debería hacerse con las mujeres y los niños?

Hasta donde yo pude observar, las Reglas de Guerra no hicieron ninguna diferencia en el método original de pelear de Villa. Los colorados eran ejecutados dondequiera que se los capturaba; porque, decía, ellos fueron peones como los revolucionarios y ningún peón sería voluntario contra la causa de la libertad a menos que fuera malo. El también mataba a los oficiales federales, porque, según explicó, ellos eran hombres instruidos y deberían saber lo que era mejor. Pero liberaba a los soldados federales comunes porque la mayoría de ellos eran concriptos, y pensaban que estaban peleando por la patria. No existe registro alguno de que matara a sangre fría. Incluso a cualquiera que lo hiciera lo mandaba fusilar, excepto a Fierro.

Fierro, el hombre que mató a Benton, era conocido como "El Carnicero" por todo el ejército. Era un gran y hermoso animal, el mejor y más cruel jinete y peleador, quizá, de todas las fuerzas revolucionarias. En su insaciable sed de sangre, Fierro llegó a matar a cien prisioneros con su propio revólver, apenas descansando para cargarlo. Mataba por placer. Durante dos semanas que estuve en Chihuahua, Fierro mató a quince inofensivos ciudadanos a sangre fría.

Pero había una curiosa relación entre él y Villa. El era el mejor amigo de Villa, y Villa lo quería como a un hijo y siempre le perdonaba.

A pesar de que Villa nunca había oído de las Reglas de Guerra, llevaba junto con su ejército el único hospital de campo eficaz que jamás haya tenido ejército mexicano alguno. Consistía en cuarenta furgones barnizados en el interior, dotados de mesas de operación y los últimos adelantos de cirugía, además los atendían más de sesenta doctores y enfermeras. Todos los días, durante la batalla, los trenes de enlace llenos de heridos graves iban y venían del frente a los hospitales base en Parral, Jiménez y Chihuahua. El se encargaba de los heridos federales tan cuidadosamente como de los suyos. Al frente de su propio tren de abastecimiento iba otro tren

llevando dos mil costales de harina, además de café, maíz, azúcar y cigarros para alimentar a toda la población sin recursos de los alrededores de las ciudades de Durango y Torreón.

Los soldados comunes lo adoran por su valentía y su humor rudo y torpe. A menudo lo he visto tirado en su catre a bordo del último vagón pequeño y rojo en el que siempre viaja, departiendo chistes con veinte harapientos soldados rasos desparramados por suelo, sillas y mesas. Cuando el ejército subía o bajaba de los trenes, Villa ayudaba personalmente, enfundado en un viejo y sucio traje sin cuello, pateaba a las mulas en el vientre, empujaba caballos hacia adentro o hacia afuera de los furgones de carga. Si de repente le daba sed tomaba la cantimplora de algún soldado y se la bebía toda, a pesar de las protestas indignadas del propietario; luego le decía que fuera al río a explicarle que Pancho Villa había dado orden de que se la llenara.

VIII

El sueño de Pancho Villa

Sería interesante conocer el apasionado sueño, la visión que anima a este luchador "que no es lo suficientemente educado como para ser presidente de México."

Una vez me lo contó en estas palabras:

–Cuando se establezca la nueva república ya no habrá más ejército en México. Los ejércitos son el mayor apoyo de la tiranía. No puede haber dictador sin ejército.

Pondremos a trabajar a las tropas. Por toda la república estableceremos colonias militares compuestas por los veteranos de la Revolución. El estado les daría tierras agrícolas y establecería grandes empresas industriales para darles trabajo.

Trabajarían muy duro tres días a la semana, porque el trabajo honesto es mejor que la lucha y sólo el trabajo honesto produce buenos ciudadanos; los otros tres días recibirían instrucción militar y saldrían a enseñar a la gente a luchar. Entonces, cuando la patria fuera invadida, sólo tendríamos que llamar por teléfono desde el palacio de la ciudad de México, y en medio día toda la nación mexicana se levantaría desde los campos y las fábricas, totalmente armados, equipados y organizados para defender a sus hijos y sus hogares.

Mi mayor ambición es pasar mis días en una de esas colonias militares entre mis compañeros que quiero, quienes han sufrido tanto tiempo y tan profundamente por mí. Me gustaría que el gobierno estableciera una fábrica para producir buenas sillas de montar y bridas, porque yo sé hacer eso; y el resto del tiempo me gustaría trabajar en mi pequeña granja, criando ganado y cultivando maíz. Sería bueno, creo yo, ayudar a que México fuera un lugar feliz.

TERCERA PARTE

JIMÉNEZ Y LOS CADETES DE LA ACADEMIA DE WEST POINT *

I

El hotel de doña Luisa

De Chihuahua me fui hacia el sur en un tren de la tropa que iniciaba el avance sobre Escalón. Conectado a cinco furgones de carga, llenos de caballos y atestados de soldados, iba un vagón en el que se me permitió viajar con doscientos pacíficos ruidosos, hombres y mujeres. Era tremendamente impresionante: las ventanas, los espejos, las lámparas todas estrelladas y los asientos de pana arrancados, los agujeros de bala a manera de friso. El tiempo de salida no estaba previsto, y nadie sabía la hora en que llegaría. La vía del tren estaba recién reparada. En lugares donde alguna vez hubo puentes nos sumergíamos en arroyos, subíamos con dificultad la otra orilla sobre una desvencijada y recién construida vía que se inclinaba y crujía debajo de nosotros. Durante todo el día el costado del camino iba paralelo a enormes rieles de acero distorsionados, levantados con una cadena y una máquina en reversa; la obra de Orozco el año anterior. Corría el rumor de que los bandidos de Castillo planeaban volarnos con dinamita a alguna hora de la tarde...

* (N. de T.) Obviamente esta referencia es una sátira, pues contrasta la disciplina, el honor y la pulcritud de los cadetes de la Academia de West Point con los mercenarios contratados por los ejércitos en conflicto, el constitucionalista y el federal.

Los peones con grandes sombreros de paja y sarapes bellamente raídos, indígenas en ropas azules de trabajo y huaraches de cuero de vaca, y las mujeres de cara regordeta con rebozos negros envueltos en la cabeza, y nenes llorando, llenaban los asientos y las plataformas, cantando, comiendo, escupiendo, platicando. De vez en cuando, irrumpía un hombre harapiento vestido con una cachucha que anunciaba "conductor" en letras doradas despintadas, muy borracho, abrazando a sus amigos y pidiendo con severidad los boletos y salvoconductos a los extranjeros. Me presenté con un pequeño obsequio: una moneda estadounidense. Me dijo:

—Señor, usted puede viajar libremente por toda la república de ahora en adelante sin pagar. Juan Algomero está a sus órdenes.

Un oficial perfectamente uniformado, con espada al costado, estaba en la parte de atrás del coche. Iba hacia el frente de batalla, comentó, para ofrecer su vida por la patria. Su único equipaje eran cuatro jaulas de madera llenas de golondrinas. Casi en la parte trasera dos hombres iban sentados a lo ancho del pasillo, cada uno con un saco blanco que se movía y cacareaba. Tan pronto como el tren se puso en marcha abrieron estas bolsas de donde brotaron dos magníficos gallos, que se paseaban por los pasillos comiéndose las migajas y las colillas. Los dos propietarios de inmediato levantaron la voz:

—¡Pelea de gallos, señores! ¡Cinco pesos a este valiente y hermoso gallo! ¡Cinco pesos, señores!

Los varones de inmediato abandonaron sus asientos y se acercaron gritando hacia el centro del coche. Parecía que ninguno de ellos careciera de los necesarios cinco dólares.* En diez minutos los promotores se arrodillaron en medio del pasillo y soltaron sus aves, y conforme avanzábamos ruidosamente, meciéndonos de lado a lado, arremetiendo contra las hondonadas y subiendo trabajosamente la otra ribera, un remolino de plumas y centellas de acero rodaba por todo el pasillo. Habiéndose terminado, un joven cojo se puso de pie y tocó "Rufus, el silbador", en una flauta de hojalata. Alguien sacó una botella de cuero llena de tequila, y todos tomamos un trago. Desde atrás del coche llegaban gritos de ¡vamos a bailar! Y en un instante cinco parejas todos hombres, desde luego, se pusieron a bailar alocadamente. Un viejo campesino ciego fue ayudado a subir a su asiento donde, vibrante, recitó largos corridos sobre las heroicas hazañas del

gran general Maclovio Herrera. Todos escucharon con atención en silencio y una lluvia de centavos llenó el sombrero del anciano. A veces nos llegaba el canto de los soldados en los furgones de enfrente y el sonido de sus disparos cuando divisaban un coyote atravesando el mezquite. Entonces todos los de nuestro vagón corrían a las ventanas, sacando sus pistolas y tirando rápida y violentamente.

(N. de T.) Aparentemente en esta época el dólar y el peso estaban a la par.

Toda la larga tarde marchamos con lentitud hacia el sur, los rayos occidentales del sol quemaban nuestras caras. Cada hora más o menos parábamos en alguna estación, derruida por algún ejército durante los tres años de la Revolución; en ellas el tren era asediado por vendedores de cigarros, piñas de árbol, botellas de leche, camotes y tamales envueltos en hojas de maíz. Las ancianas, chismeando, descendían del tren, prendían una pequeña fogata y preparaban café. En cuclillas, fumando sus cigarros de hoja de maíz, se contaban unas a otras interminables historias de amor.

Ya entrada la tarde íbamos a Jiménez; me abrí camino a empujones a través de toda la población, bajé con el tren aún en movimiento, pasé entre las llameantes antorchas de la pequeña fila de puestos de dulces, y recorrí la calle donde los soldados borrachos alternaban con chicas pintadas, caminando del brazo, hacia el hotel Doña Luisa de la estación. Estaba cerrado. Toqué a la puerta y una pequeña ventana se abrió a un lado, mostrando una mujer increíblemente anciana, coronada por una cabellera blanca en desorden. Me observó a través de un par de lentes de acero y enfatizado por un:

—¡Bueno, creo que está bien!—

Después se oyó el sonido de quitar trancas y la puerta se abrió de par en par. Apareció doña Luisa misma, con un gran manojito de llaves a la cintura, parada dentro. Tenía a un chino asido por la oreja y dirigiéndose a él en un español fluido y profano.

—¡Chango! —le dijo—. ¿Qué es eso de responderle a un inquilino de este hotel que ya no hay más 'hot cakes'? ¿Por qué no hiciste más? ¡Ahora agarra tus cosas y lárgate de aquí!

Con un tirón final soltó al oriental diciendo:

—Estos malditos paganos.

Se dirigió a mí en inglés:

—¡Los asquerosos limosneros! ¡No tomo ni una probada de lo que me ofrezca un sucio chino que pueda vivir con un quinto de arroz al día! —después asintió hacia la puerta disculpándose—. Hay tantos malditos generales borrachos por aquí en estos días que tengo que tener la puerta cerrada con llave. ¡No quiero que los mexicanos se metan aquí!

Doña Luisa es una norteamericana chaparra y regordeta de más de ochenta años de edad, un tipo de benevolente abuela de Nueva Inglaterra. Durante cuarenta años había estado en México, y hace treinta o más años, al morir su esposo, se hizo cargo del hotel de la estación. La guerra y la paz no eran diferentes para ella. La bandera norteamericana ondeaba a su puerta y en su casa ella es la única que manda. Cuando Pascual Orozco tomó Jiménez, sus hombres erigieron un reino alcohólico del terror en la ciudad. Orozco mismo, el invencible, el feroz, quien mataba a cualquier persona que le viniera en gana, llegó borracho al hotel de la estación con dos de sus oficiales y varias mujeres. Doña Luisa se plantó a la entrada de su casa —sola— y agitó su puño enfrente de su cara:

—Pascual Orozco —le gritó—, agarra a tus deshonestos amigos y lárgate de aquí; este es un hotel decente.

Y Orozco se marchó.

II

Duelo a la fregada

Caminé por la calle, como de dos kilómetros, increíblemente desgastada que lleva a la ciudad. Pasó un tranvía tirado por una mula a galope, hinchado de soldados medio borrachos. Rodaban calandrias llenas de soldados con chicas sobre sus rodillas. Bajo los desnudos álamos polvorientos cada ventana contenía su señorita, con la atención de un caballero envuelto en cobijas. No había luz. La noche era seca y fría y llena de sutiles emociones exóticas; las guitarras sonaban, fragmentos de canciones y risas y cuchicheos, y gritos desde calles distantes, llenaban la oscuridad. A veces pequeñas compañías de soldados venían a pie o una tropa de jinetes enfundados en albos sombreros y sarapes retintineaba silenciosamente saliendo de la oscuridad y desaparecían otra vez, con destino al relevo de guardia.

En un tranquilo tramo de la calle cerca de la arena de toros, donde no hay casas, noté que un automóvil se aproximaba desde la ciudad. Al mismo tiempo un caballo a galope venía en la dirección opuesta, y justo enfrente de mí los faros de la máquina iluminaron al caballo y a su jinete, un joven oficial con sombrero Stetson. El automóvil rechinó al frenar de golpe y una voz salió de él gritando:

—¡Alto ahí!

—¿Quién habla? —preguntó el de a caballo, alzando su montura sobre las patas traseras.

— Yo, Guzmán —y el otro saltó a tierra y entró a la zona alumbrada, un mexicano tosco y gordo con una espada al cinto.

—¿Cómo le va, mi capitán? —el oficial se apeó de un salto. Se abrazaron palmeándose las espaldas con ambas manos.

—Bien, ¿y tú? ¿A dónde vas?

—A ver a Maria.

El capitán se ríe.

— No lo hagas —dijo— yo también voy a verla, y si te veo por ahí de seguro te mato.

— Pues de todos modos voy. Soy tan rápido como usted a la pistola, señor.

—Usted verá—respondió el otro humilde—, ¿no podemos ir los dos!

— ¡Exactamente!

—¡Oiga! —dijo el capitán a su chofer—, déle vuelta al coche para que ilumine la banqueta. De espaldas caminamos treinta pasos, nos detenemos, contamos hasta tres. Y después el primero que le meta una bala al sombrero del otro, gana.

Ambos hombres sacaron tremendas pistolas y se detuvieron un momento en la luz, rotando la cámara.

¡Listo! —gritó el jinete.

—Apúrese que es malo detener el amor —dijo el capitán.

Espalda contra espalda, empezaron a caminar la distancia acordada.

—¡Uno! —gritó el chofer.

—¡Dos!

Pero rápido como un relámpago el gordo giró sobre sus tacones en la luz trémula e incierta, bajó su brazo y un poderoso rugido atravesó la noche. El Stetson del otro hombre, todavía de espaldas, dio un salto, y cayó diez pasos más allá de 61. Volteó de inmediato, pero el capitán ya estaba subiendo a la máquina.

—¡Bueno! —dijo alegremente—. Yo gané. ¡Hasta mañana entonces amigo!

Y el auto ganó velocidad y desapareció calle abajo. El jinete, con lentitud, se acercó a donde yacía su sombrero, lo levantó y lo examinó. Se quedó parado un momento, meditando, después subió a su caballo y también se fue. Yo ya había empezado a alejarme un poco antes...

En la plaza, la banda del regimiento tocaba "El Pagaré", la canción que inició la revolución de Orozco. Esta era una parodia del original, aludía al pago que Madero le hizo a su familia por \$750,000 por gastos de guerra en cuanto subió a la presidencia; se había esparcido como un fuego sin control por toda la república y tuvo que ser suprimida por policía y soldados. "El Pagaré" aún ahora es un tabú en la mayoría de los círculos revolucionarios, y he oído que han fusilado a algunos hombres por cantarla; pero ahora en Jiménez había permiso para todo. Es más, los mexicanos, a diferencia de los franceses, no tienen el más leve respeto por los símbolos. Partidos acérrimamente antagónicos usan la misma bandera; en la plaza de casi toda ciudad todavía descansan estatuas en honor de Porfirio Díaz; hasta cuando he comido el rancho con los oficiales hemos bebido en vasos grabados con la efigie del viejo dictador, mientras abundan los uniformes del ejército federal en los rangos.

Pero "El Pagaré" es una tonada llena de ritmo y vivacidad, y bajo la luz de cientos de foquitos danzaba en la plaza una doble procesión dando vueltas alegremente. En el exterior, en grupos de cuatro, iban los hombres, en su mayoría soldados. En el interior, en dirección opuesta, las jóvenes caminaban del brazo. Al pasar aventaban puñados de confeti unos a otros. Nunca se hablaban, nunca paraban; pero si una chica agradaba a un varón, él deslizaba una nota a su amada al pasar, y ella contestaba con una sonrisa si él le agradaba. Así ellos se conocían y más tarde la chica se las ingeniaría para dar a conocer al caballero su dirección; esto conduciría a largas pláticas en la ventana de ella al anochecer, y después serían novios. Era un asunto delicado, esto de deslizar las notas. Cada hombre llevaba una pistola, y toda novia era su propiedad, celosamente guardada. Era asunto de vida o muerte deslizar una nota a la novia de otro. La muchedumbre se seguía moviendo con alegría, excitados por la música... Más allá de la plaza se entreveían las ruinas de la tienda de Marcos Russek, que estos mismos hombres habían saqueado hacía menos de dos semanas, y a un lado la vieja catedral rosada hacía resaltar sus torres entre sus fuentes y grandes árboles, con el nombre "Santo Cristo de Burgos" en fierro brillante por el vidrio molido, centelleando encima de la puerta.

Ahí, a un costado de la plaza, di con un grupito de americanos apiñados en una banca. Todos tenían las ropas rasgadas más de lo que se pudiera creer, excepto un joven delgado con polainas y uniforme de oficial federal, además usaba un sombrero mexicano sin corona. Los pies sobresalían de sus zapatos, ninguno traía más que restos de calcetines, todos estaban sin rasurar. Uno que era casi niño llevaba un brazo en cabestrillo hecho de un jirón de cobija. Con gusto me hicieron lugar, se pararon y me rodearon, y gritaban que era algo grandioso ver a otro americano entre estos malditos grasientos:

_¿Qué están haciendo aquí? pregunté.

Somos soldados de fortuna; dijo el chiquillo con el brazo herido.

_¡Ay! interrumpió otro, ¡soldados de...!

-Verás, la cosa es así- comenzó el joven de apariencia soldadesca. Estuvimos peleando con la Brigada Zaragoza, en la batalla de Ojinaga y toda la cosa. Y ahora llega una orden de Villa para

sacar a todos los americanos de las filas y mandarlos a la frontera. ¿No es ésa una noticia fabulosa?

-Anoche nos dieron de baja con honores y nos sacaron del cuartel

-dijo un hombre cojo con cabello rojizo.

-Y no hemos conseguido un lugar para dormir ni nada que comer

-expuso el chiquillo de ojos grises a quien llamaban "mayor."

-¡No mendigues al tipo ! reprendió el soldado indignado. ¿No

-tendremos cincuenta pesos mexicanos en la mañana?

Nos trasladamos a un restaurante cercano, al regresar les pregunté lo que iban a hacer.

-Para mí, el viejo E.U. —suspiró un moreno irlandés bien parecido que no había hablado hasta ahora. Me regreso a San Fran y volveré a manejar un camión. Estoy harto de grasientos, mala comida y mala guerra.

– Yo tengo dos bajas con honor del ejército estadounidense anunció el joven soldado con orgullo. Serví en la guerra española, ése fui yo. Soy el único soldado en esta pandilla. Los otros le insultaron e hicieron burla.

– Creo que me volveré a alistar cuando cruce la frontera.

Yo no dijo el hombre cojo. A mí me buscan por dos asesinatos, soy inocente, juro por Dios que no lo hice, fue una trampa. Pero un hombre pobre nunca tiene oportunidades en Estados Unidos. Cuando no tramaban alguna trampa para imputármela, me encarcelaban por 'vago'. Aun así estoy bien continuó con sinceridad. Soy un hombre muy trabajador, sólo que no puedo conseguir trabajo.

El mayor levantó su pequeña y dura cara con ojos crueles:

Yo salí de un reformatorio en Wisconsin y adivino que hay un par de Policías esperándome en El Paso. Siempre quise matar a alguien con una pistola, y lo hice en Ojinaga, y todavía no me llenó. Nos dijeron que podíamos quedarnos si firmábamos nuestra naturalización; creo que voy a firmar mañana.

Ya lo creo que lo harás gritaron los otros. Eso es una porquería. Supón que viene la intervención y tienes que disparar contra los de tu propia raza. A mí no me van a pescar para convertirme en un grasiento.

– Eso se arregla fácil- dijo el mayor. Cuando regrese a los Estados Unidos, dejo mi nombre aquí. Me voy a quedar aquí hasta que me harte y me regreso a Georgia a poner una fábrica con mano de obra infantil.

El otro niño, de repente, estalló en lágrimas.

A mí me volaron el brazo en Ojinaga sollozaba y ahora me sueltan sin ningún dinero, y no puedo trabajar. Cuando llegue a El Paso los policías me van a encarcelar y le tendré que escribir a papá para que me lleve a casa, en California. Me escapé de ahí hace un año explicó.

– Mire, mayor-le aconsejé-, es mejor que no se quede aquí si Villa quiere a los americanos fuera de sus filas. Siendo un ciudadano mexicano no le ayudará si viene la intervención.

Quizá tenga razón agregó el mayor pensativamente. Párale al discurso, Jack. Creo que me irá

a Galveston y me embarcaré para Sudamérica. Dicen que se acaba de iniciar una revolución en Perú.

El soldado tendría unos treinta años, el irlandés unos veinticinco y los otros tres entre dieciséis y dieciocho.

– ¿A qué vinieron? pregunté.

¡Aventuras! contestaron sonriendo el soldado y el irlandés. Los tres chicos me miraron con caras inquietas y honestas, demacradas por el hambre y la penuria.

– El botín dijeron a un tiempo.

Lancé una mirada a sus lastimeras pertenencias; a la muchedumbre de ruidosos voluntarios que desfilaban alrededor de la plaza, a quienes no se les había pagado en tres meses, y contuve un violento impulso de gritar muerto de risa. Pronto los dejé; desadaptados, rudos y calculadores en un país apasionado, despreciando la causa por la que luchaban, burlándose de la alegría de los irreprimibles mexicanos. Y al partir dije:

– Por cierto ¿a qué compañía pertenecían? ¿Cómo se dicen llamar? El joven pelirrojo contestó:

– ¡La legión extranjera!

Justo aquí quisiera decir que he visto pocos soldados de fortuna, que no hubieran sido forajidos en su propio país, excepto uno, y ése era un científico seco como el polvo, que estudiaba la acción de sustancias altamente explosivas en las pistolas de campo.

Ya era muy noche cuando llegué al hotel. Doña Luisa se me adelantó para revisar mi cuarto, y yo me detuve por un momento en el bar. Dos o tres soldados, evidentemente oficiales, estaban tomando. Uno, bastante borracho, era un hombre marcado por las viruelas con un rastro de bigote negro; parecía que sus ojos no podían enfocar bien. Sin embargo, en cuanto me vio comenzó a cantar una cancioncita agradable:

Yo tengo una pistola con su mango de marfil para matar a los gringos que vienen por ferrocarril.

Pensé que era diplomático irme del lugar, porque nunca se sabe lo que un mexicano hará cuando está borracho. Su temperamento es demasiado complicado.

Doña Luisa estaba en mi cuarto cuando yo llegué. Con un ademán misterioso se llevó un dedo a los labios, cerró la puerta y sacó de debajo de su falda una copia del "Saturday Evening Post" del año pasado, en un increíble estado de disolución.

Lo saqué de la caja fuerte para usted dijo. La maldita cosa esa vale más que cualquier otra en la casa. Me han ofrecido hasta quince dólares por él los americanos que van a las minas. Verá usted, no hemos recibido una sola revista americana en un año.

III

Salvado por un reloj de pulsera

Después de eso no pude más que leer la valiosa publicación, aunque ya la había leído antes. Encendí la lámpara, me desvestí, y me metí a la cama. Justo en ese momento se oyeron unos pasos inciertos en el pasillo afuera y mi puerta se abrió violentamente de par en par. Enmarcado por ella estaba parado el oficial picado de viruelas que había estado bebiendo en el bar. Llevaba en una mano un enorme revólver. Por un momento se quedó pestañeando en forma malévolamente, entró y cerró la puerta de un golpe.

—Soy el teniente Antonio Montoya, a sus órdenes —dijo—. Oí que había un gringo en este hotel y he venido a matarlo.

—Siéntese —dije cortésmente—. Ví que estaba perdido en alcohol.

Se quitó el sombrero, me hizo una caravana de cortesía y se acercó una silla. Sacó otro revólver de atrás de su saco y puso ambos sobre la mesa. Estaban cargados.

—¿Quiere un cigarro? —le ofrecí el paquete. Tomó uno, lo agitó en señal de gracias y lo encendió en la lámpara. Después tomó las pistolas y las apuntó hacia mí. Sus dedos oprimían lentamente los gatillos, pero los soltaban otra vez. Yo estaba demasiado asustado como para hacer otra cosa que no fuera esperar.

— La única dificultad —dijo, bajando las armas— es escoger qué revólver voy a usar.

—Perdón —logré articular—, pero ambos parecen ser un poco obsoletos. Ese Colt cuarenta y cinco de seguro es un modelo 1895, y en lo que toca al Smith and Wesson, aquí entre nosotros, es sólo un juguete.

—Cierto —contestó, mirándolos despreciativamente—. Si hubiera pensado mejor habría traído mi nueva pistola automática. Mis disculpas, señor —dijo un suspiro y otra vez apuntó los cañones a mi pecho, con una expresión de calmada alegría—. Sin embargo, ya que es así, debemos arreglarnos con lo que tenemos.

Me preparé para saltar, forcejear, gritar. De pronto sus ojos vieron la mesa, donde estaba mi reloj de dos dólares.

— ¿Qué es eso? —preguntó.

— ¡Un reloj de pulsera! —ansiosamente le demostré cómo ponérselo. Sin darse cuenta bajó las pistolas. Con la boca abierta y la atención absorta observó con deleite, como un niño observa el funcionamiento de algún nuevo juguete mecánico.

—Ah —suspiró—, ¡qué bonito!

—Es suyo —le dije, desabrochándolo y ofreciéndoselo.

Miró el reloj y después a mí, lentamente avivándose y brillando con sorprendente alegría. Lo coloqué en su mano extendida. Con reverencia y cuidado, ajustó el objeto en su muñeca velluda. Se levantó y tiró sobre el suelo sin notarlo, los revólveres. El teniente Antonio Montoya me abrazó.

—¡Ah, compadre! —gritó emocionado.

Al día siguiente lo encontré en la tienda de Valiente Adiana en la ciudad. Nos sentamos amigablemente en la trastienda, tomando aguardiente, y el teniente Montoya, mi mejor amigo en todo el ejército constitucionalista, me contó las penurias y los peligros de la campaña. Hacía tres semanas que la brigada de Maclovio Herrera estaba al acecho en Jiménez, esperando la llamada de emergencia para el avance sobre Torreón.

—Hoy en la mañana —dijo Antonio— los espías constitucionalistas interceptaron un telegrama del comandante federal en la ciudad de Zacatecas para el general Velasco en Torreón. Decía que mediante un razonamiento maduro había decidido que Zacatecas era un lugar más fácil de atacar que de defender. Por lo tanto, informaba que su plan de campaña era este: Al acercarse las fuerzas constitucionalistas pretendía evacuar la ciudad y después tomarla otra vez.

—Antonio —le comenté—, voy a hacer un largo viaje a través del desierto. Voy a Magistral. Necesito un mozo. Pago tres dólares a la semana.

— Ta' bueno —gritó el teniente Montoya—. ¡ Lo que quieras, pa' que yo pueda ir con mi amigo!

— Pero estás de servicio activo —argüí—, ¿cómo puedes dejar el regimiento?

—Por eso no hay cuidado —contestó Antonio—. No le diré nada a mi coronel. No me necesitan. Caramba, tienen otros cinco mil hombres aquí.

IV

Símbolos de México

Antes de amanecer, cuando las casas grises de un piso y los polvorientos árboles estaban tiesos de frío, dejamos caer un látigo largo de cuero sobre el lomo de dos mulas y ruidosamente cruzamos las maltrechas calles de Jiménez, saliendo a campo abierto. Unos cuantos soldados, envueltos en sarapes hasta los ojos, dormían junto a sus linternas. Había un oficial borracho durmiendo la mona en la zanja.

Manejábamos un viejo carruaje ligero, cuya lanza rota estaba remendada con alambre. Los arneses estaban hechos de pedacitos de fierro viejo, cuero y reata. Antonio y yo nos sentamos lado a lado en el asiento, y a nuestros pies dormitaba un joven moreno y serio llamado Primitivo Aguilar. Se había contratado a Primitivo para abrir y cerrar rejas, amarrar los arneses cuando se rompieran, cuidar la carreta y las mulas por la noche, pues había informes de que los caminos estaban infestados de bandidos.

El terreno se convirtió en una planicie fértil, cortada por canales de irrigación, sobreprotegidos por largas filas de grandes álamos sin hojas y tan grises como la ceniza. La gran extensión de campos desolados emitía una delgada neblina. Una nube blanca de polvo nos acompañaba y envolvía. Detuvimos el coche por la iglesia de la hacienda de San Pedro y le regateamos a un anciano peón un costal de maíz y paja para las mulas. Más adelante había un exquisito edificio de yeso rosado de una sola planta, apartado del camino en medio de un vergel de sauces llorones.

— Eso —señaló Antonio— es sólo un molino de harina.

Almorzamos en un cuarto blanqueado con suelo sucio de la casa de un peón en otra gran hacienda, cuyo nombre olvidé, pero recuerdo que alguna vez perteneció a Luis Terrazas y ahora estaba confiscada por el gobierno constitucionalista. Esa noche acampamos junto a un canal de irrigación lejos de cualquier lugar, en mitad del territorio de los forajidos.

Después de una cena de carne picada y chile, tortillas, frijoles y café negro, Antonio y yo dimos instrucciones a Primitivo. Debía hacer guardia junto al fuego con el revólver de Antonio y, si oía algo, nos despertaría. Pero de ninguna manera podía dormirse. Si se dormía lo mataríamos.

Primitivo afirmó con un "sí, señor," muy grave, abrió grandes sus ojos y agarró la pistola.

Antonio y yo nos envolvimos en nuestras cobijas cerca del fuego.

Me debí haber dormido al instante, porque cuando me desperté, al oír a Antonio levantarse, mi reloj mostraba que sólo media hora había transcurrido. Desde el lugar asignado a Primitivo provenían una serie de profundos ronquidos. El teniente se dirigió hacia él.

— ¡Primitivo! —dijo.

Ninguna respuesta.

— ¡Primitivo, tú, idiota!— nuestro centinela se movió en su sueño y se volteó emitiendo ruidos que indicaban su comodidad.

— ¡Primitivo! —gritó Antonio, descargándole una fuerte patada.

No dio ninguna respuesta. Antonio retrocedió un poco y lanzó una patada a la espalda de Primitivo que lo levantó por el aire. De golpe se despertó, se sentó alerta, agitando su revólver.

—¿Quién vive? —gritó Primitivo.

El siguiente día nos tomó fuera de las tierras bajas. Entramos al desierto, recorriendo una serie de planicies ondulantes, arenosas y cubiertas con mezquite negro y de vez en cuando un cactus. Ahora comenzamos a ver a un lado del camino esas siniestras crucecitas de madera que la gente de pueblo erigía en el lugar donde alguien había sufrido una muerte violenta. Alrededor del horizonte nos envolvían las montañas púrpura. A la derecha, a través de un vasto valle árido, una hacienda blanca, verde y gris se presentaba a nuestros ojos como una ciudad. Una hora más tarde pasamos el primero de esos grandes ranchos cuadrados y fortificados con que uno se topa una vez al día, perdido en los pliegues de esta inmensa tierra. La noche se cernía sobre nosotros, en un cenit sin nubes, mientras toda la línea del horizonte aún estaba iluminada con un resplandor claro; después el día se desvaneció y las estrellas se hicieron añicos en el cielo, como si fueran un cohete. Antonio y Primitivo, en esa extraña y burda armonía mexicana que suena un tanto al violín con cuerdas desgastadas, cantaban "Esperanza" conforme trotábamos. Enfrío el clima. Por leguas a la redonda sólo había tierra quemada, una comarca propiedad de la muerte. Habían transcurrido horas desde que pasamos la última vivienda.

Antonio declaró conocer el sitio donde se encontraba un manantial, en algún lugar más adelante, pero hacia la media noche, una noche oscura, sin luna, descubrimos que el camino por el que transitábamos concluía en una maleza de mezquite. En algún punto nos habíamos desviado del camino real. Era tarde, las mulas estaban exhaustas. No había otro remedio que "acampar en seco," pues hasta donde llegamos no había ni gota de agua.

Ya habíamos desenjaezado y alimentado a las mulas, nos dábamos a la tarea de encender nuestra fogata cuando sonaron pisadas en el bosque de chaparral. Caminaron por un trecho y se detuvieron. Nuestra pequeña flama de madera grasienta crujía amenazante, iluminando un tambaleante y brillante radio de tres metros. Más allá todo era oscuridad.

Primitivo se puso a salvo de un salto dentro de la carreta; Antonio sacó su revólver, nos quedamos inmóviles detrás de la fogata. El sonido volvió a escucharse.

— ¿Quién vive? —dijo Antonio. Se oyó un cuchicheo en los arbustos, después una voz.

— ¿De qué bando son? —preguntó insegura.

—Maderistas —contestó Antonio—. ¡Pasen!

—¿Es seguro para los pacíficos? —inquirió la persona invisible. —Lo juro —grité—. Salgan para que los podamos ver.

En ese momento dos vagas formas se materializaron a la orilla del resplandor de la fogata, casi sin hacer ruido, dos peones, según vimos cuando se acercaron muy bien envueltos en sus desgarradas cobijas. Uno era viejo, arrugado y encorvado, usaba huaraches caseros, sus pantalones colgaban en jirones sobre sus lastimadas piernas; el otro un joven descalzo y muy alto, con una cara tan pura y sencilla que casi rayaba en la idiotez. Amigables, calurosos como la luz del sol, ansiosamente curiosos como niños, se acercaron, extendiendo sus manos para saludarnos.

Nos dimos un apretón de manos, saludándoles con la elaborada cortesía mexicana.

— Buenas noches amigo, ¿cómo está?

—Muy bien, gracias ¿y usted?

- Bien, gracias, ¿y cómo está su familia?
- Bien gracias, ¿y la suya?
- Bien gracias, ¿qué hay de nuevo por aquí?
- Nada, ¿y ustedes?
- Nada. Siéntense.
- Gracias, pero estoy bien de pie.
- Siéntense, siéntense.
- Mil gracias. Discúlpenos un momento.

Sonrieron y desaparecieron otra vez en la maleza. Al minuto volvieron, con los brazos llenos de mezquite seco para nuestra fogata.

— Somos rancheros —dijo el mayor, haciendo una reverencia—. Cuidamos unas cuantas ovejas, nuestras casas están a sus órdenes, nuestros corrales para sus mulas y nuestra pequeña ración de maíz. Nuestros ranchitos están muy cerca de aquí por el mezquite. Somos hombres muy pobres, pero esperamos que nos hagan el honor de aceptar nuestra hospitalidad.

Era necesario usar mucho tacto.

— Un millón de gracias —dijo Antonio con cortesía—, pero desafortunadamente llevamos mucha prisa y tenemos que irnos temprano. No quisiéramos molestar a su familia a estas horas.

Alegaron que sus familias y sus casas estaban a nuestra entera disposición, para que las usáramos de la manera en que quisiéramos, esto sería para ellos un deleite.

No recuerdo la forma en que por fin evadimos la invitación sin herirlos, lo que sí recuerdo es la media hora de plática cortés para convencerlos. Sabíamos, en primer lugar, que no podríamos irnos temprano en la mañana si aceptábamos, pues las costumbres mexicanas señalan que el abandonar una casa de prisa, significa estar a disgusto con el alojamiento; también que uno no debe pagar por el alojamiento, pero se debe hacer un bonito obsequio a los anfitriones, y ninguno de nosotros lo podía financiar.

Al primer intento rechazaron nuestra invitación a cenar, pero después de mucho insistir los persuadimos de aceptar unas cuantas tortillas con chile. Era lastimero y penoso ver lo tremendamente hambrientos que estaban, y cómo trataban de disimularlo.

Al terminar de cenar, cuando nos hubieron traído una cubeta de agua, objeto de su desinteresada y amable consideración, se quedaron un rato junto a nuestra fogata, fumando nuestros cigarrillos y exponiendo sus manos al resplandor. Recuerdo cómo colgaban sus sarapes de los hombros, abiertos al frente para permitir la entrada del benéfico calor a sus flacos cuerpos, lo áspero y arrugado de las manos extendidas del anciano, cómo la fuerte luz brillaba sobre la garganta del otro, encendiendo un fuego en sus grandes ojos. Alrededor de ellos se extendía el desierto, sólo restringido por nuestra fogata, listo para saltar sobre nosotros en el momento en que ésta se extinguiera. Encima de nosotros las estrellas no se apagaban. Los coyotes aullaban en algún lugar más allá de la luz de la fogata, como demonios en pena. De pronto concebí a estos dos seres humanos como símbolos de México: cortesés, cariñosos, pacientes, pobres, durante tanto tiempo esclavizados, tan llenos de sueños, a punto de ser liberados.

—Cuando vimos que su carreta venía para acá —dijo el anciano sonriendo— nuestros corazones se afligieron. Pensamos que eran soldados viniendo quizá para llevarse nuestras últimas cabras. Tantos soldados han venido en los últimos años, tantos. La mayoría son federales,

los maderistas sólo vienen cuando tienen hambre, ¡pobres maderistas!

—Ay —dijo el joven—, mi hermano a quien quería tanto murió en la refriega de los once días en Torreón. Miles de personas han muerto en

México, y todavía hay otros miles que morirán. Tres años, es mucho para una guerra en la tierra. ¡Demasiado tiempo!

El anciano murmuró:

—¡Válgame Dios! —y movió la cabeza—. Pero llegará el día... Está dicho —enfaticó el viejo con voz temblorosa— que los Estados Unidos ambicionan nuestro país, los soldados gringos vendrán y se llevarán mis cabras a final de cuentas...

—Eso es mentira—exclamó el otro, animado—. Son los americanos ricos quienes nos quieren robar, igual que los mexicanos ricos. En todo el mundo son los ricos quienes quieren robar a los pobres. El viejo temblaba y acercó su decrepito cuerpo al fuego. —Algunas veces me pregunto —dijo con tranquilidad— por qué los ricos, teniendo tanto, quieren más. Los pobres, que no tenemos nada, queremos muy poquito, sólo unas cuantas cabras...

Su compadre levantó la barba como un noble, sonriendo con gentileza.

—Nunca he estado fuera de esta pequeña comarca, ni siquiera he ido a Jiménez—dijo—, pero me dicen que hay muchas tierras ricas hacia el norte, el sur y el este. Pero esta es mi tierra y la quiero. Por mis años, los de mi padre y los de mi abuelo, los hombres ricos han cosechado el maíz y lo han apretado con fuerza en sus puños ante nuestras bocas.

Sólo la sangre podrá hacer que abran las manos para sus hermanos. El fuego se iba extinguendo. En su puesto dormía el "alerta"

Primitivo. Antonio miró fijamente hacia la maleza, una sonrisa leve y extraordinaria se dibujaba en sus labios, sus ojos brillaban como estrellas.

—¡Adió! —dijo de pronto, como alguien que está viendo una visión—. Cuando lleguemos a la ciudad de México ¡qué baile vamos a tener! ¡Qué borrachera nos vamos a poner...!

CUARTA PARTE

GENTE EN ARMAS

"¡A Torreón!"

En Yermo no hay otra cosa más que leguas y leguas de arenoso desierto, cubierto aquí y allá por mezquite chaparro y cactus enanos, esparciéndose al oeste hacia las montañas melladas y pardas y al este hasta la temblorosa línea del horizonte de la planicie. Un maltratado tanque de agua, con muy poquita agua sucia de álcali. Una estación de ferrocarril, demolida por los disparos del cañón de Orozco hacía dos años, y una vía de cambio era todo lo que había en el pueblo. No hay una sola gota de agua al menos en sesenta kilómetros. No hay pastura para los animales. Durante tres meses en la amargura de la primavera, vientos abrasadores llevan el polvo amarillo por todo el lugar.

A lo largo de una sola vía tendida en medio del desierto, yacían diez enormes trenes; pilares de fuego por la noche y humo negro en el día, se extendían de regreso al norte más allá de lo que el ojo podía distinguir. Alrededor de ellos, en el chaparral, acampaban nueve mil hombres a la intemperie, los caballos de cada uno estaban amarrados al mezquite detrás de ellos, donde colgaban sus únicos sarapes y las tiras rojas de carne secándose. Cincuenta caballos y mulas de tiro estaban siendo descargados, cubiertos de sudor y polvo. Un harapiento soldado se metió a un coche de ganado entre las coces, de un salto se trepó al lomo de un caballo y encajó sus espuelas con gran fuerza y dio un grito. Entonces se oyó el terrible tambor de los animales asustados, de pronto un caballo salió disparado como bala por la puerta abierta, por lo general hacia atrás y el coche vomitó masas voladoras de caballos y mulas. Levantándose, corrieron aterrorizados, relinchando por las anchas narices al sentir el olor del campo abierto. De inmediato, el círculo de atentos soldados se convirtió en vaqueros que lanzaban sus grandes lazos a través de la impresionante polvareda, y los animales en tropel daban vueltas y tropezaban unos con otros en su pánico. Los oficiales, ordenanzas, generales con sus estados mayores, soldados con cabestros, cazaban sus monturas, galopando y pasando en una inexpugnable confusión. Las mulas que hacían esfuerzos por soltarse las enjabezaban a los furgones de municiones. Los soldados que habían llegado en los últimos trenes, deambulaban buscando sus brigadas. Más adelante algunos hombres disparaban a una liebre. Desde los techos de los vagones y coches plataforma, donde cientos acampaban, las soldaderas y sus enjambres de niños a medio vestir miraban abajo, gritando consejos y preguntando a todos si habían visto a Juan Monteros, o Jesús Hernández, o el nombre de que se tratase... Un hombre arrastraba su rifle gritando que no había comido en dos días y que no podía encontrar a su mujer que le hacía las tortillas; clamaba que ella lo había abandonado para irse con alguno de otra brigada... Las mujeres en los techos exclamaban "¡válgame Dios!" y se encogían de hombros; le lanzaban algunas tortillas de hacía tres días y le pedían, por el amor que le profesaba a la virgen de Guadalupe, que les prestara un cigarrillo. Una multitud vociferante y sucia se arremolinaba en torno a la locomotora de nuestro tren, pidiendo agua a gritos. Cuando el ingeniero los apartó con una pistola, diciéndoles que había suficiente agua en el tren de suministro, se dispersaron sin rumbo fijo, mientras otra muchedumbre ocupaba su lugar. Alrededor de los doce inmensos coches tanque, una masa de hombres y animales luchaba por conseguir un lugar bajo los pequeños grifos que manaban agua sin cesar. Por encima del lugar, una espesa nube de polvo de unos diez kilómetros de largo y dos de ancho se erigía como una torre en el aire tranquilo y caliente, con el humo negro de las máquinas, sembrando asombro y terror en los puestos de avanzada federales, situados a setenta kilómetros en las montañas más allá de Mapimí.

Cuando Villa salió de Chihuahua rumbo a Torreón, cerró las líneas telegráficas al norte, detuvo el servicio de tren a Juárez y prohibió, so pena de muerte, que se llevaran o enviaran noticias de su partida hacia los Estados Unidos. Su objetivo era tomar por sorpresa a los federales, lo que resultó a las mil maravillas.

Nadie, ni siquiera el estado mayor de Villa sabía cuándo se iría de Chihuahua; el ejército se

había retrasado tanto que todos creíamos que se retrasaría otras dos semanas. Entonces, el sábado por la mañana al levantarnos, nos topamos con el ferrocarril y el telégrafo cortados, tres enormes trenes ya habían partido llevándose la brigada de González Ortega. La Zaragoza salió el día siguiente y a la mañana siguiente la propia tropa de Villa. Desplazándose con su característica rapidez, Villa concentró a todo su ejército en Yermo al día siguiente, sin que los federales supieran que había salido de Chihuahua.

Había una muchedumbre rodeando el telégrafo portátil de campo instalado en la ruinosa estación. Dentro, el aparato repiqueteaba. Soldados y oficiales, indiscriminadamente, abarrotaban las ventanas y la puerta, de vez en cuando el operador gritaba algo en español y se oía un rugir de carcajadas. Parecía ser que por accidente el telégrafo había interceptado un cable intacto, conectado al cable del ejército federal de Mapimí a Torreón.

–¡Oigan! –gritó el operador–. El coronel Argumedo al mando de los líderes colorados en Mapimí está telegrafando al general Velasco en Torreón. Dice que ve humo y una gran nube de polvo hacia el norte, piensa que son algunas tropas rebeldes que van hacia el sur desde Escalón.

Llegó la noche, un cielo nublado, el viento comenzó a levantar polvo. A lo largo de los kilómetros y kilómetros de trenes, las fogatas de las soldaderas flameaban desde los techos de los furgones. En el desierto, tan lejos que por último se convertían en puntitos de fuego, se extendían las hogueras de campamento del ejército, medio oscurecidas por el polvo espeso y descendiente. La tormenta nos escondió por completo de los vigías federales.

–Hasta Dios –observó el mayor Leyva–, ¡ hasta Dios está del lado de Francisco Villa!

Nos sentamos a cenar en nuestro vagón reformado, con el general Máximo García, un joven de grandes proporciones y sin expresión alguna en el rostro; su hermano, el aún mayor Benito García, de cara colorada, y el chaparrito mayor Manuel Acosta, con los bellos modales de su raza. García ya tenía tiempo deteniendo el avance sobre Escalón. El y sus hermanos, uno de los cuales, José García, el ídolo del ejército, había muerto en batalla hacía cuatro años, eran ricos hacendados, propietarios de inmensos terrenos. Ellos habían salido con Madero... Recuerdo que nos trajo una jarra de whisky, se negó a discutir sobre la Revolución ¡declarando que él peleaba para obtener mejor whisky! Al escribir estas líneas me llega un informe anunciando su muerte debido a una herida de bala recibida en la batalla de Sacramento...

En plena tormenta de polvo, sobre un vagón de plataforma, justo enfrente del nuestro, algunos soldados yacían alrededor de su fogata con las cabezas en el regazo de sus mujeres, cantando "La Cucaracha" que narra en cientos de estrofas satíricas lo que los constitucionalistas harían cuando rescataran Juárez y Chihuahua de las manos de Mercado y Orozco.

Por encima del viento, uno se daba cuenta del inmenso y lastimero murmullo del anfitrión, de vez en cuando un centinela retaba en falsete:

–¿Quién vive? –y la respuesta:

–¡Chiapas! ¿Qué gente?

–¡Chao! ...

A través de la noche sonaba el espectral chillido de diez locomotoras a intervalos, haciéndose señales y contestándose.

II

El ejército en Yermo

Al amanecer el día siguiente, el general Toribio Ortega llegó al vagón para desayunar, un mexicano delgado y moreno a quien los soldados llamaban "el honorable" y "el más valiente." El es, hasta donde yo sé, el soldado de corazón más puro y desinteresado en todo México. Nunca mata a sus prisioneros. Ha rechazado cualquier centavo extra que no sea el de su flaco salario. Quizá Villa le respeta y confía más en él que en sus generales. Ortega era un hombre pobre, un vaquero. Se sentó ahí, con sus codos sobre la mesa, olvidando su desayuno, sus grandes ojos destellaban; con sonrisa amable y chueca nos contó la razón por la cual peleaba.

—No soy un hombre educado —dijo—, pero sé que pelear es el último recurso de la gente. Cuando las cosas llegan a ser tan malas que no se pueden soportar más ¿verdad? Y, si vamos a matar a nuestros hermanos algo bueno debe resultar ¿verdad? ¡En Estados Unidos no han visto lo que nosotros los mexicanos! Hemos contemplado el robo de nuestra gente, la gente pobre y sencilla, durante treinta y cinco años ¿verdad? Hemos visto a los rurales y a los soldados de Porfirio Díaz fusilar a nuestros hermanos, nuestros padres y la justicia lo negó. Hemos visto nuestras parcelas arrancadas de nuestras manos y todos nosotros vendidos a la esclavitud ¿verdad? Hemos añorado nuestros hogares y escuelas para enseñarnos, se han burlado de nosotros. Todo lo que siempre hemos querido es que nos dejen en paz para vivir, trabajar y engrandecer a nuestro país, estamos cansados, cansados y hartos de ser estafados...

Afuera, en el polvo, arremolinándose bajo un cielo de andariegas nubes, largas filas de soldados a caballo estaban formados en la oscuridad, mientras sus oficiales pasaban lista por enfrente, revisando cananas y rifles.

—Jerónimo —dijo el capitán a un soldado—, regrese al tren de municiones y llene los espacios en su cartuchera. Tonto, ¡ha estado desperdiciando sus cartuchos disparando a los coyotes!

A través del desierto, en dirección al oeste, hacia las distantes montañas, cabalgaban filas de caballería, los primeros destacados al frente. Fueron unos mil, en diez filas diferentes, divergiendo, como rayos en una rueda; el regocijo del retintinear de sus espuelas, sus banderas verde, blanco y rojo flotando extendidas. Las cananas cruzadas que brillaban apagadamente, los rifles se agitaban sobre sus sillas, pesados y altos sombreros y muchas cobijas multicolores.

Detrás de cada compañía iban diez o doce mujeres a pie, llevando los utensilios de cocina sobre sus cabezas y espaldas, y quizá una mula de carga llena de costales de maíz. Al pasar, gritaban a sus amigos a bordo de los trenes:

—¡En poco tiempo California! —gritó uno.

—¡Vaya! ¡allí hay un colorado para ti! —lanzaba otro—. Apuesto a que estabas con Salazar en la revolución de Orozco. Nadie hasta ahora había mencionado 'en poco tiempo California', a excepción de Salazar cuando estaba borracho.

El otro hombre parecía un cordero.

—Bueno, a lo mejor estaba —admitió—. Pero espérese a que les dispare a mis antiguos compañeros ¡ahí va a saber si soy maderista! Un indito gritó desde el fondo:

—Yo sé qué tan maderista eres, Luisito. En la primera toma de Torreón, Villa te dio a escoger entre cambiar de saco o ¡un cabronazo o balazo en mitad de la cabeza!

Bromeando y cantando trotaron hacia el sur, se hicieron chiquitos hasta que desaparecieron en el polvo.

Villa mismo estaba recargado en un vagón, las manos en los bolsillos. Llevaba un viejo sombrero gacho, una camisa sucia sin cuello y un traje café mal fajado y deslucido. Por toda la polvorienta planicie frente a él, hombres y caballos surgían como por arte de magia. Había una gran confusión de hombres ensillando y enjaezando, aires decrepitos de clarinetes de hojalata. La brigada Zaragoza se alistaba a levantar el campamento; una columna de dos mil hombres flanqueaba, deberían ir hacia el sureste y atacar Tlahualilo y Sacramento. Al parecer, Villa acababa de llegar a Yermo. Se había detenido el lunes en la noche para asistir al casamiento de un compadre. Su cara estaba ahogada en las líneas de fatiga.

—¡Caramba! —decía con una sonrisa— comenzamos a bailar en la noche del lunes, bailamos toda esa noche, todo el día siguiente ¡y anoche también! ¡Las chicas en Camargo y Santa Rosalía son las más bellas de México! ¡Estoy rendido! Fue más duro que veinte batallas...

Después escuchó el informe de uno de sus oficiales del alto mando que había llegado a caballo, dio una orden concisa sin titubear y el oficial se alejó. Le dijo al señor Calzado, director general de ferrocarriles, el orden en que los trenes debían salir hacia el sur. Instruyó al señor Uro, el contra maestre general, sobre los víveres que debían distribuirse en los trenes de la tropa. Al señor Muñoz, director de telégrafos, le dio el nombre de un capitán rodeado por los hombres de Urbina desde hacía una semana y muerto junto con todos sus hombres en las colinas cercanas a La Cadena, le ordenó que interceptara la línea federal y enviara un mensaje al general Velasco en Torreón haciéndolo pasar como si fuera un informe de este capitán desde Conejos, solicitando órdenes... parecía saberlo y ordenarlo todo.

Almorzamos con el general Eugenio Aguirre Benavides, el callado, bizco y bajito comandante de la brigada Zaragoza, miembro de una de las familias cultas mexicanas que se reunieron en torno a Madero durante la primera revolución. Con Raúl Madero, hermano del presidente asesinado, segundo al mando de la brigada, quien se graduó en una universidad de Estados Unidos, por su apariencia se creería que es un vendedor de bonos en Wall Street; con el coronel Guerra, quien había atravesado Cornell, y con el mayor Leyva, sobrino de Ortega, un histórico defensor del equipo de fútbol de Notre Dame...

En un gran círculo, listos para entrar en acción, la artillería estaba estacionada, los vagones de municiones abiertos y las mulas encerradas en el centro. El coronel Servín, comandante de armas, estaba sentado a duras penas en un inmenso caballo colorado, una figura ridículamente pequeña, de no más de metro y medio de estatura. Agitaba su mano y gritaba un saludo al general Angeles, el secretario de guerra de Carranza, un hombre alto y demacrado, sin sombrero, llevaba un suéter café y un mapa de México colgando del hombro, a horcajadas sobre un burrito. En medio de las espesas nubes de polvo los hombres trabajaban. Los cinco artilleros estadounidenses se acuclillaban al abrigo de un cañón, fumando. Me llamaron a gritos:

—¡Hey, tonto! ¿Qué demonios sacamos de todo este lío? Nada de comer desde anoche, doce horas de trabajo, oiga, sáquenos una fotografía, ¿sí?

Pasaron con un amigable saludo con la cabeza el soldadito Cockney quien había estado a las órdenes de Kitchener, y después el capitán canadiense Treston, gritando a su intérprete para poder darle a sus hombres algunas órdenes sobre las ametralladoras. El capitán Marinelli, el gordo soldado de fortuna, hablando hasta por los codos una interminable e ininteligible mezcla de francés, español e italiano al oído de un aburrido oficial mexicano. Fierro nos pasó a caballo, espoleándolo con crueldad hasta hacerle sangrar los ijares. Fierro, el bien parecido, cruel e insolente, le llamaban el Carnicero, porque mataba a los indefensos prisioneros con su pistola y fusilaba a sus hombres sin la menor provocación.

Muy entrada la tarde, la brigada Zaragoza salió cabalgando hacia el sureste por el desierto, y otra noche llegó.

Se levantó el viento constante en la oscuridad, cada vez más frío. Mirando al cielo, que se encendía con las bruñidas estrellas, observé que todo estaba oscuro y nublado. A través de los

rugientes remolinos de polvo, miles de delgadas líneas de chispas brotaban de las hogueras, hacia el sur. El carbón de los cajones de combustible de las locomotoras relampagueaba por todos los kilómetros de ferrocarril.

Al principio creímos haber oído el sonido de grandes escopetas a la distancia. Pero de pronto, por sorpresa, el cielo se abrió cegador, de horizonte a horizonte; los relámpagos cayeron como golpes, la lluvia se soltó espesa y constante como un diluvio. Por un momento se acalló el murmullo humano del ejército. Al instante desaparecieron todas las fogatas. Después brotó un susurro de enojo, risa y frustración, las mujeres emitieron el más sorprendente lamento de miseria que jamás haya escuchado. Apenas duraron unos minutos los dos sonidos.

Los hombres se envolvieron en sus sarapes y se hundieron en el refugio que ofrecía el chaparral; cientos de mujeres y niños quedaron expuestos al frío y la lluvia en los coches plataforma y los techos de los vagones, en silencio y con estoicismo indígena se dispusieron a esperar el amanecer. En el coche del general Maclovio Herrera, más adelante, había risotadas de borrachos y el cantar al acompañamiento de la guitarra...

Llegó el amanecer con el sonido de todos los clarines del mundo; al asomarme por la puerta del coche vi kilómetros de desierto hirviendo con hombres armados que ensillaban y subían a sus monturas. Brotó un caliente sol por encima de las montañas occidentales, quemándose en medio de un cielo despejado; hubo otra vez polvo y una tierra sedienta. Parecía que no había llovido. Un centenar de hogueras para preparar el desayuno ahumaban desde el techo de los vagones, las mujeres se paraban volteando sus vestidos lentamente al sol, platicando y bromeando. Cientos de nenes desnudos danzaban por todas partes, mientras sus madres extendían sus ropitas al calor. Un millar de soldados jocosos se gritaban unos a otros que comenzaba el avance. Hacia la izquierda a una buena distancia, un regimiento había cedido al ataque de euforia y lanzaba tiros al aire. Otros seis largos trenes habían llegado durante la noche, todas las locomotoras silbaban señales. Me adelanté para subir al primer tren que saliera, pasé junto al tren de Trinidad Rodríguez, una rasposa voz femenina gritó:

–¡Oye, mocoso!, entra y desayuna.

Recargadas en la puerta estaban Beatriz y Carmen, dos mujeres de renombre en Juárez que los hermanos Rodríguez habían traído al frente. Entré y me senté a la mesa con una docena de hombres, muchos de los cuales eran doctores en el tren hospital, un capitán de artillería francés y una dotación de oficiales y soldados rasos mexicanos. Se trataba de un furgón de carga común y corriente como todos los coches privados, con ventanas cortadas en las paredes, separaciones construidas para aislar al cocinero chino en sus dominios, literas adaptadas a los costados y al final. El desayuno consistió en viandas rebosantes de carne roja con chile, baldes de frijoles, montañas de tortillas de harina frías y seis botellas de champaña Monopole. La complexión de Carmen era mala, era una pequeña estúpida salida de una combinación gastronómica; en cambio la blanca y pálida cara de Beatriz y su pelo rojo cortado a la Buster Brown irradiaba una especie de resplandor malicioso. Era mexicana pero hablaba inglés Tenderloin sin acento.

Saltando de la mesa, danzó a su alrededor, jalando el cabello de los varones.

–Hola, tú, maldito gringo –se burló de mí–, ¿qué haces por aquí? ¡Te van a meter una bala si no te pones vivo!

Un joven mexicano moroso, un poco pasado de copas, le lanzó con furia en español:

– ¡No le hables!, ¿entiendes? Le voy a decir a Trinidad que invitaste al gringo a desayunar ¡y te va a mandar al paredón! Beatriz echó la cabeza para atrás y rugió:

–¿Oyeron lo que dijo? Cree ser mi dueño ¡porque una vez se quedó conmigo en Juárez!... ¡Dios mío! –continuó– ¡qué chistoso se siente viajar en ferrocarril y no tener que comprar boleto!

–Mira, Beatriz –le pregunté– quizá no vayamos a sacar tanto provecho aquí ¿qué pasará si

nos derrotan?

—¿Quién, yo? —gritó—. No me llevará mucho tiempo hacer amistades en el ejército federal ¡soy muy amigable!

—¿Qué dices? ¿Qué dices? —preguntaban los otros en español. Con la más deleitable insolencia, Beatriz les tradujo. En medio del clamor que se levantó yo me fui...

III

Primera sangre

El tren del agua salió primero. Yo iba trepado en el rastrillo de la locomotora, el cual ya era hogar permanente de dos mujeres y cinco niños, quienes habían encendido una fogata de ramitas de mezquite sobre la angosta plataforma de fierro e iban haciendo tortillas allí. Sobre sus cabezas, contra el airoso rugir de la caldera, flotaba una pequeña fila de ropa secándose...

Era un día brillante, los calientes rayos del sol alternaban con las grandes nubes blancas. En dos columnas gruesas, una a cada lado del tren, el ejército ya se desplazaba hacia el sur. Tan lejos como el ojo podía divisar, una gigantesca nube doble de polvo flotaba por encima de ellos; los grupitos rezagados de hombres a caballo trotaban, por aquí y por allá se desplegaban banderas mexicanas. Entre todo esto, los trenes avanzaban lentamente; los pilares de humo negro de las locomotoras, a intervalos regulares, se hacían cada vez más pequeños, hasta que quedaban reducidos a una neblina sucia sobre el horizonte norteño.

Fui hasta el último vagón para tomar agua y ahí me topé con el conductor del tren tirado sobre su litera leyendo la Biblia. Estaba tan interesado y divertido que no advirtió mi presencia por algunos instantes. Cuando se percató, me gritó deleitado:

—Oiga, encontré una buenahistoria sobre un tipo llamado Sansón que era muy hombre, y su mujer. Creo que ella era española por la cochinidad que le hizo. El era un buen revolucionario, un maderista; ¡y ella lo convirtió en pelón!

Pelón, significa literalmente: cabeza rapada, además se usa como apodo para los soldados federales, pues el ejército federal en su mayoría se ha reclutado en las prisiones.

Nuestra avanzada, con un operador de telégrafo de campo, se había adelantado hasta Conejos la noche anterior, y fueron al encuentro del tren con gran regocijo. La primera sangre de la campaña ya se había derramado. Unos cuantos colorados que exploraban en dirección al norte desde Bermejillo fueron sorprendidos y exterminados justo detrás del recodo de la gran montaña al este. El telegrafista también tenía noticias. Había vuelto a interceptar la línea federal y envió al comandante federal en Torreón un mensaje firmado con el nombre del capitán muerto; solicitaba órdenes pues una gran fuerza de rebeldes parecía acercarse desde el norte. El general Velasco contestó que el capitán debería sostener Conejos y enviar puestos de avanzada rumbo al norte para tratar de descubrir el tamaño del contingente. Al mismo tiempo, el telegrafista había escuchado un mensaje de Argumedo, al mando en Mapimi; ¡decía que todo el norte de México bajaba a Torreón, junto con el ejército gringo!

Conejos era igual a Yermo, excepto por el hecho de que no había tanque de agua. Un millar de hombres, bajo las órdenes del anciano de blanca barba, general Rosalío Hernández, salieron casi de inmediato, y el tren de reparaciones les siguió por unos cuantos kilómetros hasta el lugar donde los federales habían quemado dos puentes de ferrocarril hacía apenas unos meses. Más allá del último vivaque del inmenso ejército circundante, el desierto dormía en silencio bajo las oleadas de calor. No había viento. Los hombres se reunían con sus mujeres en los coches plataforma, salieron las guitarras y toda la noche cientos de voces cantantes brotaron de los trenes...

La mañana siguiente me dirigí al carro de Villa para visitarle. Era un furgón rojo con cortinas de

calicó lustroso sobre las ventanas, el famoso furgoncito que Villa había usado en todos sus viajes desde la caída de Juárez. Los cancelos lo dividían en dos cuartos, la cocina y la recámara del general. Este pequeñísimo cuarto, tres por cinco metros, era el corazón del ejército constitucionalista. Ahí se reunían los consejos de guerra, y apenas había espacio suficiente para los quince generales que los constituían. En estos consejos se discutían las cuestiones inmediatas y vitales de la campaña; los generales decidían los pasos a tomar, después Villa daba las órdenes que le parecieran más convenientes. Estaba pintado de un gris sucio. Sobre las paredes había fotografías de damas llamativas en poses teatrales, una gran pintura de Carranza, una de Fierro y otra del mismo Villa. Dos literas de madera doble ancho se replegaban contra la pared, en una de las cuales Villa y el general Angeles dormían, en la otra José Rodríguez y el doctor Raschbaum, el médico personal de Villa. Eso era todo...

—¿Qué desea, amigo? —preguntó Villa, en ropa interior azul, sentándose en un extremo de la litera.

Los soldados que andaban con pereza por todo el lugar me abrieron paso.

—Necesito un caballo, mi general.

—Caray ¡nuestro amigo quiere un caballo! —sonrió Villa con sarcasmo entre las risotadas de los demás—. ¡Vaya, los corresponsales van a pedir al rato un automóvil! Oiga, señor periodista ¿sabe usted que cerca de mil hombres de mi ejército no tienen caballo? Aquí está el tren ¿para qué quiere un caballo?

—Para poder cabalgar con la avanzada.

— No —me sonrió—. Hay demasiados balazos en la avanzada...

Se metía las ropas conforme hablábamos y tragaba café por el costado de una sucia cafetera de latón. Alguien le dio su espada de mango de oro.

— ¡No! —dijo exasperado—, esta será una batalla, no un desfile, ¡dame mi rifle!

Se paró en la puerta de su furgón por un momento, mirando pensativamente las largas filas de hombres a caballo, pintorescos, dotados de sus cananas cruzadas y variado equipo. Dio unas cuantas órdenes rápidas y montó en su gran garañón.

— ¡Vámonos! —gritó Villa.

Los clarines sonaron y se escuchó un prolongado retintineo de plata conforme las compañías se encaminaron hacia el sur entre el polvo...

Así desapareció el ejército.

Durante el día pensamos oír cañoneo hacia el suroeste, donde Urbina había informado que iba a bajar de las montañas para atacar Mapimí. Ya entrada la tarde llegaron noticias de la captura de Bermejillo, un correo de Benavides dijo que habían tomado Tlahualilo.

Todos padecíamos la fiebre de la impaciencia por salir. Cerca del atardecer el señor Calzado observó que el tren de reparaciones saldría en una hora, así es que tomé una cobija y caminé todo un kilómetro por la línea de los trenes hasta él.

IV

En el coche del cañón

El primer coche del tren de reparación era un furgón de paredes de acero, sobre el cual estaba montado el famoso cañón constitucionalista "El Niño", con una cámara llena de balas

detrás de él. Más atrás estaba un coche blindado lleno de soldados, después un furgón de rieles de acero, y cuatro cargados con amarres de vía. Seguía la locomotora, el ingeniero y el fogonero cargados de cananas, sus rifles a la mano. Después dos o tres coches llenos de soldados y sus mujeres. Era un asunto peligroso. Se tenían noticias de un gran contingente de federales en Mapimí, y el territorio hervía con sus puestos de avanzada. Nuestro ejército ya estaba muy adelante, excepto los quinientos hombres que guardaban los trenes en Conejos. Si el enemigo pudiera capturar o arruinar el tren de reparaciones, el ejército estaría incomunicado, sin agua, alimento o municiones. Nos desplazamos en la oscuridad. Me senté sobre la recámara del "Niño", platicando con el capitán Díaz, el comandante del arma, conforme engrasaba el seguro de la recámara de su amado cañón, enroscándose sus bigotes verticales. En la cámara blindada por atrás del cañón, donde el capitán dormía, oí un curioso y apagado sonido.

¿Qué es eso?

¿Eh? gritó nerviosamente ¡ah, nada, nada!

Justo entonces emergió una joven indígena con una botella en la mano. No podía tener más de diecisiete años, muy hermosa. El capitán me echó una mirada y de repente se volvió.

—¿Qué estás haciendo aquí? le gritó furioso. ¿Por qué vienes acá?

—Pensé que querías algo de beber comentó.

Me di cuenta de que yo estaba de más y me excusé. Apenas se dieron cuenta. Pero al subir por la parte de atrás del furgón no pude evitar detenerme a escuchar. Se habían ido a la cámara, ella iba llorando.

—¿No te he dicho estalló el capitán que no salgas cuando hay extraños aquí? No voy a dejar que todos los hombres de México te vean...

Me quedé en el techo del furgón de acero. Avanzábamos lentamente. Acostados sobre sus vientres en la plataforma de adelante, dos hombres con linternas examinaban cada metro de la vía buscando cables que podrían significar minas sembradas debajo de nosotros.

Debajo de mis pies, los soldados y sus mujeres cenaban alrededor de las hogueras encendidas sobre el piso.

El humo y la risa brotaban por las claraboyas... Habían otras fogatas encendidas sobre los techos de los furgones, gente morena en harapos se acucillaba ante ellas.

Arriba las estrellas ardían en el cielo, sin una sola nube. Hacía frío. Después de una hora de camino llegamos a un tramo de vía roto. El tren se detuvo con un rechinado, la locomotora silbó y un sinfín de antorchas y linternas pasaron brincando. Los hombres llegaron corriendo. Las llamas se acumularon iluminando juntas el daño que examinaban. Un fuego brotó de los matorrales, y luego otro. Los soldados de la guardia del tren se dispersaron, arrastrando sus rifles, formaron un muro impenetrable alrededor del fuego. Sonaron las herramientas de fierro, y los ¡ajúa! de los hombres que acarreaban los durmientes desde el coche-plataforma. Un dragón chino de trabajadores pasó con un riel sobre los hombros, luego otros con amarres. Cuatrocientos hombres iban y venían por el lugar de compostura, trabajando con energía y buen humor extraordinarios, hasta que los grupos que colocaban los rieles y amarres, y el estruendo de las almádenas sobre los clavos se convirtieron en un estrépito continuo. Era un daño viejo, probablemente de hace un año, hecho cuando estos mismos constitucionalistas se retiraban hacia el norte frente al avance del ejército federal de Mercado. Terminamos la compostura en una hora. Reanudamos el viaje. A veces un puente quemado, otros cincuenta metros de vía tejidos con una cadena y una locomotora en reversa. Avanzábamos con lentitud. En un gran puente la reparación nos tomó dos horas, yo mismo encendí una pequeña hoguera para calentarme. Calzado pasó por ahí y me detuvo.

— Tenemos un armón adelante dijo, vamos a buscar muertos. ¿Quiere venir?

— ¿Qué muertos?

– Bueno, esta mañana un puesto de avanzada de ochenta rurales fue enviado a explorar el norte desde Bermejillo. Nos enteramos por el cable e informamos a Benavides. El mandó una tropa a atacarlos por la retaguardia, los llevó hasta el norte corriendo a través de veinticinco kilómetros hasta que chocaron contra nuestro contingente principal, ni uno salió vivo. Están regados por todo el camino justo donde quedaron.

En un momento íbamos a toda velocidad hacia el sur en el armón. A nuestra derecha y a nuestra izquierda cabalgaban dos figuras silenciosas y sombrías, guardias de la caballería, con los rifles listos bajo el brazo. Pronto, las flamas y las fogatas del tren quedaron atrás. Fuimos envueltos y engullidos por el vasto silencio del desierto.

Si dijo Calzado, los rurales son valientes. Son muy hombres. Los rurales son los mejores soldados que Díaz y Huerta jamás hayan tenido. Nunca se hicieron revolucionarios. Siempre son fieles al gobierno. Porque son policías.

Se sentía un frío amargo. Ninguno de nosotros hablaba mucho.

– Nos adelantamos al tren por la noche dijo el soldado de mi izquierda para ver si no hay bombas de dinamita en la vía... Las descubrimos, las sacamos y les echamos agua.

¡Caramba! dijo otro sarcásticamente. El resto río. Comencé a pensar en el asunto, me hizo estremecer. El silencio de muerte del desierto parecía una pausa a la expectativa. Uno no podía ver a más de tres metros de la vía.

– ¡Oiga! grito uno de los jinetes. Por aquí andaba uno.

Los frenos rechinaron y nos tambaleamos hasta llegar al empinado terraplén, nuestras linternas alumbraban parpadeantes frente a nosotros. Algo yacía amontonado alrededor del pie de un poste de telégrafo, algo infinitamente pequeño y harapiento, como si fuera una pila de trapos viejos. El rural estaba boca arriba, torcido sobre el costado desde las caderas. Había sido despojado de toda cosa de valor por los codiciosos rebeldes, zapatos, sombrero, ropa interior. Sólo le habían dejado su rasgada chaqueta con trenzado plateado, y eso porque tenía siete agujeros de bala; y sus pantalones, empapados de sangre. Evidentemente había sido mucho más alto cuando vivo, los muertos encogen. Una barba de rojo intenso tornaba grotesca la palidez de su rostro, hasta que uno se daba cuenta de que debajo de ella y de la mugre, y de las largas líneas de sudor, resultado de la terrible batalla y su afanosa cabalgata, su boca se abría gentil y serenamente como si estuviera durmiendo. Le habían volado los sesos.

—¡Caray! dijo un guardia. ¡Hubo un tiro para el cochino cabrón! ¡Justo en la cabeza!

Los otros rieron.

¿A poco crees que le dieron en la pelea, pendejo? gritó su compañero. No, siempre revisan para asegurarse...

—¡Apúrense!, encontré otro gritó una voz desde la oscuridad.

Podíamos reconstruir la última batalla de este hombre. Se había caído del caballo, herido, pues había sangre en la tierra, fue a dar a un pequeño arroyo seco. Hasta podíamos ver el lugar donde su caballo había estado, mientras él retacaba las balas en su máuser con manos febriles, y salió disparado, primero hacia la retaguardia, por donde los perseguidores salieron corriendo dando gritos indígenas, y luego hacia los cientos y cientos de jinetes sangrientos que llovían desde el norte, con el demonio Pancho Villa a la cabeza. Debió pelear durante mucho tiempo, quizá hasta que lo cercaron con llamas vivas, encontramos cientos de cartuchos vacíos. Después, cuando lanzó su último tiro, corrió en retirada hacia el oeste, un tiro por cada paso. Se escondió por un momento bajo el pequeño puente del ferrocarril, y corrió hacia el desierto abierto, donde

cayó. Tenía veinte agujeros de bala. Le habían despojado de todo, excepto de su ropa interior. Yacía desparramado en una actitud de acción desesperada, los músculos tensos, un puño apretado y extendido en el polvo, como si estuviera lanzando un golpe. Atravesaba su cara la expresión más fiera e insultante. Fuerte, salvaje, hasta que uno se acercaba y veía el sutil toque de debilidad que la muerte imprime a la vida, la delicada expresión de idiotez le cubría. Le habían disparado tres veces en la cabeza. ¡Qué desesperados estaban!

Nuevamente gateamos hacia el sur a través de la fría noche. Unas cuantas millas y después un puente dinamitado, o un tramo de vía roto. La parada, las antorchas danzantes, las grandes hogueras brotando del desierto. Los cuatrocientos hombres fieros salían con furia y se avalanzaban sobre su trabajo... Villa había dado orden de apresurarse.

Cerca de las dos de la madrugada me topé con dos soldaderas acucilladas frente a una fogata. Les pregunté si podían darme unas tortillas y café. Una era vieja, una indígena de cabello entrecano con una sonrisa permanente, la otra era una chica delgada de no más de veinte años, quien amamantaba a un pequeño de unos cuatro meses. Estaban sentadas en la punta de un coche-plataforma, su fogata yacía sobre un montón de arena, ya que el tren se bamboleaba demasiado; alrededor de ellas, a sus espaldas, con los pies asomándose por entre ellos, había una gran masa dispersa de seres humanos dormidos y roncando. A esta hora el resto del tren estaba a oscuras. Este era el único parche luminoso y tibio de la noche. Conforme masticaba mi tortilla, la anciana levantaba un carbón encendido entre sus dedos para encender su cigarrillo de hoja de maíz, preguntándose dónde estaría la brigada de su Pablo esta noche. Y la chica amamantaba a su niño, meciéndolo, sus aretes pintados de azul retintineaban; hablamos.

—¡Ah! Esto no es vida para nosotras las viejas —dijo la joven—. Adiós, pero seguimos a nuestros hombres en la campaña, y luego no sabemos hora tras hora si viven o están muertos. Recuerdo cuando Filadelfo llegó a verme una madrugada, vivíamos en Pachuca, y me dijo: "¡Ven! ¡Vamos a pelear porque el bueno de Pancho Madero fue asesinado!" Apenas llevábamos juntos ocho meses, todavía no había nacido el primer niño... Todos creíamos que habría paz para siempre en México. Filadelfo ensilló el burro y cabalgamos por las calles justo al amanecer, por los campos donde los campesinos todavía no salían a trabajar. Le dije: "¿Por qué debo ir?" Y él contestó: "¿Entonces me voy a morir de hambre? ¿Quién hará mis tortillas más que mi mujer?" Nos tomó tres meses llegar al norte, yo estaba enferma y el niño nació en un desierto como este, allí murio porque no pudimos conseguir agua. Eso fue cuando Villa iba para el norte después de tomar Torreón.

La anciana interrumpió:

—Si, es cierto. Cuando vamos tan lejos y sufrimos tanto por nuestros hombres, los estúpidos animales de los generales nos tratan con crueldad. Yo soy de San Luis Potosí, mi hombre estaba en la artillería de la Federación cuando Mercado llegó al norte. Viajamos hasta Chihuahua, el viejo tonto de Mercado andaba refunfuñando porque transportaba a las viejas. Después ordenó a su ejército ir al norte y atacar a Villa en Juárez, prohibiendo que fueran las mujeres. ¿Eso mismo vas a hacer tú, desgraciado? Me dije a mí misma. Y cuando evacuó Chihuahua y huyó con mi hombre hacia Ojinaga, yo me quedé en Chihuahua y me conseguí otro hombre cuando el ejército llegó. Untipo joven y agradable, mucho mejor que Juan. No soy una mujer que aguante ser abandonada.

—¿Cuánto es por las tortillas y el café? —pregunté.

Se miraron una a la otra, perplejas. Evidentemente creían que yo era uno de los soldados sin centavo a bordo del tren.

—Lo que quiera —dijo la joven débilmente. Les di un peso. La anciana explotó en un torrente de bendiciones:

—¡Dios, su santa madre, el niño bendito y nuestra señora de Guadalupe nos han enviado a este extranjero esta noche! No teníamos un centavo para comprar café ni harina...

De pronto noté que la luz de nuestra fogata había palidecido, sorprendido, alcé la vista para descubrir que amanecía. Justo entonces llegó un hombre corriendo, venía del frente de batalla, gritando algo ininteligible, mientras brotaban risotadas y gritos en su procesión. Los durmientes alzaban sus curiosas cabezas, queriendo saber lo que pasaba. En un momento nuestro inanimado carro se llenó de vida. El hombre pasó, todavía gritando algo acerca de un "padre", su cara jubilosa con algún chiste fabuloso.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Oh —gritó la anciana—. ¡Su mujer, en el coche de adelante, acaba de tener un niño!

Enfrente de nosotros se extendía Bermejillo, sus casas de adobe enyesadas de azul, rosado y blanco parecían tan delicadas y etéreas como un pueblo de porcelana. Hacia el este, a través de un desierto inmóvil y sin polvo, una pequeña fila de jinetes engalanados, portando una bandera roja, blanco y verde, entraban a la ciudad...

V

A las puertas de Gómez

Habíamos tomado Bermejillo la tarde anterior, el ejército se había abierto paso por la fuerza galopando cinco kilómetros al norte de la ciudad y entrando a ella a la máxima velocidad, reprimiendo la guarnición sorprendida en su camino hacia el sur, una lucha en retirada que duró siete kilómetros, hasta la hacienda de Santa Clara, y mataron a ciento seis colorados. En unas cuantas horas Urbina fue avistado sobre Mapimí y los ochocientos colorados que ahí había, informaron de las sorprendentes noticias acerca de que todo el ejército constitucionalista se aproximaba por la derecha; evacuaron el lugar y huyeron vertiginosamente hacia Torreón. Por todo el campo los aturridos federales se replegaban con pánico hacia la ciudad.

Entrada la tarde un lento trenecito vino por la vía de trocha angosta desde Mapimí, y de él se escapaban los fuertes acordes de una orquesta de cuerdas de diez instrumentos tocando "Recuerdos de Durango", al son de la cual yo había bailado tantas veces con la tropa. Los techos, las puertas y ventanas estaban repletos de mexicanos, cantando y llevando el ritmo con los pies, al mismo tiempo que disparaban sus rifles en una especie de saludo al entrar a la ciudad. En la estación un curioso equipaje salió, y de él descendió ni más ni menos que Patricio, el conductor del carruaje de guerra del general Urbina, a cuyo lado tantas veces yo había montado y bailado. Me abrazó, gritando:

— ¡Juanito! ¡Aquí está Juanito, mi general!

En un minuto nos preguntamos y contestamos millones de cosas. ¿Tenía yo las fotografías que le había sacado? ¿Iba yo a la batalla de Torreón? ¿Sabía él dónde estaba don Petronilo? ¿Y Pablo Seañes? ¿Y Rafaelito? Y justo a la mitad alguien gritó:

— ¡Viva, Urbina!

Y el mismo viejo general se paró en la parte superior de las escaleras, el héroe corazón de león de Durango. Estaba cojo y se apoyaba en dos soldados. Sostenía un rifle en su mano, un viejo y obsoleto Springfield, sin mirillas, y portaba una doble canana alrededor de la cintura. Por un momento se quedó ahí, sin expresión alguna, sus pequeños y duros ojos descansaban sobre mí. Pensé que no me había reconocido, cuando de pronto en su voz rasposa y sorprendente me disparó:

— ¡Esa no es la cámara que tenía! ¿Dónde está la otra? Iba a responder cuando me interrumpió:

—Ya sé. La dejó en La Cadena, ¿corrio muy rápido?

–Si, mi general.

– ¿Y ha venido a Torreón para correr otra vez?

– Cuando comencé a huir de La Cadena –observé, irritado– don Petronilo y los soldados me llevaban un kilómetro de ventaja.

No me contestó, pero descendió altivamente los escalones del furgón, y con un gruñido de risa se desprendió de los soldados. Dirigiéndose hacia mí puso una mano sobre mi hombro y me dio un golpecito en la espalda.

–Me alegro de verlo, compañero –me dijo...

Por el desierto los heridos habían empezado a llegar penosamente desde la batalla de Tlahualilo hacia el tren hospital, que se encontraba casi al frente de la línea de trenes. Sobre la planicie desnuda y plana, tan lejos como uno alcanzaba a ver, sólo había tres cosas vivientes: un hombre sin sombrero cojeando, con su cabeza envuelta en un trapo ensangrentado; otro tambaleándose junto a su tambaleante caballo; y una mula montada por dos figuras envueltas en vendajes, mucho más atrás que los primeros. Durante la noche tranquila y caliente podíamos oír desde nuestro coche los lamentos y los gritos...

Bien entrada la mañana del domingo otra vez ya estábamos en "El Niño", a la cabeza del tren de reparaciones, transitando lentamente por la vía al mismo paso que el ejército. "El Chavalito", otro cañón montado sobre un coche-plataforma, estaba acoplado más atrás, a continuación dos coches blindados, y los furgones de trabajo. Esta vez no iban las mujeres. El ejército lucía un aire diferente, enrollándose en forma de dos inmensas serpientes a cada lado de nosotros; había muy pocas risas y gritos. Estábamos cerca ahora, a sólo 30 kilómetros de Gómez Palacio, y nadie sabía lo que los federales planeaban hacer. Parecía increíble que nos dejaran acercarnos tanto sin hacer una sola parada. Inmediatamente al sur de Bermejillo entramos a una tierra nueva. Al desierto siguieron los campos bordeados por canales de irrigación, a lo largo de los cuales crecían gigantescos álamos verdes, altísimos pilares de frescura después de la quemante desolación por la que habíamos atravesado. Aquí había campos de algodón, las borlas blancas no recolectadas se pudrían en sus ramas; los maizales con unos cuantos brotes verdes apenas asomaban. A través de los grandes canales fluía con rapidez el agua profunda bajo la sombra. Los pajarillos cantaban, y las desnudas montañas occidentales marchaban continuamente hacia nosotros conforme nos dirigíamos hacia el sur. Era verano, un verano caliente y húmedo, igual al de los Estados Unidos. Una máquina despepitadora abandonada aparecía a nuestra izquierda, cientos de bolas blancas de algodón yacían al sol, y montones deslumbrantes de semilla de algodón permanecían tal como los trabajadores las habían apilado hacía meses...

En Santa Clara las columnas reunidas del Ejército se detuvieron y comenzaron a abrirse hacia la derecha y la izquierda; delgadas líneas de soldados corrían bajo el sol y la sombra jaquelada de los grandes árboles, hasta que seis mil hombres se esparcieron por un solo y extenso frente, hacia la derecha por campos y canales, más allá del último campo cultivado y hacia la izquierda a lo largo de la tierra plana, a través del desierto hasta la misma falda de las montañas. Los clarines resonaron débilmente y el ejército avanzó en una poderosa Línea a través de todo el territorio. Por encima de ellos se levantaba un aura dorada de polvo de tres kilómetros de ancho. Las banderas ondeaban. En el centro, al mismo nivel de los demás, iba el coche del cañón, junto a él Villa cabalgaba con su alto mando. En los pueblitos del camino los pacíficos con sus grandes sombreros y sus camisas blancas contemplaban estupefactos, el paso de esta extraña hueste. Un anciano dirigió sus cabras hacia el hogar. La espumeante ola de los soldados lo rodeó, gritando por travesura y esparciendo a los animales en diferentes direcciones. Una milla de ejército lanzó risotadas, el polvo se levantaba por los miles de pezuñas, y pasaron. En el pueblo de Brittingham hizo alto toda la línea, mientras Villa y su alto mando galoparon hasta los peones que observaban desde su pequeña trinchera.

– ¡Oyes! –dijo Villa–. ¿Han pasado algunas tropas por aquí? –¡Sí, señor! –contestaron

varios a la vez—. Unas de la gente de don Carlos Argumedo ayer, bastante aprisa.

– Hmm –Villa meditó—. ¿Alguna vez han visto a ese bandido de Pancho Villa por aquí?

–¡No, señor! –dijeron a coro.

– Bueno, es un tipo al que estoy buscando. ¡Si pesco a ese diablo le va a ir mal!

–¡Le deseamos que tenga éxito! –gritaron los pacíficos, por cortesía.

–¿Nunca lo han visto, verdad?

– ¡Ni Dios lo permita! –dijeron con fervor.

– ¡Bueno! –sonrió Villa—. De ahora en adelante, cuando la gente les pregunte si lo conocen, ustedes tendrán que admitir la vergonzosa verdad. ¡Yo soy Pancho Villa!

Y espoleó a su caballo; el ejército le siguió...

VI

Los compañeros reaparecen

Tanta había sido la sorpresa de los federales, y habían huido tan deprisa, que por muchos kilómetros la vía estaba intacta. Pero hacia la tarde comenzamos a encontrar pequeños puentes quemados y aún humeando, y los postes de telégrafo cortados con un hacha, pequeñas destrucciones hechas mal y de prisa que se reparaban con facilidad. Pero el ejército ya se había adelantado mucho, y para el anochecer, a unos ocho kilómetros de Gómez Palacio, llegamos al lugar donde ocho sólidos kilómetros de vía destrozada comenzaban. No había comida en nuestro tren. Sólo teníamos una cobija por cabeza, y hacía mucho frío. A la luz de antorchas y hogueras, la cuadrilla de reparaciones se puso a trabajar. Gritos y martilleo del acero, y el estrépito de los amarres cayendo... Era una noche negra, con unas cuantas estrellas apagadas. Nos habíamos instalado alrededor de una hoguera, platicando y dormitando, cuando de pronto un nuevo sonido taladró el aire, un sonido más pesado que el de los martillos, y más profundo que el aire. Estalló y se apagó. Luego nos llegó un redoble constante como de tambores lejanos, y después un golpe, y otro. Los martillos cayeron, las voces se acallaron, todos estábamos inmobilizados. Adelante, en algún lugar fuera de nuestra vista, en la oscuridad, había tanta quietud que el aire nos traía cada sonido, Villa y su ejército se habían lanzado sobre Gómez Palacio, y la batalla había comenzado. Se profundizó constante y lentamente, hasta que los disparos del cañón se dejaron oír haciéndose eco el uno al otro, el fuego de los rifles retumbaba como una lluvia de acero.

–¡Ándale!– gritó una voz rasposa desde el techo del coche del cañón—. ¿Qué hacen? ¡Regresen a esa vía! ¡Pancho Villa está esperando los trenes!

Y, con un grito, cuatrocientos maniáticos enfurecidos se lanzaron sobre la descompostura...

Recuerdo cómo le rogamos al coronel al mando para que nos dejara ir al frente. No lo permitió. Las órdenes eran estrictas, ninguno podía abandonar los trenes. Le imploramos, le ofrecimos dinero, casi nos hincamos ante él. Finalmente cedió un poco.

–A las tres –dijo– les daré la señal y contraseña y les dejaré ir.

Nos enroscamos miserablemente alrededor de una fogata, tratando de dormir, tratando de calentarnos al menos. A nuestro alrededor y más adelante, las flamas y los hombres danzaban a lo largo de la vía dañada; y cada hora más o menos el tren avanzaba unos treinta metros y se volvía a parar. No era difícil hacer la reparación, los rieles estaban intactos. Se había enganchado un carro grúa al riel derecho y los amarres eran doblados, separados y sacados de su cama. Siempre se filtraba el monótono e inquietante sonido feroz de la batalla, brotando de la oscuridad. Era tan

cansado, tan monótono, ese ruido; y aun así no se podía conciliar el sueño...

A eso de la medianoche, uno de nuestros puestos de avanzada cabalgó desde la retaguardia de los trenes para informar que un gran contingente de jinetes venía desde el norte, decían que era gente de Urbina en Mapimí. El coronel no sabía de ningún contingente que debía pasar a esa hora de la noche. En un minuto todo era preparación agitada. Veinticinco hombres armados y a caballo salieron galopando hacia la retaguardia, con órdenes de detener a los recién llegados durante quince minutos, si eran constitucionalistas; si no, contenerlos el mayor tiempo posible. Se apresuró a los trabajadores a regresar al tren y se les dieron rifles. Sacaron los rifles, y todas las luces, excepto diez, apagadas. Nuestra guardia de doscientos hombres se deslizó silenciosamente entre los espesos arbustos, cargando sus rifles en el camino. A ambos lados de la vía, el coronel y cinco de sus hombres tomaron sus puestos, desarmados, con las antorchas sobre sus cabezas. Y entonces, saliendo de la pesada oscuridad, apareció la cabeza de la columna. Estaba constituida por toda clase de hombres, distintos a los bien vestidos, bien equipados y bien alimentados soldados del ejército de Villa. Estos eran gente harapienta, demacrada, envuelta en sarapes raídos y descosidos, sin zapatos, coronados por sombreros pesados y pintorescos de los campesinos. Reatas para lazar colgaban enrolladas de sus sillas. Sus monturas eran los ponis flacos y duros, medio salvajes de las montañas de Durango. Cabalgaban sombríamente despreciándonos. Ni sabían la contraseña ni les importaba. Al avanzar filas enteras cantaban los corridos monótonos y extemporáneos de los peones que componían y cantaban para sí, como pasatiempo mientras vigilaban el ganado por la noche en las grandes altiplanicies del norte.

Yo estaba parado a la cabeza de la línea de flamas; de pronto, un caballo que iba pasando brincó sobre sus ancas, una voz que yo conocía gritó:

—¡Hey, mister!

El sarape desenvuelto fue lanzado al aire, el hombre bajó de su caballo, y en un momento yo era apretujado por los brazos de Isidro Amaya. Atrás de él estallaron gritos a coro:

— ¡Qué tal, mister! ¡Vaya Juanito, estamos muy contentos de verte! ¿Dónde te habías metido? ¡Decían que te habían matado en La Cadena! ¿Corriste duro para huir de los colorados? ¿Mucho susto, eh?

Se arrojaron al suelo, agolpándose a mi alrededor cincuenta hombres me palmeaban la espalda al mismo tiempo. Todos mis queridos amigos en México. ¡Los compañeros de tropa en La Cadena!

La larga fila de hombres, bloqueada en la oscuridad, levantó un coro de protestas:

—¡Muévanse! ¡Vámonos! ¿Qué pasa? ¡Apúrenle! ¡No podemos quedarnos aquí toda la noche!

Y los otros contestaron:

—¡Aquí está el mister! ¡El gringo que les contamos que bailó la jota en La Zarca! ¡Que estuvo en La Cadena!

Y entonces acudieron a verme.

Eran mil doscientos hombres. Desfilaban entre la doble línea de antorchas sostenidas en alto, silenciosos, sombríos, ansiosos, sintiendo el olor de la batalla enfrente. Yo había conocido uno de cada diez de estos hombres. Al pasar, el coronel les gritaba:

—¿Cuál es la contraseña? ¡Quítense el sombrero frente a mí! ¿Saben la contraseña? —les espetaba con voz ronca y exasperada. Ellos continuaban serenos e insolentemente, sin prestarle la más mínima atención.

—¡Al diablo con la contraseña! —le lanzaban, burlándose de él—. ¡No necesitamos ninguna

contraseña! ¡Ya sabrán de qué lado estamos cuando comencemos a pelear!

Parecía que durante horas estuvieron desfilando, desvaneciéndose en la oscuridad, sus caballos volteaban sus nerviosas cabezas para percibir el sonido de las armas, los hombres mantenían sus ojos ansiosos fijos en la oscuridad adelante; cabalgaban hacia la batalla con sus viejos rifles Springfield que no se habían usado en tres años, con sus escasas diez rondas de municiones. Y cuando todos se hubieron marchado, la batalla pareció animarse con vida nueva...

VII

Amanecer sangriento

El ruido constante de la batalla llenaba la noche. Al frente las antorchas danzaban, los rieles retumbaban, las almadenas redoblaban sobre los remaches, los hombres de la cuadrilla de reparaciones gritaban en la locura de su faena. Eran más de las doce. Desde que los trenes habían llegado al principio de la vía descompuesta hasta ahora, habían avanzado un kilómetro. De vez en cuando algún rezagado del contingente principal recorría la línea de trenes, se metía a la zona de luz con su pesado máuser atravesado sobre sus hombros, y se desvanecía en la oscuridad hacia la vorágine de sonido en dirección de Gómez Palacio. Los soldados de nuestra guardia, acucillados alrededor de sus hogueras en los campos, aliviaban su tensa espera; tres de ellos cantaban una pequeña marcha, que comenzaba:

No quiero ser porfirista
no quiero ser orozquista,
lo que quiero ser es un voluntario
en el ejército maderista.

Curiosos y excitados, íbamos y veníamos por los trenes, preguntando a la gente lo que sabía, lo que pensaba. Jamás antes había escuchado un verdadero sonido de matanza, y me exaltaba por la curiosidad y el nerviosismo. Parecíamos perros encerrados mientras una pelea de perros ocurría afuera. Por último el encanto desapareció y me sentí desesperadamente cansado. Caí en un profundo letargo sobre una pequeña saliente bajo el borde del cañón, donde los trabajadores dejaban sus llaves de tuercas, martillos y palancas cuando el tren avanzaba cincuenta metros, y se apilaban unos sobre otros con gritos y jugando burro.

En la frialdad de la madrugada me desperté con la mano del coronel sobre mi hombro.

—Se pueden ir ahora —dijo—. La seña es "Zaragoza" y la contraseña

"Guerrero". Nuestros soldados serán reconocidos por los sombreros levantados al frente. ¡Que les vaya bien!

Era un frío amargo. Nos envolvimos con nuestras cobijas a manera de sarape y nos escurrimos por detrás de la furia de la cuadrilla de reparaciones, cuando martillaban bajo la vacilante llama; pasamos los cinco hombres armados tirados alrededor de su hoguera, en la frontera de la noche.

—¿Van a la batalla, compañeros? —gritó uno de la cuadrilla—.

¡Cuidado con las balas!

Lo que todos celebraron con risas. Los centinelas gritaron:

—¡Adiós! ¡No los vayan a matar a todos! ¡Déjennos unos cuantos pelones!

Más allá de la última antorcha, donde la vía descompuesta estaba atornillada y doblada sobre los durmientes arrancados, una figura parda nos esperaba.

–Vámonos juntos –dijo, viéndonos–. En la oscuridad tres son un ejército.

Dando tumbos seguimos la vía rota, en silencio, tratando de descubrir cómo era este hombre. Era un soldado regordete con un rifle y una canana medio vacía sobre el pecho. Dijo que acababa de traer a un herido del frente al tren hospital y regresaba.

–Toquen esto –dijo extendiendo su brazo. Estaba empapado. No podíamos ver nada–. Sangre –continuó sin expresión alguna–. Su sangre. Era mi compadre en la brigada González Ortega. Hoy en la noche bajamos y había tantos, tantos... Nos partieron por la mitad.

Era lo primero que oíamos, o pensábamos, sobre heridos. De repente oímos la batalla. Había sido constante, pero la habíamos olvidado; el sonido era tan monstruoso, tan monótono. El ruido del fuego de los rifles nos llegó como si estuvieran rasgando lonas gruesas, el cañón retumbaba como un martinete. Estábamos a sólo diez kilómetros.

De la oscuridad emergió un piquete de hombres, cuatro, llevando algo pesado e inerte en una cobija, que se mecía entre ellos. Nuestro guía levantó su rifle y los desafió, obtuvo por respuesta un gruñido nauseabundo desde la cobija.

– Oiga, compadre –pidió uno de los acarreadores con voz ronca–. Por amor a la virgen ¿dónde está el tren hospital? –A una legua...

– ¡Válgame Dios! ¡Cómo vamos a...!

– ¡Agua! ¿Tienen agua?

Estaban parados con la cobija extendida entre ellos, y algo caía de ella, goteando, goteando, goteando, sobre los nudos.

La horrible voz de adentro gritó: "¡Beber!", y se desvaneció en un tembloroso lamento. Les ofrecimos nuestras cantimploras. Se olvida ron del hombre herido, y los acarreadores, silenciosa y bestialmente vaciaron nuestras cantimploras. Después, con resignación, continuaron...

Aparecieron otros, solos o en pequeños grupos. Eran simples formas difusas que se tambaleaban en la noche, como borrachos, como hombres increíblemente exhaustos. Entre dos llevaban a uno a rastras, sosteniéndolo por los brazos. Un niño llevaba a cuestras el cuerpo mutilado de su padre. Un caballo pasó con la cabeza baja, dos cuerpos colgaban atravesados de la silla, un hombre iba caminando atrás y golpeaba al caballo en la zanca, maldiciendo soezmente. Nos pasó, y pudimos oír su falsete disminuyendo disonante a la distancia. Algunos gruñían, con el horrible gruñido apagado del dolor más agudo. Un hombre yacía desparramado en la silla de una mula, gritaba mecánicamente cada vez que la mula daba un paso. Bajo dos grandes chopos, junto a un canal de irrigación brillaba una fogata. Tres hombres dormían con sus cananas vacías, estaban desparramados roncando sobre el suelo accidentado; junto ala hoguera estaba sentado un hombre sosteniendo con ambas manos su pierna, para que se calentara. Era una pierna completamente sana hasta el tobillo, ahí terminaba en un lío rasgado y revuelto de pantalones y carne en flor. El hombre simplemente la miraba. Ni siquiera se movió cuando nos acercamos, sin embargo, su pecho se levantaba y caía al ritmo de una calmada respiración, y su boca estaba ligeramente abierta como si estuviera soñando despierto. Junto a un canal se arrodillaba otro hombre. Una bala de plomo suave había penetrado en su mano entre los dos dedos centrales, y después se expandió hasta que horadó una cavidad sangrante en el interior. Había amarrado un pedazo de tela alrededor de un palito y como si no le doliera mojaba éste en el agua y luego escarbaba con él la herida.

Pronto nos acercamos a la batalla. Al este, a través de una campiña vasta y plana, apareció una luz grisácea. Los nobles álamos, levantándose espesamente en líneas conglomeradas a lo

largo de los canales hacia el oeste explotaban en una lluvia de canto de aves. El sol calentaba, y llegó hasta nosotros el tranquilo olor de la tierra, el pasto y el maíz en crecimiento; un calmado amanecer de verano. En esto, el ruido de la batalla rompió como algo fuera de este mundo. El clamor histérico del fuego de los rifles, que parecía conservar una continua melodía de gritos; aunque cuando uno lo escuchaba se extinguía. El nervioso y apagado tableteo de las ametralladoras, como si fueran un gigantesco pájaro carpintero. El cañón retumbaba como enormes campanas, el zumbido de sus balas. ¡Bumpiiuu! Y ése era el más terrible de los sonidos de la guerra, la explosión de una granada. ¡Crassjiuaa!

El inmenso sol ardiente se sumergió en el este a través de un delgado humo que brotaba de la tierra fértil, y sobre las grandes tierras desérticas del este; las ondas de calor comenzaron a bailotear. Los rayos del sol se posaron extraordinariamente sobre las copas verdes de los abundantes álamos que franqueaban el canal paralelo a la vía del ferrocarril hacia nuestra derecha. Ahí terminaban los árboles, y más allá, la vasta rampa de desnudas montañas, apiladas de horizonte a horizonte, se tornaban rosadas. Una vez más estábamos en el abrasante desierto, cubierto en abundancia por el polvoriento mezquite. A excepción de otra línea de álamos, que se extendía sin ton ni son, de este a oeste, cerca de la ciudad, no había ningún árbol en toda la planicie sin contar los dos o tres diseminados hacia la derecha. Tan cerca estábamos, a escasos tres kilómetros de Gómez Palacio, que podíamos ver hacia la vía descompuesta que entraba hasta la ciudad. Podíamos distinguir el tanque de agua redondo y negro, y, atrás de él, el depósito de ferrocarriles; atravesando la vía estaban las paredes de adobe del Brittingham Corral. Las chimeneas, los edificios y los árboles de La Esperanza, fábrica de jabón, se levantaban claras y quietas, como una pequeña ciudad, hacia la izquierda. Casi inmediatamente a la derecha de la vía del ferrocarril, aparecía el escarpado y pedregoso pico del cerro de la Pila que se levantaba agudamente hasta una reserva rocosa que lo coronaba, y descendía hacia el oeste en una serie de cerros más pequeños, un tremendo risco de cuando menos dos kilómetros de largo. La mayor parte de Gómez yacía detrás del recodo del cerro, en su extremo occidental las villas y los jardines de Lerdo constituían un vívido contraste de verdor con el desierto. Las enormes montañas café, hacia el oeste, esparcían su impresionante extensión detrás de dos ciudades, y se desvanecían hacia el sur una vez más en dobleces sobre dobleces de la más absoluta desolación. Directamente al sur de Gómez, se situaba en la base de su locación, Torreón, la ciudad más rica del norte de México.

El tiroteo jamás cesó, pero parecía entrar a un segundo plano dentro de un mundo fantástico y desordenado. Vía arriba, la luz de la calurosa mañana danzaba por encima de un río de heridos, carne en flor, sangrados, envueltos en vendajes ensangrentados y en plena descomposición, y un cansancio inconcebible. Pasaron junto a nosotros, y uno hasta se cayó para no levantarse más junto a nosotros, en el polvo, y no nos importó. Los soldados con sus cartuchos agotados vagaban sin rumbo fijo desde el chaparral, arrastrando sus rifles, y se volvían a meter a los arbustos, al otro lado de la vía del tren, ennegrecidos por la pólvora, chorreando sudor, sus ojos fijos en el suelo. Se levantó un polvo delgado y sutil, formando nubes a cada pisada, y ahí se quedaba, adhiriéndose a la garganta y los ojos. Una pequeña compañía salió trotando de la maleza, y siguió la vía en dirección a la ciudad. Un hombre descendió de la silla y se acuclilló junto a nosotros.

—Fue terrible —dijo—. ¡Caramba! Entramos anoche a pie, estaban adentro del tanque de agua; habían perforado hoyos en el acero para sacar los rifles. Tuvimos que caminar y meter nuestras pistolas a través de los agujeros para matarlos a todos. Una trampa mortal. ¡Y luego el corral! Tenían dos grupos de claraboyas, uno para los hombres arrodillados, y otro para los parados. Tres mil rurales allá adentro, y tenían cinco ametralladoras para barrer el camino. El depósito de locomotoras con tres filas de trincheras y pasajes subterráneos, de manera que podían arrastrarse por debajo de nosotros y dispararnos desde la retaguardia. Nuestras bombas no podían hacer bien su tarea y ¿qué podíamos hacer con nuestros rifles? ¡Madre de Dios! Pero fuimos tan rápidos que los tomamos por sorpresa. Capturamos el depósito de locomotoras y el tanque de agua. Y luego esta mañana, temprano, llegaron miles de refuerzos de artillería desde Torreón. Y nos replegaron otra vez. Llegaron hasta el tanque de agua y apostaron sus rifles a través de los agujeros y nos aniquilaron. ¡Hijos del demonio!

Podíamos ver el lugar mientras nos platicaba y oíamos el rumor infernal y los gritos, nadie se movía, y no había ninguna señal de tiroteo, ni siquiera humo, excepto cuando las granadas explotaban rindiendo las primeras filas de árboles una milla adelante de ellos y vomitaba una borla blanca. El chasquido del fuego de los rifles y el stacatto de las ametralladoras y hasta el martilleo del cañón no aparecían ante nuestra vista. La planicie polvorienta, los árboles y las chimeneas de Gómez, y la pedregosa colina se extendían calladamente bajo el calor. Desde los álamos hacia la derecha, nos llegaba el canto de las aves a quienes no importaba nada. Uno tenía la impresión de que los sentidos mentían. Era un sueño increíble, a través del cual la procesión grotesca de heridos se filtraba como fantasmas a través del polvo.

VIII

Llega la artillería

Hacia la derecha, a lo largo de la base de la línea de árboles, se levantaba una pesada polvareda. Los hombres gritaban, los látigos chicoteaban, y hubo un crujir y retintinear de cadenas. Nos metimos a una vereda que atravesaba el chaparral y salía a una villita perdida en el matorral, cerca del canal. Se parecía demasiado a un pueblo chino o centroamericano: cinco o seis chozas de adobe tapizadas con barro y varitas. Se llamaba San Ramón, y ahí un pequeño piquete de hombres, tocaba a cada puerta, suplicando les dieran tortillas y café, agitando su dinero en el aire. Los pacíficos se acucillaban en sus diminutos corrales, vendiendo macuche a precios exorbitantes; sus mujeres sudaban frente al fuego, palmeando tortillas y sirviendo un remedo de café. Por todo el derredor, y en los espacios abiertos, habían hombres durmiendo, parecían muertos, y hombres con brazos y cabezas ensangrentados retorciéndose y gruñendo. En el acto un oficial llegó galopando, bañado en sudor y gritó:

— ¡Levántense, pendejos! ¡Levántense y regresen a sus compañías! ¡Vamos a atacar!

Unos cuantos se desperezaron y se volvieron a tirar, maldiciendo, y se levantaron sobre sus exhaustos pies; otros todavía dormían.

— ¡Hijos de la...! —lanzó el oficial y espoleó su caballo sobre ellos, tropezándose y pateando... El suelo hervía con hombres que se apresuraban a quitarse del camino gritando. Bostezaban, se estiraban, a medio dormir, y arrastraron sus pies lentamente hacia el frente, sin rumbo fijo... Los heridos sólo se arrastraron sin cuidado hacia la sombra de algún arbusto.

A lo largo del canal corría una especie de carreta, y por ella llegaba la artillería constitucionalista. Uno podía distinguir las cabezas

grises de las extenuadas mulas y los enormes sombreros de sus conductores, y los látigos enroscados; lo demás estaba cubierto por el polvo. Más lentos que el ejército, habían cabalgado toda la noche. Pasaron junto a nosotros; los carruajes y los vagones sonaban, los largos y pesados armamentos amarillos por tanto polvo. Los conductores y los artilleros estaban de buen humor. Uno, un estadounidense, cuyas facciones eran absolutamente irreconocibles debajo de una capa de lodo que lo cubría todo, hecho de sudor y tierra, gritó para preguntar si estaban a tiempo, o si la ciudad había caído.

Le contesté en español que había muchísimos colorados por matar, y por toda la línea se dejó oír un grito de júbilo.

—Ahora les vamos a enseñar —gritó un enorme indígena montado sobre una mula—. Si pudiéramos entrar en su maldita ciudad sin pistolas, ¿qué haríamos con ellos?

Los álamos terminaban justo detrás de San Ramón, y bajo los tres últimos, Villa, el general Angeles y el alto mando estaban sentados sobre sus monturas en la ribera del canal. Más allá, el canal corría sin protección a través de la desnuda planicie hasta la ciudad, donde se alimentaba del río. Villa vestía un viejo traje café, sin cuello, y un viejo sombrero de fieltro. Estaba cubierto de mugre y había cabalgado para arriba y para abajo de las líneas toda la noche. Pero no mostraba ni

rastro de fatiga.

Cuando nos vio, nos llamó.

—¡Hola, muchachos! ¿Les está gustando?

—¡Mucho, mi general!

Estábamos rendidos y mugrosos. Se divirtió mucho al vernos.

Nunca pudo tomar en serio a los corresponsales, de ninguna manera, y se le hacía demasiado extraño que un periódico norteamericano deseara gastar tanto dinero sólo para obtener noticias.

—Bien —dijo con una sonrisa—. Estoy contento de que les guste, porque se van a llenar.

Las primeras piezas de artillería habían llegado, las depositaron enfrente del alto mando, desarmadas. Los tiradores rasgaron las cubiertas de lona y levantaron el pesado coche. El capitán de la batería atornilló la mira telescópica y la palanca de la guía. Los pequeños remaches de latón brillaban a filas destelleantes; dos hombres se tambalearon bajo el peso de una sola, y la pusieron en el suelo, mientras el capitán medía el tiempo de las granadas. El seguro se cerró con estrépito, corrimos hacia atrás. ¡Crabúnshok! Un silbido ensordecedor. ¡Piiuuu! siguió después de la granada, y apareció una pequeña flor de humo blanco al pie del cerro de la Pila, y unos segundos después una detonación lejana. A unos cincuenta metros, a todo lo largo frente al cañón, pintorescos hombres harapientos miraban inmóviles a través de sus catalejos. Estallaron en un coro de gritos: —¡Demasiado bajo! ¡Demasiado a la derecha! ¡Sus armas están a todo lo largo del risco! ¡Déle quince segundos más!

Enfrente, hacia abajo, el fuego de los rifles se había limitado a un mero escupir, y las ametralladoras callaban. Todos observaban el duelo de artillería. Eso fue como a las cinco y media de la madrugada, y ya hacía mucho calor. En los campos, atrás, se oía el curioso tronar de los grillos; las frondosas copas llenas de frescura de los álamos lanzaban una lánguida brisa alta; los pájaros volvieron a cantar.

Otra arma fue puesta en línea, y el cerrojo del primero fue preparado para disparar. Se dejó oír el golpe del gatillo, pero no el rugido. Los artilleros abrieron con rapidez el cierre y tiraron el humeante proyectil de latón al pasto. Bala mala. Vi al general Angeles en su deslavado suéter café, sin sombrero, observando a través de la mira y ajustando el blanco. Villa espoleaba a su inquieto caballo hacia el furgón. ¡Cabúmshok! ¡Psiuuu! Esta vez la otra arma. Ahora veíamos estallar la bala en lo alto de la colina pedregosa. Y después, cuatro explosiones flotaron hacia nosotros, y simultáneamente las balas del enemigo, que habían estado explotando desatinadamente sobre la línea de árboles más cercana a la ciudad, siguió hasta el desierto y brincó hacia nosotros en cuatro tremendas explosiones. Cada una acercándose más. Se agregaron cañones a la línea; otros se apostaron a la derecha a lo largo de la diagonal de árboles, y una larga línea de vagones, mulas de carga, y hombres que gritaban y maldecían se vieron por el polvoriento camino hacia la retaguardia. Las mulas libres regresaban y los conductores se tiraban, como exhaustos, bajo el chaparral más cercano.

Las granadas federales, bien lanzadas y con tiempos excelentes, explotaban ahora a unos cuantos metros adelante de nuestra línea. El ritmo de disparo era casi incesante. ¡Crashiuuu! Por encima de nuestras cabezas golpeaban rudamente los árboles frondosos, cantaba la lluvia de plomo. Nuestras armas contestaban espasmódicamente. Las balas caseras, actualizadas en una maquinaria de minería adaptada en Chihuahua, no eran confiables. El capitán Marinelli, el soldado italiano de fortuna, nos rebasó a galope, mirando tan cerca como pudo al periodista, con un aire serio y napoleónico. Echó uno o dos vistazos al camarógrafo, sonriendo con gracia, pero apartó la vista con frialdad. En su labor de hombre trabajador, ordenó que llevaran su arma a refugio, siendo dicha obra dirigida en persona por él. Justo entonces una bala explotó ensordecedoramente como

a unos cincuenta metros frente a nosotros. Los federales estaban atinándole al blanco. Marinelli se separó de su cañón, montó en su caballo, lo enganchó, y se hizo para atrás galopando con dramatismo, el arma se bamboleaba atrás de la espalda por la alocada carrera. Ninguna de las otras armas se había retirado. Empujando su espumeante cargador frente al camarógrafo, se echó al suelo tomando una pose.

—Ahora —dijo—. ¡Ya puede tomar mi fotografía!

—¡Lárguese al infierno! —dijo el camarógrafo y todos soltaron la carcajada.

La débil nota de un clarín nos llegó a través del estrépito. De inmediato llegaron las mulas arrastrando sus aparejos, también llegaron hombres vociferando. Los armones fueron cerrados de golpe.

—Bajamos por enfrente —gritó el coronel Servin—. No les damos. Estamos demasiado lejos...

Y la línea se levantó de un golpe, dispersándose por el desierto, bajo el friego de las balas.

IX

La batalla

Regresamos por la vereda ventosa a través del mezquite, cruzamos la vía descompuesta, y nos pusimos en camino por la polvorienta planicie hacia el sudeste. Mirando atrás a lo largo de la vía del tren podía ver humo y el frente redondo del primer tren a varios kilómetros de distancia. Enfrente de él una multitud de pequeños puntos activos que pululaban a su alrededor, distorsionados como objetos que se ven en un espejo ondulado. Caminamos en medio de un aura de polvo fino. El gigantesco mezquite descendía hasta que apenas nos llegó a las rodillas. A la derecha, la alta colina y las chimeneas de la ciudad descansaban tranquilamente bajo el ardiente sol. El tiroteo de rifles casi había cesado en ese momento, y sólo los deslumbrantes relámpagos de humo blanco espeso marcaban nuestras balas ocasionales a lo largo del risco. Podíamos ver nuestras armas meciéndose hacia abajo de la planicie, distinguiéndose a lo largo de la primera línea de álamos, donde los dedos buscadores de las granadas del enemigo esculcaban continuamente. Pequeños cuerpos de caballería se desplazaban aquí y allá por el desierto. Algunos dispersos, a pie, llevaban a cuestas sus rifles.

Un viejo peón agobiado por la edad, y vestido de harapos, deambulaba por el arbusto bajo, juntando ramitas de mezquite.

—Oiga, amigo —le preguntamos—. ¿Hay alguna forma de acercarnos más a la batalla?

Se enderezó y se quedó mirándonos.

— Si ustedes hubieran estado en esto tanto tiempo como yo —dijo—no se preocuparían por ver la batalla. ¡Caramba! Los he visto tomar siete veces Torreón. Algunas veces atacan desde Gómez Palacio, otras desde las montañas. Pero siempre es lo mismo, la guerra. Hay algo interesante en ella para los jóvenes, pero para nosotros los viejos, estamos cansados de la guerra.

Alzamos la vista y nos quedamos contemplando la planicie.

— ¿Ven ese canal seco? Bueno, si ustedes se meten a él y lo siguen, los Lleva hasta la ciudad—. Y después, como una conclusión, agregó sin curiosidad—: ¿De qué bando son?

—Constitucionalistas.

—¿Ven?, primero eran los maderistas, después los orozquistas y ahora, eh ¿cómo es que le llaman? Soy demasiado viejo y no tengo mucha vida por delante. Pero esta guerra, se me hace

que todo lo que consigue es que muramos de hambre. Vayan con Dios.

Y se volvió a su lenta tarea. Mientras nosotros descendíamos por el arroyo. Era un canal de irrigación en desuso que coma un poco al sudoeste, su fondo estaba cubierto de hierbas de agua polvorientas, y al final de su recta longitud, escondido a nuestra vista por una especie de espejismo, parecía una laguna destelleante. Paramos un poco, de manera que permaneciésemos ocultos al exterior. Continuamos, nos pareció que durante horas. El agrietado suelo y las riberas polvorientas del canal reflejaban el espantoso calor sobre nosotros hasta el punto de hacernos desfallecer. Una vez que la caballería pasó bastante cerca de nosotros a la derecha, con sus enormes espuelas de fierro retintineando, nos acurrucamos hasta que terminaron de pasar. No quisimos arriesgarnos. Abajo del canal, el fuego de artillería sonaba muy distante, pero en una ocasión que con todo cuidado me asomé por la ribera, descubrí que estaban muy cerca de la primera línea de árboles. Las granadas seguían explotando a lo largo de ella, y hasta pude ver el vientre del iracundo torbellino que surgía de las vetas de nuestro cañón y sentí la vorágine de las oleadas de sonido que me golpeaba como una descarga cada vez que disparaba. Estábamos como a un kilómetro del frente de nuestra artillería, y evidentemente nos acercábamos al tanque de agua en las mismas orillas de la ciudad.

Al detenernos nuevamente, las granadas nos pasaban rozando, chillando agudamente, hasta estallar y de pronto en el arco del cielo oyéndose el cruel eco de su explosión. Allá adelante, donde la vía principal del tren cruzaba el arroyo, se amontonaba una pequeña pila de cuerpos. Obvio resultado del primer ataque. Casi ninguno chorreaba sangre; los sesos y los corazones se podían ver a la perfección a través de los diminutos orificios de las balas de acero de los máuser. Yacían limpiamente, con una calma no terrena. Mostraban las caras vacías de los muertos. Alguien, quizá sus mismos avarientos compañeros los habían despojado de armas, zapatos, sombreros y ropa buena.

Un soldado que dormía, acuclillado al borde del montón, con su rifle sobre sus rodillas, roncaba profundamente. Las moscas lo cubrían. Los muertos estaban plagados de ellas. Pero el sol aún no los afectaba. Otro soldado estaba recargado contra el borde del canal que daba a la ciudad, sus pies descansaban sobre un cadáver. Disparaba metódicamente para espantar algo que había visto. Bajo la sombra del puente, cuatro hombres jugaban cartas. Jugaban sin cuidado, sin hablar, sus ojos inyectados por la falta de sueño. El calor era terrible. De vez en cuando una bala perdida pasaba silbando. ¡Piiiiuuu!

El extraño grupo tomó nuestra aparición como cualquier cosa. El francotirador se dobló fuera de nuestra vista, con cuidado puso otro cartucho en su rifle.

– Supongo que no traerán otra gota de agua en su cantimplora –preguntó–. ¡Adió! ¡No hemos comido ni bebido nada desde ayer!

Se tragó toda el agua, observando furtivamente a los jugadores, pues ellos también estarían sedientos.

– Dicen que vamos a atacar el tanque de agua y el corral otra vez, cuando la artillería esté en posición para apoyarnos. ¡Chihuahua, hombre! ¡Pero sí que estuvo duro anoche! Nos hicieron trizas en la calle...

Se limpió la boca con el dorso de la mano y comenzó a disparar otra vez. Nos quedamos junto a él y observamos. Estábamos a unos cien metros del mortífero tanque de agua. A través de la vía y de la amplia calle se extendían los muros de lodo café de Brittingham Corral, en apariencia inocentes ahora, con sólo unos puntos negros, evidencia de la doble línea de claraboyas.

–Allí están las ametralladoras –dijo nuestro amigo–. ¿Las ven, esos pequeños tubitos que se asoman sobre el borde? No los pudimos sacar.

El tanque de agua, el corral y la ciudad duermen por el calor. El polvo se acumulaba inmóvil

en el aire, creando una débil neblina. A unos veinticinco metros frente a nosotros había un canal expuesto, poco profundo, seguramente había servido alguna vez de trinchera federal, pues la mugre se había apilado en su interior. Doscientos soldados polvorientos ahora yacían ahí, mirando hacia la ciudad, la infantería constitucionalista. Estaban desparramados por el suelo, en todo tipo de actitudes de cansancio. Algunos dormían boca arriba, hacia el ardiente sol; otros con pereza cambiaban la mugre con sus ajadas manos de atrás hacia adelante. Ante ellos habían apilado montones irregulares de rocas. La infantería, en el ejército constitucionalista, es simplemente la caballería sin caballos; todos los soldados de Villa van a caballo excepto la artillería, y aquellos para quienes no se puede procurar caballos.

De pronto la artillería en nuestra retaguardia se agilizó en un momento, y sobre nuestras cabezas pasó una lluvia de balas. –Esa es la señal –dijo el hombre de nuestro lado.

Descendió al fondo del canal y pateó al que dormía.

–Vamos –gritó– vamos a atacar a los pelones.

El hombre que roncaba gruñó y abrió los ojos lentamente. Bostezó y tomó su rifle sin una sola palabra. Los jugadores empezaron a reunir las ganancias. Se suscitó una disputa por la propiedad del paquete de cartas. Rezongando y todavía peleando, salieron y siguieron al francotirador hasta el borde del canal.

El fuego de los rifles sonaba a lo largo del borde de la trinchera en el frente. Los que dormían se echaron boca abajo, detrás de sus pequeños refugios, sus codos trabajaban vigorosamente en el cerrojo de sus rifles. El tanque de agua de acero vacío, resonaba con la lluvia de balas. Moronas de adobe volaban desde el muro del corral. Al instante el muro brilló con los cañones destelleantes, y las armas se levantaron rechinando con fuego cubierto. Las balas llegaban hasta el cielo silbando; tamborileaban en el humeante polvo hasta que nos envolvió una cortina giratoria de nubes desde la casa y el tanque; podíamos ver a nuestro amigo correr agachado a ras del suelo, el hombre somnoliento lo seguía erecto, frotándose los ojos. Atrás corrían los apostadores, aún discutiendo. En algún lugar de la retaguardia se oyó un clarín, el francotirador que avanzaba al frente, se paró de repente, frenando, como si hubiera dado contra un muro sólido. Su pierna izquierda se dobló debajo de él, y se hundió desesperadamente hacia una de sus rodillas a pleno campo abierto, agitando su rifle con un grito.

Los muy malditos gritó, disparando rápidamente hacia el polvo les voy a enseñar a esos... ¡los pelones! ¡Pájaros de cuenta! Sacudió su cabeza con impaciencia, como un perro con una oreja herida. Se le escapaban gotas de sangre. Agachándose con rabia, disparó el resto de su carga, y después se tiró al suelo y se arrastró por un tramo. Los otros pasaron junto a él, apenas dirigiéndole una mirada. Ahora las trincheras hervían con hombres que vertiginosamente se ponían de pie como gusanos cuando uno levanta una piedra. El tiroteo de rifles tableteaba constantemente. Pasaron detrás de nosotros corriendo, descalzos y en huaraches, con cobijas sobre sus hombros, se tiraban y se deslizaban por el canal, y a todo correr ganaban la otra ribera, cientos de ellos, perecían.

Casi nos impedían ver el frente, pero a través del polvo y de los espacios entre las piernas que corrían podíamos ver a los soldados en la trinchera, brincar dentro de su barricada como si rompiera una ola, y luego el polvo impenetrable se cerró. La fiera aguja de las ametralladoras cosía en uno solo todos los sonidos. Con una mirada a través de la nube levantada por un ventarrón caliente, pudimos ver la primera línea morena de hombres que se apiñaban como si estuvieran borrachos, y las ametralladoras que escupían sobre la pared, de un rojizo apagado a la luz del sol. Entre estos, un hombre regresó corriendo, le escurría el sudor por la cara, traía un arma. Corría rápido, a veces derrapándose, a veces cayendo, hasta llegar a nuestro canal y luego subió la otra ribera. Otras formas vagas se desplazaron en la polvareda.

¿Qué pasa? ¿Cómo va? le grité.

No me contestó, pero siguió corriendo. De pronto, se escuchó un crujido monstruoso y un torbellino de gritos, pues una granada había explotado en el torbellino frente a nosotros. ¡La artillería enemiga! Mecánicamente traté de escuchar nuestras armas. Excepto por un ocasional ¡bum! estaban calladas, nuestras balas caseras se habían descompuesto otra vez. Otra vez las granadas. Del polvo salió corriendo un enjambre de hombres, individualmente, en pares, en grupos, una muchedumbre en estampida. Nos cayeron encima, a nuestro alrededor; nos ahogaron con una inundación humana, gritando:

¡A los álamos! ¡A los trenes! ¡Viene la Federación!

Luchamos junto a ellos y corrimos también, directo hacia la vía del ferrocarril... Atrás de nosotros las granadas buscaban en el polvo, y la mosquetería mortal. Entonces notamos que por todo el camino adelante estaba lleno de jinetes a galope, lanzando gritos indígenas y agitando sus rifles. ¡La columna principal! Nos hicimos aun lado para que ellos pasaran como un ciclón, unos quinientos hombres. Los vimos apuntar desde sus sillas y comenzar a tirar. El retumbar de las pezuñas de sus caballos parecía un trueno.

¡Mejor ni se metan! ¡Está demasiado caliente! gritó uno de la infantería con una sonrisa.

Bien, te apuesto a que yo estoy más caliente contestó un jinete, y todos nos reímos. Caminamos lentamente de regreso por la vía del ferrocarril, mientras que el fuego detrás de nosotros se envolvía en un continuo rugir. Un grupo de peones, pacíficos, enfundados en altos sombreros, cobijas y blusones de algodón blanco estaban de pie con los brazos cruzados, mirando hacia la vía en dirección a la ciudad.

Miren, amigos dijo exhausto un soldado no se queden aquí parados. Les pueden pegar un tiro.

Los peones se miraron unos a otros y sonrieron débilmente. Pero, señor dijo uno aquí es donde siempre nos paramos cuando hay batalla.

Un poco más adelante me topé con un oficial, un tal Germán, que deambulaba por ahí, guiando su caballo por la brida.

Ya no lo puedo montar me dijo con sinceridad. Me temo que morirá si no duerme. Está demasiado cansado.

El caballo, un enorme garañón, se tropezaba y balanceaba al caminar. Grandes lágrimas brotaban de sus ojos a medio cerrar y rodaban por su nariz.

Yo estaba rendido, no había dormido ni comido, además el calor del sol era insoportable. Caminamos otro kilómetro y me detuve a mirar atrás, vi que las balas del enemigo se incrustaban en la línea de árboles con más frecuencia que nunca. Parecía que habían conseguido la medida perfecta. Justo entonces vi que la línea gris de las máquinas, se apostaba sobre sus mulas, y comenzaba a moverse desde los árboles hacia la retaguardia, en cuatro o cinco puntos diferentes. Nuestra artillería había sido sacada de sus posiciones a base de granadas... Me tiré a descansar a la sombra de un gran arbusto de mezquite.

Casi de inmediato, pareció llegar un cambio en el sonido de los rifles, como si la mitad de ellos hubiese sido cortada de repente; al mismo tiempo sonaron los aires de veinte clarines. Levantándome note que una línea de jinetes subía por la vía gritando algo. Le siguieron más, galopando, al lugar donde el ferrocarril pasaba detrás de los árboles al adentrarse en la ciudad. La caballería había sido repelida. De pronto toda la planicie se llenó de hombres, a caballo y a pie, todos corriendo hacia la retaguardia. Un hombre tiró su cobija, otro su rifle. Creció la muchedumbre en el ardiente desierto, pisando con fuerza el polvo, hasta que la planicie quedó apiñonada. Justo enfrente de mí un jinete salió del arbusto gritando:

—¡Vienen los federales! ¡A los trenes! ¡Vienen tras de nosotros!

¡Todo el ejército constitucionalista venía hacia acá! Cogí mi cobija como pude y corrí lo más rápido que dieron mis piernas. Un poco más adelante, llegué a un cañón abandonado en el desierto; con las bridas cortadas, las mulas se habían ido. Al pie habían ametralladoras, cananas y decenas de sarapes. Todo era un lío. Al llegar a un espacio abierto, divisé una gran multitud de soldados en plena retirada, sin rifles; de pronto tres hombres a caballo pasaron a galope tendido enfrente de ellos, agitando los brazos y gritando:

—¡Regresen! —gritaban—. ¡No vienen! ¡Regresen, por el amor de Dios!

A dos no los reconocí, el otro era Villa.

X

Entre ataques

Como a dos kilómetros, la retirada fue cortada. Me topé con los soldados que regresaban, con la expresión de alivio que muestra alguien que teme a un daño desconocido y de repente se ve libre de él. Este era el poder de Villa; podía explicar las cosas a la gente común, de una manera que ellos inmediatamente comprendían. Los federales, como de costumbre, no habían aprovechado la oportunidad de infligir una derrota perdurable a los constitucionalistas. Quizá temían una emboscada, como la que Villa había dispuesto en Mapula, cuando los victoriosos federales salieron a perseguir al ejército de Villa después del primer ataque sobre Chihuahua y fueron repelidos sufriendo una gran matanza. De todas maneras, no salieron. Los hombres regresaron pesadamente. Trataban de encontrar sus cobijas y armas en el mezquite, y las de otra gente también. Se les podía oír gritando y haciendo bromas por toda la planicie.

—¿A dónde va con ese rifle?

— ¡Esa es mi cantimplora!

— Yo tiré mi sarape aquí, justo sobre este arbusto. ¡Y ahora ya no está!

—¡Oh, Juan! —le gritaba un hombre a otro— ¡siempre te dije que podía ganarte en una carrera!

— Pero no me derrotó, compadre. Yo iba como a cien metros adelante de usted, ¡volando por el aire como una bala de cañón!...

Y la verdad era que después de montar doce horas el día anterior, luchar toda la noche, y toda la mañana bajo el sol abrasador, con la espantosa tensión de cargar una fuerza sin trincheras frente a la artillería y de ametralladoras. Sin comida ni agua ni sueño, los nervios del ejército habían explotado. Pero desde el momento en que regresaron después de la retirada, el resultado final jamás se puso en tela de juicio. La crisis psicológica había pasado...

Ahora el tiroteo de los rifles había cesado del todo y hasta los disparos de cañón del enemigo eran pocos y lejanos. En el canal, bajo la primera línea de árboles, nuestros hombres se atrincheraron. La artillería se había retirado hasta la segunda línea de árboles, a dos kilómetros de distancia, y bajo la fresca sombra, los hombres se tiraron pesadamente a dormir. La tensión había desaparecido. Conforme el sol fue llegando a su cenit, el desierto, la colina y la ciudad guardaron silencio por el calor. Algunas veces un intercambio de tiros hacia la derecha o hacia la izquierda, indicaba el lugar en que los puestos de avanzada intercambiaban saludos. Pero aun eso pronto se dejó de oír.

En los campos de algodón y maíz hacia el norte, entre los tiernos objetos verdes, los insectos deambulaban. Los pájaros ya no cantaban. El calor era insoportable. Las hojas estaban quietas pues no había aire.

Por aquí y allá humeaban las fogatas, donde los soldados volteaban tortillas hechas de la

escasa harina que habían traído en sus alforjas; y aquellos que no tenían alimento vagaban por ahí suplicando una migaja. Todos, simple y generosamente, dividían la comida. Yo fui llamado en una docena de fogatas con un:

—¿Oiga compañero, ya desayunó? Aquí hay un cacho de mi tortilla, venga y coma.

Filas de hombres acostados boca abajo a lo largo del canal de irrigación, sacaban agua sucia en el hueco de sus manos. Tres o cuatro kilómetros atrás podíamos ver el furgón del cañón y los primeros seis trenes opuestos al gran rancho de El Vergel; la incansable cuadrilla de reparaciones trabajaba duro bajo el sol. El tren de provisiones todavía no subía. El coronel Servín llegó hasta donde estábamos, montado con los pies colgando en un inmenso caballo bayo, aún fresco y limpio después de la terrible labor de una noche.

—Todavía no sé lo que haremos —dijo— sólo el general Villa lo sabe, y nunca lo dice. Pero no asaltaremos otra vez hasta que la brigada Zaragoza regrese. Benavides tuvo una batalla dura en Sacramento, doscientos cincuenta de los nuestros murieron, dicen. El general pidió a los generales Robles y Contreras, que habían estado atacando por el sur, traer a todos sus hombres para reunirlos aquí. Dicen, no obstante, que vamos a atacar de noche esta vez, a fin de neutralizar su artillería —continuó galopando.

A eso del mediodía, columnas de humo asqueroso y sucio comenzaron a levantarse en varios puntos de la ciudad, y hacia la tarde un viento lento pero caliente, nos trajo el enfermizo olor del aceite crudo mezclado con la carne humana chamuscada. Los federales estaban quemando las pilas de muertos. Caminamos de regreso a los trenes y nos metimos al coche privado del general Benavides, en el tren de la brigada Zaragoza. El mayor al mando había hecho cocinar algo en el cuarto del general. Comimos desesperadamente, después nos fuimos a tirar a lo largo de la línea de árboles, durmiéndonos durante horas. Muy entrada la tarde nos dirigimos una vez más hacia el frente. Cientos de soldados y peones de los alrededores, hambrientos a rabiar, se acercaban humildemente a los trenes, esperando recoger desperdicios y sobrantes o cualquier cosa que pudieran comer. Sentían vergüenza; sin embargo, cuando pasábamos junto a ellos fingían una indolencia falsa. Recuerdo habernos sentado a platicar con unos soldados sobre el techo de un furgón, cuando vimos a un chico cruzado por cananas y agobiado bajo el peso de un gran rifle. Sus ojos buscaban en el suelo. Una tortilla rancia, a medio podrir, enterrada en la mugre por muchos pies, llamó su atención. Se lanzó sobre ella, se la comió de un solo bocado. Después miró hacia arriba y nos vio.

—¡Como si me estuviera muriendo de hambre! —dijo y se la sacó con mucho dolor...

Abajo, a la sombra de los álamos, a través del canal que venía de San Ramón, el capitán canadiense Treston vivaqueaba con su batería de ametralladoras. Las armas y sus pesados tripodes fueron descargadas de las mulas, y por todos lados habían regado sus piezas desarmadas. Las mulas pastaban en los ricos y verdes campos. Los hombres estaban acucillados alrededor de las fogatas, o tirados cuan largos eran sobre la ribera del canal. Treston agitó una tortilla llena de ceniza, estaba masticando y tragando.

—¡Oiga, Reed! ¡Venga y tradúzcarne, no puedo encontrar a mis intérpretes, y si entramos en acción vaya lío en el que me voy a ver! Usted verá, no conozco ese maldito idioma. Cuando llegué, Villa me asignó dos intérpretes para que estuvieran junto a mí todo el tiempo. Y ni siquiera puedo encontrar a esos malditos hijos de las armas; ¡ellos siempre se largan y me meten en cada problema!

Me encargué del asunto y le pregunté que si había una probabilidad de entrar en acción.

—Yo pienso que iremos esta noche, en cuanto oscurezca —respondió—. ¿Quiere ir con las ametralladoras e interpretar?

Le dije que M.

Un hombre harapiento, cerca de una fogata, a quien jamás había visto antes, se levantó y vino hacia mí sonriendo.

—Cuando lo vi pensé que usted era un hombre que no había probado el tabaco por un buen tiempo. ¿Quiere usted la mitad de mi cigarrillo?—. Antes de que yo pudiera protestar, me enseñó un cigarrillo café y lo rompió en dos pedazos.

El sol se ocultó gloriosamente detrás de las dentadas montañas púrpura frente a nosotros. Por un minuto, un perfecto abanico de luz parpadeante brotó del cielo de azul inmaculado. Los pájaros se despertaron en los árboles; las hojas se agitaban. La tierra fértil exhaló una aperlada neblina. Una docena de soldados harapientos, que estaban reunidos, comenzaron a improvisar los aires y las letras de una canción acerca de la batalla de Torreón. Un nuevo corrido veía la luz...

Llegó hasta nosotros el sonido de otros aires del atardecer quieto y fresco. Sentí que mi cariño se volcaba sobre esta gente sencilla y gentil. Eran tan amables...

Fue después de haber visitado el canal para beber agua, que Treston dijo casualmente:

—Uno de nuestros hombres encontró esto flotando en el canal, hace un rato. No puedo leer español, por lo tanto no sé lo que significa. El agua de estos canales proviene del río que cruza la ciudad, así que pensé que pudiera ser un papel federal.

Lo tomé. Era un pedacito de papel doblado, como si fuera la esquina y el frente de un paquete. En grandes letras negras se leía ARSÉNICO, y en tipo más pequeño, "¡Cuidado! ¡Veneno!" Le pregunté, sentándome de pronto:

— ¿Se han dado casos de gente enferma por aquí?

Es curioso que lo pregunte dijo. Muchos de nuestros hombres han tenido calambres muy fuertes en el estómago, y yo no me siento muy bien. Justo antes de que usted llegara, una mula de repente se tambaleó y fue a morir al otro campo, también un caballo al otro lado del canal. Dijimos que probablemente era la fatiga o la insolación...

Afortunadamente, el canal llevaba mucha agua corriente, así es que el peligro no era mucho. Le expliqué que los federales habían envenenado el canal.

Dios mío dijo Treston. Quizá eso era lo que me estaban tratando de decir. Unas veinte personas me decían algo de "envenenado". ¿Qué quiere decir eso?

Eso es lo que significa le contesté ¿dónde puedo conseguir un cuarto de café fuerte?

Conseguimos una lata de café en la fogata más cercana, nos sentimos mejor.

— Ah sí, nosotros ya sabíamos, por eso les dimos agua a nuestros caballos en otro canal. Ya lo sabíamos hace tiempo, dicen que en el frente hay diez caballos muertos, y que muchos hombres se están revolcando.

Un oficial llegó a caballo, gritando que debíamos regresar al Vergel y acampar ahí a un lado de los trenes durante la noche. El general había dicho que todos excepto los guardias de avanzada, debían descansar fuera de la zona de fuego. Que el tren de la comí sana había llegado y que estaba justo atrás del tren hospital. Tocarón los clarines y los soldados comenzaron a regresar por el territorio, agarrando a las mulas, aparejándolas en medio de una gritería, bravuconería y risas, ensillando a los caballos y armando las ametralladoras. Treston se subió al caballo, yo caminé junto a él. Así que no habría un ataque nocturno. Ya era casi de noche. Del otro lado del canal, nos unimos a las formas sombrías de una compañía de soldados que trotaban hacia el norte, todos envueltos en sus cobijas, sombreros y sus retintineantes espuelas. Me llamaron:

– Oye, compañero, ¿dónde está tu caballo? admití que no tenía. Súbete atrás de mí me animaron cinco o seis al mismo tiempo. Uno se apeó justo junto a mí y montamos a su caballo. Trotamos através del mezquite hasta atravesar el campo pardusco y hermoso. Alguien comenzó a cantar y dos más se le unieron. Una luna llena brillaba en la clara noche.

Oiga, ¿cómo se dice mula en inglés? me preguntó el jinete.

G-d-stubborn-fathead-mule,* le dije. Por varios días muchos extraños me paraban y me preguntaban, en medio de risotadas, cómo es que los norteamericanos decíamos mula...

El ejército acampó cerca del rancho El Vergel. Cabalgamos hasta un campo moteado de fogatas, donde los soldados vagaban sin rumbo fijo por la oscuridad, preguntando dónde estaba la brigada de González Ortega, o la gente de José Rodríguez, o las ametralladoras. En dirección de la ciudad la artillería estaba acampando en un amplio semicírculo, alerta, las armas apuntaban hacia el sur. Al este, el campamento de la brigada Zaragoza de Benavides, había llegado desde Sacramento, causando un inmenso reflejo en el cielo. En dirección del tren de provisiones, una fila de hombres semejante a las de las hormigas, cargaba sacos de harina, café y paquetes de cigarrillos... Cientos de diferentes coros cantores rompían la noche...

Recuerdo en particular cómo vi aun pobre caballo envenenado de repente doblarse y caer. La manera en que pasamos cerca de un hombre doblado a la mitad en el suelo, en medio de la oscuridad, vomitando violentamente; cómo, después de haberme envuelto en mis cobijas, de pronto me atacaron terribles calambres, y me arrastré hasta la maleza, ya no tuve fuerzas para regresar. De hecho, hasta el gris amanecer yo me revolqué en el suelo muy enfermo.

XI

Un puesto de avanzada en acción

Muy temprano por la mañana del martes, el ejército estaba en camino otra vez hacia el frente, bajando la vía y atravesando los campos. Cuatrocientos demonios furiosos sudaban y martillaban la vía arruinada; el primer tren había avanzado un kilómetro durante la noche. Había muchos caballos esta mañana. Yo compré uno con silla por setenta y cinco pesos, unos quince dólares en oro. Trotando hacia San Ramón, me emparejé con dos jinetes de mirada salvaje, con grandes sombreros, con retratitos impresos de Nuestra Señora de Guadalupe, cosidos a ellos. Dijeron que iban a un puesto de avanzada en el ala derecha, cerca de las montañas, sobre Lerdo, donde su compañía estaba apostada para sostener una colina ¿por qué quena ir yo con ellos? ¿Además, quién era yo? Les mostré mi pase firmado por Francisco Villa. Todavía se mostraban hoscos.

* Mula. testaruda, hija de la...

–¿Cómo sabemos si este nombre escrito aquí es el de él? Somos de la brigada Juárez, gente de Calixto Contreras.

Pero después de una corta consulta, el más alto de ellos soltó un "venga."

Dejamos atrás la protección de los árboles, dirigiéndonos en diagonal hacia el oeste, donde estaban los campos de algodón en declive, directo por una escarpada colina alta, que ya temblaba por el calor. Entre nosotros y los suburbios de Gómez Palacio, se extendía una planicie desnuda y llana, cubierta con mezquite bajo y cortada por canales de irrigación secos. El cerro de la Pila, con su artillería asesina escondida, estaba en perfecto silencio, excepto por un lado de ella. Tan claro era el aire, que pudimos distinguir un grupito de figuras jalando lo que parecía ser un cañón. Justo afuera de las casas más cercanas, algunos jinetes cabalgaban. De inmediato llegamos al norte, haciendo una amplia desviación, cuidando de no ser emboscados, pues este terreno intermedio estaba continuamente vigilado por piquetes y partidas de exploración.

Como a dos kilómetros más allá, casi a lo largo del pie de la colina, corría el alto camino que va desde el norte hasta Lerdo. Lo reconocimos cuidadosamente desde la maleza. Un campesino

pasó chiflando, conduciendo un rebaño de cabras. Al borde de este camino, bajo un arbusto, había un jarro de arcilla lleno de leche. Sin la menor duda, el primer soldado tomó su revólver y le disparó. El jarro se hizo añicos, y la leche se desparramó por todos lados.

–Envenenada –dijo–. La primera compañía estacionada aquí tomó de eso, murieron cuatro. Continuamos cabalgando.

Arriba, en la cresta de la colina, vimos unas cuantas figuras negras acuclilladas, con sus rifles apoyados contra las rodillas. Mis compañeros les hicieron una señal con el brazo, y nos dirigimos hacia el norte, a lo largo de la ribera de un pequeño río que desfilaba por una angosta franja de pastos verdes, en medio de la desolación. El puesto de avanzada acampaba a ambos lados del agua, en una especie de pradera. Pregunté dónde estaba el coronel, y por fin lo encontré, estirándose a la sombra de una tienda que había construido colgando su cobija de un arbusto.

–Bájese del caballo, amigo –dijo–. Estoy contento de darle la bienvenida a mi casa (señalando en broma al techo de su tienda). Está a su disposición. Aquí hay cigarrillos, hay carne cociéndose en el fuego.

En la pradera, completamente ensillados, pastaban los caballos de la tropa, eran unos cincuenta. Los hombres estaban desparramados por el pasto a la sombra de un mezquite, platicando y jugando cartas. Este era un tipo de hombres diferente de los bien armados, con buena montura y comparativamente disciplinados de Villa.

Estos eran simples peones que se habían levantado en armas, como los amigos de La Tropa, una raza dura y feliz de montañeses y vaqueros, entre los cuales había muchos que habían sido forajidos en sus viejos tiempos. Sin paga, mal equipados, indisciplinados. Sus oficiales simplemente eran los más valientes. Armados con los antiguos Springfield y un puñado de cartuchos por cabeza, habían peleado casi continuamente por tres años. Durante cuatro meses, ellos, las tropas irregulares de jefes de la guerrilla como Urbina y Robles, habían sostenido el avance alrededor de Torreón, peleando casi a diario contra los puestos de avanzada federales y sufriendo las penurias de la campaña, mientras el ejército principal se guarnecía en Chihuahua y

Juárez. Estos hombres harapientos, eran los soldados más valientes del ejército de Villa.

Apenas hacía quince minutos que había llegado, observaba la res cociéndose en las llamas, y satisfacía la ansiosa curiosidad de una muchedumbre en lo que respecta a mi rara profesión, cuando se escuchó un sonido de galope, y una voz que dijo:

–¡Están saliendo de Lerdo! ¡A los caballos!

Cincuenta hombres, de mala gana, de una manera perezosa llegaron a sus caballos. El coronel se levantó, bostezando. Se estiró. –¡Esos animales federales! –gruñó–. Siempre están en nuestras mentes. Nunca tiene uno tiempo para pensar en cosas más agradables. ¡Es una vergüenza que no nos dejen ni comer!

Pronto todos estábamos sobre nuestras monturas, trotando ribera abajo de la corriente. Muy lejos, enfrente nuestro sonaban los rifles. Por instinto, sin ninguna orden, rompimos al galope a través de las calles de un pueblito, donde los pacíficos estaban parados sobre los techos de sus casas, mirando hacia el sur, con pequeños envoltorios de sus pertenencias junto a ellos. Estaban preparados para huir si la batalla era adversa para nosotros, pues los federales castigan cruelmente a los pueblos que ayudan a su enemigo. Más allá yacía la pequeña colina rocosa. Nos apeamos; y tirando las riendas por encima de las cabezas de los caballos, subimos a pie. Una docena de hombres ya estaba ahí. Tiraban espasmódicamente en dirección a la ribera verde de árboles, detrás de la cual estaba Lerdo. Los disparos, dispersos e invisibles, salían desde el medio del desierto. A un kilómetro de distancia más o menos, pequeñas figuras negras se apostaban alrededor en unos arbustos. Una nube de polvo fino caía como una lluvia desde otro destacamento que marchaba lentamente hacia el norte por su retaguardia.

–Ya tenemos uno seguro, y otro a punto –dijo un soldado escupiendo.

–¿Cuántos creen que son? –preguntó el coronel.

–Unos doscientos.

El coronel se irguió, atisbando sin cuidado la planicie soleada. De inmediato una ronda de tiros barrió su frente. Una bala pasó rozando por encima de nosotros. Los hombres ya estaban trabajando, sin orden alguna. Cada soldado escogió un lugar cómodo para recostarse boca abajo, amontonó un pequeño monte de piedras frente a él para protegerse. Se recostaron desperezándose, aflojándose los cinturones y quitándose los sacos para estar a gusto. Entonces comenzaron lenta y metódicamente a disparar.

–Allí va otro –anunció el coronel–. Es tuyo, Pedro.

–No es de Pedro –interrumpió otro desafiante–. Ya le dí.

–Vaya que si lo hiciste –lanzó Pedro. Pelearon de palabra...

El friego en el desierto era bastante generalizado, y podíamos ver a los federales deslizándose hacia nosotros, protegidos por cada arbusto y arroyo. Nuestros hombres apuntaban con mucho cuidado, observando largo rato antes de jalar el gatillo. Habían estado durante muchos meses con escasas municiones alrededor de Torreón y habían aprendido a economizar. Pero ahora en cada colina y arbusto a lo largo de la línea, había un pequeño grupo de francotiradores, y mirando hacia atrás, a las anchas planicies y campos, entre la colina y la vía del tren, vi una cantidad innumerable de jinetes y escuadrones que se escurrían a través de la maleza. En diez minutos, llegarían quinientos hombres a coparnos. El fuego de los rifles creció en toda la línea, intensificándose hasta que fue como de un kilómetro de ancho. Los federales pararon. Ahora las nubes de polvo comenzaron a retirarse en dirección a Lerdo.

El fuego del desierto había decaído. Después, desde quién sabe dónde, vimos a los enormes buitres planear serenos e inmóviles en lo azul...

El coronel, sus hombres y yo, democráticamente almorzamos a la sombra de las casas del pueblo. Nuestra carne era, desde luego, sala da. Así es que tuvimos que comer como pudimos la res y el pinole, que parece ser de canela y salvado, pulverizados. Jamás he disfrutado de un almuerzo así... Y cuando me retiré les obsequié dos P4ñados de cigarrillos.

El coronel me dijo:

–Amigo, siento que no hayamos tenido tiempo para platicar. Hay muchas cosas que quiero preguntarle de su país; si es cierto, por ejemplo, que en sus ciudades los hombres están completamente paralizados de las piernas y no montan a caballo por las calles, sino que se mueven en automóviles. Yo tuve un hermano que trabajó en la vía del ferrocarril cerca de la ciudad de Kansas, y me contó cosas maravillosas. Pero un día un hombre le llamó grasiento y le pegó un tiro sin que mi hermano pudiera hacer nada. ¿Por qué su gente no quiere a los mexicanos? A mí me gustan los norteamericanos. Usted me gusta a mí. Aquí tiene un obsequio. –Se desabrochó una de sus enormes espuelas de fierro, incrustadas con plata, y me la dio–. Pero nunca hemos tenido tiempo para hablar. Estos... siempre nos molestan, y entonces nos tenemos que levantar y matar a unos cuantos de ellos antes de volver a disfrutar otro momento de paz...

Bajo los álamos encontré a uno de los fotógrafos, y a un camarógrafo de cine. Estaban recostados boca arriba, junto a una fogata, alrededor de la cual se acucillaban veinte soldados, devorando con ansia tortillas de harina, carne y café. Uno orgullosamente mostró un reloj pulsera de plata.

–Ese era mi reloj –explico el fotógrafo–. No habíamos comido nada en dos días, cuando pasamos cerca de estos muchachos y nos dieron el alimento más increíble que jamás hayamos

probado ¡Después de eso simplemente no pude evitar el obsequiárselos!

Los soldados habían aceptado el obsequio en conjunto, estaban poniéndose de acuerdo en que cada uno debería usarlo por dos horas, desde ese momento hasta el final de sus días...

XII

El asalto de los hombres de Contreras

El miércoles, mi amigo el fotógrafo y yo, andábamos deambulando por el campamento, cuando Villa llegó hasta nosotros en su caballo. Se veía cansado, mugroso, pero feliz. Dominando su caballo con las riendas, frente a nosotros, los movimientos de su cuerpo eran sencillos y llenos de gracia, como los de un lobo, sonrió y nos dijo:

— Bien, muchachos, ¿cómo les va ahora?

Le contestamos que estábamos muy a gusto.

— No he tenido tiempo de preocuparme por ustedes, así es que deben cuidarse de no meterse en lugares peligrosos. Los heridos están mal. Hay cientos. Son valientes esos muchachos; la gente más valiente de este mundo —continuó fascinado—. Pueden ir a ver el tren hospital. Ahí hay algo bueno para que ustedes escriban en sus periódicos...

Y en verdad fue grandioso. El tren hospital estaba justo detrás del tren de trabajo. Cuarenta furgones barnizados por dentro, y por fuera marcados en un costado con una cruz azul enorme, y una gran leyenda: "SERVICIOS SANITARIOS". Aquí se ocupaban de los heridos en cuanto llegaban del frente. Se les acomodaba en las instalaciones quirúrgicas más modernas. Los atendían sesenta competentes doctores extranjeros y mexicanos. Cada noche los furgones llevaban a los más graves hasta los hospitales base en Chihuahua y Parral.

Fuimos hasta San Ramón, y más allá del extremo de la línea de árboles que cruza el desierto. Ya había empezado a arreciar el calor. Enfrente, una serpiente de fuego de rifles se desenrollaba a lo largo de las líneas, y después una ametralladora se oyó: ¡Spat-spat-spat! Cuando emergimos a campo abierto, un solitario máuser comenzó a abrir fuego hacia la derecha en algún lugar. No le dimos importancia al principio. Pero pronto notamos que había un pequeño sonido pesado por el terreno alrededor de nosotros. Motas de polvo volaban cada tantos minutos.

—Dios mío —dijo el fotógrafo— algún desgraciado anda tras de nosotros.

Por instinto ambos corrimos. Los disparos de rifle se hicieron más rápidos. Era una gran distancia a través de la planicie. Después de un rato redujimos el paso a trote. Por último, caminamos; el polvo se levantaba como siempre, teníamos la sensación, después de todo, de que no tenía caso correr. Después nos olvidamos del asunto...

Media hora después nos arrastramos a través de los arbustos por medio kilómetro desde las afueras de Gómez y llegamos a un diminuto rancho, compuesto por seis u ocho chozas de adobe. En el refugio que una de las casas ofrecía, estaban desparramados unos sesenta hombres harapientos de Contreras. Jugaban cartas, platicaban con pereza. Allá abajo, justo a la vuelta de la esquina, que apuntaba como una guía hacia las posiciones federales, una tormenta de balas barría continuamente, removiendo el polvo. Estos hombres habían estado en el frente durante toda la noche. La contraseña era "ningún sombrero" y todos estaban descubiertos de la cabeza bajo el tórrido sol. No habían dormido ni comido, y no había ni una gota de agua en dos kilómetros a la redonda.

—Hay un cuartel federal allá arriba que está disparando —explicó un chiquillo como de doce años—. Tenemos orden de atacar cuando la artillería llegue.

Un anciano se acuclillaba contra la pared, me preguntó de dónde venía. Le dije que de Nueva York.

— Bien —dijo—, no sé nada de Nueva York. Pero apuesto a que ustedes no tienen ganado fino que corra por la calle como el que tenemos en las calles de Jiménez.

—No se ve ni una sola cabeza de ganado en las calles de Nueva York —le dije.

— ¿Qué? ¿Ninguna cabeza de ganado? ¿Usted quiere decir que no conducen ganado por las calles? ¿Ni ovejas?

Dije que no.

Me miró como pensando que yo era un gran mentiroso. Entonces dirigió sus ojos hacia el suelo y pensó con profundidad.

—Bien —pronunció finalmente—, ¡entonces yo no quiero ir allá!

Dos chiquillos traviesos comenzaron a jugar `la roña'. En un segundo veinte hombrones se correteaban unos a otros por todo el patiecillo. Los jugadores de cartas habían hecho una pausa y cuando menos ocho hombres estaban tratando de jugar a alguna cosa y discutían sobre las reglas casi a gritos. O quizá no había suficientes cartas para todos.

Cuatro o cinco se habían tirado a la sombra de una casa, cantando tonadas de amor satíricas. En todo este tiempo el continuo estrépito infernal allá arriba jamás cesó. Las balas pegaban en el polvo como gotas de lluvia. De vez en cuando, uno de los hombres se estiraba, apostaba su rifle en la esquina y disparaba....

Nos quedamos ahí una media hora. Después, trajeron dos cañones grises desde la maleza y los llevaron hasta sus posiciones en el canal seco, a treinta y cinco metros hacia la izquierda.

—Creo que ya nos vamos —dijo el muchacho.

En ese momento, tres hombres llegaron a caballo desde la retaguardia. Oficiales, evidentemente. Estaban expuestos al fuego de los rifles que llegaba por encima de los techos de las chozas, pero levantaron sus caballos con las balas zumbando por todos lados, burlándose de ellas.

E 1 primero en hablar fue Fierro, el soberbio y enorme animal que había asesinado a veinte personas.

Miró con desprecio a los harapientos soldados desde su silla.

—Bien, bonito grupo para tomar una ciudad —dijo—, pero no tenemos a nadie más aquí. Entrenle cuando oigan el clarín.

Avanzó cruelmente de manera que su gran caballo se retrajo y luego se levantó haciendo giros con sus patas traseras. Fierro se alejó cabalgando hacia atrás, diciendo mientras lo hacía:

—Inútiles, esos tontos de Contreras.

—¡Muerte al carnicero! —dijo un hombre furioso—. Ese asesino mató ami cuñado en las calles de Durango. ¡Sin crimen ni insulto! Mi compadre estaba muy borracho, caminaba frente al teatro. Le preguntó la hora a Fierro, y Fierro le dijo: "¡Tú...! Cómo te atreves a hablarme antes de que yo te hable primero."

El clarín sonó, todos se levantaron agarrando sus armas. Los jugadores suspendieron momentáneamente el juego, pero continuaban sus gritos furiosos, se acusaban unos a otros de

haberse robado las ganancias.

–¡Oiga –gritó un soldado–, le apuesto mi silla a que yo regreso y usted no! Esta mañana le gané una bonita silla a Juan.

–Muy bien, ¡mi nuevo caballo pinto!...

Riendo, haciendo bromas, jugueteando, salieron desde el refugio de las casas rumbo a la lluvia de acero. Corrieron a tumbos por la calle, como si fueran animalitos caseros que no están acostumbrados a correr. Al avanzar levantaron una polvareda que los cubría y un ruido endemoniado.

XIII

Un ataque nocturno

Dos o tres de nosotros teníamos una especie de campamento junto al canal casi junto a los álamos. Nuestro coche, con su abastecimiento de comida, ropa y cobijas, aún estaba a treinta kilómetros. La mayor parte del tiempo lo pasamos sin alimento. Cuando nos las ingeniamos para conseguir unas cuantas latas de sardina o un poco de harina en el tren del comisario, fuimos afortunados. El miércoles, un hombre de la muchedumbre consiguió una lata de salmón, café, galletas y un paquete grande de cigarrillos. Conforme cocinábamos, mexicano tras mexicano, al pasar rumbo al frente, desmontaba y se nos unía. Después del más elaborado intercambio de cortesías, en el cual teníamos que persuadir a nuestro invitado de comer de nuestra cena, dolorosamente debíamos renunciar a ella. Y él se deshacía en cortesías y montaba otra vez y se alejaba sin gratitud. Aunque con un sentimiento de amistad.

Nos tiramos sobre la ribera, bajo la penumbra dorada, fumando. El primer tren encabezado por un coche-plataforma, sobre el cual iba montado el cañón "El Niño", ya había llegado a un punto opuesto al extremo de la segunda línea de árboles. A escasos dos kilómetros de la ciudad.

Hasta donde uno podía ver, la cuadrilla de reparaciones trabajaba afanosamente sobre la vía. De pronto oímos una terrible explosión. Una pequeña borla de humo se levantó frente al tren. Se oyó un grito de júbilo entre los árboles y el campo de batalla. "El Niño", el consentido del ejército, por fin había entrado a la línea de fuego. Ahora los federales tendrían que sentarse a observar. "El Niño" era un arma de tres pulgadas, la más grande que teníamos. Después nos enteramos que una locomotora salió del depósito de trenes de Gómez, y un disparo de "El Niño" le había dado justo en medio del horno, volándola en mil pedazos.

Atacaríamos esta noche, decían; mucho después del anochecer subí a mi caballo, Bucéfalo y cabalgué hasta el frente. La señal era

"Herrera," y la contraseña "Chihuahua número cuatro". Así es que para asegurarme de que me reconocieran como uno de los nuestros, debía poner un alfiler en la parte trasera del sombrero. Por todos lados se habían dado las órdenes más estrictas en cuanto a que ninguna hoguera debía encenderse en la zona de fuego; nadie debería encender un cerillo hasta que la batalla comenzara. Los centinelas dispararían contra cualquiera que desobedeciera esos mandatos. Bucéfalo y yo cabalgamos por la noche absolutamente silenciosa, y sin un solo rayo de luna. Por ningún lado se oía ruido alguno ni se veía luz en la vasta planicie frente a Gómez, excepto por el lejano martilleo de la incansable cuadrilla de reparaciones, trabajando en la vía. En la ciudad misma, las luces eléctricas brillaban, y hasta un tranvía rumbo a Lerdo se perdió atrás del cerro de La Pila.

Entonces alcancé a oír un murmullo de voces cerca del canal frente a mí; un puesto de avanzada seguramente.

–¿Quién vive? –se escuchó un grito. Antes de que tuviera oportunidad para contestar ¡bang! disparó. La bala zumbó cerca de mi cabeza.

¡Fiuuu!

–No, tonto –se oyó una voz exasperada–. ¡No dispaes inmediata mente después de pedir la identificación! ¡Espera hasta que diga la respuesta incorrecta! Escúchame ahora.

Esta vez la formalidad fue satisfecha por ambos lados. Y el oficial

dijo: "¡Pase usted!" Pero alcancé a escuchar el gruñido del primer centinela.

–Si nunca le atino a nadie cuando disparo...

Moviéndome cuidadosamente por la oscuridad, a tumbos, llegué hasta el rancho de San Ramón. Sabía que todos los pacíficos habían huido, así es que me sorprendió ver una luz que brillaba por entre los bordes de la puerta. Tenía sed y no me importó lanzarme al canal. Apareció una mujer con una tribu de cuatro chiquillos colgados de sus faldas. Me trajo agua y de repente me lanzó:

–Oh señor, ¿usted sabe dónde están las ametralladoras de la brigada Zaragoza? Mi hombre está ahí y no lo he visto desde hace siete días.

–¿Entonces usted no es un pacífico?

–Claro que no –me contestó indignada, señalando a sus hijos–.

Nosotros pertenecemos a la artillería.

Abajo, en el frente, el ejército se extendía a lo largo del canal al pie de la primera línea de árboles. En la absoluta oscuridad murmuraban entre sí, esperando la orden de Villa para la guardia de avanzada a un cuarto de kilómetro adelante, que precipitaría los primeros disparos de rifle.

– ¿Dónde están sus rifles? –pregunté.

–Esta brigada no usará rifles esta noche –contestó una voz–. Por allá a la izquierda, cuando ellos ataquen las trincheras, ahí hay rifles, pero debemos capturar Brittingham Corral esta noche, y los rifles no sirven. Nosotros somos hombres de Contreras, la brigada Juárez. Verá, ¡tenemos órdenes de caminar hasta los muros y lanzar estas bombas adentro! –Me mostró la bomba. Estaba hecha de un cartucho corto de dinamita cosido dentro de una tira de cuero de vaca, con una mecha metida a uno de los extremos. Continuó:– La gente del general Robles está allá a la derecha, tienen granadas pero también rifles. Ellos van a asaltar el cerro de La Pila...

Y ahora en la noche calurosa y quieta, percibimos de pronto el sonido de un fuerte tiroteo en dirección de Lerdo, donde Maclovio Herrera iba con su brigada. Casi al mismo tiempo, desde el fuego de rifle surgió un tableteo. Un hombre llegó hasta la línea con un cigarro encendido que brillaba como una luciérnaga en el hueco de sus manos.

–Enciendan sus cigarrillos con éste –dijo– y no enciendan las mechas hasta que estén justo debajo del muro. –Capitán, ¡caramba! Va a estar muy, muy duro. ¿Cómo vamos a saber la hora exacta?

Otra voz, profunda, áspera, habló desde la oscuridad. –Yo les diré, sólo síganme.

Un grito acallado: ¡Viva Villa!, brotó de entre ellos.

A pie, sosteniendo un cigarro encendido en una mano –nunca fumaba– y una bomba en la otra, el general Villa subió por la ribera del canal y se sumergió en la maleza. Otros hicieron lo mismo...

Por toda la línea rugía ahora el fuego de los rifles, aunque estaba muy atrás de los árboles y no pude ver nada del ataque.

La artillería estaba en silencio, las tropas muy cerca, lo que no permitía que se usaran granadas por ninguna de las facciones. Cabalgué hacia la derecha, donde subí con mi caballo por una ribera de canal muy escarpada. Desde ahí pude ver los diminutos fuegos danzando, las armas se oían rumbo a Lerdo. Brotes aislados, que parecían un collar de joyas a lo largo de nuestro frente. Hacia el extremo izquierdo, un ruido nuevo y más profundo nos indicó el lugar donde Benavides hacía una demostración contra Torreón en debida forma, con ametralladoras de tiro rápido. Permanecí esperando en tensión el ataque.

Se suscitó con la fuerza de una explosión. Hacia el lado del Brittingham Corral que yo no pude distinguir. El ritmo acompasado de cuatro ametralladoras, y una explosión continua de rifles haciendo parábolas, convirtieron el ruido previo en el más profundo silencio. Un rápido resplandor enrojeció el cielo, después se oyeron las impresionantes explosiones de dinamita. Me pude imaginar a los salvajes gritones que invadían la calle contra esa flama invasora. Arremetiéndolo, pausando, luchando para abrirse paso, con Villa a la cabeza, hablándoles por encima del hombro como siempre. Ahora se desencadenó un tiroteo más cerrado hacia la derecha, lo que indicaba que el ataque contra el cerro de La Pila había llegado a las faldas. Al mismo tiempo en el lejano extremo del risco hacia Lerdo se vieron destellos. ¡Maclovio había tomado Lerdo!

De pronto apareció ante mi vista un paisaje mágico. Hacia arriba por tres lados de la escarpada loma del cerro subía lentamente un cerco de luz. Era la flama constante del tiroteo de rifles proveniente de los atacantes. El valle también mostraba ríos de fuego, que se intensificaron conforme el cerco convergía hacia ellos. Una llama brillante se dejó ver en la cima, después otra. Un segundo más tarde llegaron los temibles saludos del cañón. Tiró contra la pequeña línea de hombres que trepaban con la artillería. ¡Pero aun así seguían subiendo por la negra colina!

El cerco de fuego se había roto en muchos lugares, pero nunca se desintegró. De manera que pareció emerger combinado con el resplandor fulgurante y mortal del valle. Entonces, de pronto, decayó por completo; unas cuantas luciérnagas aisladas siguieron cayendo por la ladera, en tonos vivos. Y cuando pensé que todo estaba perdido, maravillándome del heroísmo inútil de estos peones que subieron una colina haciendo frente ala artillería. ¡Un momento! El cerco de flamas volvió a encenderse con lentitud y a subir...

Esa noche atacaron siete veces el cerro, a pie. Siete octavos de ellos fueron muertos...

Todo este tiempo el crujir infernal y el jugueteo de la luz roja sobre el corral, no paró ni un momento. En ocasiones parecía entrar a una tregua, para volver a comenzar con más furia. Atacaron el corral ocho veces. En la mañana cuando entré a Gómez, a pesar de que los federales habían quemado muertos constantemente durante tres días, había tantos en el vasto espacio frente a Brittingham Corral que apenas pude cabalgar por entre ellos. Alrededor del cerro nos topamos con siete capas distintas de cadáveres de rebeldes...

Los heridos comenzaron a peregrinar a través de la planicie, en medio de una densa oscuridad. Sus gritos y gemidos, que ahogaban cualquier otro sonido se oían por encima del clamor de la batalla. Es más, hasta se podía oír el crujido de los arbustos cuando se metían por ahí, y el arrastrar de sus pies por la arena. Un jinete pasó por el camino delante mío, maldiciendo furioso por tener que abandonar la batalla debido a su brazo roto. Sollozaba entre maldiciones. Después pasó un hombre a pie, quien se sentó junto a mi ribera, tratando desesperadamente de pensar en toda suerte de cosas para evitar una crisis nerviosa.

—¡Qué valientes somos los mexicanos —dijo angustiado— matándonos unos a otros así!...

Pronto regresé al campamento en extremo aburrido. Una batalla es la cosa más aburrida del mundo, sin importar el tiempo que dure, es siempre lo mismo. En la mañana fui a conseguir noticias en el cuartel general. Habíamos capturado Lerdo, pero el cerro, el corral y el cuartel aún

eran del enemigo. ¡Toda esa matanza para nada!

XIV

La caída de Gómez Palacio

"El Niño" estaba a menos de un kilómetro de la ciudad, y los trabajadores de la cuadrilla de reparaciones trabajaban en el último tramo de vía bajo un intenso fuego de granadas. Los dos cañones al frente de los trenes llevaban todo el peso de la artillería, y con valentía contestaban el fuego. Tan bien, de hecho, que después de que una granada federal mató a diez trabajadores, el capitán de "El Niño" puso fuera de combate a dos ametralladoras en el cerro. Ante ello, los federales dejaron en paz a los trenes y volcaron su atención a sacar, a base de granadas, a Herrera de Lerdo.

El ejército constitucionalista estaba abatido. En los cuatro días de lucha se habían perdido unos mil hombres y casi dos mil estaban heridos. Hasta el excelente tren hospital era insuficiente para hacerse cargo de los heridos. En la enorme planicie donde nosotros nos encontrábamos dominaba sobre todo el asqueroso olor de los cadáveres. En Gómez debió ser horrible. El jueves el humo de veinte piras funerarias manchaba el cielo. Pero Villa estaba más determinado que nunca. Gómez debía caer, y rápido. Ya no tenía municiones ni abastecimientos suficientes para sostener un sitio. Más aún, su nombre ya era una leyenda entre el enemigo. Dondequiera que Pancho Villa apareciera en una batalla ellos comenzaban a pensar que ya estaba perdida. El efecto, también en sus mismas tropas era de suma importancia. Así es que planeó otro ataque nocturno.

—La vía está completamente reparada —informó Calzado, superintendente de los ferrocarriles.

—Bueno —dijo Villa—. Traigan a todos los trenes desde la retaguardia esta noche ¡porque vamos a entrar a Gómez en la mañana!

Llegó la noche, asfixiante, silenciosa, se podía oír el cantar de las ranas en los canales. A través del frente de la ciudad los soldados yacían esperando la orden de ataque. Heridos, exhaustos, a punto de estallar, llegaron al frente. Casi al punto de la última etapa de la desesperación. Esta noche ellos no serían rechazados. Tomarían la ciudad o morirían. Al acercarse las nueve de la noche, hora en que el ataque debería iniciarse, la tensión llegó a un nivel peligroso.

Dieron las nueve, pasaron. Ni un sonido ni un movimiento, por alguna razón la orden había sido retrasada. Las diez. De repente, hacia la derecha un boleo explotó desde la ciudad. A todo lo largo de nuestra línea no se hizo esperar la respuesta. Después de unos cuantos disparos el fuego federal cesó por completo. Desde la ciudad se percibieron sonidos aún más misteriosos. Se apagaron las luces eléctricas. En la oscuridad ocurrió un movimiento sutil, indefinible. Al fin, la orden de avance se dio. Nuestros hombres se arrastraron en la oscuridad. La primera fila dio un grito, y la verdad se esparció por todas las filas hasta el campo, en un grito triunfal. ¡Gómez Palacio había sido evacuada!

A grandes voces el ejército inundó la ciudad. Unos cuantos disparos aislados sonaron cuando los guardias capturaron algunos de los saqueadores federales, pues el ejército federal había devastado toda la ciudad antes de abandonarla. Después nuestro ejército comenzó el saqueo. Sus gritos, el cantar de los borrachos y los sonidos de las puertas derribadas nos llegaron hasta la planicie. Pequeñas lenguas de fuego surgieron donde los soldados quemaron unas casas que habían servido de cuartel a los federales. Pero el saqueo se limitó, como siempre, a la comida y la ropa para cubrirse. No lo perpetraron en los domicilios particulares. Los jefes del ejército no podían dar crédito a sus ojos. Villa dio una orden específica declarando que todo aquel soldado que tomaba algo, esto era de él, ningún oficial podría quitárselo.

Hasta este momento no habían ocurrido muchos robos en el ejército, al menos hasta donde sabemos. Pero la mañana que entramos a Gómez la psicología de los soldados había cambiado.

Me desperté en nuestro campamento junto al canal, para encontrar que mi caballo había desaparecido. Bucéfalo había sido robado durante la noche, jamás lo volví a encontrar. Durante el desayuno varios soldados llegaron para compartir nuestro alimento, cuando se fueron, nos dimos cuenta que faltaban un cuchillo y un revólver. La verdad es que todos robaban a todos. Así es que yo también robé lo que necesitaba.

Había una gran mula gris pastando en el campo cercano, con una cuerda alrededor de su cuello. Puse mi silla sobre el animal y me la llevé al frente. Era un noble bruto, que valía cuatro veces más que Bucéfalo, como pronto descubrí. Todos con los que me encontré deseaban esta mula. Un soldado que marchaba con dos rifles me detuvo.

—Oiga compañero, ¿donde consiguió esa mula?

—Me la encontré en un campo —lije tontamente.

— Justo lo que pensé —exclamó— ¡ésa es mi mula! ¡Bájese y devuélvamela en este instante!

— ¿Esta es su silla? —pregunté.

— ¡Por la madre de Dios, claro que sí!

— Entonces usted miente sobre la mula, pues la silla es mía —continué, dejándolo atrás dando gritos por el camino.

Un poco más adelante, un anciano peón que caminaba, de repente corrió a abrazar al animal por el cuello.

— ¡Ah, por fin! ¡Mi hermosa mula que había perdido! ¡Mi Juanito!

Lo aparté a pesar de sus halagos y sus pretensiones del pago al menos de cincuenta pesos, en compensación por su mula. En la ciudad, un hombre de la caballería cruzó frente a mí, pidiendo su mula. Era bastante feo y tenía un revólver. Me le escapé diciendo que yo era un capitán de la artillería y que la mula pertenecía a la misma. Cada pocos metros salía un nuevo propietario de esa mula. Decía que cómo me atrevía a montar a su pequeño Panchito, o Pedrito o Tomasito. Por fin un hombre salió del cuartel, con una orden escrita del coronel, quien había visto la mula desde su ventana. Le mostré mi pase firmado por Francisco Villa. Esto fue suficiente...

QUINTA PARTE

I

Carranza. Una impresión

Cuando el tratado de paz fue firmado en Juárez, con lo que la revolución de 1910 se dio por terminada, Francisco I. Madero se encaminó hacia el sur rumbo a la ciudad de México. En cualquier lugar donde hablaba, las multitudes de peones entusiastas y triunfales, aclamaban al vencedor y lo consideraban el libertador.

En Chihuahua se dirigió a la gente desde el balcón del palacio de gobierno. Habló emocionado de las penurias que había pasado y los sacrificios que habían hecho una pequeña banda de hombres para derrocar para siempre la dictadura de Díaz. Se emocionó, viendo hacia la parte interior de la habitación, llamó a un hombre alto, de barba, con imponente presencia. Pasándole el brazo sobre los hombros, dijo con voz cascada por la emoción:

—¡Este es un hombre bueno! Amenlo y hónrenlo siempre.

Era Venustiano Carranza, un hombre de vida ejemplar y altos ideales. Un aristócrata descendiente de la raza española dominante. Un terrateniente: Su familia siempre había sido propietaria de grandes tierras. Era uno de esos nobles mexicanos, quienes como aquellos nobles franceses, como Lafayette en la revolución francesa, entraron de lleno en la lucha por la libertad.

Cuando la revolución de Madero estalló, Carranza tomó el campo de batalla en una forma realmente medieval. Armó a los peones que trabajaban en sus grandes territorios y los condujo a la guerra como cualquier señor feudal. Cuando terminó la revolución, Madero lo nombró gobernador de Coahuila.

Ahí estaba cuando Madero fue asesinado en la capital y Huerta usurpó la presidencia enviando una carta circular a los gobernadores de los diferentes estados, ordenándoles reconocer la nueva dictadura. Carranza se rehusó hasta a contestarla carta, declarando que no tendría ningún trato con un asesino y usurpador. Emitió una proclama llamando a los mexicanos a las armas, proclamándose a sí mismo Primer Jefe de la Revolución. Invitó a los amigos de la libertad a salir junto a él. Marchó desde su capital y tomó el campo de batalla, donde asistió a la primera lucha alrededor de Torreón.

Después de poco tiempo, Carranza salió con sus fuerzas atravesando la República desde Coahuila, donde las cosas ocurrían, hasta el estado de Sonora, donde nada ocurría. Villa había comenzado a luchar en el estado de Chihuahua; Urbina y Herrera en Durango; Blanco y otros en Coahuila y González cerca de Tampico. En tiempos extremos como estos es normal que haya una desorganización preliminar en cuanto a los propósitos finales de la guerra. Entre los líderes militares, sin embargo, no había desacuerdo alguno.

Villa había sido electo, por unanimidad, comandante en jefe del ejército constitucionalista, gracias a una junta extraordinaria de todos los líderes guerrilleros independientes, ante Torreón. Un evento poco conocido en la historia mexicana.

Pero en Sonora, Maytorena y Pesquera ya discutían sobre quién sería el gobernador del estado. Revoluciones amenazadoras se cernían entre ellos. El propósito declarado de Carranza al cruzar hacia el occidente del país con su ejército, era el resolver esta disputa. Aunque esto no parece viable. Otras explicaciones aclaran que deseaba asegurar un puerto para los constitucionalistas en el occidente. Que quería resolver la disputa sobre la posesión del río Yaqui. Todo esto ocurrió en la quietud de un estado comparativamente pacífico donde él podría organizar mejor el gobierno provisional de la nueva república.

Se quedó ahí durante seis meses, sin hacer nada en apariencia, manteniendo a un

contingente de más de seis mil hombres excelentes, prácticamente inoperantes; asistiendo a banquetes y corridas de toros. Estableciendo y celebrando innumerables días festivos nacionales y emitiendo proclamaciones. Su ejército, dos o tres veces el tamaño de las guarniciones descorazonadas de Guaymas y Mazatlán, sostenían un flojo sitio en esas locaciones. Mazatlán apenas había caído, creo. Lo mismo que Guaymas.

Hace unas semanas, el gobierno provisional de Maytorena amenazaba con contrarrevoluciones para el general Alvarado, el jefe de armas de Sonora, porque no garantizaba la seguridad del gobernador. Evidentemente proponía desmembrar la revolución debido a que Maytorena estaba a disgusto en el palacio de Hermosillo. Durante todo ese tiempo no se dijo ni una sola palabra sobre la cuestión de la tierra, hasta donde mi conocimiento llega. Las tierras de los indios yaqui, cuya expropiación es el punto más negro en toda la negra historia de Díaz, se convirtió en nada más que una promesa. Con respecto a eso, toda la tribu se unió a la revolución. Unos meses después la mayoría regresó para comenzar de nuevo su desesperanzada campaña contra el hombre blanco.

Carranza hibernó hasta principios de la primavera siguiente. Cuando consideró haber alcanzado su propósito en Sonora, volvió su rostro hacia el territorio donde se libraba la verdadera revolución.

Dentro de esos seis meses, el aspecto de los asuntos había cambiado. Excepto la parte norte de Nuevo León, y la mayor parte de Coahuila, el norte de México era constitucionalista casi de mar a mar. Villa contaba con fuerzas bien armadas y disciplinadas: 10,000 hombres. Entró en la campaña de Torreón. Todo esto lo alcanzó casi individualmente. Carranza pareció sólo contribuir con felicitaciones. De hecho Villa había constituido un gobierno provisional.

Una inmensa masa de políticos oportunistas rodeaba al Primer Jefe, clamando devoción a la causa. Liberales en proclamaciones, y en extremo celosos, entre ellos, y de Villa.

Poco a poco la personalidad de Carranza se engolfó en la de su gabinete, aunque este mismo permaneciera tan prominente como siempre.

Era una situación curiosa, los corresponsales que permanecieron a su lado durante estos meses, me contaron el grado de exclusión al que llegó el Primer Jefe. Casi nunca lo veían. En muy raras ocasiones hablaban con él. Varios secretarios, oficiales, miembros del gabinete se interponían entre ellos y él; educados, corteses, diplomáticos, gente respetuosa, quienes transmitían sus preguntas a Carranza por escrito, recibiendo a su vez respuestas por escrito del mismo, de manera que nunca pudiera suceder un error. Pero, 'hiciera lo que hiciera, Carranza dejó solo a Villa, para hacerse responsable de las derrotas o los errores. Así, Villa se vio forzado a entablar pactos con gobiernos extranjeros, como si él mismo fuera la cabeza del gobierno. No existe duda alguna de que los políticos de Hermosillo buscaban que Carranza sintiera envidia por el creciente poder de Villa en el norte. En febrero, el Primer Jefe comenzó un viaje vacacional hacia el norte, acompañado por sus tres mil hombres, con el objeto ostensible de enviar refuerzos a Villa, además de constituir su capital provisional en Juárez cuando Villa había salido para Torreón.

Sin embargo, dos corresponsales, que habían estado en Sonora, me dijeron que los oficiales de su inmensa guardia personal creían que los habían mandado contra Villa mismo.

En Hermosillo, Carranza se alejó de los grandes centros mundiales. Nadie sabía nada, excepto que podía estar preparándose para lograr grandes objetivos. Pero cuando el Primer Jefe empezó a desplazarse hacia la frontera norteamericana, la atención del mundo se centró en él, aunque en realidad todo esto reveló muy poco sobre tal hecho. Se esparcieron rumores sobre la inexistencia de Carranza. Por ejemplo, un periódico dijo que estaba loco, y otro alegó que había desaparecido.

Yo estaba en Chihuahua en este momento, mi periódico me envió estos rumores,

ordenándome ir al encuentro de Carranza. Era un punto de gran excitación, por el asesinato de Benton. Todas las protestas y amenazas medio encubiertas de los gobiernos estadounidenses y británicos convergieron sobre Villa. Al tiempo en que recibí la orden, Carranza y su gabinete habían llegado a la frontera, rompiendo el silencio de seis meses de una manera sorprendente. La declaración del Primer Jefe al Departamento de Estado fue más o menos la siguiente:

"Ustedes han cometido un error en dirigir las representaciones, en el caso de Benton, al general Villa. Debieron dirigirlas a mí, Primer Jefe de la Revolución y cabeza del gobierno constitucionalista provisional. El gobierno de los Estados Unidos no tiene por qué dirigir, ni siquiera a mí, ninguna representación acerca del caso Benton, pues él era un ciudadano inglés. No he recibido a ningún delegado de la Gran Bretaña. Hasta que ocurra esto, no haré ninguna declaración ante ninguna otra embajada. Mientras tanto realizaremos una amplia investigación de la muerte de Benton. Los responsables serán juzgados debidamente conforme a la ley."

Al mismo tiempo Villa recibió una intimidación bastante directa, en cuanto a que debería mantenerse al margen de los asuntos internacionales. Con lo que Villa, agradecidamente, se calló.

Esta era la situación cuando salí rumbo a Sonora, a Nogales, Arizona, E.U., y Nogales, Sonora, México, en realidad constituían una sola ciudad de grandes contrastes. La frontera internacional corre a lo largo de la calle principal. Una pequeña aduana, por la que haraganeaban unos cuantos centinelas mexicanos mal vestidos, fumando cigarrillos interminables. No interferían con nadie, excepto para recabar el impuesto de exportación para toda la mercancía que pasaba hacia el lado norteamericano. Los habitantes de la ciudad americana atravesaban la línea para adquirir cosas buenas para alimentarse, apostar, bailar, y sentirse libres. Los mexicanos cruzaban al lado americano cuando alguien los perseguía.

Llegué a medianoche y de inmediato me encaminé al hotel, en el lado mexicano, donde Carranza, el gabinete y la mayoría de sus tinterillos políticos se hospedaban. Durmiendo cuatro en cada cuarto, en tiendas, en los corredores, en el suelo y hasta en las escaleras.

Me esperaban. Un cónsul constitucionalista temperamental al final de la línea a quien le expliqué mi encomienda, en apariencia la consideró de gran importancia, puesto que había telegrafiado a Nogales diciendo que todo el destino de la revolución mexicana dependía de la entrevista que el señor Reed sostuviera con el Primer Jefe a su llegada. Sin embargo, todos se habían dormido; el propietario, apoltronado en la oficina, dijo que no tenía ni la más vaga idea de los nombres de los caballeros hospedados ahí, o dónde se alojaban. Sí, había oído que Carranza estaba en la ciudad.

Fuimos por todo el hotel pateando puertas y mexicanos hasta que nos tropezamos con un caballero sin rasurar pero cortés. Dijo ser el recaudador de aduanas para todo México bajo el nuevo gobierno; éste, a su vez, levantó al secretario de la Marina, quien fue con el secretario de la Tesorería; el secretario de la Tesorería por fin fue con el de Hacienda, quien por último nos llevó a la habitación del secretario de Relaciones Exteriores, el señor Isidro Fabela. El señor Fabela me dijo que el Primer Jefe ya se había retirado y que no me podría ver. Pero que él mismo me haría llegar de inmediato una declaración de lo que Carranza pensaba sobre el incidente Benton.

Ahora bien, ninguno de los periódicos había oído acerca del señor Fabela. Todos clamaron a sus corresponsales, por información sobre él. Parecía ser un miembro importante del gobierno provisional, sin embargo, no se conocían sus antecedentes. En diferentes momentos ocupó varios puestos en el gabinete del Primer Jefe. De estatura mediana, apariencia distinguida, elegante, cortés y bien educado. Su cara era francamente judía. Platicamos por un buen rato, sentados al borde de su cama. Me dijo cuáles eran los objetivos e ideales del Primer Jefe. Pero por ellos no pude discernir la personalidad de Carranza. Me dijo también que yo podría ver al Primer Jefe por la mañana. Desde luego que me recibiría.

Cuando tocamos casos particulares, me dijo que el Primer Jefe no contestaría preguntas de este tipo. Todas deberían escribirse, y someterse primero a él. El las llevaría a Carranza y traería

las respuestas. De esta manera, a la mañana siguiente escribí veinticinco preguntas. Las entregué a Fabela, quien las leyó con cuidado.

—Hay varias preguntas aquí que el Primer Jefe no contestará. Yo le recomiendo que las quite.

—Bien, si él no las contesta —dije— está bien, pero quisiera que tuviera una oportunidad de verlas. Aunque se niegue a contestarlas.

—No —dijo Fabela cortésmente—. Es mejor que las tache antes. Sé exactamente lo que él contestará. Verá usted, algunas de sus preguntas pueden predisponerlo para contestar las otras, y usted no quisiera que esto pasara, ¿verdad?

—Señor Fabela —dije— ¿está usted seguro de conocer lo que don Venustiano no contestará?

—Yo sé que no contestará éstas —respondió, señalando cuatro o cinco que abordaban específicamente la plataforma del gobierno constitucionalista: tales como la distribución de tierras, las elecciones directas y el derecho de los peones al sufragio.

—Le traeré las respuestas en veinticuatro horas. Ahora le llevaré con el Primer Jefe. Usted debe prometerme que no le hará ninguna pregunta. Que simplemente entrará a la habitación, estrechará su mano y dirá "¿cómo está?", y de inmediato saldrá.

Le hice la promesa y junto con otro periodista lo seguimos a través de la plaza de un hermoso y pequeño palacio municipal. Esperamos en el patio por un rato. El lugar estaba lleno de mexicanos pavoneándose y haciendo reverencias a otros mexicanos que se consideraban a sí mismos importantes, quienes andaban de puerta en puerta con portafolios y legajos de papel. En algunas ocasiones, cuando la puerta del departamento de la secretaría se abría, un rugir de máquinas de escribir taladraba nuestros oídos. Los oficiales de uniforme montaban guardia en el pórtico esperando órdenes.

El general Obregón, comandante del ejército de Sonora, estaba delineando en voz alta los planes para la marcha hacia el sur, sobre Guadalajara. Tres días después saldría para Hermosillo, y marcharía con su ejército cuatrocientos kilómetros en tres meses a través de territorio amigo. Aunque Obregón no había mostrado ninguna capacidad sorprendente para el liderazgo, Carranza lo había nombrado general en jefe del ejército del noroeste, con un rango igual al de Villa. Junto a él se encontraba una mujer mexicana pelirroja y de buena apariencia, enfundada en un vestido talle princesa de satén negro, bordado con encaje negro, portando una espada al cinto.

Era la coronela Ramona Flores, jefa del alto mando del general constitucionalista Carrasco, quien operaba en Tepic. Su esposo había sido muerto, siendo oficial en la primera revolución, dejándole una mina de oro. Con sus ganancias ella reclutó un ejército y se lanzó al campo de batalla.

Junto al muro yacían dos sacos de pepitas de oro, para comprar en el norte armas y uniformes para su ejército. Buscadores de concesiones americanos, corteses, iban de un lado a otro, sombrero en mano. Las siempre presentes armas y municiones se filtraban en los oídos de cualquiera que escuchara, presumiendo de sus armas y balas. Cuatro guardias armados de pie a las puertas del palacio y otros en descanso por el patio.

No se veían otros, excepto dos que flanqueaban una puerita al final del corredor. Estos parecían más inteligentes que los demás, pues cada persona que pasaba era escrutinada con cuidado, y todo aquel que se detenía ante la puerta era cuestionado de la manera convencional. Cada dos horas cambiaba esta guardia; el relevo estaba a cargo de un general, y un largo coloquio ocurría antes de efectuarse el cambio.

—¿Qué cuarto es ése? —le pregunté al señor Fabela.

Esa es la oficina del Primer Jefe de la Revolución —contestó.

Esperé quizá una hora, y durante ese tiempo noté que nadie entraba a la habitación, excepto el señor Fabela y sus acompañantes. Por último vino hacia mí, y me dijo:

—Muy bien. El Primer Jefe lo recibirá ahora.

Lo seguimos. Los soldados de guardia presentaron sus rifles. —¿Quiénes son estos señores? —preguntó uno de ellos.

—Está bien. Son amigos —contestó Fabela, y abrió la puerta.

Estaba tan oscuro adentro que al principio no pudimos ver nada. Las persianas de dos ventanas estaban cerradas. A un lado había una cama, todavía sin arreglar. Al otro extremo se encontraba una mesita cubierta con papeles, sobre la cual estaba una charola que contenía los residuos del desayuno. Una cubeta de hojalata llena de hielo, con dos o tres botellas de vino estaba en una esquina. Cuando nuestros ojos se acostumbraron a la oscuridad, vimos la gigantesca figura enfundada en un traje caqui, de don Venustiano Carranza sentado en una gran silla. Era extraña la forma en que estaba sentado, con los brazos sobre los brazos de la silla, como si hubiera sido colocado ahí para no volverse a mover. Parecía no pensar, no estar trabajando; uno no podría imaginarlo en esa mesa. Daba la impresión de ser un cuerpo enorme e inerte, una estatua.

Se levantó para darnos la bienvenida; una figura de altura prominente, parecía tener más de dos metros. Noté con alarma que en este cuarto oscuro, portaba lentes oscuros y, aunque de aspecto robusto, percibí que no se sentía bien; lo que uno siente cuando ve a los tuberculosos. Esa diminuta habitación oscura, donde el Primer Jefe de la Revolución dormía, comía y trabajaba, de donde rara vez salía, parecía demasiado pequeña, como si fuera una celda.

Fabela entró con nosotros. Nos presentó a cada uno con Carranza, quien sonrió con desgano, con una sonrisa sin sentimiento, inclinándose un poco. Nos estrechó la mano. Todos nos sentamos. Indicando al otro periodista, quien no hablaba español, Fabela dijo:

—Estos caballeros han venido a saludarle por parte de los grandes periódicos que ellos representan. Desean expresarle el mayor éxito para sus propósitos.

Carranza asintió otra vez y se levantó en cuanto Fabela lo hizo, para indicar que la entrevista había terminado.

—Permítanme asegurarles —dijo— mi más agradecida aceptación de sus buenos deseos.

Nuevamente estrechamos manos; pero cuando tomé su mano le dije en español:

—Señor don Venustiano, mi periódico es su amigo y el amigo de los constitucionalistas.

Se quedó como antes, detrás de esa máscara de hombre. Pero en cuanto hablé dejó de sonreír. Su expresión seguía siendo vacía como antes, pero de pronto comenzó a hablar:

—A los Estados Unidos comenté que el caso Benton no es asunto suyo. Benton era británico. Contestaré a los delegados de la Gran Bretaña cuando acudan a mí con la representación de su gobierno. ¿Por qué no podrían acudir a mí? Inglaterra ahora tiene un embajador en la ciudad de México, que acepta invitaciones de Huerta a cenar, ¡se quita el sombrero ante él, y hasta estrecha su mano!

Cuando Madero fue asesinado, los poderes extranjeros se reunieron en un lugar, como buitres sobre los muertos. Y se alegraron mucho del asesinato debido a que tenían unos cuantos sujetos, comerciantes deshonestos, que realizaban negocillos sucios.

El Primer Jefe terminó tan abruptamente como había empezado, con la misma inmutabilidad de expresión. Pero apretaba sus manos y retorció sus bigotes. Fabela, con prisa, hizo un movimiento hacia la puerta.

—Los caballeros están muy agradecidos por haberlos recibido Mijo, nerviosamente. Pero don Venustiano no le prestó atención. De pronto comenzó otra vez, su voz variaba en tonos desde el más grave hasta el más agudo:

Estas naciones cobardes pensaron que podían asegurarse ventajas al ponerse a las órdenes del gobierno usurpador. Pero el rápido avance de los aliados de la constitución les mostró su error. Ahora se encuentran en un predicamento.

Fabela estaba frenético.

—¿Cuándo comienza la campaña de Torreón? —preguntó intentando cambiar el tema.

—El asesinato de Benton se debió a un vil ataque a Villa por un enemigo de los revolucionarios —rugió el Primer Jefe, hablando cada vez más alto y con más rapidez—. E Inglaterra, el ombligo del mundo, es incapaz de tratar con nosotros a menos que se humille al enviar un representante ante los constitucionalistas. Así es que trató de usar a los Estados Unidos como la garra de un gato. Más vergüenza para los Estados Unidos —gritó, agitando los puños— ¡que se permite unirse con estas potencias infames!

—Él ha dicho muchas tonterías y cometido muchos errores, que tendremos que remediar.

Apenas pasaba un día sin que Carranza emitiera una declaración desde el cuartel general:

No existe ningún malentendido entre el general Villa y yo. Él obedece mis órdenes sin preguntar, como todo soldado. Es imposible pensar en que pudiera hacer otra cosa.

Pasé una buena parte de mi tiempo visitando el Palacio Municipal. No volví a ver a Carranza, excepto por una vez. Fue hacia la puesta del sol, y la mayoría de los generales, funcionarios y políticos se habían retirado a cenar. Yo haraganeaba sentado al borde de la fuente en medio del patio, platicando con algunos soldados. De pronto, la puerta de esa oficinita se abrió. Carranza mismo estaba de pie, enmarcado por ella, los brazos le colgaban a los lados, su fina y anciana cabeza hacia atrás, tratando de distinguir por encima de nuestras cabezas, a través de la pared hasta las llameantes nubes del oeste. Nos paramos e hicimos una caravana, pero ni siquiera nos vio. Caminando con pasos lentos, salió y se dirigió por el pórtico hacia la puerta del palacio. Los dos guardias presentaron armas. Cuando pasó, echaron sus armas al hombro y le siguieron. Se detuvo en la puerta, quedándose en ella un buen rato, viendo hacia la calle.

Los dos hombres detrás de él pusieron las armas a tierra y se detuvieron. El Primer Jefe de la Revolución juntó sus manos detrás de la espalda, sus dedos se agitaban rápidamente. Dio la vuelta, y pasando entre los dos guardias, regresó a su pequeña habitación oscura.

El infeliz Fabela arriesgó otro intento para bloquear el peligroso torrente. Pero Carranza dio un paso hacia adelante, y, levantando su brazo, gritó:

—Les digo que, si los Estados Unidos intervienen en México con este insignificante pretexto, la intervención no logrará lo que intenta, sino que provocará una guerra que, además de sus propias consecuencias, imprimirá un profundo odio entre los Estados Unidos y toda Latinoamérica; ¡un odio que pondrá en peligro todo el futuro político de los Estados Unidos!

Dejó de hablar con tono exaltado, como si algo desde dentro hubiese cortado su discurso. Traté de pensar que aquí estaba la voz que había levantado México lanzando rayos contra sus enemigos; pero sólo alcancé a percibir la imagen de un hombre ligeramente senil, cansado e irritado.

Salimos a la luz del día, con el señor Fabela explicando agitadamente que no publicara lo antes hablado o, cuando menos, que le dejara ver el informe. Me quedé en Nogales uno o dos días más. Al día siguiente de mi entrevista, el papel mecanografiado donde había anotado mis preguntas, me fue entregado; las respuestas estaban redactadas en cinco diferentes tipos de letra manuscrita.

Los periodistas gozaban de grandes favores en Nogales; siempre se les trataba con la más fina cortesía en especial por los miembros del gabinete provisional. Pero parecía que nunca llegaban hasta el Primer Jefe. En varias ocasiones traté de obtener de estos miembros del gabinete la más mínima expresión sobre sus planes para resolver los problemas que había causado la revolución. Sin embargo, parecía que no tenía ninguno a excepción de un gobierno constitucionalista. En todas las ocasiones que hablé con ellos, nunca detecté un rayo de lástima o de comprensión por los peones. Muchas veces me topé sorprendido con discusiones sobre quién iba a ocupar los altos puestos del nuevo gobierno mexicano. El nombre de Villa casi nunca se pronunciaba; y si se hacía, era de la siguiente manera:

—Tenemos plena confianza en la lealtad y obediencia de Villa.

—Como un guerrero, Villa lo ha hecho muy bien, muy bien, en verdad. Pero no debe intentar mezclarse en los asuntos del gobierno; porque, desde luego, usted sabe, Villa sólo es un peón ignorante.

SEXTA PARTE

NOCHES MEXICANAS

El Cosmopolita

El Cosmopolita es el garito de moda en Chihuahua. El dueño era Jacob La Touche —"El Turco"—, un hombre gordo de caminar lerdo, que había llegado a Chihuahua descalzo con un oso bailador, hace veinticinco años, y ahora se había convertido en millonario. Poseía también una extravagante residencia en el Paseo Bolívar, a la que llamaban "El Palacio de las Lágrimas," porque la había construido con las ganancias de las concesiones sobre apuestas, dejando en la ruina a muchas familias. Pero el perverso anciano se había escurrido con el ejército federal de Mercado.

Cuando Villa llegó a Chihuahua le dio "El Palacio de las Lágrimas" al general Ortega como regalo de Navidad, y confiscó El Cosmopolita.

Ya que disponía de unos cuantos pesos extra de mi cuenta de gastos, frecuentábamos El Cosmopolita. Al salir del hotel, Johnny Roberts y yo, nos deteníamos a tomar unos calientes Tomand Jerries en un bar chino, administrado por un canoso mongol llamado Chee Lee. De ahí nos dirigíamos a las mesas de juego con aires de grandes duques rusos que estuvieran en Monte Carlo.

Uno entraba primero a una habitación larga y de techos bajos, iluminada con tres humeantes lámparas donde se encontraba la ruleta. Por encima de la mesa, había un letrero que decía: "Por favor no suba los pies a la mesa de ruleta".

Era una rueda vertical, no como las usuales, cuyos rayos al girar se iban deteniendo con una banda de acero flexible, hasta que la rueda se paraba en un número. Hacia ambos lados, la mesa se extendía unos cuatro metros, siempre llena de, cuando menos, cinco filas de chiquillos, peones y soldados, excitados y gesticulando, lanzando una lluvia de billetes sobre los números y colores y discutiendo con violencia por las ganancias. Los que perdían daban terribles gritos de ira conforme el tallador jalaba el dinero hacia el cajón. A menudo la rueda permanecía quieta por unos tres cuartos de hora, mientras algún jugador, quien había perdido diez centavos, agotaba su vocabulario frente al tesorero, el dueño del lugar y sus ancestros y descendientes por diez

generaciones, y sobre Dios y su familia, por permitir que tal injusticia no recibiera castigo. Por último salía, murmurando amenazante: "¡Vamos a ver!", mientras los otros con lástima le abrían camino, diciendo en voz baja "¡Ah, qué mala suerte!"

Cerca de donde el tallador se sentaba, había una zona desgastada en la tela, con un pequeño botón de marfil en el centro. Cuando alguien ganaba grandes cantidades en la ruleta, el tallador presionaba el botoncito que detenía la rueda donde él quisiera, hasta que el ganador se desanimaba. Esto se consideraba totalmente legal entre todos los presentes, ya que, ¡caramba! ¡era ridículo operar un garito con pérdidas!

Se usaba la más sorprendente diversidad de moneda. Plata y cobre ya circulaban en Chihuahua, forzados por los duros momentos de la revolución. Pero todavía existían algunos billetes de banco mexicanos. También había dinero impreso en papel común por el ejército constitucionalista, que no valía nada. Pagarés emitidos por las compañías mineras, los pagarés personales, notas, hipotecas, y cientos de diferentes vales de las muchas compañías de ferrocarriles, plantaciones y servicios públicos.

Pero la ruleta dejó de interesarnos pronto. No había demasiada acción para nuestro dinero. Así es que nos abrimos paso hasta una pequeña habitación, azul por tanto humo. Allí se llevaba a cabo un eterno juego de póker en una mesa en forma de abanico, cubierta por un tapete verde. En una pequeña hendidura sobre el lado recto de la mesa, estaba el tallador; había sillas distribuidas alrededor de la circunferencia donde los jugadores se sentaban. Uno jugaba contra la banca, el tallador depositaba una décima parte de cada ganancia en un cajón; la comisión de la casa. Cuando alguien comenzaba a apostar arriesgadamente, y desplegaba un enorme fajo, el tallador daba un silbido agudo y penetrante y dos cortesés caballeros, empleados por la casa, llegaban corriendo a ayudar. No había límites mientras uno tuviera poco, o si su apuesta estaba respaldada por billetes de banco. Los caballeros que poseían los "sillones" decidían si era póker abierto o cerrado. El abierto era el más divertido, porque un mexicano nunca piensa que la siguiente carta no le dará una magnífica mano y apostaban cantidades cada vez mayores con cada carta, mostrando una creciente excitación salvaje.

Brillaban por su ausencia las estrictas reglas del juego estadounidense, que tanto restringen la libertad de acción. Johnny y yo, levantábamos una esquina de nuestras cartas conforme se repartían, para mostrárnoslas uno a otro. Cuando parecía que yo me acercaba más, Johnny impulsivamente empujaba todo su dinero hacia mi lado; con la siguiente carta, la mano de Johnny parecía prometer más que la mía, y yo empujaba ambas apuestas hacia él. Para cuando la última carta era repartida, las fichas yacían neutrales entre nosotros. Cualquiera que tuviera la mejor mano apostaba nuestro capital conjunto.

Claro que nadie objetó nuestra forma de jugar, pero para detenerla, el tallador silbaba agudamente a los dos jugadores de la casa y les repartía una mano del fondo del paquete.

Mientras tanto, un chino corría alocadamente de la mesa al mostrador de alimentos y al otro lado de la calle, trayendo emparedados, chile con carne, y tazas de café a los jugadores, quienes comían y bebían bulliciosamente durante el juego, además de derramar café y comida en la mesa de jack.

De vez en cuando un jugador que había viajado por tierras extranjeras se levantaba y daba vueltas alrededor de su silla para alejar la mala suerte, o pedía nueva baraja desplegando una actitud espontánea y dispendiosa. El tallador asentía educadamente, barria la baraja hacia el cajón y sacaba otra. Sólo había dos barajas en la casa. Las dos tenían un año, además de un hermoso decorado con el alimento de anteriores jugadores.

Desde luego se jugaba a la norteamericana. Pero había ocasiones en que entraba un mexicano que desconocía las sutilezas de la baraja estadounidense. En la baraja mexicana, por ejemplo, se omitían los puntos siete, ocho y nueve. Una vez, un mexicano pretencioso y pomposo se sentó una noche justo cuando yo había pedido una mano de póker abierto. Antes de que el

tallador pudiera silbar, el extraño sacó un gran fajo de dinero, de todas clases, tamaños y denominaciones y compró cien pesos de fichas. El juego comenzó. Saqué tres corazones en rápida sucesión, aseguré la pila de Roberts, y comencé a jugar por corazonadas. El extraño observó sus cartas por un buen rato, como si le fueran desconocidas. Entonces se sonrojó con intensa excitación y muy decidido empujó 15 dólares.* Con la siguiente carta palideció y apostó 25 dólares, cuando vio su última carta, volvió a sonrojarse, apostó otros 50 dólares.

Por algún milagro seguí una corazonada. Pero las apuestas salvajes del hombre me atemorizaron. Yo sabía que una corazonada era buena, casi en todo póker abierto, pero no pude continuar a ese ritmo, así es que pasé su apuesta. Al oírme, se levantó y protestó violentamente.

—¿Cómo que pasa? —gritó, agitando ambos puños.

Se le explicó, el hombre se serenó.

— Bien, entonces —dijo—. Ya que estos quince dólares es todo lo que tengo, y usted no me dejará comprar más fichas, apostaré todo y lo puso en el centro.

Lo reté.

— ¿Qué tiene? —casi gritó, inclinándose temblando sobre la mesa. Desplegué mi juego. Con una risa excitada descargó un golpe sobre la mesa.

— ¡Flor! —gritó y volteó, cuatro, cinco, seis, diez, jack.

Ya había estirado un brazo para recoger el dinero cuando toda la mesa estalló en un clamor.

—¡Está mal!

—¡No es una flor!

— ¡El dinero es del gringo!

Yacía desparramado sobre la mesa, con ambos brazos alrededor de las apuestas.

— ¿Cómo? —gritó, mirando hacia arriba—. ¿No es una flor? ¡Vean: cuatro, cinco, seis, diez, jota!

El tallador interpuso:

— Pero debió ser cuatro, cinco, seis, siete, ocho—dijo—. En la baraja americana hay siete, ocho y nueve.

—¡Qué ridículo! —soltó el hombre con desprecio—. ¡He jugado cartas toda mi vida, y nunca, nunca he visto un siete, ocho o nueve!

* Dólares y pesos, usados por el autor indistintamente.

Para ese momento, casi toda la muchedumbre de la ruleta se había abalanzado sobre la puerta. Agregaron su clamor al nuestro.

—¡Claro que no es una flor!

—¡Claro que sí! ¿No hay un cuatro, cinco, seis, diez y jota?

—¡Pero la baraja americana es diferente!

—Pero no estamos en Estados Unidos, ¡estamos en México!

—¡Oye! ¡Pancho! —gritó el tallador—. ¡Vete y avísale a la policía!

La situación siguió en las mismas. Mi oponente todavía estaba sobre la mesa con las apuestas en sus brazos. Un verdadero pandemonio de discusiones llenó el lugar. En algunos casos se había hecho personal. Las manos robaban los montones. Sin que me lo advirtieran, empujé mi silla contra la pared. En ese momento el jefe de policía llegó con cuatro o cinco gendarmes.

Era un hombre grande, sin rasurar, cuyos bigotes se curvaban hasta sus ojos. Vestía un uniforme holgado y sucio con hombreras rojas. Al entrar todos comenzaron a explicarle lo sucedido. El tallador sacó un megáfono y gritó por encima del alboroto; el hombre en la mesa levantó una cara lívida, insistiendo que era un delito de las reglas gringas echar a perder un juego mexicano perfectamente bueno como el póker abierto.

El jefe escuchó, retorciéndose los bigotes, su pecho sobresalía con la importancia de ser el factor decisivo en una discusión que envolvía tales cantidades de dinero. Me miró. No dije nada, sino que asentí educadamente. Me contestó la caravana. Después, volviéndose hacia el policía señaló con ademán dramático al otro jugador.

— ¡Arreste al ladrón! —dijo.

Fue un clímax perfecto. Todos gritaron y protestaron, el desafortunado mexicano fue conducido hasta una esquina, donde quedó de pie mirando hacia la mesa.

— El dinero pertenece a este caballero —continuó el jefe de policía—. En cuanto a usted, evidentemente no entiende los rudimentos del juego. Yo poseo una mente...

—Quizá —dijo Roberts, con educación, mirándome de reojo—, ¿el señor capitán quisiera mostrarle al caballero...?

—Estaré encantado de prestarle unas cuantas fichas —agregué, tomando un montoncito.

— ¡Oiga! —dijo el jefe—. Estaré encantado de hacerlo. ¡Muchísimas gracias, señor!

Acercó una silla, por educación, se le dio el paquete.

—¡Abierto! —dijo, con el aire de un experimentado jugador.

Jugamos. El jefe de policía ganó. Jaló hacia él sus fichas, como todo un apostador profesional, tirando el paquete a su vecino. Jugamos otra vez.

— Verán —dijo el jefe de policía— es fácil si se obedecen las reglas —se retorció el bigote, revolvió las cartas, y empujó veinticinco dólares. Ganó otra vez.

Después de un tiempo, uno de los policías se le acercó con respeto y dijo:

—Perdone, mi capitán, ¿qué hacemos con el prisionero?

— ¡Oh! —dijo el jefe, sorprendido. Agitó su mano con un ademán casual. Suéltelo y regresen a sus puestos.

Mucho después de que la ruleta había dado su última vuelta, las lámparas se habían apagado, y la mayoría de los apostadores febriles se habían ido, seguíamos jugando en la habitación de póker. Roberts y yo teníamos sólo tres pesos por cabeza. Bostezábamos y cabeceábamos. Pero el jefe de policía se había quitado el saco y estaba acostado como un tigre sobre sus cartas. Ahora él perdía constantemente...

II

Valle Alegre

Llegó un día de fiesta, y, desde luego, nadie trabajó en Valle Alegre. La pelea de gallos tendría lugar al mediodía en el espacio abierto atrás de la licorería de Catarino Cabrera, casi enfrente de la de Dionisio Aguirre, donde los trenes de manadas de burros descansaban de sus viajes a las montañas. Los maleteros contaban sus historias acompañados de tequila. A la una, el extremo soleado del arroyo seco que se conoce como una calle, estaba flanqueado por una doble fila de peones acucillados, en silencio, somnolientos; fumaban sus cigarrillos de hoja de elote mientras esperaban. Los borrachines inclinados entraban y salían de la tienda de don Catarino, de donde se colaba una nube de humo de tabaco y un fuerte vaho a aguardiente. Los chiquillos jugaban a saltar con una gran sogá amarilla. En los lados opuestos del arroyo los gallos competidores, amarrados de una pata, cantaban desafiantes. Uno de los propietarios, un profesional de apariencia comercial, usaba huaraches y un calcetín de color cereza, se paseaba con un puñado de sucios billetes de banco, gritando:

—¡Diez pesos, señores!

Era extraño; nadie parecía estar demasiado pobre como para apostar diez pesos. Llegaron las dos, y nadie se movía, excepto para seguir al sol unos cuantos metros más, conforme avanzaba el borde negro de la sombra hacia el este. La sombra estaba muy fría, y el sol al fuego blanco.

En uno de los bordes de la sombra estaba Ignacio, el violinista, envuelto en un raído sarape, durmiendo la mona. Ignacio podía tocar una pieza cuando estaba borracho, el "Adiós", de Toski. Cuando está muy borracho también recuerda fragmentos de la "Canción de Primavera", de Mendelsson. De hecho, él era el único músico instruido en todo el estado de Durango. Poseía una fama justa. Ignacio era un brillante e industrioso hombre, sus hijos e hijas eran innumerables, pero el temperamento artístico acabó con él.

El color de la calle era rojo, fuerte, rico, color de ladrillo, y el espacio abierto donde estaban los burros, era verde olivo. Había muros de adobe café desmoronándose y casas de una sola planta, cuyos techos tenían grandes montones de olotes amarillos, o hilos de pimientos rojos. Un gigantesco árbol de mezquite verde, con raíces como las patas de los pollos, ostentaba sobre cada una de sus ramas paja y maíz secos. Debajo, la ciudad caía inclinadamente sobre el arroyo. Los techos se pegaban como bloques, con flores y pasto que crecían sobre ellos. Plumas azules de humo se agitaban desde las chimeneas. A veces se encontraban palmeras que sobresalían de entre ellos.

Caían hacia la planicie amarilla, donde se hacían las carreras de caballos. Más allá, las desnudas montañas se erguían moteadas como si fueran leones, después, en azul pálido, púrpura y arrugadas, dentadas y serpenteantes a través del cielo intensamente brillante. Hacia abajo y muy lejos por el arroyo, uno podía distinguir un gran valle, como la guarida de un elefante, donde las ondas de calor brincaban.

Un perezoso humo de ruidos humanos flotaba desde ahí: gallos que cantaban, cerdos que gruñían, burros que rebuznaban, el crujido de los olotes secos agitados del árbol de mezquite, una mujer que cantaba al machacar su maíz en las piedras y el llanto de una minada de nenés.

El sol casi quemaba. Mi amigo Atanasio se sentó en una banquetá, sin pensar en nada. Sus pies sucios estaban descalzos excepto por los huaraches. Su enorme sombrero era de un color como de ladrillo deslavado, bordado con una trenza dorada. Su sarape era de un azul de cerámica que uno puede observar en los tapetes chinos, decorado con soles amarillos. Se levantó al verme. Nos quitamos los sombreros y nos abrazamos a la manera mexicana: palmeándonos la espalda con una mano mientras nos estrechábamos la otra.

—Buenas tardes, amigo —murmuró—. ¿Cómo se siente?

—Muy bien, muchas gracias, ¿y usted? ¿Cómo lo han tratado?

—De maravilla. Muchísimas gracias. Lo había extrañado. —¿Y su familia? ¿Cómo están? (Se considera más delicado en México no preguntar por la esposa, porque muy pocos están casados).

— Su salud es excelente. Muchas, muchísimas gracias. ¿Y su familia?

— ¡Bien, bien! Vi a su hijo en el ejército en Jiménez. Me mandó muchos, muchos saludos para usted. ¿Quiere usted un cigarrillo?

— Gracias. Permítame fuego. ¿Se va a quedar muchos días en Valle Alegre?

—Sólo durante la fiesta, señor.

—Espero que su visita sea agradable, señor. Mi casa está a sus órdenes.

—Gracias. ¿Cómo es que no lo vi en el baile de anoche, señor? ¡Usted que siempre ha sido un buen bailaror!

— Desgraciadamente Juanita se fue a visitar a su madre en El Oro, por lo tanto, soy un platónico. Ya estoy muy viejo para las señoritas.

—Ah, no, señor. Un caballero de su edad está en la primavera de la vida. Pero dígame. ¿Es cierto lo que he oído sobre los maderistas en Mapimí?

— Si, señor —dijo— Villa pronto tomará Torreón, dicen. Entonces ya será cuestión de unos cuantos meses para que concluya la revolución.

— Eso creo. Pero dígame, siento un gran respeto por su opinión. ¿A qué gallo me aconseja apostar?

Nos acercamos a los combatientes y los revisamos. Mientras los propietarios gritaban en nuestros oídos. Estaban sentados por ahí, apartando con negligencia a sus pájaros. Se acercaban las tres de la tarde.

— ¿Va a haber pelea de gallos? —les pregunté.

—¿Quién sabe? —dijo uno.

Los otros murmuraron que era posible que fuera al día siguiente. Resultó que las navajas de acero se les habían olvidado en El Oro, y que un chiquillo había ido a recogerlas en un burro. El Oro estaba a unos ocho kilómetros por las montañas.

Sin embargo, nadie tenía prisa, así es que también nos sentamos. Entonces apareció Catarino Cabrera, el responsable de la cantina, y también el jefe político constitucionalista de Valle Alegre, muy borracho, caminando del brazo de don Prisciliano Saucedes, el jefe anterior bajo el gobierno de Díaz. Don Prisciliano era un anciano (español) de buena apariencia y cabellos blancos. Acostumbraba prestar dinero a los peones al veinte por ciento. Don Catarino había sido maestro de escuela, y un ardiente revolucionario, prestó dinero a un interés ligeramente más bajo de usura a las mismas partes. Don Catarino no llevaba cuello, pero portaba un revólver y dos cananas.

Don Prisciliano durante la primera revolución fue privado de la mayoría de sus propiedades por los maderistas de la ciudad. Después lo desnudaron y lo montaron en su caballo, golpeándolo sobre la espalda desnuda con el canto de una espada.

—¡Ah! —dijo sobre mi pregunta—. ¡La revolución! ¡Tengo la mayor parte de la revolución en

mi espalda!

Y los dos pasaron a la casa de don Prisciliano, donde Catarino cortejaba a una de las bellas hijas.

Entonces el retumbar de las pezuñas anunció al alegre y galante joven Jesús Triano, capitán bajo las órdenes de Orozco.

Valle Alegre está a tres días a caballo desde la vía del tren. Los políticos no tenían un vivo interés en él.

Así es que Jesús andaba sobre un caballo robado, sin castigo, por todas las calles. Es un joven con dientes relucientes, un rifle y una bandolera, pantalones de cuero atados a un lado con botones tan grandes como dólares; sus espuelas eran de tamaño doble. Decían que sus modales y el hecho de haber matado a Emeterio Flores, por la espalda, le habían ganado la mano de Dolores, la hija menor de Manuel Paredes, el contratista de carbón. Bajó a galope por el arroyo con su caballo contoneándose sangrante por la cruel pendiente.

El capitán Adolfo Meléndez, del ejército constitucionalista, dio vuelta a la esquina, luciendo un uniforme nuevo de tela gruesa color verde botella. Llevaba una hermosa espada adornada que alguna vez perteneció a los caballeros de Pitias. Adolfo había llegado a Valle Alegre por un permiso de dos semanas. Lo prolongó indefinidamente con el fin de casarse aquí con la hija de catorce años de un aristócrata del pueblo. Dicen que la boda fue magnífica, más allá de todo lo que se pueda imaginar; dos sacerdotes oficiaron, el servicio duró una hora más de lo necesario. Pero esto debió representar una buena economía para el novio, pues tenía una esposa en Chihuahua, otra en Parral, y una tercera en Monterrey. Por supuesto tenía que impresionar a los padres de la novia. Ahora se cumplían tres meses de que había dejado el regimiento. Me dijo que ya lo habrían olvidado.

Como a las cuatro y media, un tumulto de porras anunció la llegada del chiquillo con las navajas de acero. Parecía que se había metido en un juego de cartas en El Oro, y se le había olvidado temporalmente el encargo.

Pero, desde luego, nadie dijo nada. Había llegado, era lo que importaba. Formamos un amplio anillo en el espacio abierto donde estaban los burros. Los propietarios comenzaron a "lanzar" a sus aves. Pero, al primer ataque, el animal al que habíamos apostado todos, abrió las alas y, para asombro de los reunidos, salió volando hacia el árbol de mezquite desapareciendo rumbo a las montañas. Diez minutos después, los propietarios, sin preocupación alguna, dividieron las ganancias frente a nuestros ojos. Nos dirigimos a casa en paz.

Fidencio y yo cenamos en el hotel de Charlie Chee. Por todo México, en todo pueblito uno se topa con chinos que monopolizan el negocio de hoteles y restaurantes. Charlie y su primo Foo se habían casado con las hijas de respetables pueblerinos mexicanos. Nadie consideraba esto extraño. Parece que los mexicanos no tienen prejuicios raciales de ninguna especie.

El capitán Adolfo, enfundado en un uniforme de brillante caqui amarillo, trajo a su esposa; una morena bonita con el cabello recogido en un "chongo". Usaba aros de candelabro por aretes. Charlie depositó, con un golpe, frente a nosotros una botella de un cuarto de aguardiente, y, sentándose a la mesa, coqueteó cortésmente con la señora Meléndez. Mientras, Foo servía la cena. Fascinados con una alegre plática social en un curioso idioma mexicano.

Parecía que esa tarde iba a haber baile en la casa de don Prisciliano. Charlie, con cortesía, ofreció enseñar a la esposa de Adolfo un nuevo baile que había aprendido en El Paso, llamado el trote del pavo. Esto lo hizo hasta que Adolfo comenzó a molestarse, anunciando que no pensaba ir a la casa de don Prisciliano, puesto que consideraba incorrecto que las esposas jóvenes se mostraran mucho en público. Charlie y Foo también extendieron sus condolencias, porque varios de sus compatriotas estaban en el pueblo esta tarde, provenientes de Parral, dijo que ellos, desde

luego, querrían hacer un pequeño ambiente chino.

Así es que Fidencio y yo, finalmente, salimos después de haber prometido que regresaríamos a tiempo para las festividades chinas después del baile. Afuera, una fuerte cascada de luz de luna inundó el pueblo. Los techos desordenados eran sobresalientes planicies plateadas. Las copas de los árboles lanzaban destellos. Como si fuera una catarata congelada, el arroyo caía. El gran valle se ahogaba en una neblina rica y suave. Los sonidos vivos se aceleraban en la oscuridad; la risa excitada de las jóvenes, una mujer que sostenía el aliento ante el rápido y caluroso torrente del discurso de un hombre recargado contra los barrotes; una docena de guitarras acompañándose unas a otras; un joven que se apresuraba a encontrarse con su novia; las espuelas claramente retintiendo.

Hacía frío. Al pasar por la puerta de la casa de Cabrera, nos golpeó en plena cara un aliento alcohólico humeante y caluroso. Más adelante había unas piedras, a guisa de escalones, para llegar a la corriente donde las mujeres lavaban su ropa.

Trepando la otra ribera alcanzamos a ver las iluminadas ventanas de la casa de don Prisciliano, y oímos los lejanos acordes de la orquesta de Valle Alegre.

Las ventanas y puertas abiertas estaban atestadas de hombres; altos, morenos, peones silenciosos envueltos hasta los ojos en cobijas, observaban el baile con ojos ansiosos y solemnes, todo un bosque de sombreros.

Fidencio regresaba al Valle después de una larga ausencia. Al estar parado lejos del grupo, un joven alto lo vio, y, haciendo giros con su sarape, como si fuera una ala, abrazó a mi amigo, gritando:

—¡Feliz regreso, Fidencio! ¡Te hemos buscado durante meses!

La multitud se movía y balanceaba como un campo de trigo al viento, los sarapes se agitaban oscuros contra la noche. Continuaron los gritos:

—¡Fidencio! ¡Fidencio está aquí! Tu Carmencita está adentro, Fidencio. ¡ Es mejor que cuides a tu novia! ¡No puedes irte tanto tiempo y esperar que siga fiel a ti!

Los del interior alcanzaron a oír los gritos y les hicieron eco, el baile, que apenas comenzaba, se detuvo de repente. Los peones formaron un pasillo a través del cual pasamos, nos palmeaban la espalda con palabras de bienvenida y afecto. En la puerta una docena de amigos se adelantó a recibirnos con sus caras encendidas por la alegría.

Carmencita, una chica indígena pequeña y redondita, llevaba un vestido comprado azul chillante. No le quedaba bien. Estaba parada en un rincón, al lado de un tal Pablito, su compañero, un joven mestizo de unos dieciséis años, de mala complexión. Trató de aparentar indiferencia a la llegada de Fidencio, pero permaneció inmóvil sin saber qué hacer, con los ojos fijos en el suelo, como es propio de las mujeres solteras mexicanas.

Fidencio estuvo entre sus compadres, durante unos cuantos minutos, en una actitud totalmente varonil, salpicando su conversación de juramentos viriles. Luego, de una manera arrogante, cruzó la habitación hacia Carmencita, colocó su mano izquierda dentro del hueco de su brazo derecho, y gritó:

—¡Bien; ahora, bailemos!

Y los músicos sonrientes y sudados asintieron y arremetieron con la música. Había cinco: dos violines, una corneta, una flauta y un arpa.

Tocaron "Tres Piedras", y las parejas se acomodaron en una línea, marchando solemnemente alrededor de la habitación. Después de desfilar dos veces, comenzaron a bailar. Brincaban sobre

el suelo apisonado y Lleno de mugre con las retintineantes espuelas. Cuando hubieron bailado alrededor de la habitación dos o tres veces, volvieron a caminar, otra vez a bailar, otra vez a caminar, otra vez a bailar, así que cada número duraba una hora.

Era una habitación larga y de techo bajo, con paredes blanqueadas, el techo lleno de vigas, tapizado de barro. En un extremo se encontraba la inevitable máquina de coser, ahora cerrada y convertida en una especie de altar. La cubría una pequeña carpeta tejida que ostentaba una veladora encendida sobre ella, frente a una imagen impresa de la virgen que colgaba en la pared. Don Prisciliano y su esposa, quien amamantaba a un bebé, disponían de sillas al otro extremo. Innumerables velas se habían encendido en un lado, y pegado a la pared por todo el recinto, dejando serpientes de hollín sobre ellas, en lo blanco. Los hombres realizaban un prodigioso zapateo y retintineaban al bailar, gritándose con presunción unos a otros. Las mujeres mantenían la mirada fija en el suelo y no hablaban.

Vi al radiante joven cruzado de brazos, observando a Fidencio desde su esquina. Estando yo junto a la puerta, alcancé a captar fragmentos de la conversación de los peones:

—Fidencio no debió haberse ido tanto tiempo.

—¡Caramba! Fíjate en la manera en que Pablito los mira. De seguro pensaba que Fidencio estaba muerto y que Carmencita era toda suya.

Después, una voz expectante:

—¡A lo mejor hay lío!

La danza por fin terminó y Fidencio condujo a su prometida, muy correcto, hasta la pared. La música paró. Los hombres salieron a la noche, adonde, a la luz de una antorcha, el propietario del gallo perdedor bebía botellas de bebida fuerte. Brindamos arrogantemente en la oscuridad. Las montañas, alrededor, se erguían deslumbrantes a la luz de la luna. Después, puesto que los intervalos entre piezas eran muy cortos, oímos que la música hacía irrupción otra vez. Exuberante como un volcán, un vals. Al centro de veinte jóvenes curiosos y entusiastas, pues había viajado, Fidencio entró a la habitación. Se dirigió a Carmencita, pero al conducirla hacia la pista, Pablito se puso detrás de O. Sacó un enorme revólver obsoleto. Se oyeron una docena de gritos:

—¡Cuidado, Fidencio!

El giró, para toparse con el revólver apuntando hacia su estómago. Por un momento nadie se movió. Fidencio y su rival se miraron con *ojos* inquisitivos. Se dejó escuchar una ola de martilleo de automáticas, los caballeros sacaron y prepararon sus armas, pues algunos de ellos eran amigos de Pablito. Alcancé a oír unas voces que murmuraban:

—¡Porfirio! ¡Vete a la casa y tráeme el rifle!

—¡Victoriano! ¡Mi nuevo rifle! Está sobre la cómoda en el cuarto de tu madre.

Un grupo de chiquillos, como si fueran peces voladores, se esparció a través de la luz de la luna, para traer las armas. Mientras tanto, se preservó el *status quo*. Los peones se habían acuclillado fuera del blanco de los tiros, de manera que sólo *sus ojos* asomaban por encima de los marcos de las ventanas, donde observaban los hechos con interés jocoso. La mayoría de los músicos se iban acercando a la ventana más próxima. El arpista, sin embargo, había tirado su instrumento. Don Prisciliano, su esposa, aún amamantando a su pequeño, se levantaron y con aire majestuoso se abrieron camino hacia el interior de la casa. No era asunto de su incumbencia. Además ellos no deseaban interferir en la voluntad de los jóvenes.

Con un brazo, Fidencio cuidadosamente empujó a Carmencita. La otra mano la tenía en posición de garra. En el silencio absoluto pronunció:

— ¡Tú, cabroncito! ¡No te quedes ahí apuntándome con esa cosa si no me vas a disparar! Tira del gatillo mientras estoy desarmado. ¡No le tengo miedo a la muerte, ni aunque sea a manos de un tonto debilucho que no sabe ni cómo usar un arma!

La cara del niño se desfiguró por el odio, pensé que iba a disparar.

— ¡Ah! —murmuraron los peones—. ¡Ahora!

Pero no lo hizo. Después de unos minutos, su mano se agitó y con una maldición enfundó la pistola en su bolsillo. Los peones se enderezaron y abarrotaron las puertas y ventanas, desilusionados. El arpista se levantó y comenzó a afinar su instrumento. Hubo un enfundar de revólveres. La vivaracha conversación social se reanudó. Para cuando los chiquillos regresaron con todo un arsenal de rifles y pistolas, el baile había recommenzado. Así es que las armas fueron a dar a un rincón.

Mientras, Carmencita reclamó su atención y hubo un prospecto de riña, Fidencio se quedó en el lugar. Se pavoneaba entre los hombres y recibía con beneplácito la admiración de las mujeres, aventajándolas en velocidad, abandono y ruido.

Pronto se cansó de todo eso, y, la excitación del encuentro con Carmencita lo agotó. Así es que salió a la luz de la luna otra vez, subió por el arroyo, para participar en la celebración de Charlie Chee.

Al acercarnos al hotel, percibimos un sonido de curioso lamento, semejante a música. La mesa del comedor estaba en la calle. Por toda la habitación iban y venían Foo y otro señor llamado Celestial. Sobre un pedestal, en un rincón, habían puesto un barril de aguardiente. Charlie yacía desparramado debajo de él, tenía en la boca un tubo de vidrio conectado al barril. Una enorme caja de madera conteniendo cigarrillos mexicanos estaba abierta por un lado, los paquetes desparramados por el suelo. En otras partes de la habitación, dos o tres chinos dormían la mona, envueltos en cobijas. Los dos que bailaban cantaban su versión de una popular tonada de jazz llamada "Dreamy eyes." En contraste, marchaba magníficamente "The Pilgrim's Chorus", de Tannhauser, ejecutado por un fonógrafo en la cocina. Charlie quitó el tubo de vidrio de su boca, lo tapó con su pulgar y nos dio la bienvenida con un himno que decía más o menos:

Rema hacia la orilla, marinero; Rema hasta la orilla!

No te vayas hacia lo más hondo ¡Sino que rema hacia la orilla!

Nos inspeccionó con un ojo vacilante, recalcó:

—¡Bledlau! ¡Je'Calisto está con nosotros!

Después de lo cual volvió el sifón a su boca.

Nos mezclamos en esta festividad. Fidencio ofreció enseñarles los pasos de un nuevo fandango español, a la manera de los "gachupines" (nombre que los mexicanos dan a los españoles).

Zapateó por toda la habitación, chocando con los chinos, tarareando "La Paloma"; por último, sin aliento, se derrumbó sobre una silla cercana, y comenzó a comentar sobre los muchos encantos de la esposa de Adolfo, que ese día vio por primera vez. Dijo que era una vergüenza para un espíritu tan joven y alegre, el estar atado a un hombre maduro. Dijo que él mismo representaba la juventud, fuerza y galantería, y que era mejor partido para ella. Agregó que conforme la tarde avanzaba, sentía desearla cada vez más.

Charlie Chee, con el tubo de vidrio en la boca, asintió inteligentemente cada una de sus opiniones. Se me ocurrió una cosa: ¿Por qué no enviar por Adolfo y su esposa e invitarlos a nuestra fiesta? Los chinos dormidos en el suelo fueron pateados para que despertaran y dieran su

opinión. Puesto que no hablaban ni inglés ni español, contestaron en chino. Fidencio tradujo:

—Ellos dicen —dijo— que Charlie debe ir a invitarlos.

Todos estuvimos de acuerdo. Charlie se levantó, mientras Foo tomaba su lugar en el tubo de vidrio. Declaró que los invitara en términos tan irresistibles que no se negarían. Se colocó la pistola al cinto. Diez minutos más tarde oímos cinco tiros. Discutimos el asunto sin entender por qué habría un tiroteo a esas horas de la noche, pero era probable que dos invitados al baile se estuvieran matando antes de irse a acostar. Charlie se tardó mucho; cuando considerábamos la posibilidad de enviar una expedición a buscarlo, regresó.

—Bien, ¿qué pasó, Charlie? —pregunté—. ¿Vendrán?

—No lo creo —contestó dudosamente, entrando por la puerta. —¿No oíste el tiroteo? —preguntó Fidencio.

—Sí, muy celca —dijo Charlie—. Foo, podías amablemente quitarte de debajo de ese tubo...

¿Qué pasó? —preguntamos.

— Bien —dijo Charlie—, toqué a la puerta de Adolfo. Le dije que teníamos fiesta aquí, queríamos invitarlo. Me lanzó tres tiros y yo le lancé dos.

Al decir esto, Charlie jaló por una pierna a Foo y se acomodó nuevamente debajo del tubo de vidrio.

Debimos quedarnos varias horas después de eso. Recuerdo de madrugada a Ignacio tocar el "Adiós", de Toski, a cuyo compás los chinos bailaron respetuosamente. Como a las cuatro apareció Atanasio.

Abrió la puerta de golpe y se quedó parado, muy pálido, con una pistola en la mano.

— Amigos —dijo— ha ocurrido la cosa más desagradable. Juanita regresaba de la casa de su madre a eso de la medianoche. Montaba un burro. Un hombre la detuvo en el camino. Iba cubierto por un poncho. Le entregó una carta anónima en la que se detallaban mis aventuras de la última vez que fui de paseo a Juárez. Yo vi la carta. Es muy exacta. Dice cómo fui a cenar con María y luego a su casa. Dice cómo llevé a Ana a la corrida de toros. Describe el pelo, la complexión y disposición de todas las otras damas y todo el dinero que gasté en ellas. ¡Caramba, no le falta ni un centavo!

Cuando llegó a la casa resulta que yo estaba donde Catarino, tomando la copa con un amigo. Este extraño misterioso, arrojó otra carta por la puerta de la cocina en la que decía que tenía otras tres esposas en Chihuahua. Dios sabe que no es verdad. ¡Ya que sólo tengo una! No es que me importe, pero esto es cosa de enojo para Juanita. Desde luego, negué todos los cargos, pero ¡válgame Dios, las mujeres son tan irrazonables!

Contraté a Dionisio para vigilar mi casa, pero se fue al baile. Levanté y vestí a mi hijo chiquito, le pedí me trajera información de cualquier otro tipo. He venido a pedirles ayuda para resguardar a mi hogar de la desgracia.

Nos declaramos en la mejor disposición para hacer cualquier cosa por Atanasio, cualquier cosa. Esto prometía aventura. Dijimos que era horrible, el extraño debía ser exterminado.

—¿Quién podrá ser?

Atanasio contestó que a lo mejor era Flores, quien tuvo un hijo con su mujer antes que él se casase con ella, pero a quien nunca ella había querido. Se tomó una buena cantidad de aguardiente. Charlie abandonó su puesto en el tubo de vidrio, y lo ocupó Foo. Fue a buscar armas.

Diez minutos más tarde regresó con siete revólveres cargados, todos de diferentes marcas.

Casi de inmediato se oyó un toquido desesperado en la puerta, y el joven hijo de Atanasio entró corriendo.

— ¡Papá! —gritó, dándole un papel—. ¡Aquí está otro!, el hombre tocó a la puerta de atrás, cuando mamá fue a ver quién era, sólo pudo ver una gran cobija roja que lo cubría hasta el pelo. Le dio una nota y se fue corriendo, robándose una pieza de pan de la ventana.

Con manos temblorosas Atanasio desdobló el papel y leyó en voz alta:

Su esposo es padre de cuarenta y cinco niños en el Estado de Coahuila.

Alguien que lo conoce.

— ¡Madre de Dios! —gritó Atanasio, levantándose de golpe, en un arranque de dolor y rabia—. ¡Es mentira! ¡En guardia, mis amigos! ¡Protejamos nuestros hogares!

Tomando nuestros revólveres salimos corriendo a la noche. Subimos a tientas la empinada colina hasta la casa de Atanasio, permaneciendo unidos de manera que nadie nos tomara por el extraño misterioso. La esposa de Atanasio estaba tirada sobre la cama llorando histéricamente. Nos dividimos por la maleza y revisamos los pasillos de la casa, pero nada se movió. En una esquina del corral estaba Dionisio, el velador, profundamente dormido, con su rifle a un costado.

Subimos la colina hasta llegar al borde de la ciudad. Se aproximaba el amanecer. El único sonido era el cantar de los gallos, además de la música increíblemente suave del baile en la casa de don Prisciliano. Probablemente duraría todo ese día y esa noche.

A lo lejos, el gran valle parecía un enorme mapa, silencioso, distinto, inmenso. Cada esquina, cada rama de árbol, el pasto sobre los techos de las casas, sobresalía con la maravillosa claridad de la madrugada.

A la distancia, por encima del hombro de las rojas montañas, caminaba un hombre cubierto por un sarape rojo.

— ¡Ajá! —gritó Atanasio—. ¡Ahí va!

De común acuerdo abrimos fuego contra el sarape rojo. Éramos cinco, teníamos seis tiros por cabeza. Las detonaciones repercutían de casa en casa, de montaña en montaña, reproduciéndose cada vez en un cien por ciento. De prono, el pueblo vomitó hombres, mujeres y niños a medio vestir. Evidentemente pensaron que comenzaba una nueva revolución. Una matrona muy anciana salió de una casita parda al borde del pueblo, se tallaba los ojos.

—¡Oiga! —gritó—. ¿A qué le disparan?

—Tratamos de matar a ese maldito hombre del sarape rojo, quien está envenenando nuestros hogares y haciendo de Valle Alegre un lugar indigno para una mujer decente —gritó Atanasio, echando otro disparo.

La viejita esforzó sus débiles ojos hacia nuestro objetivo.

—Pero —dijo con bondad— ése no es un hombre malo. Es mi único hijo que busca las cabras.

Mientras tanto, la figura del sarape rojo, sin siquiera voltear hacia atrás, siguió su campante camino y desapareció.

III

Los Pastores

El Romance de El Oro cuelga sobre las montañas del norte de Durango, como un perfume añejo. Ahí, se rumorea, se encontraba el mítico Ofir cuando los aztecas y sus misteriosos ancestros extrajeron el oro rojo que Cortés encontró en el tesoro de Moctezuma. Antes de los albores de la historia mexicana, los indígenas rascaban estas desnudas laderas con burdos cuchillos de cobre. Aún se pueden ver marcas de estas labores. Después de ellos, los españoles, con cascos brillantes y pectorales de acero, lanzaban destellos de estas montañas, para acumular el tesoro de lbs barcos de las Indias. Casi a mil 600 kilómetros de la capital mexicana, por desiertos sin camino y montañas pedregosas, se extendió el colorido de la más brillante civilización europea, alojándose en los cañones y cimas de esta tierra desolada y estaban ubicados tan lejos para tener relevos, que mucho después de haber desaparecido del lugar y como gobernantes, sus costumbres aún subsistían.

Los españoles esclavizaron a los indígenas de la región, en los angostos valles labrados por el deslave de las lluvias torrenciales, y aún se les considera siniestros gracias a las leyendas.

Casi todos en Santa Maria del Oro pueden contar historias de los tiempos antiguos en que los hombres eran flagelados hasta morir en las minas. Los españoles entonces vivían como príncipes.

Estos montañeses eran una raza fuerte. Estaban en continua rebelión. Existe una leyenda de cómo, los españoles, finalmente se encontraron solos a doscientas leguas de la costa, en medio de una raza nativa en extremo hostil. Intentaron abandonar las montañas una noche. Se veían antorchas en las altas cimas; los pueblos de la montaña retumbaban con el sonido de los tambores. En algún lugar, por los estrechos desfiladeros, los españoles desaparecieron para siempre. Desde entonces, hasta que ciertos extranjeros obtuvieron concesiones mineras en esta zona, el lugar estuvo maldito. Las autoridades del gobierno mexicano apenas si lo conocían.

Hay dos pueblos, que eran las capitales de los gambusinos españoles en esta región, donde la tradición española aún está patente. Indé Santa Maria del Oro, que por lo general se le conoce como El Oro. Indé fue el nombre romántico que los españoles dieron a su persistente quimera, creyendo que este nuevo mundo era la India.

Santa Maria del Oro fue el nombre dado a esta ciudad, por el mismo principio que uno canta el *Te Deum*; en honor de la sangrienta victoria, un agradecimiento al cielo por encontrar el oro rojo, nuestra 'Señora del Oro.

En El Oro, uno podía ver las ruinas de un monasterio, ahora llamado El Colegio; los techos arqueados y pequeños de un pasillo de celdas de adobe, ahora se desmoronaban bajo los efectos de los ardientes rayos solares y las lluvias torrenciales. Rodeando en parte lo que alguna vez fue el patio del claustro, se eleva un enorme árbol de mezquite sobre la olvidada cripta de una antigua tumba, inscrita con el nombre de doña Isabela Guzmán. Desde luego, todos habían olvidado quién era doña Isabela o cuándo había muerto.

Todavía está en pie la plaza pública, con su iglesia española antigua, con techo de vigas.

Por la puerta de un diminuto palacio municipal se encuentran casi borrados los escudos de armas de alguna antigua casa española. Aquí hay romance, pero los habitantes no tienen respeto por la tradición y apenas recuerdan a los ancestros que dejaron estos monumentos. La exuberante civilización indígena ha destruido por completo todo rastro de los conquistadores.

El Oro sobresale como la ciudad más alegre de la región montañosa. Hay bailes todas las noches. Es común la noción de que El Oro es la cuna de las chicas más hermosas de Durango. En El Oro, también celebran los días festivos con más alboroto. Todos los carboneros, los pastores de cabras, los conductores de manadas y los rancheros, por millas a la redonda, vienen aquí en esas fechas. Por lo que un día de fiesta por lo general significa dos o tres sin trabajar. Un día para

celebrar y cuando menos otros dos para ir y regresar al hogar.

¡Qué pastorelas presentan en El Oro! Una vez al año en la fiesta de los Santos Reyes, presentan los Pastores en toda esta parte del país. Los Pastores es una antigua representación moralista de las que se estilaban en Europa durante el Renacimiento, la especie que dio lugar al drama isabelino, y que ahora está extinta alrededor de la tierra. Se transmite oralmente de madre a hijas desde la antigüedad más remota. Se la llama "Luzbel", palabra española para Lucifer, y describe al hombre perverso en medio de su pecado mortal, Lucifer, el gran enemigo de las almas, y la misericordia eterna de Dios encarnado en el niño Jesús.

En la mayoría de los lugares sólo hay una representación de Los Pastores. Pero en El Oro hay tres o cuatro en la noche de los Santos Reyes, y otras en épocas diferentes del año, según lo dicte el estado de ánimo. El cura, o el párroco, todavía adiestra a Los Pastores. Sin embargo, la obra ya no se representa en la iglesia. De generación en generación se le han agregado porciones que algunas veces le han dado un giro satírico enfocando a las personas del pueblo. Se ha vuelto demasiado profana, demasiado realista para la iglesia. Pero aún apunta hacia la gran moral de la religión medieval.

Fidencio y yo cenamos temprano en la noche de los Santos Reyes. Después, me llevó por la calle hasta un angosto pasadizo entre muros de adobe, que daba a un lugar antiguo y luego a un diminuto corral detrás de una casa donde colgaban pimientos rojos. Bajo las patas de dos burros meditativos deambulaban perros y pollos, un puerco, y también un pequeñín moreno desnudo. Una anciana indígena arrugada, que fumaba un cigarrillo de una sola hoja de maíz, se acuclillaba sobre una caja de madera. Al aparecer nosotros, ella se levantó murmurando palabras de saludo por entre las cavidades de los dientes; levantó la tapa de la caja y sacó una olla de aguardiente recién elaborado. La destilería estaba en la cocina. Le pagamos un peso de plata, y todos bebimos del jarro. Brindamos cortésmente por la salud y la prosperidad.

Por encima de nuestras cabezas el cielo amarillento por el atardecer se tornó verde, y unas cuantas estrellas en la montaña comenzaron a brillar. Oímos risotadas y guitarras desde el extremo bajo de la ciudad. Los incontrolables gritos de los carboneros que finalizaban su día de fiesta. La anciana consumió más de lo que compartió...

– ¡Oh, madre! –dijo Fidencio–. ¿Dónde van a representar Los Pastores esta noche?

–Hay muchos Pastores –contestó con una risilla–. ¡Caramba! ¡Qué año para Los Pastores! Hay una en la escuela, y otra en la casa de don Pedro, otra en la casa de don Mario, y otra en la casa de Perdita, quien estuvo casada con Tomás Redondo, al que mataron el año pasado en las minas. ¡Que Dios se apiade de su alma!

– ¿Cuál será la mejor? –preguntó Fidencio, pateando una cabra que trataba de entrar a la cocina.

–¿Quién sabe? –se encogió de hombros vagamente–. Si no estuvieran mis huesos tan torcidos, iría a la de don Pedro. Pero me desilusionaría. Hoy en día no hay Pastores como cuando yo era niña.

Nos fuimos a la casa de don Pedro. Bajamos por un declive, una calle desapareja. Nos deteníamos cada cuantos metros por atender a los comerciantes pretenciosos que querían saber dónde podría alguien tramitar su licencia para expender licor. La casa de don Pedro era bastante grande, pues era el hombre poderoso del pueblo. La plaza, circundada por sus construcciones, era un corral en cualquier otro día; pero don Pedro había dispuesto un patio con flores perfumadas y cactus. Ostentaba una sencilla fuente en el centro, una tubería de fierro de la cual brotaba agua. La entrada era angosta, un arco negro, donde tocaba la banda de la ciudad.

Una antorcha de pino lucía en el muro exterior, bajo ésta, un hombre recolectaba la tarifa: cincuenta centavos. Observamos un buen rato, nadie pagaba. Una multitud desesperada a su

alrededor pedía privilegios especiales, ellos tenían que entrar gratis. Uno era el primo de don Pedro, otro su jardinero, otro se había casado con su suegra en su primer matrimonio, una mujer insistía en que era la madre de uno de los actores. Había otras entradas en las que no habían guardianes, por ellas la gente plácidamente se escurría cuando no podía convencer al recolector de la puerta principal.

Pagamos, en medio de un silencio obligado, y entramos.

La blanca y radiante luz de la luna inundaba el lugar. El patio se inclinaba por la ladera de la montaña, donde no había paredes que impidieran la vista sobre las grandes planicies de las brillantes tierras altas. Estas se inclinaban para encontrarse con el vasto cielo color jade. El techo bajo de la casa, un dosel de lona, sobresalía en un lugar llano, apoyado en pilotes, a la manera de los pabellones de algún rey beduino.

Su sombra cortaba la luz de la luna. Seis antorchas pegadas al suelo, alrededor del lugar enviaban delgadas líneas de humo. No había ninguna otra luz debajo del dosel, excepto los inquietos destellos de incontables cigarrillos. A lo largo del muro de la casa estaban paradas algunas mujeres vestidas de negro, con unas mantillas negras sobre la cabeza. Los varones se acuclillaban a sus pies. Dondequiera que hubiera un espacio entre sus rodillas, había niños. Hombres y mujeres por igual fumaban cigarrillos, tranquilamente, bajándolos a fin de que los pequeños pudieran darles una bocanada. Era un público silencioso, hablaba poco y con suavidad. Encantados de esperar, observaban los rayos de la luna en el patio y escuchaban la música, la cual sonaba muy lejos desde el arco. Un ruiseñor rompió a cantar en algún lugar del jardín, todos nosotros nos callamos en éxtasis, escuchándolo. Se enviaron a los niñitos a decirle a la banda que dejara de tocar mientras el ave cantaba. Fue muy emocionante.

Durante todo este tiempo, no hubo ni una señal de los actores. No sé por cuánto tiempo esperamos, nadie comentó el asunto. La audiencia no estaba aquí por primera vez. Ellos iban a ver y oír cualquier cosa, y cualquier cosa les interesaba. Pero como buen occidental inquieto y práctico, ¡vaya! rompí el encanto del silencio para interrumpir a una mujer junto a mí y preguntarle a qué hora iba a comenzar la obra.

–,Quién sabe? –contestó con calma.

Un recién llegado, después de meditar mi pregunta y contestarla en el pensamiento, se inclinó:

–Quizá mañana –dijo. Noté que la banda tocaba–. Parece –continuó el hombre– que hay otros Pastores en la casa de doña Perdita. Dicen que los actores de aquí fueron a ver a los de allá, además de los músicos. Esta última media hora he estado pensando en irme para allá.

Le dejamos, aún pensando seriamente. El resto del público se había dispuesto a una tarde de placentero chismorreó, habiendo, en apariencia, olvidado a Los Pastores. Afuera, el recaudador de localidades, con nuestro peso, había reunido a sus compañeros para ir en busca de la placentera hilaridad de una cantina.

Caminamos lentamente por la calle hacia el borde del pueblo donde los muros blanqueados de las casas de los ricos cedieron el paso a los adobes sin decorar de los pobres. Ahí toda pretensión de calle terminaba, y seguimos las veredas de los burros entre las chozas dispersas de acuerdo al capricho del propietario. Cruzamos corrales dilapidados hasta la casa de la viuda de don Tomás. Estaba construida de ladrillos de arcilla cocidos al sol, aprovechando en parte la misma montaña. Parecía el establo de Belén. Como si la analogía fuese a propósito, una gran vaca lucía bajo la luz de la luna, justo debajo de la ventana, aspirando y rumiando su alimento. A través de la ventana y la puerta, por encima de la multitud de cabezas, pudimos distinguir la luz de las velas jugando con el techo. Oímos el canto chillón de las voces infantiles. Los cayados llevaban el ritmo golpeando en el suelo con cascabeles.

Era una habitación de techo bajo, con pisos sucios y paredes emblanquecidas. El interior estaba tapizado con barro, como cualquier hogar campesino de Italia o Palestina. Opuesta a la puerta, había una mesita que acumulaba flores de papel. Dos cirios estaban encendidos en ella. Por encima, colgado a la pared, había un cromo de la Virgen y el Niño. En medio de las flores había un pequeño modelo, en madera, de una cuna, donde sería colocado el muñeco que representa al Niño Dios. El resto de la habitación, excepto por un pequeño espacio a la mitad, estaba repleto de gente. Una hilera de niños se sentaban con las piernas cruzadas alrededor del escenario. Jovencitos y niñas se arrodillaban detrás de ellos. En la puerta, habían peones con la cabeza descubierta, ansiosos y curiosos. Por una exquisita casualidad, una mujer, sentada junto al altar, exponía su pecho para amamantar a su nene. Otra mujer con sus pequeños estaba de pie junto a la pared, a ambos lados de ella; por una entrada angosta y encortinada, que daba a otro cuarto, podíamos oír el cuchicheo de los actores.

—¿Ya comenzó? —le pregunté a un niño junto a mí.

—No —respondió— apenas salieron a cantar, para probar el escenario.

Era una multitud alegre y ruidosa. Bromeaban y chismeaban por encima de la cabeza de otros. Muchos de los varones estaban alegres por el aguardiente, cantaban fragmentos de tonadas atrevidas echando los brazos alrededor de los hombros de algún otro. Rompían por aquí y por allá en pequeñas discusiones que no conducían a nada, pues todos estaban armados. Justo en medio de todo esto, una voz dijo:

—¡Shhh! ¡Van a comenzar!

Se levantó el telón y Lucifer, expulsado del cielo a causa de su invencible orgullo, estaba de pie ante nosotros. Era una jovencita, todos los actores eran niñas, a diferencia de las obras moralistas pre-isabelinas, donde los actores eran niños. La niña vestía un traje cuyas partes habían sido utilizadas desde antigüedad inconmensurable. Era rojo, desde luego, el color medieval convencional para los demonios. Pero lo emocionante era el culto tradicional al uniforme de los legionarios romanos (y los soldados romanos que habían crucificado a Cristo eran considerados un poco menos que demonios en la edad media). Llevaban un ancho jubón de cuero rojo, debajo del cual se exhibían unos calzones largos de holanes, casi hasta los zapatos. Parecía no haber conexión alguna, hasta recordar a los legionarios romanos en Bretaña y España usando pantalones de cuero. Su casco estaba deforme, porque le habían pegado plumas y flores, pero por debajo de ellas, uno podía distinguir una ligera semejanza con los cascos de los legionarios.

Una coraza cubría su pecho y espalda. Estaba hecha de espejitos en lugar de fierro. Una espada colgaba de su cinto. Sacando la espada, paseó por el escenario, agravando su voz para imitar la de un hombre:

¡Yo soy luz; ay, en mi nombre se ve! Pues con la luz

que bajé

todo el abismo encendí

porque no me humillé

yo, quien fuera capitán general, sea bien sabido,

Dios me maldijo...

A vosotras, oh montañas,

a vos, oh mar,

me quejaré, y así aliviaré mi pecho sobrecargado...

Cruel fortuna

¿por qué sois tan inflexible?

Yo, quien apenas ayer habitaba tranquilo

en la bóveda estrellada,

estoy hoy desheredado, abandonado.

Por mi necia envidia y ambición,

por mi temeraria presunción,

expulsado de mi palacio de ayer,

hoy me encuentro solo entre las montañas,

mudos testigos de mi grave y lastimero estado...

¡Oh montañas! ¡Felices sois! ¡Felices aunque sombrías y desoladas!

¡Alegres con el verdor de las hojas!

¡Oh vosotros rápidos arroyos que fluyen libres, acogedme!

– ¡Bien, bien! –dijo la audiencia.

– Así es como Huerta se va a sentir cuando los maderistas entren a la ciudad de México – gritó un irrepreensible revolucionario entre risas.

–Acogedme en mi aflicción y mi culpa –continuó Luzbel.

Entonces apareció un perro desde el telón, agitando alegremente su cola. Feliz de sí mismo, olfateó a los niños, lamiendo una que otra cara. Un niño le dio un pescozón, y el perro, lastimado y sorprendido salió corriendo por entre las piernas de Lucifer, en medio de esa sublime perorata. Lucifer cayó por segunda vez; levantándose en medio de la incontrolable hilaridad del recinto, se acomodó la espada. Unos cincuenta hombres del público se avalanzaron sobre el perro y lo sacaron a puntapiés; la obra continuó.

Laura, casada con Arcadio, un pastor, apareció cantando a la puerta de su cabaña, es decir, detrás del telón...

¡Cuán apacible cae la luz de la luna y las estrellas en esta noche de suprema belleza! La naturaleza parece estar a punto de revelar un maravilloso secreto. Toda la tierra está en paz, y todos los corazones, pienso yo, derrochan alegría... Pero, ¿quién es éste de tan placentera presencia y fascinante figura?

Lucifer hacía cabriolas, declarando su amor por ella en latín. Ella contestó que su amor pertenecía a Arcadio, pero el diablo puso de manifiesto la pobreza de su marido, prometiéndole riquezas, enormes palacios, joyas y esclavos.

–Siento que os empiezo a amar –dijo Laura–. Contra mi voluntad, no puedo engañarme.

En este momento surgió una risa acallada por toda la audiencia:

—¡Antonia! ¡Antonia! —dijeron todos, sonriendo—. ¡Así es justo como Antonia abandonó a Enrique! ¡Siempre pensé que el demonio estaba en todo esto! —recalcó una de las mujeres.

Pero Laura trataba de resistir las tentaciones. Lucifer insinuó que Arcadio amaba secretamente a otra, y este hecho lo resolvía todo.

—Así es que no debéis preocuparos —dijo Laura con calma— y, así es que me libraré de él, hasta puedo acechar una oportunidad para matarlo.

Esto impresionó hasta a Lucifer. Éste sugirió que sería mejor hacer sufrir a Arcadio los dolores de los celos. En una explicación al público recalcó con satisfacción:

—¡Sus pies están ya en el camino directo al infierno!

Las mujeres, aparentemente, sintieron una gran satisfacción con esto. Asintieron virtuosas mirándose entre ellas. Una joven recargada contra otra, dijo en un suspiro:

¡Ah! debe ser hermoso amar así.

Arcadio regresó, Laura le recriminó su pobreza. Él iba acompañado de Bato, una combinación de Yago y Autolico, quien escuchaba el diálogo entre el pastor y su esposa, con explicaciones irónicas al público. Por medio del anillo precioso que Lucifer había dado a Laura, se despertaron las sospechas de Arcadio. Cuando Laura lo abandonó con gran insolencia, él dio rienda suelta a sus sentimientos:

—¡Justo cuando estaba feliz por su fidelidad, ella con sus crueles reproches amarga mi corazón! ¿Qué voy a hacer conmigo? —Buscaros otra mujer —dijo Bato.

Pero al ser negada su proposición, Bato le dirige la siguiente sencilla receta para resolver la dificultad:

—Matadla sin demora. Una vez que lo hagáis tornad su piel y con cuidado dobladla. Podréis volveros a casar, dejad que la nueva esposa use la piel como su sábana, así evitaréis otro engaño. Para fortalecer aún más su virtud, decidle con bondad y firmeza `amormío, vuestra sábana fue alguna vez mi esposa; cuidaréis de conducirnos perfectamente, si no queréis tener el mismo fin. Recordad que soy un hombre duro y astuto, a quien no le gustan las fruslerias.'

Al principio de este discurso, los hombres comenzaron a reír por lo bajo; cuando finalizó, estaban ahogados en isotadas.

Sin embargo, un anciano peón los miró con enojo:

—¡Esa es una buena receta! dijo—. Si eso se hiciera más a menudo no habria tantos problemas en casa.

Pero Arcadio no parecía entender, y Bato recomendó la actitud filosófica.

—Detened vuestras quejas y dejad que Laura vaya con su amante, que os libere de obligaciones. Vos os haréis rico y podréis comer bien, vestir bien y disfrutar de la vida. Lo demás importa poco... Tomad entonces, esta oportunidad para proveeros de una buena fortuna. No olvidéis, os suplico, una vez que hayáis obtenido esa fortuna, regalar a este humilde servidor una buena porción.

—¡Qué vergüenza! —gritaron las mujeres, tronando—. ¡Qué falso! ¡El desgraciado! —sobresalió una voz de hombre:

—Hay algo de cierto en eso, señoras. Si no fuera por las mujeres y los niños, todos nosotros podríamos vestir buenas ropas y montar un buen caballo.

Se desató una enorme discusión.

Arcadio perdió la paciencia con Bato, y el segundo dijo:

— Si no tenéis ninguna consideración por el pobre Bato, vayamos a cenar.

Arcadio contestó con firmeza, que no iría hasta que descargara su corazón.

— Descargad y bienvenido dijo Bato—, hasta que os canséis. En cuanto a mí, yo pondré un candado a mi lengua, aunque vos habléis como perico, yo permaneceré callado. —Se sentó en una gran roca y fingió estar dormido; durante quince minutos, Arcadio se quejó a las montañas y las estrellas.

— Oh, Laura, inconstante, desagradecida e inhumana ¿por qué me habéis causado esta gran pena? Habéis herido mi fe y mi honor.

Habéis puesto mi alma bajo tormento. ¿Por qué os burláis de mi ardiente amor? Oh, vuestras escarpadas vertientes e inmensas montañas, ayudadme a expresar mi pena. Y vosotros, desfiladeros inmovibles, y vos, bosques silenciosos, ayudadme a quitar de mi corazón este dolor...

Entre la lástima y el silencio, la audiencia compadeció a Arcadio. Unas cuantas mujeres sollozaron abiertamente.

Finalmente, Bato no pudo soportar más.

—Vamos a cenar —dijo—. ¡Hay que sufrir poco a poco! Grandes risotadas cortaron el final de la oración.

Arcadio: —Sólo a ti, Bato, he confiado mi secreto.

Bato (al público):

—No creo poder guardarlo. ¡Ya tengo comezón en la boca por contarlo. Este tonto aprenderá a que `un secreto y una plegaria a nadie se pueden confiar.'

Entró un grupo de pastores, con sus pastoras, cantando. Todos vestían sus atavíos domingueros, con sombreros de verano llenos de flores. Llevaban enormes maderos apostólicos, que abundaban en flores de papel y tiras de cascabeles.

Hermosa es la noche sin comparación. Hermosa y pacífica como nunca antes, y feliz es el mortal que la acoge. Todo proclama que el Hijo de Dios, el Verbo Divino encarnado, pronto nacerá en Belén y la alegría de la humanidad será completa.

A continuación escuchamos un diálogo entre el nonagenario y miserable Fabio y su joven esposa, al que todos contribuyeron, sobre el tema de las grandes virtudes de las mujeres y los grandes defectos de los varones.

La audiencia participó vehementemente en esta discusión, causando un verdadero torbellino. Los hombres y las mujeres se replegaban en dos contingentes hostiles. Las mujeres se veían apoyadas por las palabras de la obra, pero los varones tenían el conspicuo ejemplo de Laura para alegar a su favor. Pronto se convirtió en una discusión sobre las virtudes y los defectos de ciertos matrimonios en El Oro. La obra se suspendió por un buen rato.

Bras, uno de los pastores, robó la cartera de Fabio, de entre sus rodillas al estar dormido. Después se oyó el chismorreó. Bato forzó a Bras para compartir el contenido de la cartera robada, la cual abrieron para no encontrar la comida que esperaban. En su desilusión, ambos expresaron su deseo de vender sus almas al diablo a cambio de una buena comida. Lucifer oyó esta declaración e intentó envolverlos. Pero después de una batalla de ingeniosas salidas entre los rústicos y el demonio, la audiencia apoyaba la firmeza de los hombres contra las mañosas tácticas de

Lucifer, todo se resolvió con un volado, donde el demonio perdió. Pero les dijo dónde podrían conseguir comida. Salieron hacia el lugar.

Lucifer maldijo a Dios por intervenir a favor de dos pastores insignificantes. Se maravilló con el hecho de que "una mano más poderosa que la suya había sido extendida para salvarlos." Se hacía preguntas en cuanto a la misericordia eterna, hacia el insignificante hombre, quien había sentido la ira de Dios con tanta furia. De pronto se dejó escuchar una música suave, los pastores cantaban detrás del telón. Lucifer pensaba en la profecía de Daniel sobre el Verbo Divino siendo 'encarnado'.

La música continuó anunciando la natalidad de Cristo entre los pastores. Lucifer, furioso, juró que usaría todo su poder para exterminar a todos los mortales, los que en algún momento probarían el 'infierno', y ordenó al infierno abrirse y recibirlo 'en su centro.'

En la escena del nacimiento de Cristo, los espectadores se santificaron, las mujeres murmuraban plegarias. La ira impotente de Lucifer contra Dios fue recibida con gritos:

—¡Blasfemia! ¡Sacrilegio! ¡Muerte al diablo por insultar a Dios!

Bras y Bato regresaron, enfermos por tanto comer, y, creyendo que estaban a punto de morir, clamaban por auxilio. Entraron los pastores, cantando y golpeando el piso con sus cayados, prometiendo que los curarían.

Al comenzar el segundo acto, Bato y Bras, completamente restablecidos, tramaban robar y comerse las provisiones preparadas para el festival del pueblo; al salir, Laura apareció, cantando acerca de su amor por Lucifer. Se dejó escuchar música celestial, acusándola por sus "pensamientos adúlteros," al instante ella renunció a todo deseo de amor impuro y declaró que se contentaría con Arcadio.

Las mujeres del público asintieron y sonreían frente a estos ejemplares sentimientos. Se oyeron suspiros de alivio en todo el recinto al ver que la obra se encaminaba hacia lo correcto.

Justo entonces se oyó un techo que se desplomaba, y el alivio cómico, representado por Bras y Bato entró al rescate, llevando una canasta de comida y botellas de vino. Todos se alegraron con la aparición de estos amados traviesos. Una alegría anticipada se esparció por el cuarto. Bato sugirió que comería su mitad mientras Bras montaba guardia, de manera que Bato también pudiera comerse la porción de Bras. En mitad de la discusión que se desencadenó, antes de que pudieran esconder las huellas de su culpabilidad, los pastores regresaron en busca del ladrón. Fueron muchas y absurdas las razones que Bato y Bras inventaron para explicar la presencia de la comida y bebida, quienes por último se las ingeniaron para convencer a la compañía que eran de origen diabólico. Para cubrir más aún sus huellas, invitaron a los demás a comer de lo que sobraba.

Esta escena, la más cómica de toda la obra, apenas se podía oír por las risotadas que interrumpían cada parlamento. Un tipo joven llegó hasta su compadre y le llamó la atención.

—¿Recuerdas cómo nos escapamos cuando nos atraparon ordeñando las vacas de don Pedro?

Lucifer regresó, y fue invitado a unirse al festejo. Les incitó con malicia a continuar las discusiones sobre el robo, y poco a poco a culpar a un extraño que todos concordaron haber visto. Desde luego ellos se referían a Lucifer, pero, al pedirles su descripción, pintaban un monstruo mil veces más repugnante que la realidad. Nadie sospechó que el extraño de apariencia amigable sentado entre ellos era Lucifer.

Ya no me queda espacio para describir la forma en que Bato y Bras fueron descubiertos y castigados. Cómo Laura y Arcadio se reconciliaron, cómo Fabio se volvió de su avaricia y admitió lo erróneo de sus caminos; cómo el niño Jesús fue mostrado en el pesebre, con los tres reyes de

Oriente fuertemente individualizados, cómo Lucifer por fin es descubierto y enviado otra vez al infierno.

La obra duró tres horas, absorbiendo toda la atención del público. Bato y Bras –en especial Bato– recibieron la aprobación entusiasta. El público compadeció a Laura, sufrió con Arcadio y odió a Lucifer con el odio de dioses de galería hacia el villano del melodrama. Sólo se interrumpió una vez la representación, cuando un joven sin sombrero entró corriendo y gritó:

–¡Un hombre del ejército vino e informó que Urbina ha tomado Mapimí!

Hasta los actores dejaron de cantar, iban golpeando el suelo con sus retintineantes cayados, y un torbellino de preguntas se desató sobre el recién llegado. Pero el interés pasó en un instante, y los pastores reanudaron su canto donde se habían detenido.

Cuando salimos de la casa de doña Perdita, a eso de la medianoche, la luna ya se había ocultado detrás de las montañas occidentales, sólo un perro ladró en la absoluta oscuridad de la noche. Se me ocurrió, cuando Fidencio y yo regresábamos a casa con los brazos echados sobre nuestros hombros, que este era el tipo de cosas que habían precedido la Época de Oro del teatro europeo, el florecer del Renacimiento. Era divertido especular sobre lo que el Renacimiento mexicano hubiera sido si no hubiera llegado tan tarde.

Pero ya cerca de las angostas riberas de la edad media mexicana llegaban a los grandes mares de la vida moderna, la maquinaria, el pensamiento científico, la teoría política. México tendrá que retrasar por un buen tiempo su Epoca de Oro del Teatro.